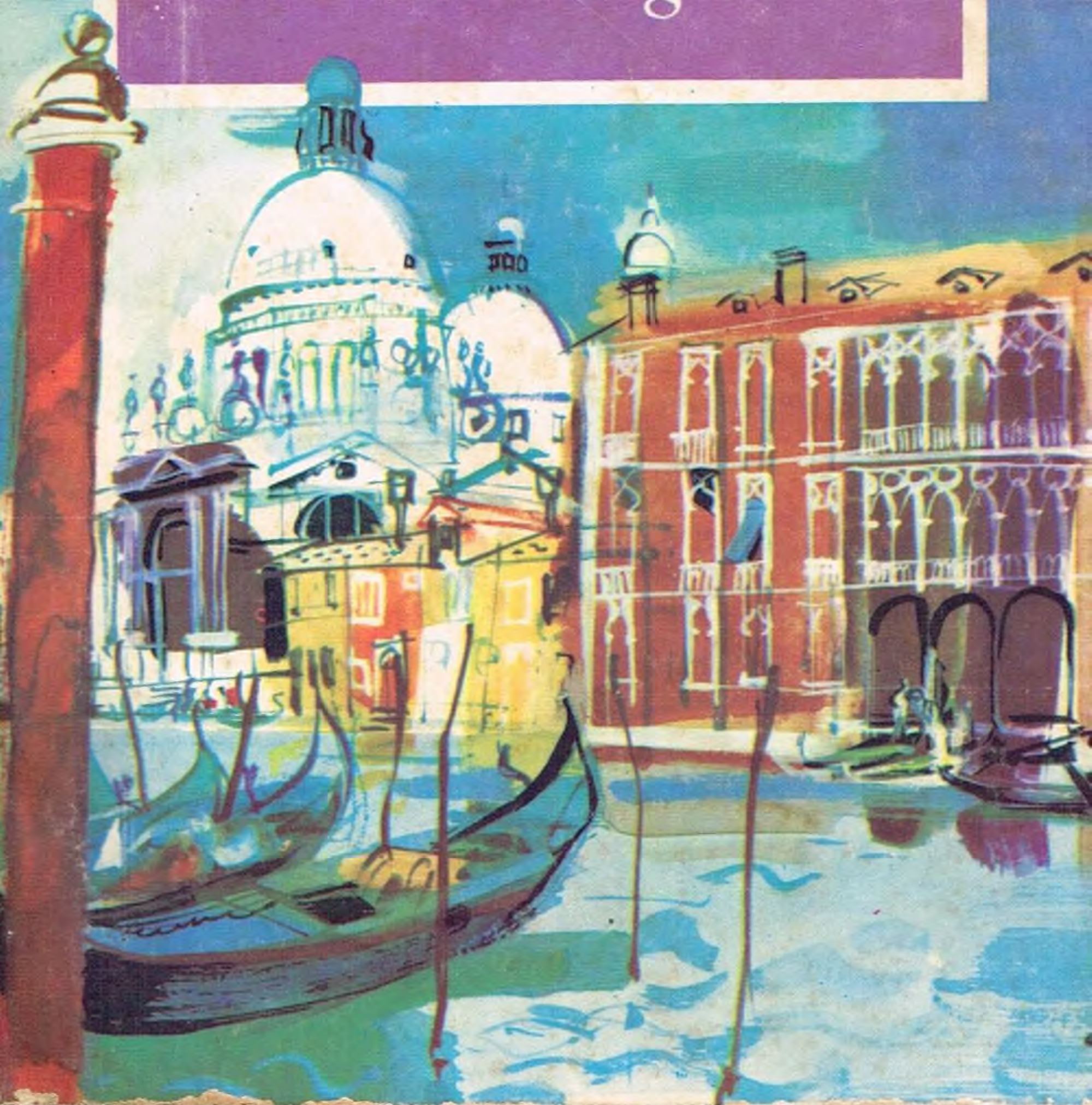


Julio de 1963

Selecciones

del Reader's Digest





Cuando se hace una pausa... ¡Coca-Cola refresca mejor!

¡SABROSA COMO EL AIRE DE LA MONTAÑA... esa nueva sensación de frescura que le proporciona Coca-Cola! Disfrute de su chispeante sabor, sienta ese vivificante nuevo aliento que le da Coca-Cola. Tome siempre deliciosa Coca-Cola... para la Pausa que Refresca.



“COCA-COLA” Y “COKE” SON LAS MARCAS REGISTRADAS DE THE COCA-COLA COMPANY.

Colección completa de 12 tomos



TODO el saber humano a su alcance con Lo sé todo

Enciclopedia documental ilustrada totalmente en colores.

HISTORIA - ARTE - GEOGRAFÍA - CIENCIAS - VIAJES
DESCUBRIMIENTOS - INVENTOS - BIOGRAFÍA - HISTORIA
DE LAS RELIGIONES - INDUSTRIAS

Diccionario Enciclopédico
**LAROUSSE UNIVERSAL
ILUSTRADO**
3 grandes volúmenes

Responden ampliamente a las necesidades de toda la familia. Lujosa presentación que merece un lugar de preferencia en cualquier biblioteca.

Solicite folletos ilustrativos e informes; envíe hoy mismo este cupón:

CÓMODOS PLANES de FINANCIACIÓN a SOLA FIRMA

NOMBRE Y APELLIDO	
DOMICILIO PARTICULAR	
DOMICILIO COMERC.	
CIUDAD	PROFESIÓN 3

EDITORIAL

LAROUSSE

EXPOS. Y SALÓN DE VENTAS: Av. Córdoba 400
Cap. - T. E. 31-6430/6437/4463
ADM. Y VENTAS MAYOR: V. Gómez 3530 - Cap.
T. E. 86-5122/9009 y 88-2395

cuando Ud. elige una autoradio...



1º) Que sea especial para su coche

Es diferente la exigencia de un utilitario y la de un gran coche de lujo. Tampoco puede igualarse la necesidad de una pick-up con la de un coche, o un yate.

AUTOVOX, introductora del uso de transistores en las autoradios, tiene no uno, sino varios modelos para cada marca y modelo de automotor del mundo. Vaya a un concesionario AUTOVOX. Asesórese, e instale una AUTOVOX en su coche. ¡Da más satisfacción!



2º) Que posea el respaldo de una gran marca

Ud. elige su coche sabiendo lo que hace: no deje al azar ese factor fundamental que es la radio de su coche. La experiencia mundial le señala AUTOVOX. Es la autoradio que más pruebas

ha pasado airoosamente en los caminos de todo el mundo, como complemento de todas las marcas y modelos de coches, desde hace más años. También por el prestigio de su marca, mejor es AUTOVOX.



3º) Qué hay de los ruidos y vibraciones?

Viajar con música, acompañarse con música, pero sólo con música. Nada de ruidos. Y sin necesidad de adicionar a su auto radio dispositivos engorrosos o complicados. Simplemente, instalando la legítima autoradio AUTOVOX, que ya está armada para brindar emisiones limpias de ruidos y vibraciones.



4º) Exigir garantías reales.

Garantía y service son un compromiso serio que Autovox asume sobre todo su material, en todo el país y en todo el mundo. En su

gran planta industrial, técnicos y operarios disponen de la maquinaria y aparatos de control de calidad más avanzados en el mundo de la electrónica. Todo concesionario Autovox lo asesorará convenientemente, y llegado el caso, diríjase a Autovox Argentina S.A., Uspallata 2430, Capital.



5º) Cerca de su casa, servicio personal.

Todo concesionario AUTOVOX está a su disposición. En todo el país, cerca de su casa, hay un concesionario dispuesto a informarlo sobre la autoradio AUTOVOX que su coche y su gusto requieren.

Dispuesto a instalarla rápidamente y acertadamente en su automóvil. Acuda entonces al concesionario AUTOVOX más próximo a su casa, confíe en él.

Es servicio personal con respaldo AUTOVOX.

...que sea

AUTOVOX
es gran calidad
europea!

Enriquezca su menu con esta deliciosa sopa



Un chef suizo la creó para usted...

Un chef suizo "creó" esta deliciosa sopa, combinando con arte todos sus ingredientes. Tan sólo falta su "toque" personal para lucirse con esta sopa de Crema de Arvejas con jamón, "creada" para el deleite de la buena mesa.

Knorr-Suiza

la óptima calidad que todos prefieren

"Hecha" bajo licencia y control de la S. A. de Productos Alimenticios KNORR Thayngen/Suiza).





SELECCIONES

del Reader's Digest

Tomo XLVI N° 272

Julio de 1963

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Teléfonos 27-4671 al 4676.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Jefe de Redacción Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores:* Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados:* Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director artístico:* Emilio Gómez.

Administración

Douglas Mac Lean, gerente; Douglas W. London, vicepresidente; Marcos Kremzar, tesorero; Carlos Aldao Quesada, gerente de publicidad; Ricardo Robinson y Enrique Trench, representantes; Salvador Passarello, Discoteca de Selecciones; Jorge de Heredia, Biblioteca de Selecciones.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart (alemán)* Anne Mörike; *Cairo (árabe)* M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague (danés)* Onni Kyster; *Helsinki (finlandés)* Seere Salminen; *París (francés)* Pierre Dénoyer; *Montreal (francés)* Pierre Ranger; *Amsterdam (holandés)* Aad van Leeuwen; *Milán (italiano)* Mario Ghisalbetti; *Tokio (japonés)* Seiichi Fukuoka; *Oslo (noruego)* Astrid Øverbye; *Río Janeiro (portugués)* Tito Leite; *Estocolmo (sueco)* Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

Derechos reservados. © 1963 por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A. Publicación autorizada por The Reader's Digest Association, Inc., e iniciada en 1940. Acogida a la protección de las Convenciones Internacional y Panamericana sobre derechos de autor. Se prohíbe la reproducción total o parcial, en cualquier idioma y en cualquier parte del mundo, de los artículos contenidos en este número. Queda hecho el depósito en los países que así lo requieren. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en Argentina N° 759.196. Circula por el correo argentino en el carácter de publicación de interés general No. 144. Registrada como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de Guatemala, el 14 de noviembre de 1940, bajo número 380. Autorizada como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos N° 1 de México, D. F., el 25 de noviembre de 1940.

SELECCIONES

se vende en las principales

librerías y puestos de periódicos

Argentina (m\$ 30,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.

Bolivia (\$b.2,50*) — Librería Selecciones, S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.

Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas N° 502, 19° andar, Río Janeiro.

Colombia (\$2,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 N° 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 N° 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 N° 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3° N° 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.

Costa Rica (¢1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.

Chile (E\$ 0,40*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.

Rep. Dominicana (RD\$0,25*) — Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.

Ecuador (5,50 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.

El Salvador (60 cts.*) — Almacén y Librería "El Siglo", Apartado Postal N° 52, San Salvador.

Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida N° 10-34, Guatemala.

Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.

México (\$3,00*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.

Nicaragua (¢1,95*) — Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.

Panamá (B/0,25*) — J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.

Paraguay (G 30,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.

Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.

Puerto Rico (25 cts.*) — Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.

Uruguay (\$2,50*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.

Venezuela (Bs. 1,25*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones:* Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(*Precio por número suelto)

Selecciones
del
Reader's Digest
Marca Registrada
Reg. U. S. Pat. Off.

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLVI, N° 272, July 1963. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US \$4.00 per year. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

Impreso en la Argentina - GUILLERMO KRAFT LTDA. - Reconquista 319



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL(B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144

Vino, Vió, Venció!

Valiant

de Chrysler

Llegó y venció, por su renombre mundial... su neta superioridad técnica... su famoso motor "Slant Six", que da capot y centro de gravedad más bajos... su construcción UNIBODY que vence a los peores caminos... su ingeniosa suspensión independiente a barras de torsión y rótulas esféricas... y su impecable línea premiada con la medalla anual de la National Society of Illustrators, de U.S.A.

Foto: Indes + B. 1962



Vea el Valiant en el Concesionario Autorizado de

FÈVRE Y BASSET LTDA. S.A. Chrysler Argentina, S.A.





No me ayude, compadre...

*Lo que fastidia es ese irrefrenable impulso
de ayudar al prójimo*



POR COREY FORD

NO QUIERO pasar por ingrato, pero debo decir que a veces la gente resulta demasiado servicial. Cuando tengo que cambiar un neumático bajo una lluvia torrencial y los que están guarecidos dentro del automóvil me hacen amistosas recomendaciones, tales como: "Debiste haber aflojado las tuercas antes de levantar el coche", o bien: "Me parece que la estás poniendo al re-

vés"; me salta el deseo de expresarles mi gratitud con una caricia en la cabeza... hecha preferiblemente con la palanca del gato.

Esa gente tiene las mejores intenciones, desde luego. Si se me para el coche en medio del tráfico, siempre hay detrás de mí algún automovilista bien intencionado que me ayuda dándome un empujón. Cierro que luego pasamos la hora siguiente dando saltos sobre los parachoques a fin de desengancharlos,

pues se han trabado. Si pregunto a algún transeúnte cómo llegar a algún sitio, recibo detalladas explicaciones... que me conducen invariablemente al lugar equivocado.

No es que me oponga a que un amigo me auxilie cuando necesito ayuda, pero algunas veces no la necesito. La otra noche estaba yo viendo un interesante programa de televisión cuando llegaron a mi casa unos amigos. No pudieron ser más serviciales. Uno de ellos juzgó que la imagen no estaba bastante clara, y sin más ni más, volvió el sintonizador para ver si el programa pasaba mejor por otro canal. Otro cambió la orientación de las lebrunas orejas de la antena, colocada encima del receptor, con lo que la imagen empezó a dar vertiginosos saltos. Luego se le ocurrió a alguien dar una vuelta al soporte giratorio del aparato, y en la pantalla apareció un hermoso efecto de paño jaspeado. Por fin sintonizamos de nuevo la estación que tenía yo originalmente, con el tiempo justo para oír que el locutor decía: "Bueno, señoras y señores, esto es todo por hoy".

Cualquier cosa que haga, sea la que fuere, la gente no puede resistir la tentación de decirme cómo la puedo hacer mejor. Si encuentro alguna dificultad para trincar el pavo, por ejemplo, los invitados empiezan a agitarse con impaciencia. Uno me dice: "Córtalo transversalmente, no a la larga. Quítale primero el muslo". La única solución es abalanzarse sobre el pavo tenedor en ristre y lanzarlo a través de la

mesa hacia el comensal que se halla enfrente, con lo que se deja el problema de lleno en sus manos; es decir, en sus rodillas.

El que crea que su prójimo es insensible no ha sufrido nunca un acceso de hipo en público. No bien se ha exhalado el primer hipido en un restaurante cuando de todas partes del establecimiento acuden presurosos varios extraños que, compadecidos, proponen sus remedios predilectos. Uno dice al paciente que contenga el aliento y cuente hasta nueve. Otro le recomienda un terrón de azúcar mojado en vinagre. El tercero se acerca sigilosamente por detrás y lanza un grito repentino: "¡BU!" con lo que le hace dar un salto enorme y perder los lentes. Este tratamiento por choque puede traer a veces desdichadas consecuencias. Tengo un amigo cuyo hipo desapareció cuando una hermosa rubia, que comía en una mesa vecina, se levantó inopinadamente, le echó los brazos al cuello y le dio un ardiente beso. He notado que desde entonces, cada vez que ve una muchacha bonita, mi amigo empieza a hipar.

Lo peor de todo es que las personas que acuden en mi ayuda siempre tienen razón. No hay nada más desconcertante, después de haber hecho vanos esfuerzos por destapar un frasco de aceitunas, que oír que algún bondadoso mirón susurra: "A ver, probaré yo", y verle dar vuelta a la tapa en sentido contrario y levantarla con toda facilidad con dos dedos. Si me quedo sin



conjunto clásico, colores modernos y luminosos

Ban-Lon[®]



gasolina en una carretera solitaria, mis compañeros de viaje se apresuraron a observar que antes de salir debí haber comprobado cuánta tenía. Este consejo resulta particularmente consolador durante mi caminata de tres kilómetros hasta la estación de servicio más próxima.

Tampoco es recomendable pasar por alto los consejos. No hace mucho, durante una visita de fin de semana a casa de unos amigos, me ofrecí a encender el fuego en la chimenea de la sala. Aseguré a la dueña de la casa que yo no necesitaba ayuda alguna. "Al fin y al cabo", expliqué, "he sido *Boy Scout*". Tarareando alegremente, hice unos burujos de papel, dispuse la yesca en forma de pirámide, como había yo aprendido entre los "Aguiluchos" exploradores, coloqué un par de leños encima de los morillos, y les prendí fuego con gran fachenda. Inmediatamente, una densa nube de humo llenó la sala, y la señora de la casa me dijo algo a voces. Pero yo, imponiéndole silencio con ademán de suprema confianza, metí más papel debajo de los leños. Brotaron unas llamas que chamuscaron la mesilla, se levantó un torbellino de pavesas blancas, y los invitados se dieron a la fuga, tosiendo y carraspeando. Yo, por mi parte, derramé en la chimenea un cubo de agua y salí dando tumbos y lagrimeando. "Eso es lo que quería advertirle", me dijo al fin la dueña de la casa. "La válvula de tiro está cerrada".

Cuando se trata de echarle una

mano a uno, no hay nadie más obsequioso que los convidados a comer un asado en mi jardín. Cada uno tiene su teoría particular sobre la forma en que se debe asar un bistec: "Primero hay que machacarlo para que resulte más tierno"; "Se lo debe untar de mostaza"; "Hay que cubrirlo con sal"; "Debe chamuscarse por ambos lados para que retenga el jugo". Mientras trabajo se aglomeran en mi derredor, echando en las ascuas más astillas de nogal o pinchando los bistecs con un cuchillo. Esto dura hasta que algún pinche espontáneo vuelca la parrilla con los bistecs sobre las cenizas, con lo cual nos trasladamos todos a la taberna de la esquina en busca de los bistecs que dan fama al establecimiento. Por supuesto que nosotros le indicamos al cocinero cómo se deben preparar.

Ni siquiera me dejan planear mis propias vacaciones. El verano pasado se me ocurrió mencionar que pensaba alquilar un automóvil en París y recorrer el mediodía de Francia. Inmediatamente todo el mundo tuvo una idea mejor. En lugar de ir a Francia ¿por qué no volaba a Suiza y de allí iba a Austria en automóvil cruzando los Alpes? Desde luego, debía ir también a los países escandinavos, y ya que estaba en Europa tenía que visitar Grecia. El viaje no sería perfecto sin una semana en Irlanda; y jamás me perdonaría yo mismo si no pasaba por España.

No sólo planearon todo mi itinerario, sino que hasta me dijeron al



¡Despegue del avión! Las plateadas bujías Champion ponen en acción todo el empuje necesario para que alcance el vuelo uno de los jets de la flota mundial de la Pan American

La mayoría de las aerolíneas más importantes del mundo, usan más bujías Champion--o ignitores de jet Champion --que los de cualquier otra marca. La razón es que Champion es insuperable en la confiabilidad de su funcionamiento. ¿Por qué conformarse con algo inferior en su auto? Exija siempre bujías Champion.



*Las bujías
favoritas en tierra,
mar y aire*



detalle lo que debía hacer en Europa: "Cerca de Bruselas hay un mesón primoroso... No puedes dejar de pasar un par de días en cierta villa de Florencia... No sabrás lo que es comer hasta que saborees unos camarones daneses en Copenhague... Y aquí tienes la dirección de una tiendecita de Edimburgo donde encontrarás los mejores paños escoceses". Finalmente, y lo que no era menos importante, insistieron en darme cartas de presentación para personas que debía yo visitar en cuanto llegase. "No hablan una palabra de inglés", me dijeron, "pero estoy seguro de que te encantará conocerlos".

Todo lo cual explica por qué el

verano último lo pasé en casita.

Bueno, entiéndanme ustedes. Nada tengo contra el buen samaritano, pero hasta la obséquiosidad tiene sus límites. Ya soy crecido y hay cosas que soy perfectamente capaz de hacer por mí mismo. Por ejemplo, arreglar esta máquina de escribir. He notado que la tecla de la R está un poco fuera de su sitio. No tengo sino que meter debajo una plegadera y empujarla un poco a la dexecha. ¡Vaya! esto sí que es curioso. Ahoxa xesulta X, y paxece que lep asa al go a la baxxa espacia doxa. Acaso si apxet axa esta otxat eclaque d ice MAY... ¡SOCOXXO! ¡AYÚDE NME A AXXEGLAX ESTAM ÁQUINA...!



Del tiempo que pasa

UNA VEZ, un periodista le preguntó al actor de cine Lionel Barrymore si aún le divertía tanto como antes representar papeles teatrales. El artista bufó: "Ya tengo 75 años. Nada me divierte tanto como antes".

— S. M. C.

LA ACTRIZ inglesa Hermione Gingold decía, refiriéndose a su edad: "Ya tengo dos hijos grandes... mayores que yo".

— O. L.

LORD BEAVERBROOK, dueño del *Daily Express*, de Londres, al cumplir los 83 años: "He desmentido la necia máxima de que los buenos mueren jóvenes".

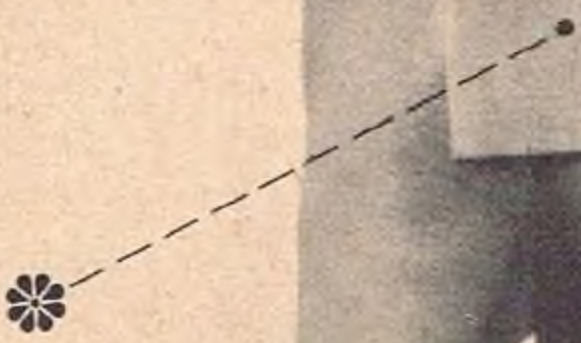
— Quote

LA ACTRIZ Billie Burke: "La edad sólo importaría si fuéramos de queso".

— J. S.

GEORGE Bernard Shaw le mostraba a un invitado el busto que de él había hecho Rodin hacía ya muchos años: "Esta escultura tiene una particularidad muy extraña", dijo el dramaturgo, que ya estaba envejeciendo, "y es que cada día se pone más joven".

— L. L.

Ahora 
también
en color piel

Band - ita SUPER- STICK

con Tirotricina

MUCHO MAS ADHESIVO - BAND-ITA SUPER-STICK mantiene inalterable su adherencia, gracias a su sistema patentado exclusivo de protección, por aletas de plástico especial.

MUCHO MAS EFECTIVO - BAND-ITA asegura protección integral, pues contiene tirotricina, poderoso microbicida que anula el peligro de infecciones.

el apósito más
completo ¡y efectivo!

Superior en fabricación y presentación - JOHNSON & JOHNSON produce BAND-ITA SUPER-STICK con tela adhesiva y gasa quirúrgica estéril de primera calidad. Obsérvela ¡y compare!

Band - ita SUPER - STICK

Es otro producto de confianza de



Mantenga siempre provisto su Botiquín de Primeros Auxilios, con Algodón JOHNSON, Tela Adhesiva, Compresas de Gasa y toda la línea completa de productos de Johnson & Johnson.



SECCIÓN DE PRENSA

DEL "TRIBUNE" DE MINNEAPOLIS

Una deuda que Norteamérica no debe olvidar

Los Estados Unidos tienen una prima, bastante agraviada por cierto, que hoy anda achacosa y necesita de comprensión y apoyo por parte de aquéllos: se llama la Gran Bretaña.

La Inglaterra de hoy ha tenido que soportar pruebas demasiado duras durante un lapso demasiado largo. Esa nación que durante tanto tiempo se enfrentó por sí sola al hitlerismo, se ve ahora privada de la mejor de las esperanzas que tenía de recuperar sus perdidas fuerzas: el Mercado Común Europeo. ¿Y por quién? Por Francia, que cayó de rodillas bajo los primeros golpes que Hitler le asestó, y que dejó a las Islas Británicas a merced de la tormenta.

Inglaterra despertó al fin de la pesadilla de la guerra... ¿y qué le trajo ese despertar? Una presión implacable y en la que participaron principalmente los Estados Unidos por despojarla de toda la riqueza colonial que poseía. Simultáneamente, la cruel realidad obligó a los Estados Unidos a derramar pródigamente sus recursos entre aquellos países (lo mismo ex-enemigos, como Alemania, que ineficaces aliados, como Francia) a los que entonces era necesario apoyar contra la atracción enfermiza del comunismo. A Inglaterra sólo se le hicieron préstamos que habría de devolver con intereses.

Los Estados Unidos pudieron con-

tar siempre con los ingleses, así éstos estuvieran o no fatigados y exhaustos. A Inglaterra, pues, le otorgaron principalmente su conmiseración mientras a las demás naciones les dieron millones de dólares. Así que, a la postre, estas otras se convirtieron no en rectos colegas de Inglaterra sino en subvencionados superiores suyos en la feroz competencia económica internacional.

¿Qué se requiere, pues, de los Estados Unidos? Sencillamente, cuanto los ingleses necesiten para mantener el honroso lugar que, por la sangre por ellos derramada, por su coraje, su talento y su decencia histórica se han conquistado con creces. Si no constituyen ya una gran potencia en el mundo todavía poseen excepcionales valores que ofrecer. Y ese mismo mundo, sin tales valores, quedaría increíblemente empobrecido. — William White

© 1963 por United Feature Syndicate, Inc.

DE LA REVISTA "MACLEAN'S"

Los peligros de las urnas electorales

NUNCA hemos estado bien seguros de cuál es la teoría más peligrosa: la que sostiene que para cualquier ciudadano el depositar su insignificante voto individual es una verdadera pérdida de tiempo; o aquella que mantiene que todo individuo, con motivo o sin él, debe emitir su voto, ya que este acto es de por sí trascendental y glorioso.

Instar a aquellos que no sienten la menor inclinación a votar, a acudir

SECCIÓN DE PRENSA

a las urnas y votar de cualquier manera, equivale a hacer mofa de uno de los derechos humanos más duramente conquistados. El ciudadano que necesita que se le diga que tiene el deber de votar, no está aún en aptitud de votar, ni mucho menos.

Desde luego, informémosle acerca de candidatos y programas políticos, y confiemos en que llegará a saber lo suficiente de unos y otros y a interesarse por ellos lo bastante para decidir, por propia y juiciosa voluntad, cuál es su deber. Mientras no haya alcanzado tal condición, ¡por Dios! abstengámonos de llevarle a rastras, sin la preparación adecuada, falto de todo interés, a las urnas electorales.

Bien puede ser que el lema más necio que se haya acuñado nunca dentro de un sistema de gobierno responsable, es aquel que recomienda: Votad como queráis, ¡pero votad! Por nuestra parte proponemos que se le sustituya por el siguiente:

SI NO QUIERE USTED VOTAR, ¡POR LO QUE MÁS QUIERA, NO VOTE!

DEL "TIMES" DE NUEVA YORK

Lección londinense

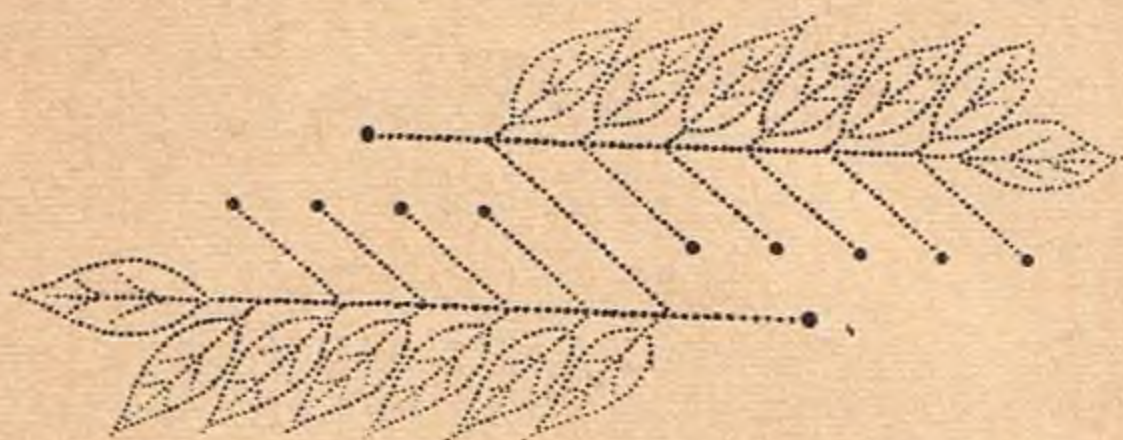
LA TERRIBLE combinación de humo y niebla que destruyó varias vidas humanas en las calles, hogares y hospitales de Inglaterra el invierno pasado, encierra un sombrío recordatorio en el sentido de que la corrupción del aire no es sólo un hecho engorroso sino

mortal. Aún no logra el hombre controlar el clima, cuyas capas de aire frío y caliente impiden que el humo escape por vías ordinarias. La contaminación del aire, empero, sí le es posible reprimirla.

Entre las patentes consecuencias de la niebla, agravadas por la corrupción del aire, cuéntanse los trágicos accidentes de aviación, los choques de automóviles, los desastres marítimos. Pero otras menos visibles, como las enfermedades de las vías respiratorias y otras también, entre ellas, quizá, el cáncer, constituyen el diario precio que pagamos por nuestra escandalosa apatía en cuanto al aire que respiramos. Los gases despedidos por los escapes de automóviles, autobuses y camiones; la hulla empleada sin las debidas precauciones; la impropia incineración de basura; la quema de hojas; las hogueras encendidas en muladares aledaños, no son sino unos cuantos de los abusos en que se incurre, aparte del más criminal de todos: las instalaciones industriales, que hacen escarnio de los derechos del público.

El público de cualquier lugar, así como su gobierno, pondría mayor interés en la cuestión si algunas personas cayeran muertas en la calle. ¿Vamos a esperar a que sobrevenga una catástrofe para dar a la pureza del aire el primerísimo sitio que ciudades y Estados deben asignarle en el presupuesto y entre sus problemas de salubridad?





**creados
por artífices
europeos!**

cubiertos

GAMUZA*

distinguen su mesa!

*trabajados en acero inoxidable extranjero
18/8 color platino ¡el mejor que existe!*

Ahora los cuchillos de cabo hueco
son fabricados con el nuevo sistema
"Unificado", más sólido y durable.
Hoja con pulido espejo. Compárelos!

* Es un producto de
Rómulo Ruffini y Cía. S.C.A.
Distribuidores Mayoristas
Exclusivos: GAMUZA S.C.A.
Avda. Córdoba 1365-67
T. E. 42-1894 - Buenos Aires



**ULTIMA CREACION
Modelo COLISEO**

INSTANTÁNEAS PERSONALES

LA FINADA reina Guillermina de Holanda tenía fama por su ingenio cuando se trataba de cambiar agudezas en el campo internacional. Durante la primera guerra mundial, el Kaiser Guillermo II, que soñaba con la conquista de toda Europa, queriendo impresionar a la Reina con el poderío de Alemania, le dijo:

—¿Sabe Su Majestad que nuestros soldados miden más de dos metros de estatura?

—Pues cuando nosotros abrimos nuestros diques —replicó la Reina sin inmutarse— el agua sube a más de tres metros. — AP

EL HUMORISTA Robert Benchley detestaba cordialmente el aire libre y se tomaba toda clase de molestias para eludirlo. Cierta día espléndido, en Hollywood, un amigo llegó a visitar a Benchley y lo encontró tendido bajo los rayos de una de esas lámparas llamadas de sol.

—¿Qué haces sentado debajo del trasto ése? —exclamó el visitante. Y señalando el jardín inundado de sol agregó—: ¿Por qué no vas a sentarte allí?

Benchley replicó, con ademán medroso:

—¿Para qué? ¿Para que un meteorito me descalabre? — E. E. E.

EL MOVIMIENTO lento del Cuarto Concierto para piano de Beethoven es, para el director de orquesta Pierre Monteux, uno de los trozos musicales más emocionantes; y todos los pianistas que lo han interpretado con él, se han sentido profundamente conmovidos por la intensa impresión que produce en Monteux. Artur Schnabel reaccionó con emoción no menos intensa cuando, como solista, ejecutó el mencionado concierto, acompañado por la Orquesta Sinfónica de San Francisco bajo la dirección de Monteux. Terminada la obra, en tanto la concurrencia estalló en estruendosa ovación, se vio que ambos músicos estaban llorando. Schnabel estrechó las manos del director y comentó en voz baja:

—Monteux, somos un par de viejos tontos que adoramos la música.

Monteux, demasiado conmovido para articular palabra, asintió con un movimiento de cabeza.

— Fifi Monteux, en *Everyone Is Someone* (Editores: Farrar, Straus)

AL PRESIDENTE de Francia, René Coty, ya fallecido, que visitaba una exposición de arte abstracto en París, se le preguntó si comprendía la significación de los cuadros ahí expuestos; a lo que, suspirando, respondió:



Ese activo avión allá arriba es el nuevo y radiante Boeing 727, la más moderna aeronave jet del mundo. Ahora se halla dedicado al más intenso programa de pruebas en la historia de las aeronaves. A principios del año entrante, podrá usted viajar a bordo de estas nuevas y soberbias aeronaves jet Boeing. El 727 puede despegar y aterrizar en pistas de 1500 metros, llevando así el servicio en jets a centenares de pequeñas ciudades. Las siguientes aerolíneas han pedido ya 131 aviones Boeing 727: American, Ansett-ANA, Eastern, Lufthansa, Trans-Australia, TWA y United.

BOEING 727

—He necesitado la vida entera para comprender que *no* es necesario comprenderlo todo. —L. L.

EL DESAPARECIDO escritor H. G. Wells invitó cierta vez a un amigo suyo a conocer la espléndida residencia que acababa de adquirir en Londres. En el tercer piso de la casa, abrió la puerta de una pequeña habitación y explicó:

—Esta es mi alcoba.

—¿Por qué no elegiste alguno de los magníficos cuartos que hay en el piso principal? —preguntó el visitante.

—Porque —aclaró Wells— esas habitaciones son de mi doncella y de mi cocinera, que han estado conmigo durante 20 años.

—Pero, en otras casas la servidumbre ocupa las piezas más modestas —insistió el amigo.

—Por eso mismo en la mía es diferente —replicó Wells—. Mi madre fue doncella de servicio en una mansión londinense. —E. C.

J. EDWARD DAY, director general de Correos de los Estados Unidos, se compró un nuevo automóvil que, a las pocas semanas, empezó a chirriar desagradablemente. Una noche fue, en su coche, a una cena en casa de Robert McNamara, secretario de la Defensa. Mortificado por el persistente chirriar del auto (tanto más cuanto que éste era producto de la fábrica de automóviles de que fuera director McNamara) Day estacionó el vehículo a una calle de distancia.

Concluida la tertulia, McNamara insistió en acompañar a su invitado hasta donde éste había dejado el auto y, a pesar de las protestas de Day, insistió en permanecer allí hasta que su amigo partiera. Al fin Day puso en marcha el motor; inmediatamente el secretario de la Defensa aguzó el oído y advirtió al director de Correos:

—¡La correa del ventilador está floja! Conviene que se la ajusten.

Más tarde me contaba Day:

—No me había decidido a llevar el auto a un taller de reparaciones porque habría tenido que decir: "Mi coche anda mal... Arréglemelo", y me habrían presentado una cuenta por 50 dólares. Pero gracias al autorizado diagnóstico de McNamara, fui al fin al taller y les dije: "La correa del ventilador está floja... Ajústenla"... Y la cuenta no pasó de 50 centavos. —G. D.

DURANTE la campaña electoral por la gobernación del Estado de Michigan, el pasado otoño, George Romney, un novicio en esas lides, demostró cómo se ganan votos. Entre uno y otro discurso por cierto suburbio de Detroit, visitó un puesto de policía, donde un guardia presentaba acusación en contra del sujeto a quien llevaba prisionero, y Romney le dijo al policía:

—Le felicito por su cumplimiento del deber.

Y, luego, dirigiéndose al acusado comentó:

—Espero que salga usted bien de este apuro. —*Newsweek*

SI,
PROBE
TODOS
LOS
METODOS...



hasta que me afeité con la nueva hoja
Super Gillette AZUL *y logré...*
LAS MEJORES AFEITADAS DE MI VIDA!

Afeitadas bien a ras e increíblemente suaves...
tan suaves que no se sienten... tan suaves que
dan la sensación de que la máquina no tiene
hoja. Pruebe usted también la nueva hoja
Super Gillette Azul en la moderna máquina
Gillette de una pieza.



Gillette

MARCA REGISTRADA



Moscú al habla

POR ART BUCHWALD

Condensado del "Herald Tribune" de Nueva York

SE está hablando de instalar una línea telefónica directa entre el presidente Kennedy y el "premier" Kruschef, para que así, si a alguno de los dos le diera por oprimir el fatídico botón que desataría la guerra nuclear, antes pudiese llamar al otro y posiblemente evitar la catástrofe. La idea parece encomiable. Pero si el uno dijera: "Voy a oprimir el botón", al otro no le quedaría más que contestar: "Si usted oprime su botón, también yo oprimiré el mío". No habría tiempo para que se enfriaran los ánimos.

Mas si utilizamos las comunicaciones de que disponemos en la actualidad, además de las secretarias, es probable que así ocurriera:

La telefonista rusa: El "premier" Kruschef desea hablar con el Presidente de los Estados Unidos sobre un asunto de suma urgencia.

La secretaria del Presidente: El señor Presidente no está aquí en este momento. ¿No podría el señor Presidente llamar luego al señor Kruschef?

La rusa: Sí; por favor, dígame que llame al Kremlin, número 333456.

Tres horas después. La telefonista de la Casa Blanca: El presidente Kennedy desea contestar a la llamada del "premier" Kruschef.

La secretaria del "Premier": El señor Kruschef acaba de entrar en una junta.

La norteamericana: El Presidente sale ahora para su casa de cabo Cod. ¿Podría llamarlo allí esta noche?

Ocho horas más tarde. La secretaria rusa: Llama el "premier" Kruschef.

La señora Kennedy: El Presidente acaba de salir al supermercado.

La secretaria del "Premier": El "Premier" sale ahora mismo para el mar Negro. ¿Tiene la bondad de decirle que lo llame a Yalta, al número 57761?

Cuatro días después, el "Premier" se comunica por fin con el Presidente.

Kruschef: Hola, señor Presidente ¿qué hay?

Kennedy: No sé. Usted me llamó a mí primero.

Kruschef: ¿Está usted seguro? Bueno, no habrá sido nada importante. Algo traía yo en el magín, pero ya no me acuerdo de qué se trataba.

Kennedy: En fin, he tenido mucho gusto en saludarlo.

Y así, gracias al sistema telefónico actual, podría evitarse la tercera guerra mundial.

Si cada uno conociera
el valor de esto
cada uno querría tener
un televisor Zenith!



"GUARDIAN
DE ORO"

UNICAMENTE LOS TELEVISORES
ZENITH ESTAN EQUIPADOS CON EL

Sintonizador

"GUARDIAN DE ORO"

Exclusivo de ZENITH

CON 104 CONTACTOS DE ORO 16 KILATES

- Asegura una imagen bien definida en zonas distantes y de débil recepción.
- Con control "Perma Set", memoria mecánica que permite el cambio de canales, sin necesidad de retocar la sintonía fina.

ZENITH le brinda la más fina performance.

- El chasis, totalmente armado a mano y sin circuitos impresos, asegura menos problemas de service y mayor facilidad de operación.
- Su imagen es más clara y contrastada.

En venta en las agencias autorizadas.



Fabricados, Distribuidos
y Garantizados por
TELESUD S. A.

Sarmiento 1870 — Tel. 40-4840 y 4875 — Buenos Aires

ZENITH®

Respaldo por 44 años a la vanguardia en la radiónica exclusivamente

CALIDAD A LA VISTA!



Dice el
**Sr. Manuel
López Carballo,**
domiciliado en
Solís 1465, Rosario,
viajante de una

importante firma de Bahía Blanca:

"No lo cambio por ninguno!

PASO DOBLE® me viene como anillo
al dedo para mi trabajo. Es macanudo!"

Esta es la prueba más concreta! Calza-
do PASO DOBLE® tiene calidad excep-
cional!... CALIDAD CON GARANTIA!

Cada par de calzado

PasoDOBLE®

está

**TOTALMENTE
GARANTIZADO
POR 6 MESES!**

de uso normal

Saque ventaja! Compre Calzado

PasoDOBLE®

... más pasos por menos pesos!®

PIDALO EN EL NEGOCIO DE SU BARRIO

® Marcas Registradas de FABRICA ARGENTINA DE ALPARGATAS S.A.I.C.
Vaquillona - Vulcanizado - Industria Argentina.





No hay que tener en poco la persistencia del picamaderos

El pájaro astronauta

POR L. B. TAYLOR, HIJO

Condensado de "The Elks Magazine"

DE ORDINARIO, las personas que visitan por primera vez el cabo Cañaveral se llevan una inesperada sorpresa al llegar a la plataforma de lanzamiento 17-B. En la pared norte de la plataforma, unos dibujos, estarcidos allí de la misma manera con que los pilotos dibujaban en sus aviones, en tiempos de guerra, los aparatos enemigos derribados, muestran el lanzamiento de cerca de 30 cohetes Thor. Y sucede que entre esas ilustraciones aparece la de un pajarillo carpintero de cresta roja: recuerdo de uno de los más complicados problemas técnicos que hayan confundido a los hombres de ciencia dedicados a la conquista del espacio.

La batalla comenzó unas tres se-

manas antes de la fecha elegida para lanzar un cohete Thor-Able-Star, cuando un picamaderos se prendó del cable umbilical del proyectil, el cual consiste en un haz de conductores, que, protegidos por una envoltura de aluminio, transmiten energía a los sistemas secundarios del cohete antes de su lanzamiento.

El picamaderos, al que llamaremos Tarugo, ascendió poco a poco por el cable hasta que halló un cómodo nicho, a unos 25 metros del suelo, en la plataforma de lanzamiento. En el acto comenzó a picotear alegremente, y logró perforar la envoltura y llegar al alma del cable.

En la tarde del viernes, hallándose Tarugo ausente, algunos de los

obreros del cohete subieron a la plataforma y repararon el desperfecto. Pero el lunes siguiente por la mañana advirtieron, consternados, que el picamaderos había abierto otro agujero.

Oficiales de la fuerza aérea y fabricantes de cohetes celebraron sesudas conferencias sobre la manera de expulsar al indeseable inquilino. Probaron sin éxito una sonora bocina y unas campanas: el carpintero proseguía su trabajo sin parar mientes en los ruidos exteriores, mientras abajo se enconaban los ánimos y la cólera aumentaba.

Como en el cabo Cañaveral está prohibido disparar armas de fuego, se desechó la idea de recurrir a ellas. Cuando también falló un intento de electrocutar al picamaderos, los científicos llegaron a la conclusión de que era menester emplear medios más sutiles. A falta de un experto en aves, llamaron al entomólogo del Cabo, quien aconsejó poner una botella de anhídrido de carbono cerca de los huecos excavados. Mas al parecer esto sirvió a Tarugo de estimulante, pues siguió horadando.

Tuvieron lugar nuevas consultas, y se decidió buscar ayuda fuera de la base. Se preguntó a los directores de la compañía de luz y energía eléctrica de la Florida qué métodos usaban para evitar que los picama-

deros agujerearan los postes eléctricos. Aquéllos respondieron que aplicaban a los postes una mezcla de arsénico y creosota. Esta solución, empero, no se adhería a la resbaladiza superficie de aluminio de la envoltura del cable.

Cuando ya parecía que el carpintero se había constituido en la suprema autoridad del cabo Cañaveral, los ingenieros del espacio echaron mano de la inventiva por la cual son justamente famosos. Su plan era bien sencillo. Amarraron al cable, justamente debajo del orificio, una botella de aire comprimido a alta presión, unida por medio de un alambre a la sétima plataforma de la torre de lanzamiento. Cuando el desapercibido Tarugo se acercó a su agujero para dar comienzo a otra sesión de picoteo, los ingenieros se pusieron a contar:

—5-4-3-2-1... ¡Fuego!

Un chorro de aire a alta presión lanzó al picamaderos a gran altura en la atmósfera, en la misma dirección que toman todos los cohetes, es decir, hacia el este. Tarugo, asustado, se bamboleó un poco; se enderezó en seguida, emprendió vuelo y se perdió de vista. Nunca regresó. Los ingenieros del cabo Cañaveral, habiendo salvado así su buena fama, repararon el daño y lanzaron su cohete en la fecha prevista.



Entre asaltos

"No te preocupes", decía con aire de optimismo el apoderado al boxeador. "Si ese tío supiera boxear no tendría que pelear contigo".

—B. P.

Todo es
Nuevo
EN NOEL



Ahora también:

CARAMELOS SUPERFINOS



La adquisición de los más modernos equipos alemanes de elaboración le permite ahora a NOEL presentar el más fino surtido de caramelos rellenos con frutas, ácidos y con licores. Pruébelos, ya están en todas partes para llenar de gozo su paladar!

ALMENDRA - AVELLANA - NUEZ - SAMBAYON - FRUTAS: ANANA, FRUTILLA, DAMASCO Y NARANJA - CARAMELOS ACIDOS - RELLENOS CON LICOR

AHORA MAS QUE NUNCA...

GUIESE POR LA ESTRELLA



NOEL

COMEDIA ESTUDIANTEL

AL PROFESORADO de la Universidad Cristiana de Tejas se le invitó a que se familiarizase con las máquinas que economizan tiempo en la enseñanza y que habían sido instaladas en el recién fundado centro de computadoras. Se dieron cursillos especiales sobre su manejo y se realizaron algunos programas de investigación acelerada. Los profesores se manifestaron entusiastas, todos menos cierto veterano educador. Éste no sólo reprobó el curso en general, sino que en su primer ensayo, al pedir a la máquina que separase los nombres de los estudiantes por sexo, las tarjetas correspondientes salieron de la computadora en *tres* montones. — A. M.

EN LOS muros de la plazuela de la Universidad de Harvard han garabateado varias leyendas. Cualquier visitante que espere encontrar allí las frases usuales, "Pepe está enamorado de Lola", o "Toño es un miedoso", o aún otras de mal gusto, se sorprenderá al leer en su lugar: "Eloísa ama a Abelardo", "Tristán ama a Isolda", "Pedro es un vil neoclásico", y "Rogelio es un pobre aristotélico". — R. N.

MI SOBRINA, madre de cuatro activos muchachos, está estudiando

para obtener el título de profesora. Cada vez que he ido a visitarla últimamente, me ha asombrado encontrarla bajo un ruidoso secador de pelo; leyendo. Al oírme comentar sobre el particular, la madre de mi sobrina se echó a reír y me explicó: "No creas que se lava el cabello todos los días. Se limita a poner el secador en frío, y se lo coloca en la cabeza para estudiar. Así no la molestan los niños, ni la televisión, ni el tocadiscos, ni los otros ruidos de la casa". — A. R.

UN CONDÍPULO mío, con quien compartía la misma habitación, trataba de sacar, a altas horas de la noche, un hipotético balance para su clase de contabilidad del día siguiente. Había una diferencia de 1,32 pesos y no lograba encontrar el error. A las 3 de la madrugada, cuando me quedé dormido, él todavía seguía luchando.

Por la mañana lo encontré durmiendo profundamente, con una expresión de tranquilidad completa. Sobre el escritorio había dejado los papeles, a los cuales había prendido cuidadosamente con una grapa un cheque girado por él y una nota que decía: "Me doy por vencido. Aquí tienen sus miserables \$1,32". — S. S.



energía!
dinamismo!

*alegría
 de vivir!*

Las proteínas y vitaminas se transforman en energía, dinamismo, vida! Salchichas Francfort Swift, sanas, nutritivas, contienen las proteínas de la carne y vitaminas del grupo B.

SALCHICHAS FRANCFORT "DELICIA"

Preparar una salsa con aceite, cebolla y tomates picados; calentar en ella las Salchichas Francfort Swift; servir las acompañadas con rodajas de manzana fritas y repollo cocido y saltado en manteca.

Solicite a su proveedor

SALCHICHAS FRANCFORT



Swift

RICAS EN PROTEINAS Y
 VITAMINAS DEL GRUPO "B"

También Ud. puede lucir

CABELLO SANO Y ABUNDANTE



PANTEN contiene la vitamina específica para el cabello, descubierta y fabricada por los mundialmente famosos Laboratorios Hoffmann-La Roche de Basilea, Suiza. PANTEN penetra hasta la raíz capilar, asegurando cabellos sanos y vigorosos. PANTEN tiene un perfume agradable.

Elimina Caspa y Seborrea

PANTEN

LOCION CAPILAR VITAMINIZADA



En tres tipos;
para cabellos
grasos, secos
y canosos.

A-3

VIENDO A BIONDI

Una suegra y su yerno en semanal tregua, riendo a carcajadas: están VIENDO A BIONDI. Un amargado por cuenta propia, agarrándose el costado en el que siente la puntada de la alegría desbordante: está VIENDO A BIONDI. Un prestamista rebajándole los intereses a sus deudores: está VIENDO A BIONDI. El conductor de la grúa municipal y un automovilista en un ambiente de amistosa hilaridad: están VIENDO A BIONDI. Porque VIENDO A BIONDI el buen humor le aplica un tremendo patapúfete a su avinagrado pariente, el mal humor, para colocarlo en la cosquilleante órbita de PEPE BIONDI,

TODOS LOS VIERNES A LAS 21.30 ★★★★★★★★★★

CANAL 13

ES UNA PRODUCCION DE PROARTEL *

HOY-REMATE

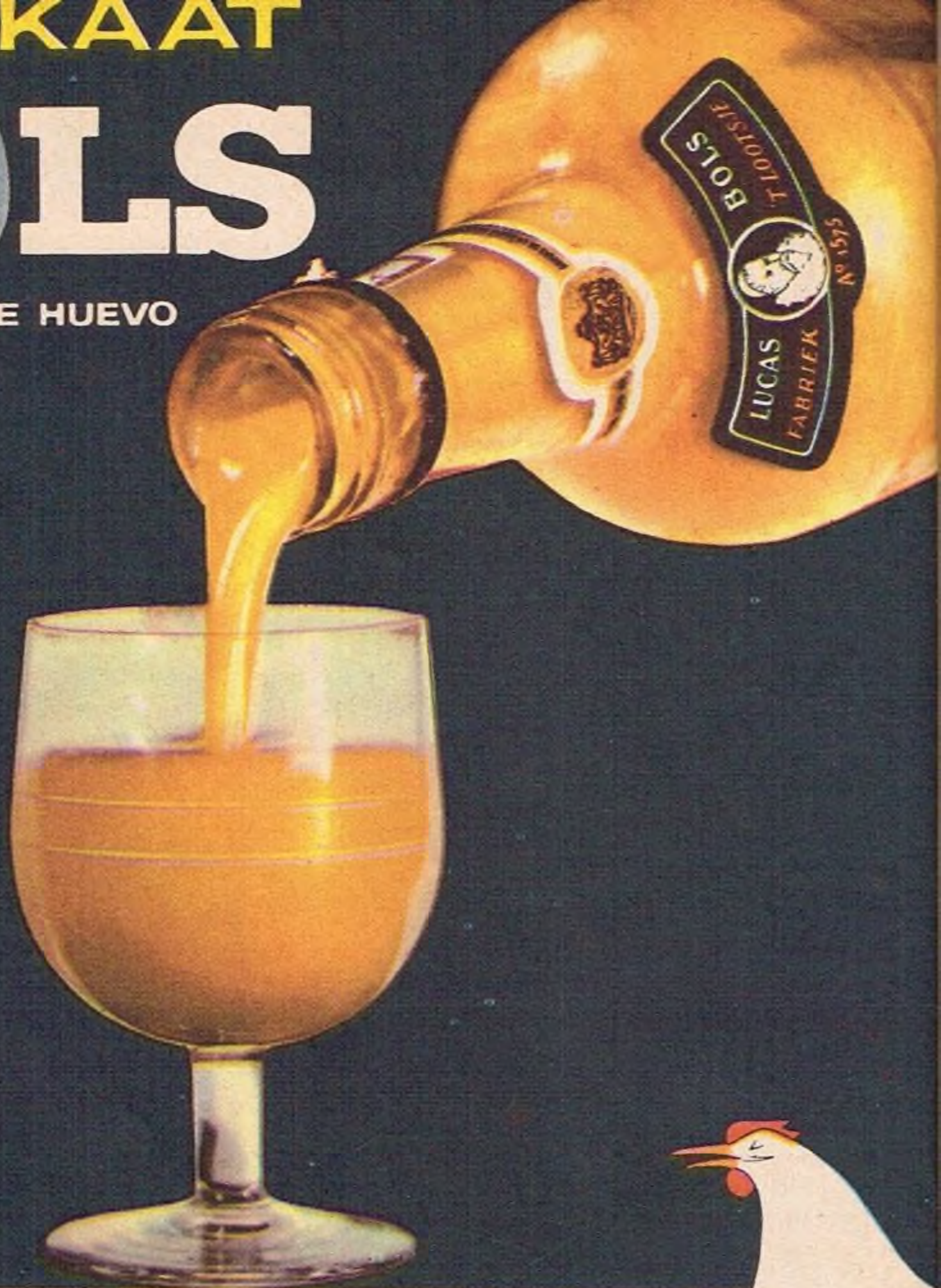
TRANVIAS, BUS
OBELISCOS, I



*Esta producción de PROARTEL se transmite en Canal 12, Córdoba, los Viernes a las 21.30 - Canal 8, Mar del Plata, los Jueves a las 21.30 - Canal 4, Montevideo, los Viernes a las 20.30.

ADVOKAAT BOLS

LICOR DE HUEVO



**NUTRITIVO!...
VIGORIZANTE!...
ESTIMULANTE!...**



EL LICOR DE LA
FAMILIA FELIZ!



Selecciones

del Reader's Digest

TOMO XLVI
No. 272

JULIO
de 1963

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto



¿Hay peligro de una guerra nuclear accidental?

Ante el temor universal de que una falla mecánica, electrónica o humana, pueda precipitar una catástrofe nuclear, es reconfortante conocer las medidas que se han puesto en práctica para impedirla.

POR DONALD ROBINSON

Condensado de "This Week Magazine"



LA GUERRA nuclear accidental es una posibilidad aterradora. El Presidente de los Estados Unidos ha hablado públicamente del peligro, y en una novela de mucho éxito se sostiene que es poco menos que inevitable. Por su parte, los delegados soviéticos ante las Naciones Unidas han proclamado a todos los vientos que los aviones de

bombardeo y los submarinos portadores de proyectiles teledirigidos de los Estados Unidos podrían fácilmente desencadenar la guerra por equivocación.

La verdad es otra: las precauciones de la fuerza aérea y de la marina norteamericanas son hoy tan eficaces, que no existe ni una probabilidad en un millón de que por falla de su equipo mecánico, electrónico

o humano, estalle el conflicto.*

Falsa alarma. No hace mucho tiempo ocurrió, efectivamente, una seria falla electrónica. Un día a las cinco de la mañana se interrumpieron súbitamente las comunicaciones entre el cuartel general del Mando Aéreo Estratégico (SAC) y el Sistema de Alarma Temprana de Projectiles Balísticos, de Tule (Groenlandia). El oficial superior que estaba de servicio en el puesto subterráneo de mando del cuartel general de SAC, en Omaha (Nebraska), despertó inmediatamente al comandante en jefe, general Thomas Power. No podía éste saber si la falla se debía a algún desperfecto del equipo, o si la base de Tule, con sus dos gigantescas estaciones de radar, había sido pulverizada por una bomba de hidrógeno soviética.

En seguida se suspendieron también las comunicaciones con el Mando de la Defensa Aérea de Norteamérica, situado en Colorado Springs, como si esta última ciudad también hubiera sido víctima de los proyectiles enemigos.

Power hizo lo único que podía hacer: poner instantáneamente so-

bre aviso a todas las bases del SAC y a todos los emplazamientos de proyectiles. En todo el mundo sonaron las sirenas, los bombarderos de reacción, cargados con bombas de hidrógeno, rodaron por las pistas en los aeródromos, y los operadores de los proyectiles corrieron a ocupar sus posiciones ante los tableros de mando.

Pasaron cuatro minutos de angustia mientras el cuartel general del SAC consultaba con sus diversos puestos, distribuidos alrededor del mundo, si había indicios de un ataque ruso, y los técnicos trabajaban febrilmente para restablecer las comunicaciones con Tule y con Colorado Springs. Por fin lo lograron, y se supo entonces que ambas instalaciones estaban intactas. La interrupción la había causado un daño electrónico. El general Power, aliviado, canceló la alarma.

Si se hubiera tratado de un ataque soviético, el SAC habría estado preparado, pero la verdad se supo en tan breve tiempo, que ninguno de sus aviones alcanzó a elevarse. Y no hubo ni el menor peligro de guerra accidental: el "Control Positivo" del SAC funcionó a la perfección.

El Control Positivo en acción. Como jefe del Mando Aéreo Estratégico, el general Power está facultado para ordenar a sus bombarderos elevarse si juzga inminente un ataque soviético, a fin de que no se los destruyan en tierra; pero no tiene autoridad para ordenar un ataque nuclear. Esto último sólo puede hacerlo el Presidente.

*Parece que el establecimiento de mutuas garantías pronto se convertirá en una realidad: en abril último, el delegado soviético a la conferencia de desarme que se celebra en Ginebra, accedió, en principio, a la propuesta norteamericana de establecer una "línea de alarma" entre Washington y Moscú. Tal línea (que consistiría probablemente en un circuito de teletipos entre algún puesto de mando en Washington y otro en Moscú) tendría por objeto evitar que se desatara una guerra nuclear a causa de un error de interpretación o de una falla en las comunicaciones.

En caso de un ataque a los Estados Unidos o sus aliados, se celebraría instantáneamente una conferencia telefónica entre el Presidente, el secretario de la Defensa, los jefes del Estado Mayor Conjunto, el comandante de NORAD (Mando de la Defensa Aérea de la América del Norte), el general Power y otros funcionarios. Si el Presidente resolviera lanzar un contraataque, impartiría sus órdenes a Power, órdenes que serían oídas por todos al mismo tiempo. Con frecuencia el Jefe de Estado y sus colaboradores ensayan sus papeles de emergencia, y Mr. Kennedy toma muy en serio estas prácticas, ya que hasta la fecha no se ha perdido una sola.

Muy completas son las precauciones que toma el SAC para evitar cualquier acto no autorizado, por parte de su propio personal. Todo avión portador de bombas nucleares es custodiado por centinelas armados, que no permiten a nadie acercarse siquiera al aparato a menos que vaya acompañado por lo menos de otra persona debidamente autorizada. Todos tienen que mostrar sus credenciales del SAC. El general Power dice: "Nos aseguramos de que ningún piloto pueda en ningún caso volar por su propia iniciativa".

Para evitar cualquier posible error cuando se ordena una alarma, el sistema de Control Positivo tiene cinco etapas:

1. La orden de alarma, que indica cuál de los diversos planes de guerra se va a poner por obra, y

qué blancos se van a atacar, se envía directamente, en clave, desde el cuartel general del SAC a todos los puestos de mando, y en cada una de estas unidades varios oficiales de alta graduación deben descifrar independientemente el mensaje, cotejar su versión los unos con los otros, y autenticarla, antes de que los bombarderos puedan remontar el vuelo.

2. Mientras tanto, las tripulaciones corren a ocupar sus puestos en los aviones. El oficial encargado de las claves de la unidad es en este momento el eje de la situación. Entrega las claves del día a tres miembros de la tripulación de cada aparato.

Estas claves se cambian todos los días (y a veces cada hora) con el fin de impedir que las descifre el enemigo. El SAC siempre está en guardia contra la posibilidad de que una tercera potencia (por ejemplo, la China comunista) trasmita por radio falsos mensajes a los bombarderos norteamericanos con la intención de provocar una guerra entre los Estados Unidos y la U.R.S.S.

3. En cuanto suben a bordo de sus aviones, los pilotos ponen en marcha los motores y esperan instrucciones que debe transmitirles por radio el puesto de mando de la unidad.

4. Si se les ordena levantar el vuelo, los bombarderos de reacción ruedan por las pistas y se remontan en el aire. Cada uno vuela en dirección hacia un blanco enemigo determinado, pero no puede acercarse

siquiera al territorio enemigo sin haber recibido nuevas órdenes. Para cada aparato se ha fijado de antemano un punto de Control Positivo, más allá del cual no puede pasar hasta que reciba un mensaje cifrado del SAC en que se le diga "Adelante". Esta es la parte más importante del sistema, pues si no recibe tal autorización, regresa automáticamente a su base.

5. La última disposición del sistema de Control Positivo se refiere al mensaje de "Adelante". No existe ninguna fabulosa cajita negra ni ningún otro dispositivo mecánico capaz de desvirtuar tal mensaje. La orden siempre se imparte verbalmente, por radio, y se necesitan tres personas para descifrarla, de modo que no existe la posibilidad de que un solo individuo, por error o deliberadamente, haga creer a sus compañeros que han recibido la orden de "Adelante" cuando esto no es cierto, ni puede tampoco un avión transmitir una orden falsa a otro durante el vuelo.

¿Qué ocurriría si un piloto se volviera loco y resolviera lanzar una bomba sobre Rusia, sin tener órdenes para ello?

Que no la podría lanzar, porque se necesitan por lo menos tres hombres para manejar un bombardero del SAC, y cada uno de ellos tiene que ejecutar individualmente ciertos actos para armar los dispositivos nucleares.

Lanzamiento en 32 segundos. El control de SAC sobre sus proyectiles es más riguroso todavía. Y tie-

ne que serlo, puesto que, a diferencia de lo que ocurre en el caso de un avión, al proyectil balístico no se le puede ordenar que regrese a su base una vez que se ha lanzado.

Todos los poderosos proyectiles balísticos intercontinentales del SAC (el "Atlas", el "Titan" y el "Minuteman") están equipados con dispositivos electrónicos de operación que casi pueden considerarse inmunes a todo riesgo. Véase, por ejemplo, el "Minuteman", cuyo sistema es típico.

Es éste un proyectil termonuclear de combustible sólido, con un alcance de más de 11.000 kilómetros, que puede lanzarse en 32 segundos. Un hombre solo, sin embargo, no puede lanzarlo. Se necesitan dos en el centro de control y deben hacer funcionar simultáneamente ciertos conmutadores.

Para prevenir la posibilidad de que uno de los dos dé al otro un golpe que lo deje inconsciente, y proceda a disparar el proyectil sin tener órdenes para ello, la fuerza aérea ha tenido la precaución de instalar los dos conmutadores tan lejos el uno del otro, que sería físicamente imposible para una sola persona mover ambos al mismo tiempo.

Además, el comandante de la escuadrilla de proyectiles tiene que dar su consentimiento, por medios electrónicos. No se puede lanzar un "Minuteman" sin que el respectivo puesto de mando, situado a 50 kilómetros de distancia, haga funcionar también sus conmutadores. Y

el cuartel general de SAC tiene que transmitir una orden cifrada y debidamente autenticada, requisito sin el cual no es posible efectuar el lanzamiento de ninguno de sus proyectiles, en ninguna parte del mundo.

El sabotaje se puede descartar. Todo proyectil del SAC es vigilado constantemente por dispositivos electrónicos y por televisión de circuito cerrado.

El mortífero "Polaris". Igualmente diligente se muestra la marina de guerra en el control de sus fuerzas. Ningún submarino de los Estados Unidos puede disparar uno solo de sus 16 mortíferos "Polaris" mientras no haya recibido el mensaje cifrado de "Adelante" que debe transmitirle el comandante en jefe de la escuadra del Atlántico. Tres oficiales —el capitán del barco, el primer oficial y el oficial de comunicaciones— deben descifrar independientemente este mensaje y luego verificarlo. A los jefes del Estado Mayor Conjunto se les informa instantáneamente de cualquier orden de "Adelante" que haya dado el jefe de la escuadra, y si la orden no ha sido autorizada, el Estado Mayor tiene aún tiempo para revocarla.

Para poder disparar, es preciso ejecutar diversos actos secretos en secuencia perfecta. No puede hacerlo por sí mismo el oficial de control de fuego, que se sienta ante una gran mesa llena de luces y cuadrantes. También el capitán tiene ante sí un tablero en que hay un gran botón rojo marcado "Fuego", y cuando el conteo llega a cierto pun-

to, debe sacar una llave para abrir el tablero y poder empujar el botón.

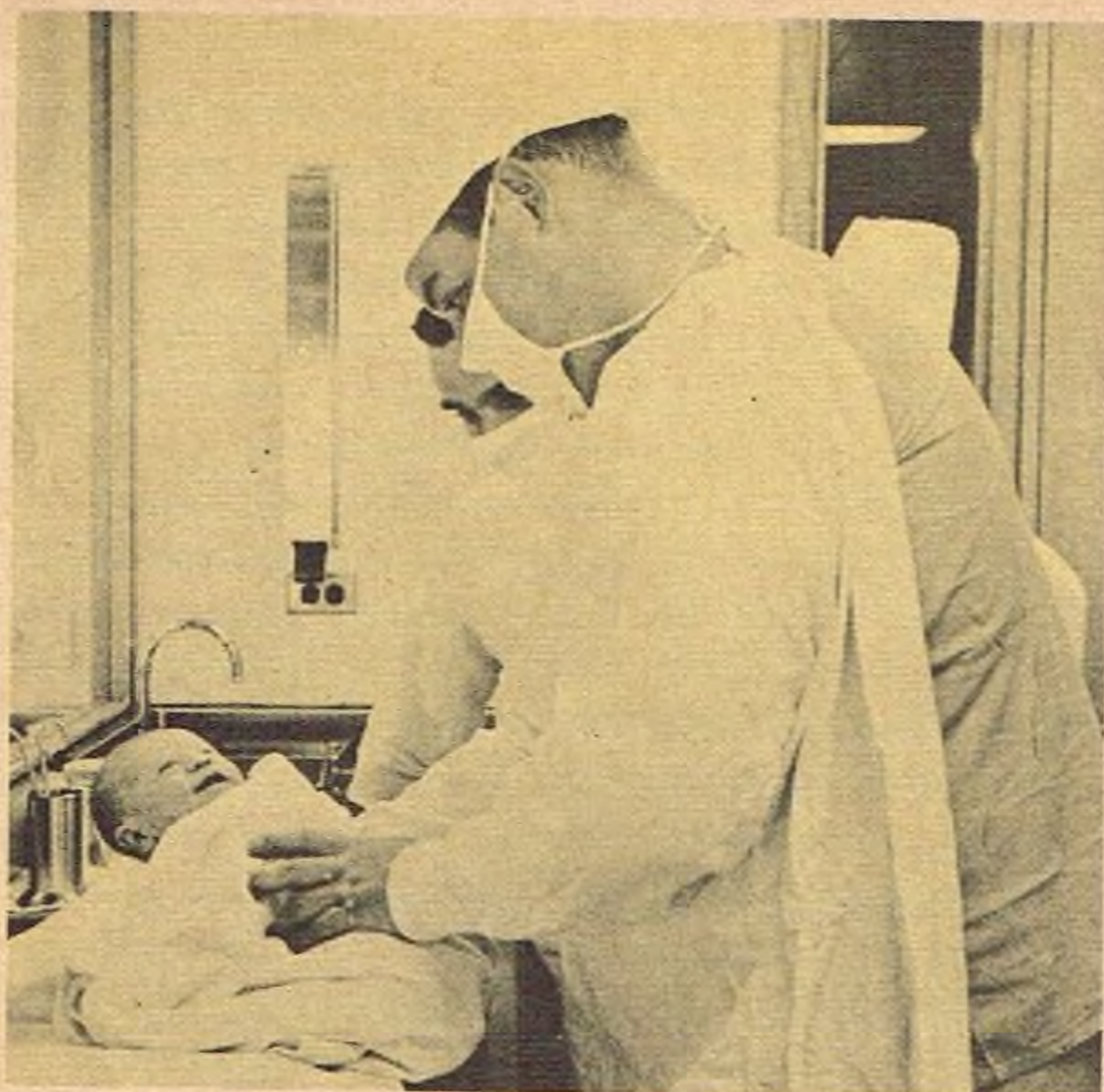
No es posible disparar un "Polaris" por equivocación. El sistema electrónico es aditivo, de suerte que si ocurre una falla en cualquier punto, automáticamente se suspende toda la operación.

Ojo al personal. El SAC dedica la más minuciosa atención a la estabilidad emotiva de su personal. A todos los vigila tanto en el trabajo como en su vida privada y se interesa por sus problemas matrimoniales, sus deudas, en fin, todo cuanto pueda influir en su comportamiento. Se les hace un examen psicológico cuando entran en el servicio, y después, a intervalos regulares. A ningún oficial o aviador que muestre síntomas de inestabilidad emocional se le destina a actividades relacionadas con las armas nucleares.

La marina también pesa los factores emocionales antes de destinar a un individuo a un submarino "Polaris", y cuando el barco se hace a la mar, lleva siempre a bordo un médico siquiatra.

El Control Positivo del SAC y las salvaguardias de la armada han demostrado una eficacia perfecta durante los últimos 16 años. Pese a los rumores que se han hecho circular al respecto, ni un solo proyectil de los Estados Unidos se ha disparado jamás por accidente, ni uno solo de sus bombarderos ha remontado el vuelo por equivocación. El general Power dice: "Ojalá que la Unión Soviética tenga un sistema tan bueno como el nuestro".





24 horas de la vida de un ginecólogo

POR EVAN McLEOD WYLIE

Condensado de "Good Housekeeping"

La jornada de este joven médico revela la abnegación, habilidad y resistencia que se requieren para ejercer una de las ramas más rigurosas de la medicina.

DE PRONTO el amortiguado repiqueteo de la campanilla del teléfono se unió al ruido persistente del granizo, que golpeaba contra las ventanas de una granja situada en Palatine (Illinois). Eran las 3:10 de la madrugada, mas para el Dr. Richard Howell, ginecólogo y tocólogo de 35

años y padre de ocho niños, el día había comenzado.

El médico alzó el aparato, colocado junto a su cama, cuando sonaba por segunda vez.

—Habla el Dr. Howell —dijo en voz baja.

—Los dolores se hacen cada vez más fuertes y frecuentes; entre los dos últimos sólo pasaron ocho minutos —le respondió una joven con voz ansiosa.

—Que su marido la lleve al hospital —repuso el médico—. Dígale que no se apresure demasiado; yo la encontraré en el piso de maternidad.

—Está por nacer un niño —agregó el médico, dirigiéndose a su esposa Betty, una esbelta rubia de 37 años—. Debo ponerme en camino.

—¿Oyes la tormenta? ¿Podrás llegar?

—Fácilmente.

—Bueno, no te olvides de recoger la nueva matrícula de mi automóvil esta mañana. Es el último día.

Mientras atravesaba los helados maizales de Illinois, el Dr. Howell repasó el caso en su imaginación como si tuviera ante sí su historia clínica: Señora Russell. Veinticinco años. Dos de casada. Segundo embarazo. En el primero sufrió un aborto a los tres meses. Éste ha sido perfectamente normal. Temores de la madre de perder al niño disipados gracias a frecuentes visitas a mi consultorio y conversaciones telefónicas.

Ya llegaba a su destino. En Arlington Heights, el Hospital North-

west Community, cuyo conjunto tiene la forma de una L, se alzaba luminosamente entre los copos de nieve arrebatados por el viento. Aun a esa hora temprana, reinaba gran animación en la sección de maternidad (situada en el segundo piso) donde el año anterior él y otros diez ginecólogos habían traído al mundo 1600 niños.

—Buenos días, Dr. Howell —le dijo la enfermera recepcionista—. La señora Russell está en la sala de partos No. 3.

—Iré en seguida —repuso.

Estrechó la mano del joven esposo de su paciente, que aguardaba en la sala de espera, y entró apresuradamente en el vestuario para cambiarse de ropa. Se puso unos pantalones blancos, una bata blanca de mangas cortas y unos zapatos también blancos con suelas aisladoras. Salió de allí transformado de ciudadano corriente en facultativo.

En la sala No. 3, en una cama aislada por un biombo, yacía una joven trigueña, que lo miró con ojos dilatados por el temor. Tilly Blades, la enfermera nocturna a cargo de la sala de partos, escuchaba, con ayuda de un estetoscopio, las palpitaciones del corazón de la criatura por nacer.

—Buenos días —dijo el médico jovialmente—. ¿Cómo está la futura mamá, Tilly?

—Muy bien, doctor. Tiene favorables contracciones, aproximadamente cada cinco minutos. Y el corazón funciona normalmente; a razón de unos 144 latidos por minuto.

—Todo parece marchar a la perfección —comentó el tocólogo.

Con la mano derecha palpaba el abdomen de la parturienta mientras con la izquierda, protegida por un guante de caucho, exploraba suavemente la región pelviana. Advirtió que el cuello uterino se estaba ablandando convenientemente y pudo darse cuenta de que la cabeza del niño, ya muy baja, iba introduciéndose en el estrecho pasaje entre los huesos ilíacos.

—Nancy, recuerde usted todo lo que hemos hablado acerca de este parto —dijo a la joven suavemente pero con firmeza—. Mucho depende de que deseché usted sus temores. Voy a darle un sedativo para que se sienta mejor. Cuando las contracciones se presenten, afloje el cuerpo; si le invade el sueño, no lo resista. Las enfermeras la acompañarán, y yo estaré aquí cerca, en el corredor.

La joven le sonrió con esfuerzo.

A un lado del corredor, en el pequeño salón de descanso destinado a los médicos y enfermeras, sonaba el teléfono. El Dr. Howell tomó el aparato.

—Habla Bill Sinclair, doctor. Siento molestarle a esta hora, pero mi mujer sigue vomitando. Hemos estado despiertos toda la noche, y ella se figura que tiene cáncer o algo así.

—Su mujer no tiene cáncer, Bill. Pero se va a deshidratar. Es mejor que la traiga al hospital. La tranquilizaremos, como la vez anterior.

El Dr. Howell colgó el auricu-

lar. Mientras bebía una taza de café, se puso a reflexionar sobre el caso de la señora Sinclair. Diagnóstico: hiperemesis; vómitos continuados. Todos los análisis negativos. Esa señora se resistía a verse encinta. Ya tenía tres hijos pequeños y no quería echarse otra carga encima. Las medicinas que se le dieran en su casa no remediarían sus vómitos, pero en la clínica, lejos de niños y quehaceres domésticos, se repondría rápidamente.

La enfermera de partos se asomó a la puerta.

—Las contracciones de la señora Russell se repiten cada tres minutos. La dilatación es casi completa.

Cuando el médico terminó de lavarse las manos y de ponerse el gorro y la mascarilla, las enfermeras nocturnas dirigidas por Tilly habían colocado ya a la parturienta en la mesa de partos. La sala de baldosas verdes estaba brillantemente iluminada. El anestesista, Dr. Herbert Natof, se había instalado ya en su taburete, a la cabecera de la paciente, y comprobaba los manómetros de su batería de cilindros de gas, verdes, azules y anaranjados. Nancy Russell yacía de espaldas; la parte superior de su cuerpo aparecía cubierta con una sábana azul que le llegaba hasta el cuello. Un gorro ocultaba los rizos de la joven, que tenía las piernas envueltas, sostenidas en alto por dos estribos. Sus hombros descansaban en gruesos almohadones de caucho esponjoso; se le habían atado los brazos, pero conservaba las manos libres.

—¿Dónde está el Dr. Howell?
—preguntaba insistentemente con voz opaca.

—A su lado, Nancy —repuso él con acento tranquilizador, a la vez que estiraba los brazos desnudos para introducirlos en las mangas de la bata blanca y esterilizada que le presentaba la enfermera y le cubría hasta las rodillas. Después tomó de una bandeja los guantes de caucho. Se sentó en un pequeño banquillo de metal y lo hizo rodar hasta quedar entre los muslos de la parturienta, levantados por los estribos y envueltos en paños azules. Metódicamente sujetó al paño que cubría el muslo izquierdo de su paciente las pinzas hemostáticas para el cordón umbilical, otras para esponjas y las tijeras, a fin de tenerlas todas al alcance de la mano.

—¿Me oye usted, Nancy? —preguntó con voz amortiguada por la mascarilla.

—Sí —respondió ella vagamente.

—Va usted muy bien, lo mismo que el niño. Cuando sienta venir la próxima contracción, aspire profundamente, retenga el aire y empuje hacia abajo tan fuertemente como pueda. El Dr. Natof le dará suficiente anestésico para que no le duele mucho.

—¡Oh, ya viene! —exclamó de pronto la paciente.

—Muy bien. Empuje usted, Nancy. ¡Con todas sus fuerzas!

Bajo las luces brillantes, el pálido rostro de la joven, contraído por el esfuerzo, mostraba una curiosa expresión de intensa concentración.

Con sus finos dedos, de blancos nudillos, asía las relucientes manijas cromadas de la mesa de partos.

—El coronamiento se presenta muy bien —dijo Howell a sus ayudantes.

Su diestra buscó automáticamente las tijeras. Cuando se trata de una primeriza, no se puede esperar que el perineo se dilate más de lo que ya se había dilatado el de esta paciente sin que se desgarran los tejidos. El Dr. Howell efectuó una corta incisión en la vulva, y de pronto apareció la cabecita, empapada, con el rostro arrugado y los ojos fuertemente cerrados. El médico hizo la rápida inspección habitual. El cráneo del niño era normal; metiendo con presteza un dedo en la boca del bebé, Howell advirtió que no había uranosquisma alguno. El cordón umbilical no se había enredado al cuello.

—¡Dios mío! —gimió Nancy al sufrir otra contracción.

—¡Eso es, muchacha! —exclamó Howell.

Apareció el pequeño hombro derecho. El médico lo asió con cuidado para ayudarlo en su movimiento natural de rotación bajo el hueso pelviano de la madre. Pronto, en un avance continuo, surgió todo el cuerpecillo gomoso: torso, brazos, caderas, piernas. Nancy Russell había dado a luz su primer hijo, un varón.

“¿Cómo es posible que la criatura salga toda entera?” se le pregunta al médico constantemente.

Para comprender de verdad tal

diato, pero no hay duda de que se ha iniciado —dijo a la señora Michaels—. Esta vez procuraremos facilitarle el trance. Vaya al hospital. Allí la puedo tener en observación y hacer lo posible por aliviarla.

Sus pacientes se sucedían. El médico trabajaba con rapidez. Sus dos enfermeras, anticipándose a sus deseos, preparaban a las pacientes para el examen y permanecían cerca, prontas a prestarle ayuda.

Como de costumbre, muchos de los problemas que encaraba nada tenían que ver con el embarazo. Un ginecólogo abarca todas las enfermedades femeninas. Ese día, como los demás, le vendrían con jaquecas y dolores de espalda, hallaría un tumor fibroide que requeriría ser extirpado, y sabría de menstruos suspendidos, excesivos, dolorosos o irregulares.

La enfermera secretaria apareció en la puerta.

—Con su permiso, doctor. El marido de la señora Burton llama por teléfono. Dice que su mujer tiene contracciones cada siete minutos.

—¡Siete minutos! ¿Por qué la señora no me avisó con más anticipación?

—El señor dice que su esposa quiso arreglarse el cabello antes de salir para el hospital.

El Dr. Howell se había levantado del taburete en que se sentaba para examinar a sus enfermas y ya se quitaba los guantes de caucho.

—Pues dígame que se olvide del peinado y que salga en seguida. Yo iré al hospital a recibirla.

Al cruzar rápidamente la sala de espera, les dijo a sus pacientes:

—Sigan hojeando esas revistas, señoras. Voy a recibir a un niño, pero volveré pronto.

Las señoras lo miraron, sonriendo. Mientras tuvieran confianza en que él estaría a su lado cuando les llegara el turno, sabrían aguardar.

El médico subió a su automóvil, en el patio cubierto de nieve, y tomó por la carretera, rumbo al hospital. Tratándose de un tercer parto, es imposible prever la rapidez con que ocurra.

En el vestuario del piso de maternidad, por tercera vez en ese día, se vistió el traje blanco. Ya su paciente estaba en la antesala de partos.

—¿Es varón o mujer? —preguntó el médico, chanceándose, mientras comenzaba el examen.

—Será un varón, doctor —afirmó la señora Burton con aplomo—. Pero ¿a qué viene tanto apuro? Yo sé que el niño no llegará todavía; por eso no le avisé antes.

—Fue una suerte que no decidiera usted hacerse una permanente —repuso el médico, sonriendo—. El bebé llegó ya. Llévela a la mesa de partos, Betty.

La enfermera a cargo del piso se lanzó en demanda de sus colaboradoras:

—Es una multípara. ¡Dense prisa!

Gran actividad reinaba ya en el corredor. Mientras el Dr. Howell se lavaba las manos, a espaldas suyas pasó la camilla, y cuando el mé-

dico entró en la sala de partos, ya las enfermeras se afanaban en torno a la mesa, preparando a la parturienta. Tres minutos después nació una criatura del sexo femenino.

Quitándose la bata esterilizada, Howell echó por el corredor para ir a ver a Bárbara Michaels, la señora cuyos anteriores partos habían sido tan difíciles.

—No ha adelantado gran cosa, doctor —le dijo la enfermera.

El médico confirmó la dilatación limitada del cuello uterino, escuchó los latidos del corazón del niño, todavía normales y fuertes, y decidió que la parturienta siguiera descansando.

Una vez más se puso la ropa de calle y volvió a su consultorio. Sonriendo a las clientes que esperaban, les dijo:

—Acabamos de traer al mundo una hermosa niñita. Les doy las gracias por su paciencia. ¿A quién le toca?

Cuando la última de sus pacientes hubo salido del consultorio, Richard Howell tomó de su escritorio una gran caja de bombones y se dirigió a su casa a cenar. Al llegar, suspiró:

—¡Caramba, me olvidé de esa condenada matrícula!

Entró quedamente y se detuvo a contemplar un cuadro que a veces le parecía increíble aún: el de sus ocho hijos, sentados en torno a la gran mesa de la cocina, de paredes cubiertas de cedro: desde Julia, la mayor, de 13 años, hasta, pasando por cuatro niñas más y dos varones,

Nancy, la pequeña, que acababa de cumplir los tres años.

Howell avanzó entre el bullicio de los niños, se acercó a su mujer, que vestía pantalones para esquiar y suéter y se ocupaba activamente en poner unos pedazos de pollo en una fuente, la besó y le dio la caja de bombones. Ella sonrió, complacida, y luego, con femenino sentido práctico, le preguntó si le había traído la matrícula del automóvil.

—¡Me multarán! —se lamentó luego—. Bueno, ¿cuántos niños trajiste hoy al mundo?

—Dos, hasta ahora. Todavía me espera otro.

Una vez terminada la comida, el Dr. Howell apuró su café y se puso el abrigo. Era hora de hacer la visita nocturna al hospital. Y entonces ya sería el momento de que Bárbara Michaels diera a luz a su bebé.

La hoja clínica que las enfermeras habían llevado y el examen hecho por el propio médico confirmaron los escasos progresos que hacía Bárbara.

—Su niño está bien, pero la dilatación es sumamente lenta —dijo el Dr. Howell a la paciente.

—¿Ya se va usted, doctor?

—No diga tonterías. Me estaré aquí a su lado y la ayudaré a recibir a su niño.

Sentado en el borde de la cama, sintió que la fatiga de las últimas 20 horas lo agobiaba. Quizá pudiera descansar un poco en el dormitorio de los médicos.

—Disculpe, doctor —interrumpió

una enfermera—. Acaba de llamar la sección de urgencia. Se ha presentado un caso de aborto incompleto; parece haber hemorragia.

—¿Dónde está el médico de la enferma?

—En Chicago. Ella se encuentra aquí de visita.

—Bajaré en seguida. Avise al laboratorio; que hagan a la enferma un recuento sanguíneo y determinen su tipo de sangre. Prepárense para hacer transfusiones. Llame a la sala de cirugía.

Advirtiéndolo, al ver a la paciente, una situación crítica, un resurgimiento de energías disipó su cansancio. La mujer era una rubia delgada de cerca de treinta años; se hallaba mortalmente pálida, tenía las mejillas hundidas y la piel fría y viscosa, y sangraba abundantemente.

—La llevaremos a la sala de cirugía, señora —le dijo el médico—; le daremos un poco de gas y haremos que se reponga en seguida.

—Mi corazón, doctor —murmuró ella débilmente—. El año pasado me operaron. Mi marido le dará los detalles.

Por la descripción de éste, el Dr. Howell dedujo que se había operado a su mujer para curarle una válvula defectuosa. El ginecólogo dio instrucciones a las enfermeras.

—Avisen a cirugía que tendremos que efectuar un raspado de útero. La enferma es cardíaca y necesitaremos un cardiógrafo portátil.

Desde el teléfono del piso llamó al Dr. Robert Kloempken, cardió-

logo del hospital, que estaba en su casa, y le explicó:

—Le hablo desde el hospital. Tenemos un caso de aborto incompleto en la sala de urgencia. La enferma padece una hemorragia, y será necesario hacerle un raspado. Lo peor es que se trata de un caso cardíaco. ¿Puede usted venir a ayudarme?

—Estaré allí en unos diez minutos —repuso Kloempken.

Howell se estaba poniendo gorro y mascarilla cuando llegó su colega. El personal de la sala de operaciones había dado comienzo a la transfusión. También había llevado un electrocardiógrafo portátil y conectado ya los electrodos a las muñecas y tobillos de la paciente. Un punto amarillo danzaba y giraba desordenadamente en la pantalla visual, mostrando una gráfica continua del funcionamiento del corazón.

Kloempken observaba aquel punto cuidadosamente.

—Su estado es bastante grave. Tendremos que esperar unos minutos, Richard, antes de que pueda usted comenzar. Tendrá que emplear anestesia local.

Tomó el estetoscopio que la enfermera le ofrecía y se inclinó sobre la enferma. Howell, mientras se lavaba, oyó que el anestesista decía:

—Su presión arterial no me gusta. Sigue descendiendo.

—En mi opinión —repuso Kloempken— las irregularidades del pulso se deben sólo a la pérdida de sangre y no a nueva afección del

corazón. Hay que hacerle otra trasfusión en seguida.

Rápidamente aplicó un segundo frasco de sangre al otro brazo de la enferma. El anestesista examinaba con atención sus manómetros.

—No hay presión sanguínea... ¡Ha dejado de respirar! —añadió ansioso.

—Ayúdenos, Richard —dijo Kloempken con serenidad.

Howell se dirigió apresuradamente al aparato de trasfusión y comenzó a oprimir la perilla de caucho. Sangre nueva fluía dentro del cuerpo de la enferma a la presión máxima.

—Prosigan; el corazón responderá —afirmó Kloempken.

Los médicos estrujaban rítmicamente la pera de caucho, y sus ojos iban de la paciente al punto amarillo, cuyo desordenado subir y bajar comenzaba a disminuir.

—Está reaccionando —dijo Kloempken—. Bueno, Richard, ya puede usted empezar.

Ya la enfermera tenía dispuestos guantes limpios. Howell se los puso, tomó asiento en el taburete bajo y dio principio a su labor, rasgando los residuos de tejidos fetales, a fin de contener la hemorragia. La ansiedad que se había apoderado del grupo desaparecía.

Cuando terminaron eran las 3:20 de la madrugada. El Dr. Howell se dirigió al piso de maternidad y halló a Bárbara Michaels presa de gran agitación, bañada en sudor y completamente despierta.

—¡Juro que jamás volveré a pa-

sar por éstas! —exclamó, exhausta y enfurecida—. ¡Lo juro!

—La comprendo muy bien, Bárbara —replicó el médico—. No la haré esperar más tiempo.

Salió al corredor y ordenó a Tilly:

—Comience a preparar 1000 cc. de solución de pitocina.

De vuelta en la sala, agregó, después de determinar por sí mismo las contracciones.

—Me recostaré en esa camilla; luego procederemos al parto. Observe los tonos cardiacos y las contracciones, y llámeme dentro de 20 minutos.

Le pareció no haber reposado sino un instante cuando ya la enfermera lo llamaba.

—Los latidos han descendido a 100 y siguen bajando.

El médico se puso de pie, tratando de disipar las brumas del sueño.

—¿Y las contracciones?

—Nada buenas. Duran de 10 a 15 segundos.

—Lleven a la paciente a la sala de partos. Iré en seguida.

Una vez allí, inclinándose hacia la parturienta, le dijo:

—Ya es tiempo de que nazca ese niño, ¿no le parece, Bárbara?

Tomó asiento en su taburete e hizo un último examen. La posición del feto era bastante buena, pero el útero no colaboraba, ni aun bajo el efecto de la pitocina.

—Aumente la dosis a 20 gotas por minuto para apurar las cosas, y deme un juego de fórceps. ¿Cómo están los latidos?

—Descendieron a 80 —repuso Tilly.

Era indispensable extraer al niño, y cuanto antes.

—¡Ay! —se quejó Bárbara bajo el efecto de la pitocina—. ¡Ahora viene una contracción fuerte!

—Muy bien, eso es lo que necesitamos. Empuje ahora; apóyese en los estribos y empuje... como si estuviera remando en un bote.

El niño descendió un poco. El Dr. Howell tomó los fórceps bajos y los guió suavemente con la mano hasta situarlos sobre la cabeza. Momentos después apareció el infante, flácido, al parecer sin vida.

Sin perder tiempo, el médico sujetó el cordón umbilical con las pinzas, lo cortó y puso al niño sobre la mesa. Le despejó los conductos respiratorios y le introdujo un delgado tubo plástico por la boca y la garganta hasta la tráquea. Tilly se acercó con el cilindro portátil de oxígeno. El Dr. Howell tomó el extremo del tubo entre sus labios y comenzó a soplar suavemente.

Poco a poco, el diminuto pecho se fue inflando y desinflando. Le parecía oír aún lo que en su época de estudiante le decía su profesor: "No demasiado fuerte, Howell. Recuerde que no está inflando un glo-

bo. Esos tejidos pulmonares se desgarran fácilmente".

Al sentir que el cuerpecito inerte se estremecía por primera vez, sacó prontamente el tubo traqueal y dejó que Tilly dirigiera el chorro de oxígeno directamente a la boca del niño. De pronto se oyó un jadeo, los encogidos miembros infantiles se agitaron, y luego se produjo una respiración completa. El médico se volvió a sentar, aliviado, presa de la sensación de alborozo que le proporcionaba observar el milagroso don de la vida.

—Bárbara, ¿me oye usted? Acaba de tener una niña.

La madre consiguió volver la cabeza. Sus ojos distinguieron poco a poco a su hija.

—Es linda —murmuró—. ¡Muy linda!

Una vez extraída la placenta, el médico cruzó el corredor y entró en el salón de descanso, a la sazón desierto y débilmente iluminado por el alba gris de un nuevo día. Se dejó caer en una silla, puso sus iniciales en los documentos y certificados del hijo de Bárbara Michaels y luego escribió otra nota, ésta dirigida a sí mismo: "No olvidar esa matrícula".

Y se quedó dormido.

ESTE artículo fue preparado con el patrocinio de la Asociación Médica Norteamericana, como también del Colegio Norteamericano de Tocólogos y Ginecólogos. El Dr. Edward Hughes, presidente de este último, comenta: "El Dr. Howell, al permitir que él y su familia figurasen en este relato, ha prestado un verdadero servicio a la profesión médica y al público".



*¿Qué? ¿Saltar de un avión?
Parece mentira de lo que
es capaz una chica
con tal de llamar la atención*



Nunca hubo un paracaidista más asustado que yo

POR GLORIA EMERSON

NADIE, ni el más indulgente de mis amigos, diría que tengo condiciones para el deporte. Tardé cinco años en aprender a nadar como una rana. Un invierno tomé lecciones de esquí, y me vi en grandes apuros para mantener el equilibrio y doblar las rodillas; incluso

la menos empinada de las pendientes la bajaba rebotando.

Sin embargo, varias personas pueden atestiguar que el primero de mayo de 1959 salté con paracaídas. No, nadie me empujó, ni era tampoco que el avión se hubiera incendiado; no obstante, me arrojé desde

una altura de 700 metros sobre el tranquilo paisaje rural de Massachusetts. Esto sólo demuestra hasta dónde puede llevarlo a uno una naturaleza impulsiva.

Yo era reportera de la página femenina de un diario neoyorquino, y mi vida en tierra firme se había deslizado sin sorpresas hasta aquella mañana primaveral en que un amigo me telefoneó con objeto de hacerme una siniestra invitación para el fin de semana. Me propuso que, con otra pareja, fuéramos en automóvil a Orange (Massachusetts) donde nos arrojaríamos desde un avión. Tal privilegio nos costaría 30 dólares por persona.

Mi primera reacción fue echarlo a broma, pero Juan, mi amigo, dijo:

—María Rogers está dispuesta a hacer la prueba.

Estuve a punto de responderle que algunas mujeres harían cualquier cosa con tal de llamar la atención, mas él agregó:

—Esa muchacha sí que tiene temple.

Sin duda le gustaban las mujeres decididas, capaces de esquiar, bucear y correr en un automóvil deportivo sin prorrumpir en chillidos.

El viaje a Orange fue largo y melancólico. A la hora de la verdad, María Rogers se echó atrás y se quedó en casita fingiendo estar resfriada. Juan y su amigo Pedro charlaron gozosamente, hora tras hora, de paracaidistas que tenían la mala fortuna de caer en arenas movedizas o en el agua, que chocaban con los cables de alta tensión o caían en

carreteras atestadas de veloces automóviles.

A las 11 de la noche llegamos al hangar del Centro Deportivo de Paracaidistas donde había otros diez alumnos reunidos. Rápidamente se nos hizo vestir abultados overoles blancos, calzarnos unas botas que parecían grilletes y cubrírnos con un casco amarillo que me arruinó el peinado.

Jacques Istel, de 32 años e iniciador en los Estados Unidos del deporte de arrojarse con paracaídas, nos dio la bienvenida. Durante las dos horas siguientes las prácticas, instrucciones y ejercicios me tuvieron demasiado ocupada para que tuviese ocasión de cavilar. Istel explicó que eso de arrojarse con paracaídas no se limitaba a dejarse caer de un avión. Los iniciados abren los brazos y se lanzan en extático salto de cisne. Se trata de planear, girar y sumergirse libremente en el aire, utilizando el cuerpo como algún primitivo alerón para regir la velocidad y dirección de la caída. Luego se tira de la cuerda.

El paracaídas es un pabellón de 10 metros con una abertura que lo hace más fácil de dirigir. Se lo controla y manipula tirando de unas palancas de madera unidas a las correas posteriores, o "elevadores"; el tirón desvía el aire que escapa por un lado del pabellón, lo que hace girar el paracaídas y alterar el curso de su carrera. Puesto que éramos novicios, se nos darían ciertos paracaídas que, por medio de una cuerda atada al interior del avión, se

abren automáticamente unos cuatro segundos después del salto.

"Cuenten despacio: *un mil ... dos mil ... tres mil ... cuatro mil*, y entonces el paracaídas se abrirá", nos dijo Istel. "Si eso no ocurre, tiren de la cuerda de su paracaídas de reserva. Pero no se dejen dominar por el pánico. A menudo los novicios cuentan demasiado a prisa, y si los dos paracaídas se abren y enredan se verán ustedes en aprietos". Sentí un cosquilleo en la nuca: ¡se me erizaba el cabello!

Lewis Sanborn, joven y fornido instructor, nos enseñó cómo lanzarnos de un Cessna 180. Vuelto de cara hacia el motor, se puso de pie en el estribo de 30 centímetros que sobresalía de la parte inferior del avión y quedó asido del poste que soportaba el ala.

"Inclínense hacia adelante y apóyense en ese puntal", nos dijo. "Luego, impúlsense hacia atrás y hacia arriba con los pies para alejarse del aparato". Se hubiera dicho que se trataba de un delicado paso de baile.

Formamos un círculo en torno del instructor mientras éste se dejaba caer al suelo para enseñarnos cómo aterrizar. Al llegar a la altura de las copas de los árboles, o sea a unos 15 metros del suelo, hay que volverse de cara al viento. Debe uno abstenerse de mirar hacia abajo, pues de lo contrario, involuntariamente, atiesa el cuerpo y recoge los pies. En el momento del impacto hay que hundir el mentón, oprimir los codos contra los costados, torcer ligeramente el cuerpo, juntar rodillas y

pies, aterrizar sobre la punta de éstos y luego dejarse rodar por tierra.

"No se produce choque alguno", agregó al advertir la expresión de mi rostro. "No se hará usted el menor daño".

Cuando terminamos era la 1:30 de la madrugada, y debíamos saltar a las 7:30. Durante horas me revolví desasosegadamente en el lecho.

Llegó la mañana, como bien sabía yo que tendría que llegar. Me vestí, presa de desesperación, y me esforcé en vano por calmar el temblor de mi mano lo suficiente para ponerme carmín en los labios. El día estaba repugnantemente despejado y luminoso. En el aeropuerto nos alineamos para que nos pusieran los paracaídas. Nos revisaron los arneses tres veces. Luego, encogidos, nos sentamos en unos bancos a esperar que nos llamasen.

Juan se acercó para comentar que mostraba yo muy mal semblante. "No hay motivo para estar tan nerviosa. Tu paracaídas se abre automáticamente y llevas uno de reserva. Entonces ¿por qué te preocupas?" Yo lo miré despectivamente.

Cuando me llegó el turno, mi corazón latía tan violentamente que apenas oí pronunciar mi nombre. Me arrastré hacia el pequeño avión llevando 18 kilos de paracaídas a cuestas; me sentía hambrienta, vencida, y traicionada por la humanidad. "¡Ánimo!" me dijo el instructor jovialmente. Pero yo no tenía ánimo alguno; el pesado arnés me había privado de él.

Apenas el avión se elevaba por el cielo, intensamente azul, comencé a sentirme mal. Al aparato le habían quitado la puerta, y podía yo ver pasar velozmente nubes y franjas celestes. Por fin el instructor engancho la cuerda de mi paracaídas a una anilla que había en el interior del avión y ordenó al piloto que describiera círculos.

"Prepárese", me indicó. Pero ¿cómo prepararse para un momento así? Pensé en desmayarme, en suplicar; pero me fue imposible articular palabra.

"¡Vamos!"

Tambaleando, me aproximé a la puerta, sin atreverme a mirar hacia abajo. Me senté en el umbral y puse los pies en el estribo. Incliniéndome hacia la izquierda, me aferré al poste del ala con tal fuerza que me dolieron las manos. Cuando me puse de pie, el viento parecía desgarrarme la ropa y me punzaba los ojos. Estaba a punto de estallar en sollozos de arrepentimiento. En ese momento las mujeres normales se encontraban en tierra firme tomando el desayuno, haciendo proyectos para pasar un agradable fin de semana, mientras la lunática de mí se hallaba colgada del fuselaje de un avión, fustigada por un viento de 130 kilómetros por hora. La última orden del instructor me hirió en pleno pecho como puñalada:

"¡Salte!"

Para horror mío, obedecí. Dándome un fuerte impulso con las piernas, como rana asustada, me lancé al vacío, abrí los brazos... y cerré

los ojos. Pareciome que descendía por un vertiginoso declive. Adelanté un poco los brazos, y el ademán dio resultado. De pronto me pareció estar sostenida por un grueso colchón de caucho espumoso, y me sentí extrañamente jubilosa y tranquila, como si siempre hubiera deseado ser pájaro, y acabara por fin de aprender a serlo.

Mas entonces me embargó el pánico: ¡me había olvidado de contar! Comencé a murmurar: "Un mil..." cuando sentí que me tiraban de los hombros, y el cuerpo se me enderezó. Alcé los ojos, y al descubrir el amplio paracaídas anaranjado desplegado sobre mi cabeza, recibí la sorpresa más agradable de mi vida. Agarré los "elevadores" para mantenerme firme y miré hacia abajo: ríos, árboles, prados, casas... ¡La tierra seguía aún allí!

La suave brisa me acariciaba juguetonamente mientras contemplaba la inmensidad azul y escuchaba. Nada se oía, salvo el murmullo del aire que escapaba por las aberturas de la tela. Se me hacía difícil creer que iba cayendo a razón de cinco metros por segundo. ¡Era divertido!

El punto de aterrizaje, de 100 metros cuadrados de superficie y marcado por una gran cruz, quedaba muy a la derecha. Así la palanca izquierda y tiré con fuerza; el paracaídas efectuó un suave y rápido giro, y yo solté una risita. Pero me había impulsado en otra dirección; el viento parecía alejarme de mi destino. Tiré, pues, de la palanca derecha.

Ya aparecían las copas de los árboles. Los últimos segundos fueron una pesadilla. El suelo venía hacia mí precipitadamente, y parecía inevitable que diese yo en él con violencia. Calma, calma, me dije. Apreté los dientes y doblé ligeramente las piernas, aprestándome mentalmente para un golpe brutal. Aterricé y rodé por el suelo de costado, como en un desmayo fingido. La caída fue tan suave como si hubiera saltado de un cajón. Pero cuando me levanté, las piernas me temblaban.

Luego me dijeron que el descenso había tardado dos minutos y dos segundos, y me sentí defraudada, pues me pareció demasiado corto.

No hubo tiempo de jactarse. Istel reunió en un salón a sus alumnos y señaló rápidamente los errores de cada uno. Ciertamente, no me contaba yo entre los mejores, pero poco me importaba. Me sentía henchida de orgullo: era ya paracaidista, aunque novel.

Arrojarse con paracaídas constituye hoy un deporte muy popular,

no más peligroso que la natación o el esquí y probablemente mucho más emocionante. Cualquiera, o poco menos, puede practicarlo: el hombre de negocios, el ama de casa, el estudiante universitario, la secretaria.

En los Estados Unidos hay 400 clubs de paracaidistas con 15.000 miembros. En Francia, donde comenzó el deporte en la forma como ahora lo conocemos, los aficionados civiles efectuaron 75.000 saltos el año pasado. En agosto último, equipos de 25 naciones compitieron en Orange (Massachusetts) por el campeonato mundial, y en ellos había 38 mujeres, tan bonitas como las participantes en un desfile de modas. Unos 50.000 espectadores acudieron por ver a los paracaidistas hender el aire.

Pero por muchas que hayan de ser las personas que descubran la emoción de este deporte, yo habré establecido una marca que ya nadie me podrá disputar: la de haber tenido más miedo que ningún paracaidista del mundo.



Gazapos que pasan

EN UNA sección de noticias de la televisión: "*La Hora Decisiva*. Éste es el primer episodio de una serie que nos brindará cada semana una hora completa de enfermedades mentales".

DEL *Advocate*, de Barbados (Antillas Británicas): "Desde ahora hasta fines de agosto todos los avisos de nacimientos y decesos se publicarán sin costo alguno. No deje de aprovechar este servicio gratuito".



Soldados unionistas

LA EPOPEYA DE GETTYSBURGO

POR BRUCE CATTON

*Condensado del libro "This Hallowed Ground"**

FINALIZABA el mes de junio de 1863 cuando los gobiernos de Washington y Richmond, lo mismo que el pueblo, tanto del Norte como del Sur, volvieron los ojos a la pequeña población y mercado de Gettysburgo, en las ondulantes colinas de Pensilvania. En medio del bochornoso calor del verano y las espesas polvaredas de los caminos destrozados, dos ejércitos rivales, sin propósito deliberado pero como si una atracción irresistible los llevara, convergían sobre esa encrucijada de todas las rutas, señalada en el mapa apenas con un punto. Lo

que allí iba a suceder estaba destinado a perdurar en la memoria de los norteamericanos.

Los tres días de la batalla de Gettysburgo fueron una explosión de tormenta, fuego y terror que habían de convertirse en símbolo de todos los errores y todo el heroísmo de la guerra desencadenada en torno a la gran tesis de la unión. Y sin embargo —tal fue el extraño sino de los que allí pelearon— su significado no habría de comprenderse enteramente hasta después de la contienda. Entonces se vio claro: en Gettysburgo la Confederación co-



Soldados confederados

rrió en grande el albur, se jugó el todo por el todo, por su sueño de existencia independiente, sueño ya condenado al fracaso en los últimos y más trágicos momentos de la batalla. Más tarde esa acción se vería como el foco de toda la guerra, y de ahí en adelante la historia de los Estados Unidos sería distinta.

Desde hacía dos años el país se hallaba envuelto en la neblina bélica. Ejércitos enemigos habían reñido muchas batallas en muchos lugares, de tal manera que en toda tranquila aldea y en toda gran ciudad se sabía lo que significaban

La batalla decisiva de la guerra civil norteamericana, cuyo primer centenario se conmemora este año, selló la unión irrevocable de los Estados Unidos contra toda amenaza de separatismo y disolución.

nombres como Antietam y Bull Run. En la primavera de 1863 la derrota de la Confederación (a pesar de su brillante triunfo sobre el ejército unionista del Potomac en Chancellorsville) empezaba a perfilarse en Misisipí y en Tenesí.

En el río Misisipí el ejército norteño del general Ulises Grant ponía sitio a Vicksburgo, llave del rico imperio sureño que se extendía al oeste. Mientras aquella ciudad resistiera, la Confederación dominaba un trayecto de 300 kilómetros del río, desde Vicksburgo aguas abajo hasta Baton Rouge en la Luisiana, y por allí podía transportar valiosos suministros del Oeste: caballos y ganado vacuno de Arkansas, municiones llevadas a los puertos tejanos en buques que burlaban el bloqueo impuesto por el Norte contra el litoral de la Confederación.

Dentro del gran semicírculo de Grant, habían quedado atrapados e impotentes 31.000 sureños; y fuera de él, un ejército inadecuado de la Confederación buscaba en vano algún medio para romper el cerco. Si no recibía refuerzos del ejército de Virginia Setentrional, Vicksburgo estaba condenada a caer, y entonces la Confederación quedaría cortada en dos secciones y su línea

vital de abastecimientos a través del Misisipí se vería rota para siempre. El río se convertiría en una arteria federal; el campesino de Illinois podría otra vez enviar su trigo al mundo exterior tal como si no hubiera habido guerra.

En el Norte, la derrota de Chancellorsville humilló al ejército unionista del Potomac pero no lo inutilizó. A la vuelta de un mes o un par de meses los federales volverían a estar preparados para repetir la invasión de la asolada Virginia; y un triunfo unionista allí significaría para el Sur la pérdida de Richmond, su capital, con el valiosísimo parque que en ella se guardaba.

El general Roberto Lee, comandante en jefe del ejército de Virginia Setentrional, tenía la costumbre de triunfar y gozaba de prestigio abrumador. Hizo ver a sus copartidarios que la pérdida de Richmond equivaldría a perder rápidamente la guerra, en tanto que en el Oeste el desenlace final vendría más lentamente. Sostuvo, pues, que en lugar de mandar refuerzos a Vicksburgo, era preferible proteger a Virginia mediante una invasión al Norte. Una victoria sureña más allá del río Potomac convencería a los

del Norte, ya cansados de la guerra, de que la Confederación no sería jamás vencida, y aun podría lograr que Francia e Inglaterra le otorgaran el reconocimiento diplomático. En fin: bien podría ser el golpe decisivo de la guerra.

Lee, acostumbrado a correr grandes riesgos, había mandado las tropas en Chancellorsville. El gobierno de Richmond aceptó su plan, y así comenzó la fatídica y trágica invasión al Norte.

El ejército de la Unión, llamado ejército del Potomac, que constaba de 95.000 plazas y había de quedar pronto bajo el mando del general Jorge Gordon Meade, se había movido a su vez, en dirección a los pasos del río que quedan aguas arriba de Washington, y maniobraba cautelosamente a fin de mantenerse entre el invasor y la capital federal. Mientras las fuerzas confederadas hacían acopio de bastimentos en la ubérrima comarca agrícola de Pensilvania, se enteró el general Lee de que el ejército del Potomac lo buscaba. Su propia hueste, calculada en 75.000 hombres, se había extendido sobre una distancia de 100 kilómetros, desde Chambersburgo al oeste hasta las vecindades de York y Harrisburgo al este.

Inmediatamente Lee despachó postas con órdenes de reunir las divisiones dispersas. El sector de Gettysburgo resultaba el más cómodo para la concentración de las fuerzas y por eso hacia allá se encaminaron.

Al amanecer del primero de julio una división de caballería unionista

BRUCE CATTON, periodista de larga tradición, se ha distinguido principalmente por sus obras fundamentales sobre la guerra de Secesión en Norteamérica. Con *A Stillness at Appomattox* ganó el premio Pulitzer en 1954; y no menos estimados por la crítica fueron *Mr. Lincoln's Army*, *Glory Road* y *This Hallowed Ground*. Catton dirige la autorizada revista histórica *American Heritage*.

que vivaqueaba en una baja serra-
nía, al occidente del pueblo, vio
avanzar hacia ella una columna de
infantería confederada. Desde ese
instante los dos ejércitos se compro-
metieron en lucha sin cuartel.

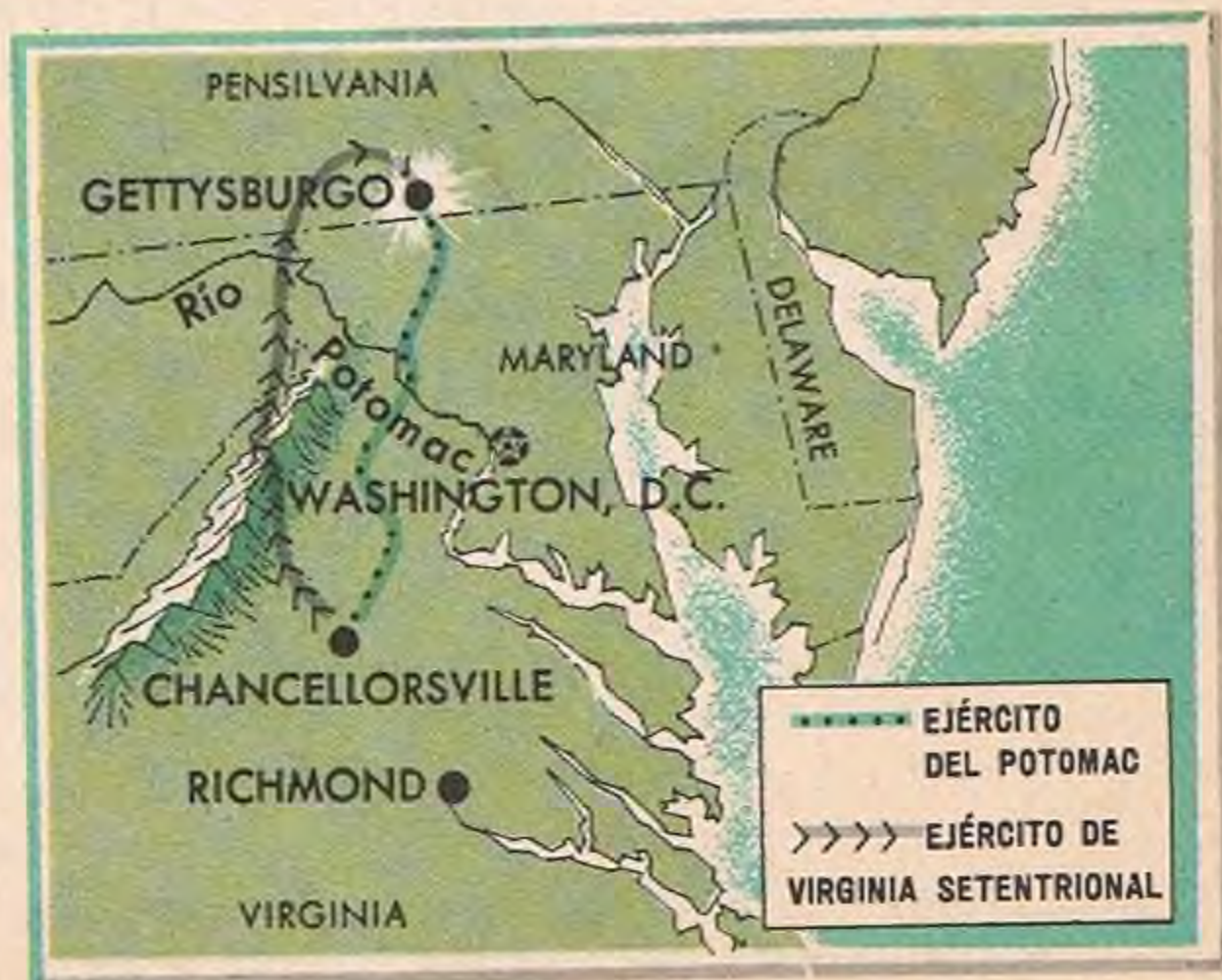
Inicióse ésta con dianas y hasta
con un poco de canto. El primer
cuerpo de ejército federal entró en
acción avanzando por el camino de
Emmitsburgo, tomó luego un atajo
cortando a campo traviesa, y su jefe,
obedeciendo algún secreto impulso,
ordenó desplegar las banderas de
guerra y destacó a vanguardia de la
columna la banda de pífanos y ca-
jas. Así avanzaron cinco regimien-
tos de recios hombres del Oeste Me-
dio hacia el fragor de la batalla, al
son de las agudas flautas que toca-
ban la vieja marcha *Ya vienen los
Campbells*, como último homenaje
al falso encanto de la guerra.

El día empezó
bien para los fede-
rales pero terminó
en forma desas-
trosa. Aunque el
primer cuerpo de
ejército paró en se-
co el ataque inicial
de los confedera-
dos, a éstos les
llegaban refuerzos
más rápidamente
que a aquéllos y la
línea de fuego se
fue ampliando has-
ta formar vasto se-
micírculo al occi-
dente y norte de la
población. El pri-

mer cuerpo federal se vio rodeado,
destrozado, y su jefe pereció. Otro
cuerpo yanqui, el XI, acudió a toda
prisa y chocó con los sureños, que
lo aniquilaron también. Al anoche-
cer, los federales que quedaban (ha-
bían sufrido más de 10.000 bajas)
se replegaron sobre el terreno ele-
vado al sur y al este de Gettysburgo,
firmemente resueltos a mantener
sus posiciones hasta que llegara el
grueso del ejército, aunque no muy
seguros de poder resistir.

Quizá Lee los habría podido de-
salojar ese mismo día y asegurar la
victoria, puesto que los federales te-
nían en ese momento una gran des-
ventaja numérica; pero mientras los
generales del Sur conferenciaban y
calculaban los riesgos, se vino enci-
ma la noche y ya fue muy tarde.

Caluroso amaneció el 2 de julio,
después de una noche sin brisa. Ya



La Confederación se jugó el todo por el todo
en su invasión del Norte

estaba en escena Meade con parte de su ejército y el resto se aproximaba rápidamente. Ocupaba posiciones ventajosas: el centro de su línea en la loma del Cementerio, una gran eminencia en el confín meridional del pueblo, y el ala derecha en la boscosa loma de Culp, casi un kilómetro al oriente. Desde el centro la línea corría al sur sobre la cresta de una serranía llamada también del Cementerio, hasta dos cerros de piedra situados a distancia de dos kilómetros, o poco menos, llamados respectivamente la Pequeña y la Gran Cima Redonda. Aquí estaba el ala izquierda. En estas alturas esperó el ejército del Potomac. Cuando los confederados atacaran, tendrían que acometerlo cuesta arriba.

A uno de los jefes sureños, el general Jaime Longstreet, no le gustó la situación ni le pareció que a la Confederación le conviniera batirse en el terreno de Gettysburgo, opinión que sostuvo con verdadera terquedad. Sin embargo, Lee observó las filas de los federales que aguardaban y tomó la decisión inevitable: allí está el enemigo y allí lo atacaré.

El segundo día de Gettysburgo se ocupó en muchos combates aislados, cada uno un momento o una hora de furia reconcentrada. Artilleros sudorosos atacaban la carga en los cañones, se hacían a un lado mientras se disparaba una andanada, corrían de nuevo a agarrar las ruedas y las baquetas para preparar otro disparo. Líneas irregulares de infantería se ocultaban momentáneamente y reaparecían al desplazarse las

nubes de humo. El suelo estaba cubierto de muertos y heridos.

El general sureño Richard Ewell envió sus hombres contra el ala derecha de Meade en la loma de Culp. Allí encontraron a los federales fuertemente parapetados tras defensas de tierra y árboles cortados. Los confederados treparon penosamente por la falda, retrocedieron, volvieron a la carga y tomaron una posición que auguraba el desastre para el ejército de la Unión... mas no lograron consolidarla.

Al sur de Gettysburgo, cerca del camino de Emmitsburgo, el general Longstreet dirigió su cuerpo de ejército contra el ala izquierda de la Unión. Había allí un huerto de duraznos donde los soldados lucharon cuerpo a cuerpo, a bayoneta y a culatazos. Había igualmente un trigal, las mieses pisoteadas y cubiertas de cadáveres, donde nortños y sureños, arrodillados a 30 pasos unos de otros, se hacían fuego mutuamente con rabia insaciable.

Cerca de allí existía un gran pedregal entre cuyas rocas crecían árboles enanos, conocido como la Guarida del Diablo. Aquella tarde hizo justicia a su nombre. Los soldados hacían fuego apostados tras las rocas y los troncos, los heridos se arrastraban para buscar refugio en las grietas rocosas y las baterías yanquis desde su retaguardia batían el sitio sin miramientos.

Al oriente de la Guarida del Diablo estaba la Pequeña Cima Redonda, defendida por refuerzos federales que a última hora llegaron ace-

zando por la desigual pendiente para rechazar a los confederados que habían cruzado el pedregal. Durante cierto tiempo hubo amplia brecha a todo lo largo del flanco izquierdo de Meade, pero la Pequeña Cima Redonda resistió, y se emplazó una hilera de cañones federales en la corraleja de una granja, desde donde mantuvieron a raya a los soldados de Longstreet hasta que Meade pudo llevar infantería de refresco a la escena.

Hubo un momento en que una carga de una división confederada llegó hasta la propia cresta de la serranía del Cementerio y el ejército del Potomac se vio en peligro de ser cortado en dos. Los atacantes, empero, no lograron sostenerse; una serie de contraataques, desorganizados pero efectivos, los obligó a retroceder. Cerca de la loma de Culp ocurrió un último choque cuando los confederados atacaron y quebraron una línea de infantería e irrumpieron entre los cañones de los yanquis. Una brigada unionista acudió al punto, peleando en completa oscuridad y guiándose apenas por los fogonazos de las armas para saber dónde estaba la línea. Al fin se replegaron los sureños. Al terminar el segundo día de Gettysburgo, la Unión continuaba dominando el terreno elevado.

En cambio, en la retaguardia del ejército unionista reinaba espantosa confusión de fugitivos desorientados, heridos que andaban a pie, piezas de artillería destrozadas y partidas de no combatientes dominados



por el pánico. Durante la noche y la madrugada pasaron por en medio de toda esta resaca los últimos refuerzos de Meade. Un artillero del VI cuerpo de ejército recordaba cómo los fugitivos y los heridos llevaban lastimeras historias de fracaso: "Corrían toda suerte de rumores. Unos decían que habíamos sufrido

una aplastante derrota y que nos habían tomado toda nuestra artillería". Mas cuando las tropas de refresco llegaron a la línea de batalla, encontraron a todo el mundo lleno de confianza.

La luz de la tercera mañana vio una nueva tentativa de los confederados por apoderarse de la loma de Culp. Los federales rechazaron el ataque con facilidad y competencia. Luego vino una tregua, rota apenas por el tiroteo de ocasionales escaramuzas. El ejército confederado de Virginia Setentrional tenía todavía fuerzas para una final acometida; el ejército unionista del Potomac estaba lo bastante vigoroso para una última y desesperada resistencia. Todos lo sabían y los ejércitos esperaban, tensamente.

Meade había vaticinado la víspera que si Lee volvía a la carga, atacaría el centro de la línea unionista, puesto que ya había intentado, sin éxito, el asalto por ambos flancos. No se equivocaba. Mientras esperaba, se observaron maniobras en las filas de la Confederación. Baterías y más baterías de artillería tomaron posiciones a campo raso; el sol reverberaba en los cañones de los fusiles de la tropa en movimiento. Lee concentraba fuerzas para un último golpe.

A la una de la tarde toda su línea de cañones inició un bombardeo atronador. La infantería yanqui se protegió tras defensas de poca altura, apabullada por la tormenta. Fuego y metralla de las baterías confederadas barrieron la serranía del

Cementerio matando hombres y bestias, despedazando cureñas, haciendo estallar cajas de municiones. Pero el gran asalto, cuando se lanzara, ocurriría como si no hubiera habido bombardeo. El momento supremo ya venía.

Hay que volver a ver esa escena como la vieron los federales sudorosos, agazapados en la serranía del Cementerio, apretando los ojos para dirigirlos al oeste, contra el sol de la tarde. Y lo que vieron fue un ejército de 15.000 hombres con banderas desplegadas que salían de los bosques a campo abierto, fila tras fila en sucesión interminable, en formación perfecta de parada, los pabellones de guerra inclinados hacia adelante. Eran 5000 virginianos del general Jorge Pickett, más de 10.000 hombres de otras unidades, a quienes se les había designado para intentar lo imposible.

Se requiere tiempo para formar 15.000 hombres en línea de batalla, y estos sureños ejecutaban la maniobra sin prisa, quizá en señal de desafío, quizá por simple orgullo. Cuando por fin iniciaron el avance, todos los cañones volvieron a entrar en acción y una gran nube de humo llenó la honda planicie.

Algunas de las baterías de Meade, silenciadas por habérseles agotado la munición de largo alcance, abrieron entonces fuego contra los atacantes a quemarropa. El estruendo de la batalla creció y creció al trabarse la lucha en la serranía. Los federales convergieron de la izquierda y de la derecha para refor-

zar el centro... ¡y súbitamente el combate terminó! La columna atacante quedó completamente destruida. Los sobrevivientes se replegaron a las líneas confederadas. Las nubes de humo empezaron a levantarse. La batalla de Gettysburgo había terminado. Costó 50.000 bajas, sumadas las de los dos ejércitos.

Muy lejos, en el Misisipí, se izaba la bandera blanca en Vicksburgo y al general Grant le preguntaban qué condiciones impondría a un ejército que se entregaba.

Lee retiró sus fuerzas de Gettysburgo, malhumorado. La guerra iba a continuar todavía hasta el Domingo de Ramos de 1865, día en que Lee y Grant, sentados en la salita de una modesta casa en el sitio de-

nominado Appomattox Court House, en Virginia, pondrían fin a las hostilidades; pero después de la batalla de Gettysburgo la Confederación fue como una flor cortada en un florero, que pareció vivir durante cierto tiempo pero ya no tenía posibilidad ninguna de existir como nación independiente.

Un día de noviembre de 1863 el presidente Lincoln visitó el campo de batalla para consagrarlo como cementerio nacional y pronunciar breves frases. Entonces el profundo significado de la lucha empezó al fin a aclararse. Gettysburgo se reveló como una gran altura desde donde los hombres pudieron vislumbrar el lejano porvenir: una nación unida desde uno a otro mar.



Tozudos

JASPER MAC LEVY, quien durante 24 años desempeñó el cargo de alcalde de Bridgeport (Connecticut) era conocido como hombre exageradamente ahorrativo. Cuando quiera que una tempestad de nieve paralizaba las actividades de la ciudad, la gente imploraba a Jasper que aprobara una partida especial para la limpieza de las calles. Pero el alcalde contestaba: "No. Dios puso ahí la nieve; ya Dios la quitará". Siempre tuvo razón. Y así fue como las calles se limpiaron de nieve durante 24 años.

— J. B.

LA BIBLIOTECA de la Universidad de Harvard estuvo una vez a cargo de un caballero que tomaba su oficio con la solemnidad de un perro guardián. Cierta vez uno de los directores universitarios lo encontró en los jardines del establecimiento y se detuvo a preguntarle cómo iba la biblioteca. "Muy bien, muy bien", dijo el celoso bibliotecario, frotándose las manos. "Todos los libros están en las estanterías, con excepción del que tiene el profesor Agassiz, y ahora mismo voy a buscarlo".

— *The Christian Science Monitor*

La bondad de las cosas

*En tan sólo unas palabras, talladas en una vieja
lápida, se encerraba un enorme tesoro de sabiduría.*

POR ARTHUR GORDON

Condensado de "Woman's Day"



ERA UNA de esas vacías tardes de domingo que toda familia tiene de vez en cuando. Yo había salido en el auto con los chicos, para que recogieran piñas y bellotas en el campo y dejaran descansar un poco a su madre, que se quedó en casa con algo de gripe. Era por el otoño y hacía uno de esos días neblinosos en que no sopla la más ligera brisa y las motitas de polvo flotan como humo de oro en el aire suave.

Pero era también una de esas ocasiones en que yo me sentía deprimido. No se trataba de problema alguno determinado y abrumador, sino sólo de una infortunada combinación de circunstancias: un amigo no se había conducido bien

para conmigo, o al menos así lo pensaba yo; acababa de venirse abajo un provechoso encargo de trabajo que yo creyera seguro; y cierta engorrosa cuestión tenía desavenida a nuestra familia, que desoía terca-mente cuanto el buen sentido aconsejaba.

A cosa del atardecer llegamos a un sitio que parecía armonizar con mi estado de ánimo: un olvidado cementerio al fondo de un tranquilo robledal y poblado por losas funerarias, cubiertas de líquenes y absurdamente inclinadas bajo espectral dosel de musgo. Los niños decidieron jugar a quién encontrase en ellas la fecha más antigua:

—¡Eh! ¡Mira, una de 1840!

—¡Bah! ¡Esa es muy reciente!
¡Aquí hay otra de 1812!

Perturbado por los gritos y las risas infantiles, un gigantesco búho pardo se alzó de una magnolia y desapareció con un aletear cargado de reproches.

Yo me encontraba junto a una lápida medio desgastada que indicaba el lugar de reposo de alguna "amada esposa", muerta "de una fiebre" en 1865. Bajo el nombre había una leyenda casi ilegible. ¿Cuál sería la frase bíblica que habían elegido los afligidos hijos? Pero no, no era una cita de las Escrituras, sino una sencilla afirmación: *Buscó siempre lo bueno y nunca dejó de hallarlo.*

Nueve palabras. Pasando los dedos por la fría piedra, sentí que, tras la cortina de esta ilusión que llamamos tiempo, el presente se desvanecía y resurgía el pasado. Un siglo antes los últimos años de vida de aquella mujer habían transcurrido en medio de una guerra espantosa, que tal vez le hubiese arrebatado el esposo, o los hijos quizá. La tierra que la viera nacer se había encontrado empobrecida y derrotada y la mujer misma debió conocer sin duda la humillación, el abatimiento sin esperanza. Sin embargo, alguien que la trató había dejado escrito que ella buscaba siempre lo bueno y siempre lo hallaba.

Entre el crepúsculo gris volvimos al coche. No podía yo borrar de mi mente esas palabras: *Buscó siempre lo bueno.* Eran ellas expresión de valor, de dignidad, de firme propósito. Y de triunfo también, cual si encerrasen un secreto de valor

incalculable. "Lo que busques en la vida", parecían decir, "eso encontrarás, pero el rumbo que sigas para ello, tú debes determinarlo".

Durante el regreso, daba vueltas en la cabeza a todas las cosas que me preocupaban y comprendí que hasta entonces había estado mirando su lado malo y no el bueno. Por lo que a mi amigo se refería: ¿qué significaba una mala inteligencia comparada con tantos años de afecto? El haberme visto privado de aquel trabajo, representaba una desilusión, sin duda, mas ya llegarían otros. En cuanto al problema familiar, constituía un áspero escollo, verdad era, pero después de todo, estaba rodeado por un océano de cariño.

Llegamos por fin a casa. Los niños, bien cansados ya, entraron uno a uno, prontos a sentarse a la mesa. Miré a mi alrededor y pensé en las preocupaciones que tan a menudo había acogido allí como si fuesen gratos huéspedes y a las que diera preferencia sobre todas las cosas buenas que la misma casa contenía. Y me dije que quizá había aprendido algo nuevo aquella tarde.

La sala me mostraba su aspecto familiar y tranquilo; el sillón me aguardaba como un viejo amigo y el fuego chisporroteaba en la chimenea. El menor de mis hijos, un pilluelo de cinco años, se encaramó sobre mis rodillas y hundió en mi hombro su erizada cabecita; el resplandor de las llamas se reflejaba en sus ojos soñadores.

Ya estaría todo a oscuras en el

viejo camposanto. Reinarían allí el silencio y las tinieblas, y el búho se hallaría en impasible contemplación de la cambiante tracería de las hojas y de la lección de sabiduría labrada en una losa antañona.

¿Buscar lo bueno? Y me dije que no hay por qué buscarlo muy lejos. Nadie tiene que andar mucho para encontrarlo. Nos rodea en todo momento: está en la bondad, la abundancia, la maravilla de la vida.



Tomando cartas en el asunto

CUANDO la policía del Estado de Delaware detiene un auto que, lleno de jovencitos, va a excesiva velocidad, la citación se le da solamente al conductor del vehículo, pero se tiene cuidado de que los demás muchachos no olviden que también participaron en el acto.

La ley de Delaware se hace presente a los menores que se colocan en lo que la policía califica de situaciones peligrosas. Se envía una carta especial a los padres de todo muchacho a quien se encuentra pidiendo a algún extraño que lo lleve en su auto, haciendo novillos, acompañando a un conductor imprudente, estacionándose en un camino solitario, o aun jugando en las calles.

En el lapso de dos años se han enviado 1500 cartas. Su propósito, según el coronel John Ferguson, superintendente de la policía del Estado, más bien que castigar, es prevenir. Una de dichas cartas, por ejemplo, informaba a la madre que su hija de 14 años había sido encontrada en compañía de dos sujetos de 21 y 25, respectivamente, al ser detenido el vehículo por una infracción de tráfico, y señalaba la gran diferencia entre las edades de los varones y la niña. Los padres de una pareja de adolescentes, a quienes se halló en un coche estacionado en un camino solitario a altas horas de la noche, recibieron una carta en que se hacía hincapié sobre el peligro que corren las jóvenes parejas de ser atacadas o robadas.

El plan de las cartas fue ideado por el teniente Hugh Collins, de la policía del Estado de Delaware. Uno de sus fines es el restablecer el contacto de la policía con los padres de familia. "En otra época el policía de la esquina que viera a un muchacho en trances de meterse en un lío, iba a casa de los padres a hablar con ellos", explica Collins. "Estas cartas son el equivalente moderno de aquellas visitas".

Dice el gobernador de Delaware, Elbert Carvel: "El problema de la delincuencia juvenil corresponde a la familia, y estas cartas no hacen sino plantearlo donde corresponde: en el hogar. Así la policía trasfiere la responsabilidad al seno de la familia, que es donde debe afrontarse".



Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MAC HALE

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

HAY MUCHAS locuciones, frases hechas (algunas de sentido figurado), modismos, etcétera, que dimanando a veces del folklore, sirven para dar viveza, galanura o colorido a lo que se dice o escribe. El dominio de estas características del idioma es un medio muy eficaz de identificarse con su genio y de aumentar la propia fuerza expresiva. ¿Cuántas de las siguientes, que explicamos a la vuelta, conoce el lector?



- 1) **alma atravesada** — A: alma de Judas. B: alma cándida. C: alma de Dios. D: alma de Garibay.
- 2) **bajo (por lo)** — A: debajo. B: disimuladamente. C: bajo palabra. D: abajo.
- 3) **capa (so)** — A: de capa caída. B: con respeto. C: so pena de. D: con pretexto.
- 4) **desgaire (al)** — A: con donaire. B: en broma. C: con descuido. D: al aire.
- 5) **escribido (leído y)** — A: leguleyo. B: escritorzuelo. C: leído y escrito. D: sabidillo.
- 6) **flor (dar en la)** — A: florecer. B: adquirir la manía (de). C: brotar. D: echar flores.
- 7) **gala (hacer)** — A: preciarse. B: hacer alusión. C: esmerarse. D: hacer merced.
- 8) **hurto (a)** — A: a fuerza. B: in fraganti. C: en huelga. D: furtivamente.
- 9) **incidencia (por)** — A: por fortuna. B: accidentalmente. C: por imprevisión. D: impunemente.
- 10) **jarras (en)** — A: en frascos. B: en vasadas. C: cierta posición de los brazos. D: en jaranas.
- 11) **¡largo!** — A: ¡ya! B: ¡fuera! C: ¡tente! D: ¡arre!
- 12) **mano (untar la)** — A: ensuciar. B: sobornar. C: enlodar. D: manosear.
- 13) **nequáquam** — A: como quieras. B: por unanimidad. C: ni que caracoles. D: de ningún modo.
- 14) **oso (hacer el)** — A: dar vueltas. B: divertirse. C: cortejar. D: osar.
- 15) **pique (a)** — A: a fuer de. B: en peligro de. C: en caso que. D: a costa de.
- 16) **rechupete (de)** — A: de repelón. B: de dulce. C: de rondón. D: muy agradable.
- 17) **salud (curarse en)** — A: mejorarse. B: medicarse. C: precaverse. D: sobreponerse.
- 18) **tope (hasta el)** — A: hasta que se canse. B: hasta más ver. C: hasta el fin. D: hasta el límite.
- 19) **una (a)** — A: uno por uno. B: aun así. C: a un tiempo. D: a la una.
- 20) **vilo (en)** — A: en un tris. B: en vela. C: con zozobra. D: en vano.

*RESPUESTAS A
"ENRIQUEZCA SU
VOCABULARIO"*

(Véase la página anterior)

- ra y los codos separados del cuerpo). También *de jarras*, y a veces *en jarra*. "Los brazos *en jarra*, las manos en garfio, habla entre penitente y disciplinante". (Quevedo)
- 11) ¡largo! — B: ¡fuera! "¡*Largo* de aquí, traidores!"
- 12) mano (untar la) — B: sobornar. También *untar las manos*. "Para conseguir algo de él, hay que *untarle la mano*".
- 13) nequáquam — D: de ningún modo, de ninguna manera. Adverbio latino de negación, que se emplea en sentido familiar o humorístico. "... —Espero que aceptes mi proposición. —*Nequáquam*".
- 14) oso (hacer el) — C: cortejar. "Ése le *hace el oso* a una chica de mi barrio".
- 15) pique (a) — B: en peligro de, a riesgo de. "... (que) puso su noble vida / muy *a pique* de perderse". (Dunque de Rivas). *Irse a pique* es hundirse.
- 16) rechupete (de) — D: muy agradable. "... una enfermera *de rechupete*". (Gregorio Martínez Sierra)
- 17) salud (curarse en) — C: precaverse. "No se curó el arriero de estas razones, y fuera mejor que se curara, porque fuera *curarse en salud*". (Cervantes)
- 18) tope (hasta el) — hasta el límite. "Llenó el vaso *hasta el tope*".
- 19) una (a) — C: a un tiempo. "—¿Quién mató el Comendador? —Fuente Ovejuna, señor. —¿Y quién es Fuente Ovejuna? —*Todos a una*". (Lope de Vega)
- 20) vilo (en) — C: con zozobra, en la incertidumbre (figurado). "Nos tuvo media hora *en vilo* esperando su decisión".

Calificación

20 respuestas acertadas	sobresaliente
15 a 19 acertadas	notable
12 a 14 acertadas	bueno
9 a 11 acertadas	regular

AHORA

4 FORMIDABLES LIBROS EN UNO

Por sólo una fracción de su valor.

ESTE MAGNÍFICO VOLUMEN DE LA BIBLIOTECA DE SELECCIONES

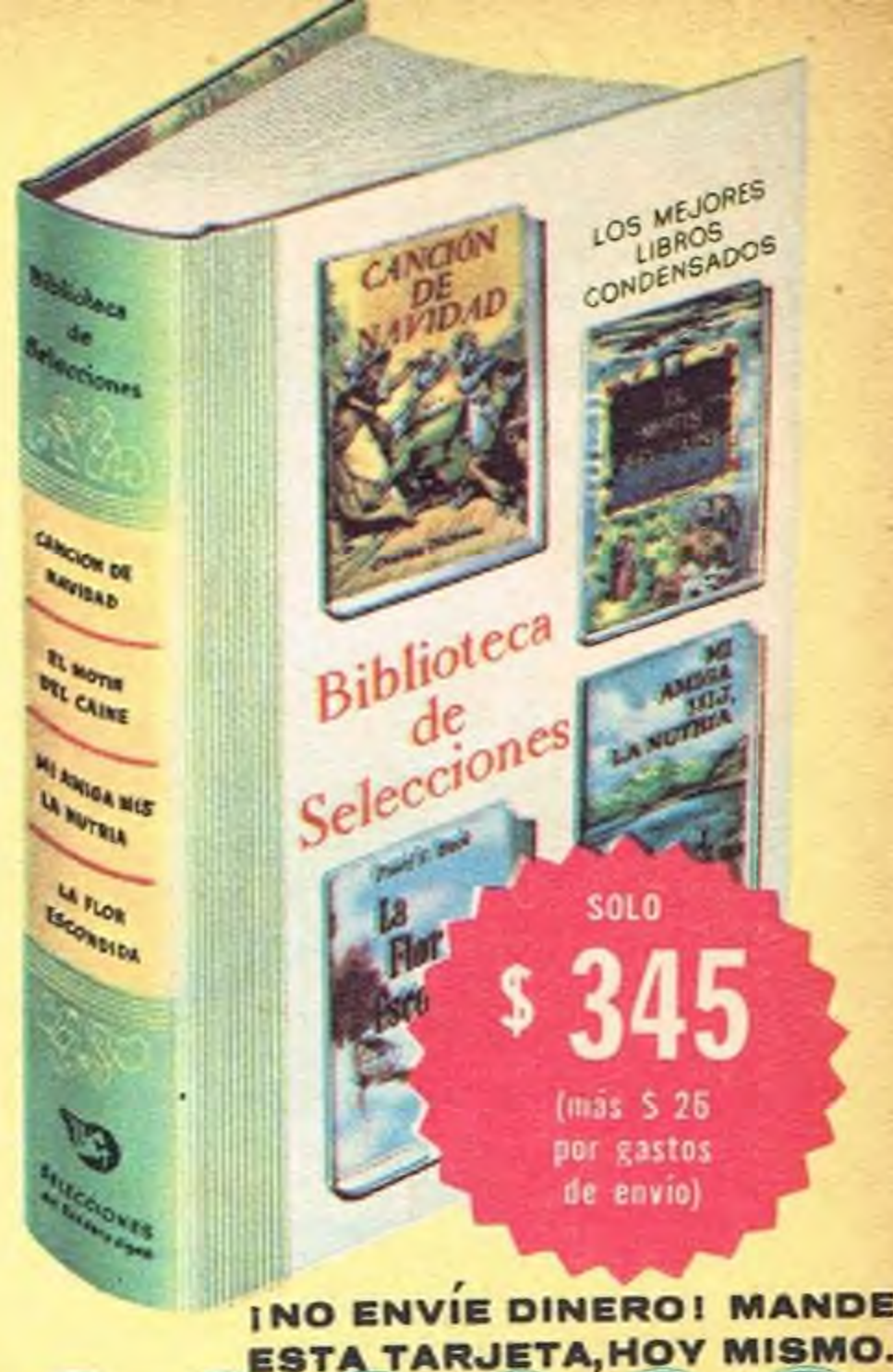
será un orgullo en su colección de libros:

● **Por su contenido excepcional.**

Cuatro éxitos mundiales de librería expertamente condensados por los redactores de la revista Selecciones, en forma que hace más grata la lectura y permite leer varios libros en el tiempo de que usted disponía para leer uno sólo.

● **Por su presentación de lujo.**

Lomo estampado en oro, bellas ilustraciones en colores, finas sobrecubiertas primorosamente impresas y letra nítida en papel de calidad.



¡NO ENVÍE DINERO! MANDE
ESTA TARJETA, HOY MISMO.

CERTIFICADO DE RESERVA

Sólo \$ 345

BIBLIOTECA DE SELECCIONES

Selecciones del Reader's Digest Arg. S. A.
Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires

Envíenme el nuevo volumen de la Biblioteca de Selecciones, al precio de Socio de \$ 345 (más franqueo). Pagaré solamente después, al recibir la factura.

Queda entendido que si, por algún motivo, no deseo conservar el libro, TENDRE DERECHO PLENO DE DEVOLUCION, por 7 días, sin costo alguno para mí.

NOMBRE: _____

DIRECCIÓN: _____

CIUDAD: _____ PROV.: _____

FIRMA: _____
Pedido supeditado a la aprobación de la empresa.

¡ OFERTA INCREÍBLE DE LA BIBLIOTECA DE SELECCIONES!

Estos 4 libros por separado le costarían:

\$ 2.300

Para usted, en este volumen de lujo, sólo ■ ■ ■ ■

\$ 345

(más \$ 25 por gastos de envío)

• El motín del Caine

La dura escuela del barreminas "Caine" ayuda a Willie Keith a convertirse en hombre de una sola pieza y a tomar una decisión sin retirada. La pugna entre aquellos hombres envuelve al navío estremeciéndole de popa a proa, en medio de una lucha titánica contra los elementos y las circunstancias de la guerra.

• Canción de Navidad

Ilustrada con los famosos cuadros de Everett Shinn, esta obra de Charles Dickens es precisamente esa novela que todos gustan leer en alta voz, en íntima reunión familiar... porque aprisiona, como ninguna otra, el alegre espíritu de la Navidad.

• Mi amiga Mij, la nutria

Divertido relato de un naturalista y una traviesa nutria llamada Mij, en el solitario escenario de la costa escocesa.

• La flor escondida

La trama de esta novela de Pearl S. Buck se mantiene emocional desde el primer capítulo hasta el desenlace inesperado, cuando la decisión de Josui Sakai cambia el curso de ocho vidas y abre una provocativa interrogación para el Este y el Oeste.

VEA MÁS
DETALLES EN
ESTA MISMA
REVISTA



Permiso No. 25

RESPUESTAS POSTALES PAGADAS

Selecciones
del Reader's Digest

Apartado Especial No. 51
BUENOS AIRES

El franqueo

será pagado por
el destinatario

En esta encantadora tierra de música, danza y flores, 100 millones de almas derivan hacia el caos económico. La hora de ajustar cuentas se acerca . . . y los cobradores comunistas aguardan esperanzados.

Indonesia: *bomba de tiempo en el Pacífico*

Por William Lederer y Eugene Burdick



EL CARIZ de la política mundial va cambiando callada y casi invisiblemente. Desde 1945 han logrado la independencia más habitantes del mundo que el total de las poblaciones de la Unión Soviética y los Estados Unidos juntas, y la forma en que esos pueblos se alineen en los dos lustros venideros decidirá quién habrá de triunfar en la guerra fría.

La más importante de las regiones recién liberadas es Indonesia, ese encantador archipiélago de lujuriantes islas verdes cuya población de 100 millones lo hace el quinto país del mundo. La mayoría de los entendidos creen que, si cayera en

la órbita soviética, Malaca, Birmania, Camboya, Vietnam y Laos, encerradas entre el sólido poder continental de la China roja y las vastas extensiones oceánicas de Indonesia, también se tornarían comunistas.

Rublos y rupias. Al llegar en avión a Yakarta, la capital de Indonesia, vimos hileras de lisos y relucientes bombarderos de chorro soviéticos, y detrás de ellos una escuadrilla de aparatos MIG, todos parte del programa ruso de ayuda. Cuando nos dirigíamos a la ciudad pasamos ante el enorme estadio Bung Karno, construido por los comunistas soviéticos a un costo equivalente a cien millones de dólares, y terminado apresuradamente

para los Juegos Olímpicos Asiáticos de 1962. (La celebración de los Juegos costó otros tantos millones, a pesar de que para muchos indonesios escaseaba el arroz.) En el Hotel Indonesia, el más suntuoso de Asia sudoriental, encontramos grandes carteles que anunciaban el famoso Ballet Bolshoi de Moscú. Parecía como si Rusia soviética se hubiese desbordado en Yakarta.

La inflación se ha enseñoreado de todo el país, acompañada de una oleada de corrupción. El tipo de cambio oficial es de 45 rupias por dólar; pero el del mercado negro es de casi mil rupias. En 1951 una buena bicicleta costaba 400 rupias; hoy, son difíciles de adquirir y valen alrededor de 70.000. En consecuencia, los indonesios, antes respetuosos de la ley, se ven obligados a convertirse en contrabandistas y traficantes del mercado negro. A fin de conseguir las indispensables divisas, los comerciantes y exportadores se valen de toda clase de maniobras para burlar el control de cambio, que es sumamente estricto, y todos los que intervienen en estas operaciones sacan su tajada. Más del 40 por ciento de la producción de Indonesia sale del país en forma clandestina. El agricultor tiene que vender parte del arroz que cultiva al gobierno al precio fijo de 10 rupias por kilo, pero se las arregla para ocultar cuanto puede a fin de venderlo en el mercado negro, donde obtiene 75 rupias por kilo.

El gobierno cree que puede permitirse el lujo de pasar por alto

todo eso. Los Soviets le han dado o prometido al país la equivalencia de 1250 millones de dólares, y los Estados Unidos, por medio de donativos o préstamos, y la venta de excedentes de productos agrícolas, ha prestado ayuda por valor de 600 millones de dólares. La penosa realidad es que, a pesar de la ayuda soviética y norteamericana, la economía interna de Indonesia está sufriendo un desmoronamiento persistente e inexorable. Nadie sabe cuánto puede continuar este deterioro antes de desembocar en la revolución. Pero la mayoría no duda de que el cataclismo llegará.

El protagonista del drama de la moderna Indonesia es el presidente Sukarno. Combatió tenazmente a los holandeses y, en consecuencia, pasó muchos años en la cárcel. Es un genuino héroe revolucionario: simpático, temerario, manipulador de amigos y enemigos, orador de brío y sagacidad desconcertantes. Desde su ascensión al poder en 1945, ha demostrado gran inclinación al jolgorio y a las mujeres hermosas. Sus íntimos, con típica ingenuidad indonesia, dicen: "Un hombre que ha pasado tantos años encarcelado tiene que desquitarse de su anterior privación de placeres".

Sukarno se ha rodeado de un grupo de revolucionarios de poco más de cuarenta años de edad. Se enorgullecen de su lucha contra Holanda, ven el porvenir de Indonesia con inmenso optimismo y profesan una incuestionable fide-



Presidente Sukarno

dad a su caudillo. Pero en los grandes negocios de gobierno son meros neófitos y su temperamento es más adaptable a las crisis que a la monótona tarea de mantener el funcionamiento ordenado de los ministerios.

Cuando en 1957 se expulsó a los últimos holandeses que aún residían en el país, de la noche a la mañana quedaron sin dirección grandes latifundios agrícolas, sistemas de trasportes y comunicaciones, y empresas financieras y manufactureras. Sukarno remplazó a los administradores holandeses con oficiales del ejército, y en muchos casos la producción se redujo a un 25 por ciento de la normal. Antes de la segunda guerra mundial Indonesia

suministraba aproximadamente el seis por ciento del azúcar mundial. Además, exportaba gran cantidad de arroz. Hoy la exportación de azúcar es casi nula y la importación de arroz llega hasta un millón de toneladas.

Hablando en el curso de nuestros viajes por Indonesia con campesinos y periodistas, con maestros y hombres de negocios, no nos sorprendimos al observar el creciente desencanto de la población con Sukarno. "Me doy cuenta de los sacrificios que hubo que hacer para derrotar a los colonialistas holandeses", nos dijo un joven estudiante; pero, pensativamente, agregó: "Mas ¿por qué es necesario que el presidente Sukarno tenga 21 automóviles y ocho palacios?"

No sabemos si esto es exacto (un indicio de la presente idiosincrasia de Yakarta es que nadie quiso confirmar ni desmentir estas cifras), pero es evidente que muchos indonesios tienen sentimientos aún más hondos que los de ese estudiante. Ya se han registrado varios atentados contra la vida de Sukarno, que ahora viaja rodeado de guardaespaldas.

Caos y comunismo. En estas circunstancias —descontento intestino, economía vacilante y un gobernante veleidoso— los comunistas encuentran las condiciones clásicas que los llevan al poder. Su partido ya es uno de los más fuertes en Indonesia, y se ha calculado que alrededor de un 15 por ciento de la población vota en favor del comu-



nismo. En las populosas regiones del centro y este de Java puede llegar al 35 por ciento, pero en las zonas apartadas la población es en su mayoría anticomunista. El partido comunista se tolera, principalmente, porque es un método de obtener ayuda soviética.

Pero Sukarno es un luchador astuto. Enfrenta entre sí al ejército y los comunistas. Permite a éstos que durante algún tiempo llenen de propaganda librerías y periódicos; organiza agasajos laboriosos en honor de importantes visitantes como Kruschef. Mas tan pronto como los comunistas introducen en ciudades, aldeas y sindicatos obreros a su red de agitadores y organizadores, alienta repentinamente al ejército a

obrar contra ellos. Habrá entonces arrestos en masa de personas que pertenecen a partidos políticos opuestos, de "agitadores extranjeros" que muchas veces resultan ser comunistas.

En circunstancias normales, es improbable que el comunismo pudiera tragarse a Indonesia. El pueblo es apacible y tiene disposición a trabajar con ahínco. Es inteligente y competente, se precia de su independencia. Su país posee una riqueza natural inimaginable, y el indonesio sabe que, con buena administración, la suya puede ser la nación más próspera de Asia. Como buen musulmán es culturalmente anticomunista. No obstante, en lo íntimo de su ser se halla arraigado

un fatalismo que puede convertirse fácilmente en un sentimiento de fanatismo.

Viejas marrullerías en Nueva Guinea. ¿Escucha Sukarno la voz de su pueblo? Lo ignoramos. Pero sí sabemos que recientemente optó por aplacar el desasosiego popular de manera típicamente cesarista: "fabricó" una situación bélica. Alegando que la porción de Nueva Guinea ocupada por los holandeses y que los indonesios llaman Irian Occidental era una parte integral de Indonesia, y que la revolución no sería completa hasta que estuviera bajo la soberanía indonesia, emprendió una "invasión" con paracaidistas. En esta forma planteó a las Naciones Unidas lo que pareció una contingencia de guerra que podría envolver a toda el Asia Sud-oriental. En consecuencia, los Estados Unidos patrocinaron un plan elaborado por su embajador, Ellsworth Bunker, que, de hecho, daba el Irian Occidental a los Indonesios.

Sukarno había logrado una resonante victoria, a pesar de que la "invasión" constituyó una gigantesca y hábil farsa. Basándonos en nuestra visita a Nueva Guinea, podemos atestiguar que allí no se libró ninguna gran batalla. En los seis meses anteriores se había hecho descender en ella hasta unos 2000 paracaidistas. Pero 2000 soldados en una extensión de 390.000 kilómetros cuadrados significan muy poco; y la

forma en que invadieron la "zona hostil" fue ciertamente extraña. Habían descendido en la densa selva en pequeños grupos y al amparo de la noche.

Contrariamente a lo afirmado por radioemisiones y noticias del gobierno indonesio, los invasores no tomaron ninguna población. La mayoría de los paracaidistas perecieron prontamente a manos de los enfurecidos papúas o fueron capturados por los holandeses. Ni los Estados Unidos ni las Naciones Unidas enviaron un solo observador a Nueva Guinea en todo el curso de la fantástica pseudo-guerra. Fue una operación en la que se combinaron las peores características de la política de fuerza y la inventiva indonesia. Lo más que se puede decir en su favor es que también desilusionó a los protectores soviéticos de Sukarno.

Un embajador asiático nos dijo: "El plan Bunker sacrificó a los papúas, pero frustró los sanguinarios esfuerzos de Rusia para fomentar una guerra. Con la cuestión ya solventada, a Sukarno no le quedan más excusas para destinar la mayor parte de los fondos de su erario a gastos militares. Ahora tendrá que desarrollar su nación mediante el fomento de la educación, la agricultura, los trasportes y la industria. Si es capaz de hacer esto, Indonesia se engrandecerá. Si no lo hace, el país se sumirá en la bancarrota y él será echado a puntapiés".

Una generalización es la meseta donde el entendimiento fatigado se detiene a descansar.

— W. H. P.

Un distinguido clérigo analiza el gran mensaje de la Pascua: La muerte no es el fin, sino el comienzo de la vida.

Cómo vencer el temor a la muerte



POR NORMAN VINCENT PEALE

Condensado de "Guideposts"

POR LA Pascua del año pasado, un reportero a quien conozco, y que no es hombre particularmente devoto, fue al Gran Cañón del Colorado con la misión de escribir sobre el servicio religioso que en ese día se celebra allí todos los años a la hora del alba. Hacía un frío terrible y el periodista tiritaba, deseando de todo corazón encontrarse de vuelta en cama. Algún tiempo después, me decía:

—Sin embargo, cuando salió el sol e iluminó aquella estupenda sima, me olvidé del frío. Era una inundación de fulgores; torrentes de luz se despeñaban por los muros, encendiéndolos de colores y disolviendo la oscuridad. Un momento antes todo había sido gris e informe y yo, al ver disiparse las sombras, sentí que la lóbreguez en que

estuviera sumida la inmensa hoya, no había sido más que una ilusión, que sólo la luz era real, y que nosotros, silenciosos espectadores, de pie al borde del desfiladero, éramos en cierto modo parte de la luz.

Extrañas palabras en boca de un reportero empedernido, pero que mucho se acercaban a una profunda verdad: las tinieblas son impotentes ante la embestida de la luz. Y lo mismo ocurre con la muerte. Nos la imaginamos una puerta oscura, cuando en realidad es un arco iris tendido a manera de puente sobre el abismo que separa dos mundos. Tal es el mensaje de la Pascua.

Todos los seres humanos tenemos dos cosas en común: todos hemos nacido y todos hemos de morir. A la mayoría de nosotros no nos preocupan mucho las circuns-

tancias de nuestro nacimiento, pero la perspectiva de la muerte es cosa distinta. La convicción de que nuestros días terrenos están contados es parte inevitable de la existencia; es algo sombrío, misterioso y a menudo alarmante.

Muchas personas acuden a mí en mi carácter de eclesiástico para decirme que viven atormentadas por el temor de morir. No son necesariamente viejas o enfermas; es común que se encuentren en la flor de la vida. Pero mientras más gozan de ésta, más parecen recelar de la muerte.

A fin de animar a esas personas, comienzo generalmente por confesar que yo también tengo momentos en los que me acobarda la idea de morir. Agrego que esto es perfectamente natural; que en mi opinión el Señor depositó un cierto grado de tal temor en cada uno de nosotros para que no cediéramos con excesiva facilidad a la tentación de sustraernos a las pruebas y responsabilidades de la vida, pero que con seguridad no desea que ese temor se convierta en pánico. Por último trato de hacer llegar a esas almas perturbadas algunos de los pensamientos que me han ayudado a vencer el miedo a morir.

Examinemos, por ejemplo, lo inevitable de la muerte. Esto parece aterrar a ciertas personas, pero a mí siempre me ha parecido piadoso. Supongamos que, de algún modo, hubiese una probabilidad entre ciento de evitar la muerte. ¡Con qué afán buscaríamos tal vía de escape

y qué desdichados nos sentiríamos si no la encontrásemos!

Mas en realidad seríamos mucho más desgraciados si la hallásemos. ¿Qué felicidad habría en tratar de vivir eternamente? La existencia se convertiría en cosa trillada, vacía, en carga insoportable. Vivir es como asistir a una hermosa comedia. Durante la representación deseáramos que se prolongara indefinidamente, pero de permanecer en el teatro toda la noche nos provocaría fatiga, enfado. En lo que se refiere a nuestra existencia terrena, mejor es que caiga el telón al terminar la obra.

También digo a los que se preocupan: Acaso experimenten ustedes previos temores, mas es casi seguro que cuando les llegue su hora, la muerte no les causará miedo alguno. He hablado con médicos y enfermeras que han visto morir a cientos de personas, y ellos me dicen que los moribundos, a menos que estén atormentados por una conciencia culpable, se van en paz y animados de un sentimiento de gratitud. La verdad es que hemos calumniado a la muerte al representarla en la guisa de un siniestro segador. Cuando al fin viene, llega generalmente como una amiga.

—Eso podrá ser cierto —arguyen algunos de los temerosos—. Acaso el momento supremo sea menos terrible de lo que pensamos. Pero ¿y después? ¿Existe en verdad alguna prueba de que haya otra vida?

A estas personas les contesto.

—Depende de lo que se entienda

por prueba. En mi opinión la evidencia es abrumadora, ya se la juzgue con el entendimiento o con el instinto. Miremos el vasto universo que nos rodea, consideremos las leyes que gobiernan el sistema solar y los vertiginosos electrones, el equilibrio y la parsimonia de una estupenda Realidad que lo utiliza todo y nada desperdicia. ¿Sería razonable que la Inteligencia organizadora de esa Realidad hubiera creado un ser tan complejo y sensible como es el hombre sólo para suprimirlo luego para siempre como se apaga la llama de una vela?

¿Qué es la muerte, entonces? Evidentemente se trata de un cambio a alguna nueva forma de existencia. No nos está permitido saber con certeza cómo es esa nueva existencia, pero creo que a veces podemos vislumbrarla. A menudo se ha dicho que ciertas personas a punto de morir parecen descubrir una gran claridad, oír hermosa música o ver los rostros de seres amados ya desaparecidos. ¿Se tratará sólo de alucinaciones? No lo creo. ¿Cómo explicar entonces el caso, bien comprobado, de una moribunda que pronunció en voz alta los nombres de parientes fallecidos muchos años antes, y luego añadió el de otro que acababa de morir hacía pocos días, aunque a ella se le había ocultado esa desgracia?

Me es forzoso aceptar la validez de sucesos de esta índole porque algunos han ocurrido en mi propia familia. En 1939 recibí aviso de que mi madre había muerto inesperada-

mente. Poco después me encontraba yo solo en mi estudio, agobiado por la pena. Miraba, sin ver, ventana afuera, y en el momento de tomar una Biblia que estaba sobre mi escritorio, sentí, sin duda posible, que unas manos me acariciaban la frente, dulce, tiernamente. La presión duró apenas un instante, y luego desapareció. ¿Una ilusión? Yo estoy convencido de que se permitió a mi madre salvar el abismo de la muerte para darme esa despedida.

Mi padre, que murió a los 85 años tras de haber seguido con distinción la carrera de médico y ministro de la iglesia, tuvo que luchar contra un temor muy real a la muerte. Pero poco tiempo después de su fallecimiento, mi madrastra soñó que su marido se acercaba a ella y le decía que sus temores habían sido infundados.

—Nunca te preocupes por el hecho de tener que morir —le dijo—. No es nada serio.

Yo le había oído esa última frase cientos de veces, y estoy convencido de que, en efecto, mi padre se apareció en sueños a su esposa para tranquilizarla.

Acaso mi convicción de que la personalidad sobrevive a la muerte no sea una prueba concluyente, pero la verdad es que los humanos no tratamos de probar que la inmortalidad existe con el fin de poder creer en ella; por el contrario, nos esforzamos por demostrar su existencia porque no podemos dejar de creer en ella. El instinto nos susurra

al oído que la muerte no es el fin; la razón lo apoya, y los fenómenos síquicos vienen a confirmarlo. Los cuidadosos experimentos del Dr. J. B. Rhine en los campos de la clarividencia y la telepatía, en que se han aplicado métodos comprobados por competentes matemáticos, parecen indicar que hay un aspecto del hombre que no está limitado por el espacio o el tiempo. Tal resultado concuerda con la intuición del psicólogo William James, quien dijo: "Aparentemente existe una gran inteligencia universal, y puesto que abarca al hombre, éste es un fragmento de ella".

Ese elemento intangible que está en todos nosotros, ese fragmento de la mente universal, es lo que la religión llama alma, y es indestructible porque, como dice William James, se identifica con Dios. La Biblia también lo afirma así en muchos pasajes. El fundador de la Cristiandad dijo claramente que hay una vida más allá de la tumba. No sólo lo dijo, sino que lo demostró al resucitar Él mismo de entre los muertos. Este prodigioso acontecimiento, la Resurrección de Jesucristo, es la piedra fundamental del cristianismo. Con él quedó demostrado que la muerte es una transición, y nada más. Si creemos que ello ocurrió, no tenemos por qué temer a la muerte. Si no lo creemos, no podemos considerarnos íntegramente cristianos.

Hay personas, y hasta buenos cristianos entre ellas, que aceptan el mensaje pascual de esperanza y de

alegría con la mente, pero que nunca lo sienten en verdad en su corazón. En mi caso, este mensaje no penetró verdaderamente en lo más hondo de mi ser hasta que fui a Tierra Santa y vi con mis propios ojos las colinas, campos y caminos que Jesucristo había recorrido. El momento culminante fue aquel en que descubrí, tras una curva del camino y recostada contra el monte de los Olivos, la pequeña y hermosa aldehuela de Betania.

Allí estaba el hogar de Lázaro, y allí fue enterrado ese amado amigo de Jesucristo. Descendimos a los escalones de su tumba, y vimos el lugar donde se supone que descansó el cuerpo hasta que la voz de Jesucristo lo resucitó de entre los muertos. Me volví a mi esposa y le dije:

—Estamos en el sitio donde fue proferida la sentencia más hermosa que se haya oído jamás: "Yo soy la resurrección y la vida: quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá".

En ese instante, y por primera vez en mi vida, comprendí el verdadero significado de la Pascua, y ya nunca volveré a sentirme el mismo hombre. Por el resto de mis días predicaré, con una convicción profunda e inconmovible, que si los hombres aceptan a Jesucristo gozarán de vida eterna.

Estas y otras cosas digo a las personas que vienen a mí perturbadas por el miedo a la muerte. En realidad, todo se reduce a lo siguiente: Quienes temen a la muerte padecen de una visión limitada. Sus senti-

dos advierten lo aparentemente definitivo de la muerte, y su imaginación no alcanza a llevarles más lejos. Estas personas necesitan la lección de sabiduría que hallé hace algún tiempo en la inscripción tallada en un reloj de sol: *Para quien*

ve más allá, en el filo de la sombra, la línea de luz está.

He ahí la verdad en unas cuantas palabras. Creedme: la muerte es sólo una momentánea línea de sombra. Más allá espera el fulgor de la vida eterna.



Crisis . . . estilo norteamericano

LA VIDA en Washington en época de crisis puede ser torturante. Después de haber sobrevivido a dos docenas de crisis en París en los últimos 14 años, creo estar en condiciones de hacer una comparación entre las dos urbes. En la Ciudad Luz casi nunca se encuentra uno con la gente que tiene que ver con el momento crítico. Se vive en la creencia de que el asunto está en buenas manos y que, si todo lo demás falla, el general de Gaulle salvará la situación. En Washington, en cambio, el tipo que vive en la casa vecina puede ser uno de los protagonistas. Ese señor que se pasa el domingo rastrillando hojas secas es quien tiene a su cargo el plan maestro de los jefes del Estado Mayor combinado. Nuestros compañeros de póquer se encargan de tomar decisiones que pueden afectarnos a todos . . . y por tanto nos inquieta sobremanera ganarle a uno de ellos una buena mano mediante un farol. Nuestra compañera de mesa resulta ser la esposa de un funcionario importante, y se nos ponen los pelos de punta al pensar en la mucha influencia que puede tener sobre las resoluciones que toma su marido.

En la capital norteamericana las crisis se van formando de manera lenta y teatral. Algunos de los personajes claves del gobierno se excusan de asistir a las comidas; otros sí asisten. Esto es para confundirnos a todos. Un amigo periodista nos llama por teléfono:

—Sé que pasa algo muy importante.

—Me dicen que es trascendental.

—¿Quién se lo ha dicho?

—No puedo revelarlo.

—Ya veo: el mismo que me lo dijo a mí. Sólo quería confirmarlo.

Pero lo principal de las crisis en París, en contraste con las de Washington, es que, si somos ciudadanos norteamericanos y la crisis se agrava, sabemos que el gobierno de Washington nos facilitará la evacuación.

— Art Buchwald, en el *Herald Tribune* de Nueva York



Cuna de la independencia norteamericana

POR PAUL FRIGGENS *Condensado de "The Denver Post"*

El 4 de julio de 1776, en Filadelfia, se aprobó una Declaración que los ciudadanos de los Estados Unidos consideran como la Carta Magna de su libre sistema de vida.



HACE ALGÚN tiempo los guardas del *Independence Hall* (Palacio de la Independencia) de Filadelfia observaron que una mujercita de pelo gris y raídas ropas

acudía frecuentemente a visitar aquel santuario norteamericano. Cuando descubrieron que de vez en cuando dejaba un billete de un dólar al lado de la Campana de la Libertad, allí albergada, la interrogaron, y aquella mujercita, refugiada de un país situado tras la Cortina de Hierro, explicó: "Ahora sé lo que la libertad significa para mí, y quiero devolver algo de lo que he recibido".

Todos los años, más de un millón y medio de visitantes, entre ellos 50.000 de otros países, llegan en peregrinación a ese lugar señalado sencillamente con una lápida puesta a la entrada: "Cuna de los Estados Unidos de Norteamérica". El Palacio de la Independencia ha venido a simbolizar los derechos del hombre libre de todas partes. "¡Ah, la Campana!" exclamó el primer ministro de Israel, David Ben-Gurion, y empezó a examinarla. De pronto se detuvo, y dijo: "Pero ¿soy acaso digno de tocarla?"

El historiador Carl van Doren hace notar que en el Palacio de la Independencia fueron "creados" los Estados Unidos el 4 de julio de 1776 con la formulación de la Declaración de Independencia, y "perpetuados" el 17 de setiembre de 1787 al aprobarse su Constitución. También allí, los primeros estadistas de los Estados Unidos crearon un ejército y una marina nacionales, adoptaron las Barras y las Estrellas como enseña patria, y establecieron la capital provisional de la nación.

En años recientes el Palacio de la Independencia estaba en ruinas y rodeado de barrios miserables. Hoy, sin embargo, se ha arrasado aquel montón de viejas construcciones y destartaladas tiendas a fin de dar al edificio un marco digno en el nuevo Parque Histórico Nacional de la Independencia, actualmente en construcción. Se han derribado ya unos 110 inmuebles, entre ellos un edificio comercial de diez pisos, para cumplir con un audaz proyecto de obras que costará 30 millones de dólares y que fue iniciado por entidades cívicas y patrióticas agrupadas bajo el nombre de Asociación del Palacio de la Independencia. El parque proyectado acaso conserve como reliquias históricas una veintena de otros edificios y lugares situados en aquella tradicional zona. A la larga, el santuario quedará totalmente restaurado y contará con una imponente alameda central, paredes de ladri-



llo, verjas de hierro forjado y umbrosos paseos serpenteados como los tenía a fines del siglo XVIII.

El viejo edificio señorial, de dos pisos, en el estilo de los Hannóver ingleses, erigido entre 1732 y 1753 como Casa de Gobierno de Pensilvania, ya comienza otra vez a cobrar lozanía y solemnidad. El Servicio de Parques Nacionales de los Estados Unidos le ha quitado hasta 60 manos de pintura en algunos sitios, y está investigando minuciosamente la construcción así como la historia física del edificio. Los investigadores han examinado añejos documentos en diversos países para reconstruir todo cuanto haya ocurrido en el majestuoso edificio. El superintendente del parque, Melford Anderson, dice: "La historia norteamericana no contiene página más apasionante".

En el histórico Salón de Asambleas, de altos ventanales dieciochescos y chimeneas gemelas, provisto de peñolas y escritorios de carpeta verde y presidido por el imperioso retrato de Jorge Washington, la Revolución norteamericana cobra vida de nuevo.

La Revolución, dijo Juan Adams, se produjo en "la mente y el corazón del pueblo". El rey Jorge III de Inglaterra y sus ministros exasperaron al pueblo con rigurosas ordenanzas aduaneras y un impuesto sobre toda clase de productos, desde diarios hasta barajas. El golpe que colmó la paciencia popular lo dio el Parlamento británico al insistir en legislar para las Colonias

"absolutamente en todos los casos".

En setiembre de 1774, doce de las trece Colonias enviaron delegaciones de ciudadanos eminentes a Filadelfia para participar en una asamblea encaminada a reclamar satisfacción a sus quejas. Por entonces Filadelfia no era sino un rústico villorrio, en las lindes de tierras aún agrestes. Sufría el agobio del insoportable calor estival y el acoso de los tábanos y de la terrible fiebre amarilla, pero alardeaba de contar con 35.000 habitantes, calles empedradas y un comercio y una cultura florecientes. Tal era la aldea que había de convertirse en foco de la resistencia norteamericana.

Los delegados se trasladaron a pie de las hosterías al Carpenters' Hall (Casa de los Maestros Carpinteros) para celebrar su primera sesión en calidad de Congreso Continental. Adoptaron un manifiesto en que exponían sus querellas, prometieron su apoyo al pueblo de Boston, a la sazón bloqueado por naves inglesas, prohibieron la importación de géneros británicos y solicitaron del Rey la restauración de sus "derechos como ingleses".

En la primavera siguiente, el 19 de abril de 1775, una endeble línea de milicianos de Massachusetts repelió en Lexington y Concord a un destacamento de soldados británicos enviados a confiscar un depósito de municiones, y al convocarse el Segundo Congreso Continental imperaba ya un sombrío ambiente bélico. Reunido por primera vez en la Casa de Gobierno, el Congreso

eligió a Jorge Washington como general y comandante en jefe del harapiento Ejército Continental, y dirigió un último y conciliador llamamiento a Gran Bretaña.

La Revolución tomó decisivo giro el 7 de junio de 1776. En la Casa de Gobierno, por instrucciones de la Convención de Virginia, a la cual representaba, Ricardo Enrique Lee se puso de pie para proponer una resolución sensacional: "*Que estas Colonias Unidas son, y tienen derecho a ser, Estados libres e independientes*". Tal resolución desencadenó un furibundo debate.

Los delegados partidarios de la independencia triunfaron después de varios días de áspera discusión, y entonces se eligió un comité de cinco miembros, entre ellos Benjamín Franklin y Juan Adams, para formular una declaración "en que se expusieran las causas que nos impulsaron a adoptar esta trascendental resolución". Se encargó de redactar el documento a uno de los miembros de aquel comité: Tomás Jefferson, de 33 años. Así fue cómo aquel larguirucho pelirrojo de Virginia, trabajando del 11 al 28 de junio en una habitación del segundo piso de la casa de un albañil alemán, escribió lo que muchos han considerado como la declaración de principios democráticos más hermosa de la historia humana.

El 3 de julio Jefferson ocupó discretamente un asiento de la última fila del Salón de Asambleas y escuchó el debate de su proyecto de Declaración por el Congreso. Con

pulida y clara letra, Jefferson consignaba en él una elocuente serie de cargos contra la Corona, pero lo que lo impregnó de un fuego eterno y conmovió al Congreso fue este pasaje: "*Sostenemos que estas verdades son en sí evidentes: que todos los hombres han sido creados iguales, que están dotados por su Creador de ciertos Derechos inalienables, que entre éstos se cuentan la Vida, la Libertad y la busca de la Felicidad*". Y, más adelante, el principio inmutable de que el gobierno deriva sus poderes "*del consentimiento de los gobernados*". Esto constituye la entraña misma de la democracia norteamericana.

El Congreso pasó cerca de dos días corrigiendo y puliendo el documento. Pero, al final, los elevados sentimientos, la inmarcesible filosofía y el cadencioso lenguaje de la Declaración empleados por Jefferson prevalecieron casi por completo. Juan Adams lo llamó "la verdadera esencia del pensamiento norteamericano". Y fue en la tarde del 4 de julio cuando los miembros del Congreso, comprometiéndose mutuamente a empeñar en la empresa "*nuestra Vida, nuestra Fortuna y nuestro sagrado Honor*", aprobaron la Declaración por unanimidad y ordenaron su publicación y proclamación.

Según la leyenda, el 4 de julio de 1776, un anciano campanero se hallaba en el campanario del Palacio de la Independencia, aguardando ansiosamente la señal que debería hacerle un niño apostado en la

puerta del Salón de Asambleas. Y cuando el Congreso aprobó jubilosamente la Declaración, el niño gritó: "¡Toca, abuelito, toca!" Así es como dice la tradición que se anunció por primera vez al mundo la libertad norteamericana.

Hoy, en raras solemnidades oficiales, se toca la Campana de la Libertad con un mazo de caucho y su atenuado tono ha sido grabado para la posteridad. Pero el mensaje que en realidad encierra es simbólico, pues, según ya lo dicen los cicerones a los millares de visitantes del Palacio de la Independencia, "la Campana de la Libertad recuerda a todo ciudadano no sólo sus derechos y privilegios, sino también sus de-

beres y responsabilidades".

El 4 de julio de 1826, en el quincuagésimo aniversario de la Declaración de Independencia, Tomás Jefferson y Juan Adams murieron con pocos minutos de diferencia; primero Jefferson, a los 83 años de edad, en Monticello (Virginia) y después, en Quincy (Massachusetts), el recio Juan Adams, que contaba 91. Poco tiempo antes, cuando un grupo de ciudadanos pidiera a Adams una consigna para la conmemoración de aquel aniversario, él había hecho un brindis henchido de significación para todo amante de la libertad. "¡Bebamos", dijo el anciano patriota, "por una INDEPENDENCIA ETERNA!"



LA MAYOR tragedia de la especie humana es que la próxima guerra se tiene siempre por necesaria e "inevitable"; solamente transcurridos 20 años se comprende que fue tan evitable como inútil. ¿Estará condenado el entendimiento a vivir eternamente dos pasos a la zaga de las pasiones? — Sydney Harris, en *Last Things First* (Editores: Houghton Mifflin)

Noticias de la playa

EN el escaparate de una tienda donde venden *bikinis* hay un letrero que dice: "Si nada le complace, ensaye casi nada".

— *Sentinel-Star*, de Orlando (Florida)

Aviso en un autobús de cierto lugar de veraneo: "La persona que viaje con más de tres sandías tendrá que pagar doble pasaje". — AP

EN el escaparate de una fonda de playa: "Se necesita un pianista dispuesto también a sacar almejas". — C. M.

LETRERO en la taquilla de un cine de Chicago: "Se prohíbe entrar con ropa de playa: no se admiten *shorts* de Bermuda, Jamaica, Trinidad ni las Antillas Menores". — W. E. E.



Entre polvo de estrellas,
en los cráteres que abren
los aerolitos, los sabios
buscan nuevos secretos de
la Naturaleza.

Lo que nos cae del espacio

POR WOLFGANG LANGEWIESCHE

Basado en varios artículos del "Scientific American"



EN LAS altas mesetas de Arizona, cerca del Gran Cañón del Colorado y entre el Desierto Pintado y el Bosque Petrificado, hay otra maravilla que ver: el Cráter del Meteorito, abierto por un "objeto" que nos cayó del espacio.

El viajero lo encuentra fácilmen-

te. Es una maravilla natural, de propiedad privada, y se anuncia a lo largo de la carretera federal No. 66 en carteles que proclaman: "¡Más grande que la bomba atómica! ¡Explicación completa!" Uno se deja convencer... o debe dejarse.

Un camino de acceso de 10 kilómetros de longitud se desprende de

la carretera 66 y atraviesa la llanura seca y desierta. Se llega a un estacionamiento, se pasa ante puestos de venta de *souvenirs*, y por una puerta marcada "Pague aquí" se entra en un pequeño museo. Una de las paredes del edificio es toda de cristales y allá afuera está: es un hueco abierto en la tierra, de casi 1600 metros de diámetro por 175 de profundidad, lo bastante hondo para esconder el obelisco de Washington.

Un bólido de hierro y níquel cayó aquí del espacio e hizo este hueco en un segundo. Era inmenso, quizá tan grande y tan pesado como un trasatlántico sólidamente relleno de hierro.

No es que cayera simplemente; en realidad, vino del norte en vuelo casi horizontal, más bien describiendo una órbita que cayendo. Después sí se inclinó hacia abajo. Llegó más o menos como John Glenn, que frenó cuando se hallaba sobre el Pacífico y sin embargo continuó volando sobre todo el continente para ir a amarar en el Atlántico.

Algunos creen que el "objeto" golpeó la Tierra como un bloque de hierro macizo. Otros opinan que tal vez viajó por el espacio como una andanada de aerolitos en formación cerrada. Sin duda iba empujando delante de sí una masa de aire recalentado al rojo blanco, un "plasma" más brillante que el Sol y a una temperatura de varios millares de grados. Y cuando golpeó, el golpe fue terrible. El agujero que hizo atravesando capas y más capas de roca sólida medía originalmente

más de 300 metros de profundidad. Algunos trozos de hierro probablemente penetraron a 450 metros bajo tierra. Esto ocurrió hace quizá 20.000 años y de entonces acá el hueco se ha relleno en parte con cantos rodados de las empinadas paredes.

Se queda uno observándolo un minuto y luego se pregunta: ¿Qué se hizo toda la piedra que llenaba esta depresión? ¿Y dónde está esa supuesta masa de hierro que debió ser tan inmensa?

En el sitio donde golpeó (a una velocidad de varios miles de kilómetros por hora) y fue parada en seco, instantáneamente se calentó a tal punto que una buena parte de ella puede haberse vaporizado, como se vaporiza una bala de alta velocidad al impacto con una plancha de blindaje. Podría decirse que se convirtió en vapor de hierro. No fue simplemente que empujara las rocas hacia abajo o las desplazara hacia los lados. Era una bomba y explotó. El hierro penetró en la tierra e hizo volar todo por los aires, incluso a sí mismo.

Según las normas de la bomba atómica, era una bomba de 5,5 megatoneladas. Ciertamente se produjo una nube-hongo formada en parte de hierro vaporizado, y a medida que se fue enfriando descendió de ella una lluvia metálica, gotas de la cual se han recogido pasando imanes sobre el desierto. En una de las vitrinas del museo hay un frasco lleno de esas gotas, que parecen caviar. También se han hallado

trozos grandes del hierro meteórico, algunos con peso de media tonelada.

Otra parte del hierro penetró bajo la superficie y allí se quedó. Su existencia explica por qué el cráter es hoy de propiedad privada. En 1902 oyó hablar de él y de que en sus alrededores se encontraba gran cantidad de rocas y meteoritos, un ingeniero de minas de Filadelfia, Daniel Moreau Barringer. Por aquel entonces no se sabía que hubiera en la Tierra cráteres meteóricos y cuantos se conocían se consideraban de origen volcánico. Barringer, sin embargo, no vaciló en sostener, correctamente, que éste sí era meteórico, y acabó de convencerse de su tesis cuando, al hacer excavaciones alrededor del cráter, halló trozos de hierro con un siete por ciento de níquel. Entonces denunció el terreno como una mina y dedicó gran parte de su vida y su fortuna a la tarea de sacar el tesoro.

Comenzó por abrir pozos en el fondo del cráter, pero el agua y las arenas movedizas lo hicieron desistir. Apeló al sistema de taladrar. El taladro encontró roca sólida, pero no hierro. Hasta ese momento Barringer había supuesto que el objeto había caído verticalmente del cielo, pues nadie pensaba entonces en vuelos en órbita; sin embargo, pensándolo bien, dedujo que si el aerolito hubiera llegado en dirección oblicua, el hierro no habría quedado enterrado debajo del cráter sino debajo de su borde. En 1919 hizo prac-

ticar otra perforación empezando en el borde y, efectivamente, se encontraron fragmentos meteóricos. Por desgracia, a 420 metros de profundidad el taladro se atascó en un macizo de tales fragmentos y no fue posible moverlo. En 1928 logró que una compañía abriera un pozo 800 metros al sur del cráter. El agua subterránea interrumpió estos trabajos y Barringer, profundamente decepcionado, murió en 1929.

Con lo que quedaba de dinero, sus hijos hicieron realizar reconocimientos geofísicos, que revelaron la presencia de materias magnéticas, conductoras de la electricidad y sumamente pesadas. Hicieron otras dos perforaciones; mas en ambos casos se halló hierro demasiado duro para el taladro y demasiado grande para poderlo mover a un lado. Allí terminó el asunto.

Sin duda ninguna hay allí una sólida masa de hierro, por lo menos de 100.000 toneladas, y más probablemente de millones de toneladas. Vale a 100 dólares la tonelada, por razón del níquel que contiene, pero hasta ahora no ha sido posible sacarlo. Aunque se pudiera llevar un pozo de mina hasta el tesoro, sería difícil cortarlo en pedazos y subirlo a la superficie. La familia Barringer ha arrendado el cráter como atracción para turistas.

Éstos acuden cada día en mayor número a ver la maravilla, que es una prueba clara, aun para el ojo inexperto, de que la Tierra recibe materia de las estrellas. ¿Y qué significa esto? se dice el observador.

Hay que preguntárselo a los especialistas en meteoros, a quienes podemos considerar como los primeros exploradores del espacio. Mucho antes de que los astronautas y los proyectiles teledirigidos, como el *Mariner II*, empezaran a meter las narices entre el polvo de estrellas, aquellos hombres estudiaban el universo con los ojos y los oídos del telescopio y la radio. Sus descubrimientos llenan muchas páginas del *Scientific American* de 1950 a esta parte. Reuniendo lo que los sabios han escrito, empieza uno a comprender la importancia de los meteoros; entonces se ve su significado y se advierte en estos fenómenos el mismo orden que gobierna el resto del universo.

El profesor Fletcher Watson, de la Universidad de Harvard, nos dice que cada día entran en la atmósfera terrestre por lo menos mil millones de meteoritos, los más de los cuales no son mayores que una cabeza de alfiler y se queman en el aire. Su materia (unas cinco toneladas diarias) se reparte por todo el planeta como polvo. Sólo cuatro o cinco aerolitos por día son suficientemente grandes para atravesar la atmósfera y aterrizar. La mayoría de ellos no se encuentran jamás. Sólo una vez cada mil años, o cada millón de años, cae un bólido bastante grande para producir un cráter.

Otto Struve, del Instituto de Estudios Superiores de Princeton (Nueva Jersey), describe la caída más grande de un meteorito que haya si-

do presenciada por el hombre. Ocurrió en 1947, en la Siberia, hacia mediados de la mañana en un día despejado de invierno. Dice así:

"Centenares de personas pudieron verlo directamente. Contra un cielo azul vieron una bola de fuego refulgente como el Sol y más o menos del tamaño de una luna llena. Atravesó velozmente en dirección al sur dejando una lluvia de chispas. Su estela era una franja de brillantes colores que rápidamente se convirtieron en un negro intenso. En el término de cuatro o cinco segundos el objeto desapareció. La extraña estela permaneció en el cielo durante muchas horas y al caer de la noche brillaba como la aurora boreal.

"Observadores distantes vieron que del punto donde el objeto cayó, se levantó un gigantesco pilar pardusco que debió alcanzar una altura de 30 kilómetros. Continuó siendo visible hasta después de la puesta del sol.

"En las faldas rocosas de las montañas de Sikhotaalin los investigadores hallaron más de 100 huecos, algunos de 10 a 12 metros de profundidad y 23 de diámetro en la boca, esparcidos en un área de dos y medio kilómetros cuadrados. En muchos kilómetros a la redonda el suelo quedó sembrado de hierro meteorítico".

Explica Struve que este objeto era un pequeño asteroide o planetoide que debió pesar unas 1000 toneladas y tener un diámetro de 10 metros. Una vez que entró en la atmósfera se despedazó. Comparado con el

que cayó en Arizona, era un guijarro.

Ahora que sabemos que tales cosas realmente ocurren, empezamos a ver muchísimos cráteres... lo mismo que pasa con las hormigas: se ve la primera y en seguida se ven dos más. Hoy existen unos 30 cráteres meteóricos conocidos y reconocidos: cuatro en Australia, uno en Arabia, tres en África, uno en Europa, uno en la Argentina, dos en Siberia y el resto en Norteamérica.

La verdadera tierra de los cráteres es el oriente del Canadá, lo que se explica porque la barrera canadiense es casi toda una superficie de granito, sumamente rígida; aun los cráteres muy viejos no se han cubierto o deformado todavía. Otra explicación es que la fuerza aérea ha levantado mapas de la región, y hay muchos cráteres "fósiles" que no se pueden observar sino en vistas aéreas.

Robert Dietz, oceanógrafo del Laboratorio Electrónico Naval de San Diego (California), dice que deben existir muchos otros sitios de impactos, que no conocemos, pues la Luna está llena de cráteres meteóricos y la Tierra debe haber sufrido por lo menos igual bombardeo. Pero ¿dónde están? La busca, dice Dietz, no debe limitarse a descubrir cráteres porque en la Tierra los bordes realzados están sujetos a la erosión, los sitios bajos se llenan de arena y cieno, las rocas se doblan, se comban, se levantan y se hunden.

Hay, empero, un efecto duradero. El impacto meteórico produce en la

tierra ondas de choque, y éstas hacen sufrir a las rocas modificaciones que no produce ninguna otra causa: las quiebran en "conos de fracturación" de diversos tamaños, desde unos pocos milímetros hasta varios metros. Si uno de estos conos se golpea con un martillo, se fragmenta a su vez en conos menores. A modo de prueba se han producido experimentalmente estas formas geométricas disparando contra la roca proyectiles capaces de perforar planchas de blindaje.

Los conos de fracturación han revelado ya muchos antiguos impactos meteóricos y, según Dietz, han resuelto el enigma del Anillo Vredefort, en Sudáfrica. No es éste un cráter. Por el contrario, es una cúpula de granito de 42 kilómetros de diámetro, rodeada por formaciones circulares de piedra que tienen un diámetro de 210 kilómetros. La mayoría de los geólogos dudaban de que hubiera sido producido por un impacto meteórico, puesto que no hay ningún cráter ni se encontraban trozos de hierro. Dietz recomendó a un geólogo sudafricano que buscara conos de fraccionamiento y, efectivamente, los encontró.

Dietz está convencido de que aquí se precipitó a tierra un pequeño asteroide, aproximadamente de un kilómetro y medio de diámetro, y abrió un cráter de 15 kilómetros de profundidad por 42 de anchura. La explosión replegó las capas de roca como si hubieran sido pétalos de una flor. Si el bólido de Barringer

fue una bomba de 5,5 megatoneladas, ¡éste debió ser de 1.500.000! Todo el globo terráqueo tiene que haberse estremecido. Esto ocurrió hace muchísimo tiempo y desde entonces, piensa Dietz, el granito de las profundidades ha reaccionado al aligeramiento de tanto peso. Lenta, muy lentamente, se fue levantando, llenó el cráter y surgió en forma de la cúpula que hoy vemos.

John Reynolds, de la facultad de física de la Universidad de California, en Berkeley, describe las pesquisas detectivescas que se realizan a propósito de los meteoritos. Se estudian en todos sus aspectos: composición química, estructura atómica, metalurgia, trayectoria de vuelo y demás. Cada cosa es una pista. *Ítem:* el ferro-níquel muestra síntomas de haberse enfriado y solidificado muy lentamente, lo cual significa que provino del interior de un planeta regularmente grande. *Ítem:* la estructura cristalográfica del material muestra señales de una súbita decompresión. Esto revela que el planeta hizo explosión. *Ítem:*

el metal contiene pequeñas cantidades de Helio-4, isótopo que se forma sencillamente con el transcurso del tiempo y por consiguiente indica la época en que se formó el planeta. Los científicos han llegado a investigar en los aerolitos (en los de piedra, no en los de hierro) posibles señales de vida. Hasta ahora, ningún indicio positivo, pero tampoco ninguno definitivamente negativo. Queda un "tal vez".

Reynolds dice que la edad de la materia meteórica es más o menos la misma de la Tierra. Los elementos químicos del resto del sistema solar son los mismos de nuestro globo. Parece que todos los planetas de nuestro sistema se solidificaron por la misma época, o sea hace unos 4600 millones de años, y que los elementos químicos en sí mismos se formaron un poco antes "de la materia primordial".

Todo esto está expresado científicamente y en escala bastante grande de tiempo y distancia; pero, con todo, no suena muy distinto del Génesis.



Gozando la mar

ESTABA con mi marido y nuestros cuatro hijos pasando un día muy divertido en Disneylandia. Los pequeñuelos clamaban por montar en el "Trineo del monte Matterhorn", mas al oír la estridente gritería que venía de los carritos al rodar montaña abajo, dudé un momento. Llegó en esto un trineo, y el empleado retiró el cinturón de seguridad. Vi bajar a dos ancianitas de aspecto delicado. Con las mejillas sonrosadas por la emoción una de ellas decía: "Esto es lo que me encanta de Disneylandia: que tenga tantas diversiones para los viejos".

— R. S.

EN LA zarzuela *Little Me*, que se estrenó hace poco en Nueva York, aparece el cómico Syd Caesar haciendo el papel de Fred Poitrine, un

militar norteamericano de la primera guerra mundial, miope y de escasas facultades mentales, que se casa con una joven sin notar que ésta se halla encinta.

—¿No entiendes —dice la novia— que me caso contigo sólo por tu apellido?

—¿Poitrine? —exclama él, pestañeando como un búho—. ¿Tanto te gusta? — *Time*

UN NEOYORQUINO que pasaba por el mercado de pescados de la calle Fulton vio, una junto a otra, dos barricas de cangrejos vivos. Uno de los toneles mostraba una etiqueta que decía: "\$2,50 la docena"; el otro estaba rotulado: "\$1,50 la docena". Mientras el transeúnte observaba, uno de los crustáceos baratos, forcejeando entre sus compañeros, alcanzó la orilla del barril y se pasó trabajosamente al tonel de los más caros.

"Esta es una de esas cosas", observó el caballero, "que sólo son posibles en una democracia". — D. B.

UN GENERAL retirado y su hijo, teniente de la guardia real, se hallaron en compañía de un norteamericano en uno de los clubs de oficiales de más tono de Londres. Co-

La risa, remedio infalible

mo era un poco sordo, el general le indicó a su hijo:

—Pregúntale al señor si es la primera vez que viene a Inglaterra.

—No —dijo a gritos el joven—. El capitán dice que estuvo aquí con la Octava Fuerza Aérea estadounidense en 1944.

—Pregúntale en qué lugar estuvo de servicio.

—En Lincolnshire, papá.

—Dile que en qué parte.

—Dice que cerca de Nether Hinchfield.

—¡Extraordinario! Infórmate a qué distancia de la Granja de Hinchfield.

—A corta distancia.

—¡Qué casualidad! Pregúntale si conoció a Lady Alicia.

Al oír eso el yanqui por poco salta de su butaca.

—¿Que si conocí a Lady Alicia? ¡Caramba! ¡Qué mujer! ¡Y qué fiestas las que nos daba! ¡Era una hembra con fuego en las venas!

—¿Qué dice el señor? —preguntó el general.

—Dice que sí conoció a mamá.

— *Revista Courier (Inglaterra)*

DURANTE una lección de primeros auxilios para *Girl Scouts* se les preguntó a éstas:

—¿Qué haría usted si un niño se tragara la llave de la casa?

Una de las chiquillas respondió al punto:

—Entraría por la ventana.

— *Modern Medicine*

EL JOVEN recién graduado de la universidad, hizo, antes de ingresar en el negocio de peletería de su padre, una gira alrededor del mundo en busca de algo nuevo en cuestión de abrigos de piel para señoras. Al regresar a su tierra dijo:

—Papá: ya he encontrado lo que buscaba... Es algo que va a causar una revolución en la industria... una cosa totalmente nueva: vamos a cruzar el visón con el gorila; nos dará la piel más hermosa que jamás se haya visto.

—Gorila con visón no resultaría, hijo —observó el padre—. Las mangas quedarían demasiado largas.

—I. K.

ZSA ZSA GABOR lleva una existencia muy atareada, pero cierta vez se comprometió a actuar como maestra de ceremonias de un programa de televisión acerca de problemas conyugales. La primera de las chicas entrevistadas en el programa confesó:

—Pienso romper mi compromiso matrimonial con un caballero muy rico, que ya me ha regalado un abrigo de piel de cebellina, un collar de diamantes, una cocina y un automóvil Rolls-Royce. ¿Qué debo hacer, señora Gabor?

Zsa Zsa le aconsejó:

—Devuélvale la cocina. —B. C.

DOS EMPRENDEDORES propietarios de una cable para transportar esquíadores, en un lugar del Estado de Washington, resolvieron ingeniosamente el problema de los deportis-

tas que tratan de subir de balde. Mientras uno de los dos se quedó en su puesto manejando el aparato, el otro, poniéndose un par de esquís viejos, se adelantó por entre los que hacían cola para subir y se colocó al frente de todos. El operario del cable le gritó:

—¿Dónde está su boleto?

—Yo no necesito boleto para montar aquí.

Al oír esto el otro sacó un hacha y, con dos diestros golpes, le cortó ambos esquís, bien cerca de la punta de los pies.

El operario bajó el hacha y, volviéndose hacia el grupo de atónitos esquiadores, preguntó:

—¿Hay alguien más que no tenga boleto?

—B. T.

EN EL Palacio Municipal de Nueva York un miembro de la Comisión de Presupuestos se encontró con un colega de tez rubicunda y exclamó:

—¡Qué buen color tienes! ¿A qué se debe? ¿Baja California, o Baja Florida?

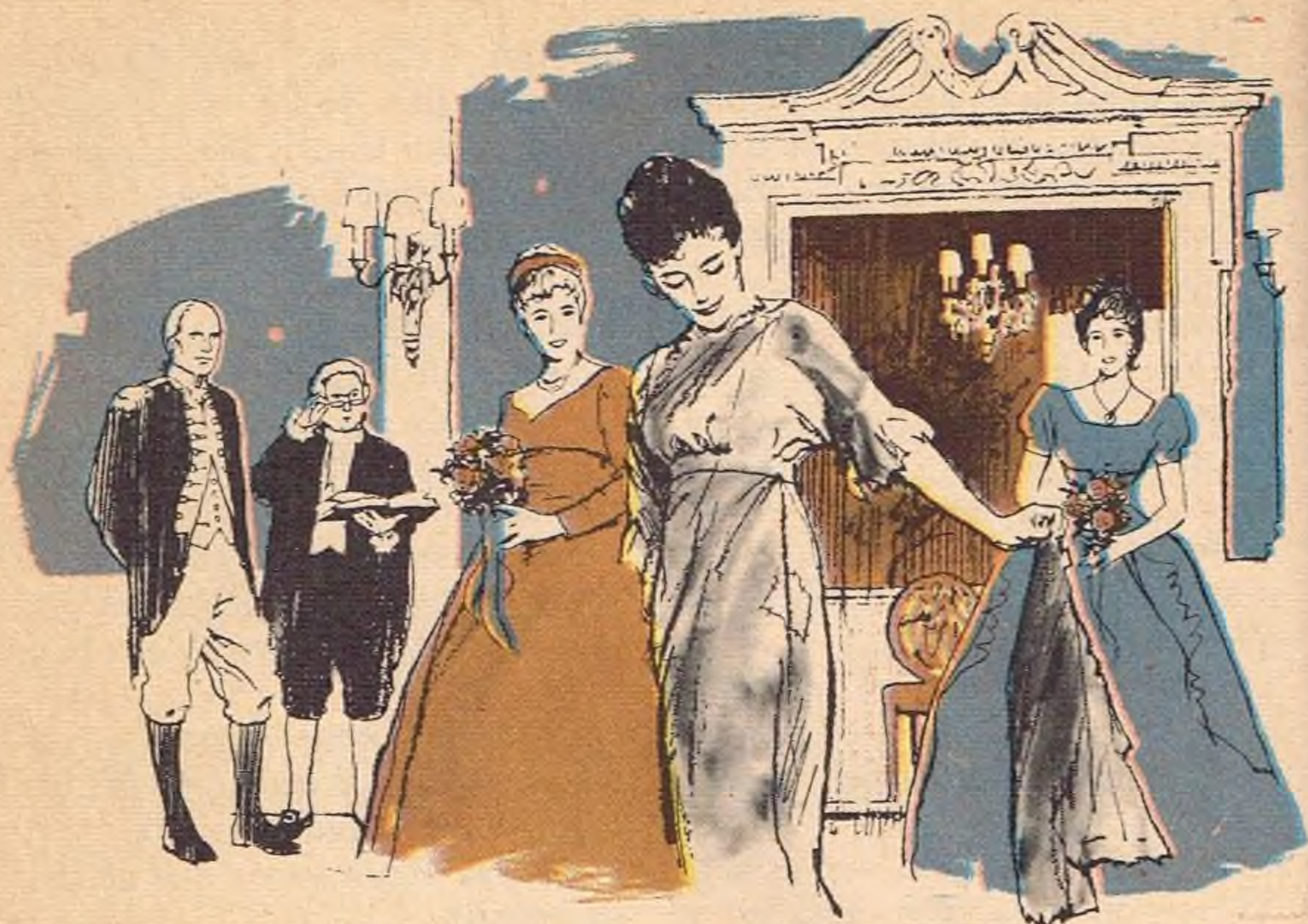
—Ninguna de las dos —dijo el otro—. Alta tensión arterial. —E. O.

DURANTE su campaña electoral, preguntaron a un candidato a ocupar cierto cargo público en un Estado del Sur de los Estados Unidos qué se proponía hacer si salía triunfante, a lo que él replicó:

—Eso no me preocupa. El problema, para mí, es qué haré si pierdo las elecciones.

—C. W. S.





Las singulares nupcias de la hermosa viuda

POR NOEL STEVENSON Y MURRAY HOYT

Condensado de "Vermont Life"

RELATA el abogado Abdías Martin que el 22 de febrero de 1789 la viuda Ana Ward, que era la mujer más hermosa de Newfane, en Vermont, contrajo matrimonio con el mayor Moisés Joy. La ceremonia fue presenciada con extática atención por una numerosa concurrencia. Las miradas de los asistentes no se apartaron un mo-

Nunca se vio a novia alguna en un trance como éste en que la puso su propio esposo

mento de la pareja nupcial, pero el interés de los circunstantes parecía concentrarse especialmente en la contrayente.

Acaso élla se debiera a que, para

la ceremonia, la novia se había despojado de todas sus ropas.

Pero no nos anticipemos a los acontecimientos.

El abogado Martin se vio envuelto en el asunto porque cierta mañana encontró a su amigo, el mayor Joy, esperándole en su oficina.

—Abdías —anunció el mayor— tengo un problema.

Martin, que debía de estar muy al corriente de todas las idas y venidas de Newfane, preguntó:

—¿Tiene que ver con la viuda Ward?

Sobresaltado, el mayor repuso:

—Yo creía que nadie estaba enterado de que la cortejaba siquiera. Pero en seguida inquirió:

—Abdías, ¿qué ley es esa que dice que el nuevo esposo de una viuda se hace responsable de las deudas del difunto?

—La ley del “ejecutor *de son tort*”, es decir, responsable de sus daños. Si te casaras con su viuda asumirías la carga de las deudas de Guillermo Ward.

Moisés abría y apretaba los puños nerviosamente, mientras decía con tremenda vehemencia:

—Abdías, quiero a esa mujer. Jamás en la vida he deseado nada tanto como deseo casarme con Ana Ward. Pero no puedo pagar las deudas de Guillermo Ward. Ese pelafustán estaba entrampado con todo el mundo. ¿En qué consiste esa ley?

—Pues bien, según el derecho consuetudinario, el esposo es dueño de todos los bienes de su mujer, hasta de sus ropas.

—Pero Ward ya no puede ser dueño de ello. Está muerto.

—A pesar de todo, nunca se ha hecho una asignación de ninguna parte de la herencia en favor de la viuda. Por tanto, sus bienes son aún propiedad de la testamentaria, la cual es insolvente. Y, como bien dices, hay acreedores acechando hasta en los árboles, como buitres, para abalanzarse sobre cualquier cosa de algún valor.

—Pero ¿cómo pueden caer sobre mí?

—La ley prescribe que cualquiera que toque los bienes de una persona fallecida se hace responsable de las deudas de esa persona. Si te casaras con Ana Ward mientras ella vistiese ropas que le hubiera proporcionado su difunto esposo, estarías tocando parte de la testamentaria de éste y te harías responsable de todas sus deudas.

El semblante del mayor Joy se iluminó con una sonrisa de alivio.

—¡Ah! ¡Eso se puede evitar, entonces! —exclamó—. Le compraré todo un ajuar nuevo para que se case con otras ropas.

—Con eso no adelantas nada. Si contrae nupcias con ropas que tú le proporcionas y que se ponga mientras, por así decirlo, ella misma es aún parte de Guillermo Ward, se considera que las ropas son un regalo tuyo a la testamentaria, y todavía serás responsable cuando vuelvan a ti gracias al enlace. Una vez que los acreedores obtuvieran una sentencia en tu contra, podrían enviarte a la cárcel de acuerdo con la

ley de Vermont sobre deudores. Y podrías consumirte allí por años enteros, arruinado y entre rejas. Mira, Moisés, tendrás que desistir de la idea de casarte con esa mujer. El problema es insoluble...

Se paró en seco sin terminar la frase. Ya el mayor Moisés Joy no le prestaba atención y tenía su mirada una expresión meditabunda, perdida. Se puso de pie de un salto.

—Te agradezco mucho que me hayas prevenido —dijo—. No he desistido de mi propósito, pero tomaré en cuenta tu consejo y me aseguraré de que no tendré que pagar las deudas de Guillermo Ward ni dar con mis huesos en la cárcel.

En los días que siguieron Abdías Martin oyó hablar por todas partes de los planes de boda del mayor Joy. Cuando se fijó la fecha del enlace, le salió al encuentro para advertirle:

—Moisés, parece que no he logrado hacerte comprender del todo lo real que es el peligro que corres. Esa ley contra los deudores es algo pavoroso. Pende sobre tu cabeza como una espada de Damocles.

Lo más que Abdías pudo arrancar al mayor fue un vago murmullo acerca de que tenía "cierto plan". Cuando por fin se separaron, el abogado Martin sacudió la cabeza tristemente.

La mañana de la ceremonia Martin se vio asaltado por un pensamiento repentino, tan inconcebible que en un principio lo descartó. Pero cuanto más se acordaba de algunas palabras sueltas oídas en sus conversaciones con el mayor, más se

horrorizaba. Fue otra vez en busca de Moisés, y le dijo:

—Si tienes acaso la disparatada idea de obligar a esa pobre mujer a... No, claro está... *No es posible* que estés pensando en... Ella misma no se prestaría...

—Eso resolvería la situación, ¿no? No dejes de asistir a la ceremonia. Será algo digno de verse.

El casamiento se efectuó en la mansión de los Field, en el altozano de Newfane. Abdías llegó temprano para no perderse detalle. Elegantes señoras y caballeros distinguidos, luciendo sus mejores galas, departían animadamente. Al abogado Martin le pareció que las damas se mostraban extraordinariamente recatadas y los caballeros más engallados que de costumbre. Percibió una expectación que jamás había notado en una ceremonia nupcial.

Cuando entró el mayor Joy, Abdías oyó que se dirigía en un susurro al dueño de la casa: "¿Está usted seguro de que la habitación está bien caldeada? Dadas las circunstancias, debe haber más calor que de ordinario".

¡El mayor iba de veras a poner en ejecución sus planes! Abdías sintió un vuelco en el corazón. Todos esperaban. La sala quedó en silencio. Avanzó Moisés Joy y ocupó su sitio frente a la pared del fondo. Luego llegó el clérigo Ezequías Taylor, conocido por todos como el sacerdote más jovial de la República de Vermont, y fue a situarse al lado del mayor. Todos los ojos estaban fijos en la puerta; para Ab-

solo lo **LEGITIMO** es **CALIDAD**



y solo es

legítimo

Ban-Lon[®]

con esta **ETIQUETA**

días la tensión era casi insoportable.

Se oyeron rumores en el pasillo, y apareció la viuda Ward con su cortejo. Estaba muy hermosa aunque algo pálida. En las comisuras de sus labios se dibujaba una leve sonrisa. ¡Al menos todavía estaba vestida! ¡Pero con qué ropas! No eran, ni habían sido nunca, indumentaria de novia. A aquel vestido, viejo y raído, no se le habría podido considerar como atavío nupcial, ni aun en sus mejores tiempos. No llevaba cola ni velo.

La novia se detuvo cerca del mayor. Lentamente se desabotonó la chaqueta y se la quitó. Estirando el brazo, la sostuvo en el aire por un momento, durante el cual no se oyó en la estancia más que la respiración de los invitados. Por fin, la dejó caer al suelo.

Martin pensaba: "¡Tal como yo creía! ¡Es horrible!"

Ana esperó un instante más y después avanzó, seguida de una de sus damas de honor. Se acercó a un armario empotrado en la pared del fondo, abrió la puerta y allí se volvió para lanzar una última mirada a los circunstantes. Luego, acompañada de su dama, entró en el armario y cerró la puerta.

Por primera vez, Martin miró aquella puerta. Ésta mostraba en el centro una abertura en forma de corazón, al parecer recién hecha.

Dentro se oyeron tenues crujidos y lo que pudiera tomarse por el rumor de unas risitas ahogadas. Cuando se volvió a abrir la puerta, se vio salir sola a la dama de honor con

un brazado de ropas: el raído vestido de la viuda Ward y encima medias y otras prendas que arrancaron una exclamación ahogada a las señoras presentes. ¡Allí estaba todo cuanto la novia vestía un momento antes! La dama de honor lo puso todo encima de la chaqueta que estaba en el suelo.

Entonces, por el agujero abierto en la puerta en forma de corazón, asomó una delicada mano. El mayor la tomó en la suya con fervor juvenil, levantó la vista y se volvió hacia el ministro.

El clérigo se aclaró la garganta y empezó a decir: "Amados hermanos, estamos aquí..."

Así fue cómo la viuda, desnuda en el interior del oscuro armario, contrajo nupcias con Moisés Joy.

Terminada la ceremonia, apareció otra dama de honor llevando un bulto de finas prendas de seda. Entró en el armario, y poco rato después salía la viuda Ward, convertida ya en señora Joy, elegantísimamente ataviada y mostrando radiante sonrisa. Recibió un apasionado beso del mayor y luego, asida a la mano de éste, las felicitaciones de la concurrencia.

Abdías Martin, uno de los más efusivos, mostraba ya una expresión de patente alivio. Pero se sentía completamente incapaz de evitar un sentimiento de chasco, de desilusión. No tenía idea, ciertamente, de la causa de tal sentimiento.

En cuanto al mayor y la señora Joy, libres del peligro de la ruina, vivieron eternamente felices...



Las burlas cesaron cuando se duplicó la cosecha de la patata

El milagro de Vicos

Un puñado de hombres decididos, inspirado por un antropólogo, demostró que hasta los pueblos más atrasados y menesterosos son capaces de sobreponerse a siglos de explotación.

POR LELAND STOWE



ME PLACE considerar esto como el milagro de Vicos porque lo que ha ocurrido allí, en la cumbre de los Andes peruanos, demuestra que el hombre que tiene fe en semejantes todavía puede hacer milagros.

Hasta que fui allá recientemente

te, nunca había oído hablar de Vicos, una hacienda de 14.000 hectáreas que ocupa toda una ladera, batida por los vientos, cuyos terrenos labrantíos entre los 2500 y 4200 metros de altitud están cubiertos por minúsculas parcelas de labor. Más arriba hay picos nevados que se elevan a 6000 metros o más. Pero du-

rante más de 400 años, desde los tiempos de la conquista española, la majestuosidad del paisaje ha venido ofreciendo un violento contraste con la abyecta miseria de sus habitantes, unos 2000 indios cuyo idioma es el quechua.

Estos aborígenes pasaban la existencia, en un brutal vestigio de feudalismo, como siervos desvalidos e irredimibles, en las grandes haciendas de ausentes latifundistas. Se les arrendaba como ganado junto con la tierra. Producían sus propios alimentos en las parcelas menos fértiles y, por una pitanza, trabajaban tres días a la semana en los terrenos más ricos para su patrón, el aparcero.

Su miserable situación hubiera continuado por muchos siglos más si no hubiera sido por un pequeño grupo de peruanos y norteamericanos inspirado por un antropólogo llamado Allan Holmberg. Aquel puñado de hombres, dotados de gran percepción, despertó el espíritu de los vicosinos y los ayudó a saltar en una sola década sobre cuatro centurias de explotación. Hoy el milagro de Vicos está difundiendo por toda la América del Sur el sensacional mensaje de que la democracia y la libre iniciativa pueden traer como recompensa la dignidad humana, a la cual el comunismo rinde homenaje sólo de dientes afuera.

EL Dr. Holmberg, profesor de la Universidad de Cornell (actualmente presidente de la sección de

antropología), había estudiado la cultura india en Sudamérica por encargo de Cornell y de la Institución Smithsonian, y estaba familiarizado con la lamentable situación de algunos de los dos millones de aborígenes sometidos a servidumbre en las haciendas. La mayoría de la gente consideraba que estos indios oprimidos, hostiles y recelosos, eran incapaces de elevar su existencia a un nivel superior al irracional. Pero el Dr. Holmberg los veía como seres humanos que, privados de las ventajas de la educación y la civilización, no habían tenido nunca oportunidad de vivir existencias decentes y dignas.

Desde hacía muchos años, el Dr. Holmberg había acariciado el proyecto de tomar a su cargo toda una comunidad de indios peruanos y exponerlos al progreso de la cultura moderna. Pero ¿cómo encontrar tal comunidad y hacerse cargo de su dirección? A fines de 1951, uno de sus alumnos peruanos, Mario Vásquez, graduado de Cornell, le informó que el aparcero de la hacienda de Vicos había quebrado y sus dueños ofrecían la finca en arrendamiento. El Dr. Holmberg se dio cuenta inmediatamente de que un percance ocurrido a miles de kilómetros de distancia le proporcionaba la ocasión de realizar su sueño dorado.

Providencialmente, tenía a su disposición parte de un donativo de la Carnegie Corporation destinado a investigación. Fue a Lima a consultar con su viejo amigo el distingui-

do médico y biólogo Dr. Carlos Monge Medrano, director del Instituto Peruano Indigenista, a quien explicó: "Quiero arrendar la hacienda de Vicos. Quiero dar a esa comunidad la oportunidad de curarse del marasmo en que ha vivido por tantos siglos". Su entusiasmo era contagioso, y el Dr. Monge inició gestiones con altos funcionarios peruanos. Con la cooperación de varios ministerios de aquel país se creó un Proyecto Cornell-Perú, se firmó el contrato de arrendamiento, y en enero de 1952 el Dr. Holmberg y sus asociados tomaron en sus manos el destino de 280 familias indias.

El doctor se instaló en una ruinoso casucha de adobe, sin facilidades higiénicas ni sanitarias, con su intrépida esposa y tres criaturas. Pese a su falta de experiencia en la administración de una comunidad, y mucho menos de una comunidad subdesarrollada, el Dr. Holmberg consagró sus esfuerzos a granjearse

la confianza de los indios, empresa en que le resultó de utilidad inapreciable Mario Vásquez, que hablaba quechua. Ambos compartieron juntos los extraños alimentos de los vicosinos, los llevaron a dar paseos en automóvil, que para ellos eran cosa jamás soñada, y participaron en sus danzas festivas. Ningún patrón de los Andes peruanos había tratado así a sus peones. Y pronto empezaron éstos a dulcificar, lenta pero alentadoramente, su fría actitud.

Para facilitar las operaciones de la hacienda, el Dr. Holmberg retuvo a seis de los antiguos mayores, con quienes sostenía regularmente conferencias semanales. Esta especie de consejo de dirección abolió los abusos más irritantes. Relevó a los vicosinos de la obligación de trabajar gratuitamente para el patrón como pastores, criados, cocineros o mozos. En cuanto a las tierras reservadas para el patrón —unas 160 de las 1500 hectáreas laborables de Vicos— el nuevo administrador



Paisaje montañoso del Perú



Vicos está de fiesta

introdujo una increíble innovación. El patrón anterior había convenido en pagar a cada hombre por trabajar en "sus" tierras 20 centavos diarios, menos de un centavo de dólar, pero una ayuda preciosa dentro de su miseria. Después de la quiebra, hasta esa mezquindad había quedado sin pagar. Reuniendo a todos los peones, Holmberg anunció que no sólo liquidaría los jornales atrasados sino que, además, los aumentaría. En el primer momento sus palabras fueron acogidas con perplejidad y escepticismo.

Entre tanto, una plaga regional que asoló la patata amenazó de hambre a toda la comunidad. No se trataba, en realidad, más que de un indicio de la disminución permanente de las cosechas por los muchos años de empleo de métodos de cultivo anticuados y la carencia de productos químicos modernos. El Dr. Holmberg ofreció simientes resistentes a la plaga, abonos e insecticidas a precio de costo... e inmediatamente tropezó con un muro impenetrable. Los vicosinos, fatalistas, rechazaron como ineficaces los elementos modernos. Además, no tenían dinero.

Entonces el Dr. Holmberg ofreció un plan de crédito combinado con una participación del 50 por ciento de las cosechas, a condición de que aquellos que firmaran el contrato se comprometieran a aplicar los modernos métodos del agrónomo del gobierno. De un total de más de 380 cabezas de familia, sólo 17 se inscribieron aquella primera

temporada. Mientras estos pocos se dedicaban a la siembra, la fumigación y el cuidado de sus sembrados, de acuerdo con las instrucciones del personal técnico, los otros peones se burlaban de ellos. Pero las burlas cesaron en cuanto llegó la recolección. ¡Las cosechas de los que tuvieron el valor suficiente para hacer el experimento se habían duplicado!

El Dr. Holmberg dice hoy: "Se operó una reacción fantástica. Fue el primer gran momento decisivo".

Inmediatamente se quintuplicaron las firmas de los campesinos que optaban por la aparcería con crédito. Los que estaban en mejores condiciones económicas compraron por su propia cuenta las simientes y los productos químicos nuevos, y pidieron instrucción en los métodos modernos a los neófitos que acababan de aprenderlos.

Según el antiguo sistema de la hacienda, una vez pagados los indios, mayormente en productos, el resto de las cosechas se vendía para rellenar los bolsillos del patrón. Pero ahora, merced a los fondos de la institución Carnegie, el Dr. Holmberg pudo anunciar que había un excedente de recursos que se emplearía en beneficio de la comunidad. Cuando preguntó en una asamblea de vicosinos cómo se debería invertir ese dinero, la mayoría votó en favor de la nueva "magia" que había despreciado sólo unas pocas temporadas antes: productos químicos, abonos, semillas.

Cuando el Dr. Holmberg y Ma-

rio Vásquez se encargaron de la tutela de los vicosinos, el 98 por ciento eran analfabetos. Únicamente alrededor de una docena de niños, acucillados en la choza de un maestro que apenas conocía las primeras letras, eran capaces de repetir el abecedario; ni una sola criatura de edad escolar sabía leer o escribir, ni en quechua ni en español. Cuando el Dr. Holmberg propuso que los indios construyeran su propia escuela, volvió a tropezar con resistencia general. Si las otras comunidades indias no tenían escuelas ¿por qué habían de tenerla ellos?

Pero en el curso de las prolongadas discusiones aparecieron dos vecinos entusiastas de la enseñanza: el cojo Hilario González que, sabiendo él mismo leer y escribir, anhelaba iguales ventajas para sus cinco hijos; y César Sánchez, cuyo español, aprendido en el servicio militar, le había dado más categoría social y horizontes más amplios. Entre ambos reclutaron un equipo de construcción y, espoleados por el ejemplo del primer patrón a quien veían empuñar una herramienta, extrajeron rocas de la tierra, fabricaron miles de adobes y cortaron algunos eucaliptos para hacer vigas para el tejado, puertas y marcos de ventanas. El edificio de seis aulas, terminado en 1953, que brilla con visos rojiblancos sobre el fondo que forman las laderas bajas del valle del río Marcará, tiene en el frente un zaguán que domina un campo de fútbol, también sin precedentes allí. La matrícula

de 60 alumnos del curso inicial se duplicó en el término de dos años y en 1957 Vicos se trasformó en una escuela central que proporcionó orientación a las comunidades vecinas.

Hoy, con ocho maestros y una asombrosa matrícula de cerca de 250 estudiantes al año, la escuela no tiene par en la región rural de los Andes. Ofrece un programa de instrucción para adultos consistente en enseñanza técnica de agricultura y artes industriales. El analfabetismo comunal se ha reducido en más del 15 por ciento, y en las elecciones nacionales peruanas de 1962 votaron por primera vez 22 vicosinos que ya reunían los requisitos legales de instrucción.

La fundación del primer centro de salud de Vicos atravesó las mismas vicisitudes que la escuela. En un principio, escepticismo. Luego un vicosino se curó de tuberculosis gracias a la ayuda recibida del Dr. Holmberg y de Mario Vásquez, doctor en filosofía. Este hombre resultó un converso y empezó a su vez a convertir a otros. Dos años más tarde, el primer centro sanitario rural de la región enriqueció con otro "monumento al progreso" el impresionante aspecto nuevo de la Plaza Mayor de Vicos.

Como el Dr. Holmberg no podía dejar más que a intervalos sus tareas de Cornell para ir a Vicos, fue Mario, encargado de la comunidad como director de sus actividades, quien mantuvo los trabajos en marcha sin perder el impulso inicial un

¡NUEVA!

LOCION PRE-AFEITADA ELECTRICA



Para antes de afeitarse. Erige la barba...
afina la máquina... afeitadas más rápidas,
al ras y más duraderas—sin irritación.

Old Spice

...frescor varonil noche y día!

SHULTON

Nueva York • Londres • Buenos Aires

año tras otro. Después, en 1957, los vicosinos se toparon cara a cara con su mayor problema.

El contrato de arriendo de las tierras del Proyecto Cornell-Perú caducó. Los doctores Holmberg y Monge persuadieron al gobierno peruano a expropiar los terrenos y dar a los vicosinos la oportunidad de comprar la hacienda, hacerse hombres libres, dueños de su propio destino, y redimirse de su servidumbre de cuatro centurias. Al cabo de cinco años solamente de contacto con la civilización ¿serían capaces de responder a las exigencias del momento?

Los vicosinos, dependiendo ya virtualmente de su propio esfuerzo, dieron por sí mismos dos pasos monumentales: en votación democrática eligieron delegados en un consejo ejecutivo y administrativo y, también por votación, acordaron labrar colectivamente las 160 hectáreas antes reservadas para el patrón y destinar la mayor parte de los beneficios a un fondo para compras futuras. Visto a la luz de su pasado, esto era una genuina revolución en Vicos.

Cuando ya estaban próximos a alcanzar su increíble objetivo, estalló una angustiosa pugna. Los ausentes terratenientes de la región se opusieron enconadamente a los vicosinos, temiendo que su resurgimiento pudiera imbuir en otros indios ideas peligrosas. El primer obstáculo se presentó cuando el propietario de la hacienda exigió un precio colosal por lo que antes

era una finca en bancarrota. Hasta los propios comunistas peruanos se lanzaron a la propaganda contra la compra. "Vicos", explica Mario, "es un espejo de democracia en la transformación del sistema de la hacienda, y los comunistas quieren explotar la miseria de los indios en provecho de su propia revolución". En julio de 1961 el propietario notificó judicialmente que la hacienda de Vicos se ofrecía nuevamente en arrendamiento al mejor postor. En aquel momento parecía como si fuera a perderse toda la labor de cerca de 10 años de lucha.

Pero no se perdió, en fin de cuentas. Gracias a otro año de maniobras de los doctores Monge y Holmberg y de otros influyentes amigos peruanos y norteamericanos de Vicos, así como a un préstamo del gobierno del Perú, el 13 de julio de 1962 —fecha que perdurará como día glorioso en la memoria de todos los vicosinos— quedó firmada la escritura definitiva de traspaso. En la fiesta con que celebraron el acontecimiento, los vicosinos entregaron al Dr. Holmberg un pergamino en que le expresaban gratitud eterna por su valioso papel en "la liberación de Vicos".

LA VIDA en Vicos es todavía primitiva. Pero, comparada con la situación de hace una década, ha cambiado en forma inconcebible. Mientras los Soviets hablaban del mejoramiento de las condiciones de vida de los pueblos subdesarrollados y fracasaba el "gran salto hacia ade-



**Resfriado
Afiebrado**

GENIOL

despeja la cabeza, baja la fiebre

lante" de la China comunista, los vicosinos se sacudían el yugo del feudalismo en sólo diez años.

Además, los progresos de Vicos son igualmente sobresalientes en términos económicos. Porque, aparte de las ganancias que fueron reinvertidas en la obra, todo el proyecto de fomento Cornell-Perú costó un total de 5000 dólares solamente; y el personal administrativo nunca pasó de dos peruanos y dos norteamericanos, y frecuentemente sólo uno de cada nacionalidad. Mientras que en 1951 los ingresos en efectivo de los vicosinos oscilaban entre un simple cero y la equivalencia de 20 dólares anuales que ganaban unos pocos afortunados, en 1962 los habían cuadruplicado hasta un promedio de 80 dólares por familia, más del doble del promedio de otros indios andinos. Mientras que algunos emigran persistentemente a los barrios misera-

bles de las ciudades, no menos de 30 familias de Vicos han vuelto a su terruño, como ciudadanos libres y dignos, a trabajar para la comunidad al mismo tiempo que para sí mismos. Con la reciente adquisición de un camión de seis toneladas, distribuyen patatas en los mercados de Lima. Hay otras haciendas que han solicitado información sobre los adelantos de Vicos y, a petición del gobierno de Perú, Mario Vásquez recorre el país explicando cómo se realizó el milagro de Vicos.

Entre tanto, el profesor Holmberg se acuerda frecuentemente en Cornell de los vicosinos, a miles de kilómetros de distancia. Pero resta importancia a su propia participación en su progreso. Se limita a decir modestamente: "Son los cambios que ocurren al hombre en lo más recóndito de su ser lo que verdaderamente cuenta".



Lecciones de escultura

EN PRETORIA, donde el clima es cálido y seco, se yergue una estatua de Paulus Kruger, prócer de los boers del África del Sur. A petición de la esposa del extinto, el escultor dejó hueco el sombrero de copa de la estatua para que allí se recogiera la lluvia y los pajaritos pudieran aprovecharla.

— *Time*

CUANDO el escultor Frampton terminó su estatua de Peter Pan, popular personaje de la obra de Sir James Barrie, estatua que se colocaría en Kensington Gardens, en Londres, el famoso dramaturgo hizo que una enorme fuerza de trabajadores la erigiera en su sitio entre el anochecer y el amanecer, para que sus amigos, los niños, pensaran que las hadas la habían colocado allí.

— Robert Haven Schauflier, en *Peter Pantheism* (Editores: Macmillan)



LA REALIDAD UNIVERSAL Y ARGENTINA

...en 2 triunfos editoriales de
EL ATENEO:

“ENCICLOPEDIA EL ATENEO”

Una síntesis del conocimiento humano, sistemáticamente ordenada por temas.

**6
TOMOS**

que contienen todo lo que al hombre le interesa saber del mundo, de sí mismo y de sus obras, con los más recientes conocimientos, actualizados al año 1962.

PROFUSAMENTE ILUSTRADA

“HISTORIA DE LA NACION ARGENTINA”

de la **ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA**

La luz del pasado sobre la realidad actual...

¡Conozca la historia de nuestro país en la más objetiva, completa y documentada versión publicada hasta la fecha, en la que colaboraron prestigiosos especialistas argentinos y extranjeros!

**15
GRANDES
VOL.**

INCLUYENDO
UN TOMO
INDICE,
de formato
18x24 cms.

HOY MISMO:

Llene y envíe este cupón



Sres. Librería “EL ATENEO”
Editorial. Sirvanse enviarme, sin
compromiso, folletos y condicio-
nes de venta de la “ENCICLO-
PEDIA EL ATENEO” y de la
“HISTORIA DE LA NACION
ARGENTINA”.

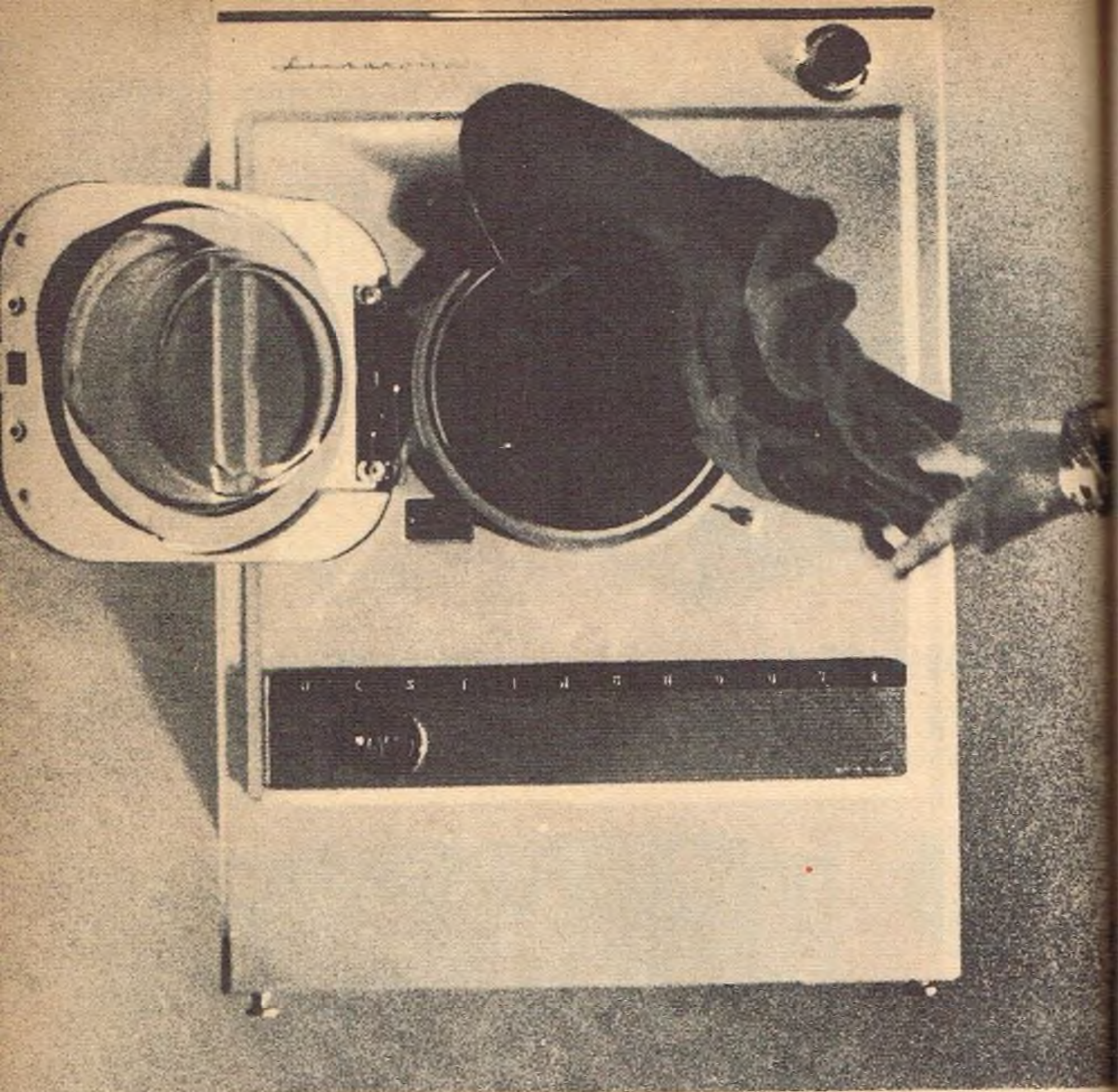
Nombre

Domicilio

Localidad F.C.

Consulte nuestros planes de CREDITO EDITORIAL

LIBRERIA “EL ATENEO” EDITORIAL
Florida 340 - Buenos Aires - Córdoba 2099



Encantado de cuidar su ropa

Lavarropas



Westinghouse

En su hogar a través de los Distribuidores de Carma, el totalmente automático Laundromat Westinghouse y el semi-automático Carma son la solución definitiva del perfecto lavado "a conciencia" de su ropa! Casi humanos por su automático funcionar, usted sólo debe supervisar la tarea! Garantizados por Westinghouse, 75 años de experiencia mundial en la fabricación de alta calidad, Westinghouse: interiorícese de su calidad en los Distribuidores de Carma.

CARMA

Belgrano 3770 - Capital



Aprovechemos mejor la memoria

Lo aprendido de memoria puede ser de inestimable ayuda para un cerebro bien organizado, y constituir fuente inagotable de deleite para el espíritu.

POR THOMAS FLEMING



CUANDO se preguntó a Winston Churchill qué enseñanzas de la escuela le habían sido más útiles en la vida, respondió sin vacilar:

“Las joyas literarias que aprendí de memoria”.

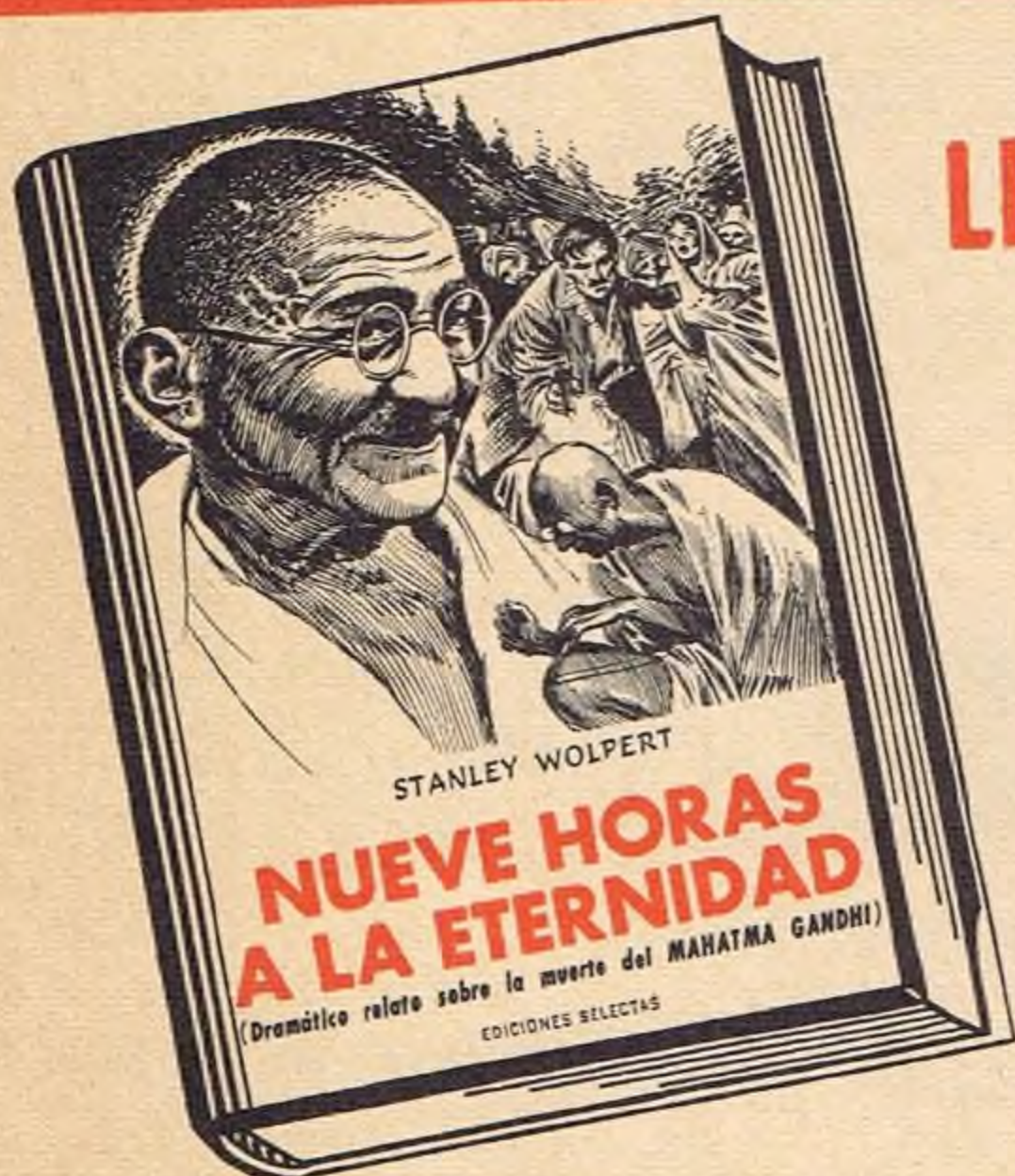
Muchos lectores recuerdan todavía el conmovedor discurso que pronunció en 1941, y en el que utilizó una de esas joyas. Al congregarse a Inglaterra en contra de Hitler y al afirmar su fe en que la ayuda norteamericana no dejaría de venir, citó unas estrofas de un poema casi olvidado del siglo XIX, escrito por Arthur Hugh Clough y titulado “No digáis que vana es la lucha”:

Si bien rompen en vano las olas
fatigadas
Y al hacerlo no avanzan distancia
que se vea,
A lo lejos, por calas, esteros y
ensenadas,
Abundosa y callada se adentra la
marea.

Y no tan sólo por los balcones del
oriente
La luz al mundo asoma cuando
asoma el día;
Cierto, asciende el sol allá pausada,
lentamente,
Mas ¡ved! ¡Ya al occidente la
tierra se atavía!

Sus palabras ahuyentaron los lúgubres presentimientos, y cuantos

LA HISTORIA DE LA MAS DOLOROSA TRAGEDIA
NUEVE HORAS a
(Dramático relato sobre la muerte



LEA esta obra
inigualable
y
sensacional

Suscribiéndose
HOY MISMO al:

"CIRCULO LITERARIO"

Que le ofrece los siguientes beneficios:

Elige el libro más interesante que se edita cada mes. La suscripción es gratuita, sin cuota de ingreso o gasto alguno. Los libros serán enviados a su casa por correo certificado sin ningún recargo y después los abona. El suscriptor no está obligado a comprar un libro mensual, cada mes recibe gratis el boletín mensual en el que se le informa sobre el libro seleccionado para que decida si desea recibirlo, el libro se le remite si no ordena lo contrario. El único requisito consiste en que el suscriptor compre un mínimo de cuatro de los libros seleccionados en los primeros doce meses.

LIBROS LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS QUE LE
PERMITIRAN FORMAR UNA SELECTA BIBLIOTECA

PERSONAL DE LOS TIEMPOS MODERNOS!!

la ETERNIDAD

del MAHATMA GANDHI)

por Stanley Wolpert

Primer relato sobre el brutal asesinato del Mahatma Gandhi y las nueve angustiosas horas de corrosivo suspenso que precedieron a su muerte. Un tema que nadie ha intentado tratar, escrito desde los íntimos pensamientos, acciones y vidas privadas de los conspiradores, que fueron responsables del monstruoso suceso. Un libro que cumple la difícilísima tarea de relatar un episodio fantástico de la historia, sacando a luz acontecimientos y entretelones y poniendo al descubierto todas las presiones en pugna, que inflamaron las pasiones de los fanáticos asesinos que cometieron el inculcable y tremendo acto criminal.

¿POR QUE MOTIVO PUDO ALGUIEN CONCEBIR EL DESEO DE DAR MUERTE AL MAS PROMINENTE APOSTOL DE LA PAZ Y ENEMIGO DE LA VIOLENCIA EN EL MUNDO MODERNO? ¿Y POR QUE HABRIA DE SER COMETIDO EL CRIMEN POR UNO DE SUS COMPATRIOTAS HINDU COMO GANDHI?

Las respuestas a todos los interrogantes de este ruinoso acto que sacudió al mundo, las hallará minuciosamente contestadas en este sensacional relato novelado.

ENVIE ESTE CUPON AHORA MISMO



CIRCULO LITERARIO - Laval 1454 - T.E. 40-3618

Sírvanse anotar como suscriptor del Círculo Literario y enviarme como mi primera Selección "NUEVE HORAS A LA ETERNIDAD" por Stanley Wolpert por el cual abonaré \$ 218.-

Nombre

Calle y No T. E.

Localidad F. C.

Provincia

Firma 7

\$ 7

Cuánto tarda una crema en empezar a corregir su cutis seco?



Sólo 10 minutos... si es Crema Pond's "S" con Alantoina!

Todo cutis normal se renueva constantemente: pero el cutis seco es "perezoso", y deja que las células viejas se acumulen, ahogándolo. Sólo la Alantoina puede ayudarlo de veras y comenzar a corregirlo a sólo 10 minutos de aplicada, porque acelera el desprendimiento de las células muertas, libera los poros y "abre el camino" hacia las capas profundas de la piel.

Su cutis revive, científicamente estimulado!

Por la acción de la Alantoina, el rico contenido de aceites naturales y lanolina homogeneizada de Crema Pond's "S" (*Dry Skin Cream*), puede penetrar a fondo y comenzar de inmediato su acción nutritiva y humectante. Además, la Alantoina regulariza las funciones de la piel... el cutis seco revive con nueva elasticidad y tersura. Comience esta noche su tratamiento con Crema Pond's "S" con Alantoina.

**Crema Pond's
"S"
con Alantoina**



**¡Sólo 10 minutos
para empezar
a ser más joven!**

las escucharon se sintieron impresionados al advertir hasta qué punto resultaban admirablemente apropiadas a un momento histórico que el poeta que las escribiera no pudo haber adivinado. En la actualidad los estudiantes invierten poco tiempo en adiestrar la retentiva. Sus maestros mismos desdeñan la antigua creencia de que el aprendizaje de memoria contribuye al desarrollo de diversas zonas cerebrales, y a menudo afirman con desprecio que "el aprender mecánicamente" es perder el tiempo.

No cabe duda de que en otro tiempo el memorismo se llevó a extremos exagerados, a menudo con perjuicio del entendimiento. Pero ¿debemos por eso rechazar por completo el aprendizaje de memoria? Puede que no desarrolle la inteligencia, mas constituye una inestimable ayuda para un cerebro bien organizado y una fuente de deleite para el espíritu.

Una memoria bien rica tiene multitud de ventajas. Hace algunos años, un vendedor a quien yo conocía estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa. Era incapaz de resistir la tensión que le causaba permanecer sentado en una sala de espera, aguardando la oportunidad de entrevistar a un cliente.

—Mi imaginación se desbocaba —me dijo—. Comenzaba a pensar en todas las cosas que podía hacer o decir mal, y antes de que tuviera lugar la entrevista, ya estaba yo temblando de pies a cabeza.

—¿Por qué no aprende usted de

memoria algunos discursos célebres, y se los recita a sí mismo mientras espera? —le aconsejó su médico.

Mi amigo siguió la indicación, y sus temblores desaparecieron. Además, comenzó a interesarse en las circunstancias relacionadas con los discursos que aprendía, y hoy es casi una autoridad en historia.

Basil Davenport, destacado crítico literario, famoso por su facultad para recitar poesías durante horas enteras, comenta:

—En las noches de insomnio, o cuando se esté esperando un tren, o bien durante esas horas de tedio y soledad que todos pasamos en la vida, nada ayuda tanto como la compañía de los poetas.

Entre los sociólogos que estudian las razones del éxito, más de uno ha señalado que una memoria eficaz acrecienta las facultades de raciocinio y juicio y mejora el funcionamiento de la mente en general. Platón escribió: "El saber sólo consiste en recordar". El Dr. Bruno Furst, perito en investigaciones relacionadas con la memoria, cree que las personas que en alto grado la poseen, se conducen con más aplomo en sociedad. "Aquéllos incapaces de recordar un buen chiste en el momento oportuno, o que vacilan cuando en la conversación deben mencionar nombres y fechas, se sentirán cohibidos e inseguros".

Parece que hubiéramos olvidado los simples placeres diarios que puede ocasionar una buena memoria. ¿Cuántas personas pueden hoy recordar la letra de más de media do-

EN EL GOLF...

El viento, el sol y la tierra no resecan el cabello de este deportista. Glostora lo protege y mantiene dócil.

**Y DESPUES...**

Después del golf, otra vez Glostora y su cabello lucirá bien peinado ¡durante todo el día!



**Glostora mantiene
EL CABELLO BIEN CUIDADO
TODO EL DIA!**

Si usa Glostora, Ud. lucirá bien peinado a cualquier hora del día o de la noche! Sea grueso o fino, ondulado o lacio, su cabello estará siempre bien cuidado con Glostora.



Sus finísimos componentes vivificantes y embellecedores, suavizan y asientan naturalmente el cabello, otorgándole una permanente apariencia de recién peinado.

Así asegura Glostora su éxito personal en todo momento! A Ud. le agradará su vañonil y persistente perfume... (y también a ellas!)

Su cabello refleja su cuidado

Peínese con

Glostora

el fijador del éxito!

cena de canciones? En mi juventud, cuando yo tocaba el piano para mis padres y sus amigos en las fiestas del primero de año, o cuando en el campo, por las vacaciones, nos reuníamos en torno al fuego, acostumbábamos a cantar durante horas enteras, sin que nadie olvidase un solo verso. Pero ahora necesitamos que alguien nos apunte la letra de cualquier canción.

Algunos educadores comienzan a preguntarse si acaso la reacción contra el aprendizaje de memoria no ha sido excesiva. La hermana Marie Theresa, inspectora de las escuelas católicas de Nueva York, dice: "Estoy convencida de que aprender de memoria es importante y provechoso, especialmente del tercero al sexto grados. Entonces la facultad de recordar se halla en su apogeo, y es asombroso lo mucho que los niños son capaces de retener".

La señora de Joseph Ballantine, hija del poeta Robert Frost, recientemente fallecido, cuenta que su padre le ayudaba a aprender de memoria trozos literarios célebres al leérselos en voz alta todas las noches. Ella hizo lo mismo con sus hijas, y éstas a su vez continúan la tradición con sus propios niños. La señora Ballantine cree que hasta a los pequeños de tres y cuatro años se les debe estimular a aprender de memoria poemas, rimas, canciones y pasajes de libros, y afirma: "Esas cosas quedarán grabadas en su mente para toda la vida. Las palabras de los grandes hombres se nos meten en la sangre y llegan a for-

mar parte de nuestra misma naturaleza. Jamás las olvidamos".

No deben pensar los adultos que es demasiado tarde para comenzar a aprender de memoria, ni desanimarse ante el mito de que la memoria es una cualidad heredada. "Ninguna otra facultad mental es tan susceptible de mejoramiento", dice J. Lowell Henderson, autor del libro *Learn and Like It*. Además, en los últimos años los especialistas han perfeccionado varios métodos para aumentar la retentiva.

El primero y más importante es el de la repetición. Pruebas de laboratorio han demostrado que el mero hecho de repetir oralmente lo que deseamos recordar aumenta nuestro poder de retentiva de un 25 a un 100 por ciento.

Donald Laird, autoridad en materia de memoria, subraya la importancia de entender el sentido de lo que se trata de retener. Cita el caso de Ignacio Paderewski, que de muchacho no podía recordar música. Retenía páginas enteras de poesía después de leerlas unas pocas veces, y era capaz de jugar tres partidos de ajedrez simultáneamente, aunque los tableros de los adversarios estuviesen fuera de su vista en otro cuarto, pero la música fue incomprendible para él hasta que cumplió los 15 años. Entonces encontró un maestro que por primera vez supo hacerle comprender el sentido musical de una selección, y en breve fue capaz de retener sinfonías completas.

También algunos ardides suelen

VUELVE!

brindando a su RESFRIO ALIVIO MULTI-ACTIVO!*



MENTHOLATUM

un producto de
aceptación mundial!

* **MENTHOLATUM REDUCE LA CONGESTION DE PECHO**, aplicándolo en suaves fricciones sobre pecho y espalda, antes de acostarse.

DESPEJA LA NARIZ "TAPADA", y facilita la respiración, aplicando una pequeña porción en cada fosa nasal.

CALMA LA TOS NOCTURNA, disminuye las secreciones y la picazón de garganta.

ALIVIA EL MALESTAR DE CABEZA, ya sea en ligeras fricciones sobre la frente, o en inhalaciones.

Atacando al resfrío en sus 4 frentes...
PROPORCIONA UN GRATO ALIVIO DURADERO!

Recomendable también contra neuralgia simple, quemaduras leves, picaduras, etc.

Fabricado y distribuido por MEDEX S. A. I. C.
bajo licencia de Mentholum Inter-American
Inc. - Buffalo - N. Y.

ayudar mucho. El Dr. James Breasted, farmacéutico que se convirtió en una autoridad mundial en cuanto a las civilizaciones del antiguo Egipto y del Oriente Medio, aprendió once idiomas por sí solo mediante un sistema original: Llevaba en el bolsillo tarjetas con palabras extranjeras escritas en una cara, y el equivalente inglés en la otra. Tres veces por día las barajaba y estudiaba.

Cada persona puede idear tretas propias para desarrollar la memoria. Por mi parte, a menudo pego un poema en el espejo del baño a fin de leerlo cada mañana mientras me afeito. Por lo general a los tres días lo he aprendido de manera per-

manente. Conozco a una ama de casa que fija poesías sobre el fregadero de su cocina. Dorothy Uris, profesora de dicción en Nueva York, recomienda el método que usan los actores para aprender sus papeles: leer dos o tres líneas, alzar la vista, repetirlas en voz alta, y luego leer las dos o tres siguientes.

Utilicemos el método de recordar que más nos convenga. Lo importante es sacar provecho de esos momentos ociosos que cada día trae consigo. En vez de garrapatear o de soñar despiertos, tratemos de iluminar nuestra inteligencia con las palabras y pensamientos memorables expresados por los grandes escritores del mundo.



UN PASAJERO airado, en un vagón de ferrocarril, al conductor: "¡Qué boleto, ni qué boleto! Según el itinerario, a estas horas ya estoy cenando en mi casa".

— *The Irish Digest*

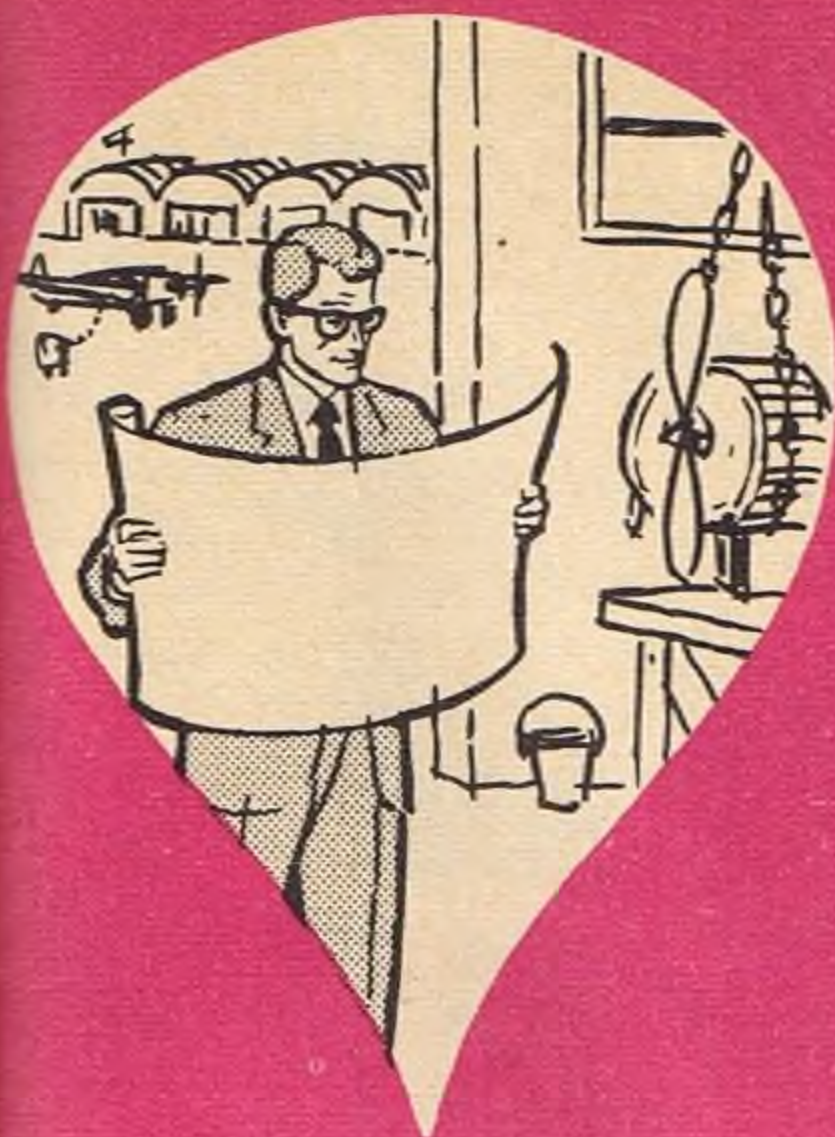
Para los ratos perdidos

¿QUE la gente que vaticina el tiempo no sabe lo que hace? Júzguese: en la oficina meteorológica de la ciudad de Nueva York se había dejado a elección de los empleados la época en que cada cual tomaría sus vacaciones. Sacaron sus cartas meteorológicas, estudiaron las condiciones del tiempo... y todos eligieron las mismas tres semanas.

— *Revista de la Asociación Médica Norteamericana*

EL cómico Fred Allen propuso cierta vez las siguientes ideas para la época de vacaciones: ampollas postizas para los que viven tan ocupados que no pueden dejar el trabajo para sentarse al sol; zapatos de excursión provistos de piedrecitas empotradas, para los que prefieren estarse en la cantina en vez de dar largas caminatas y un traje de baño que se moja automáticamente para que los que están en la playa crean que nos hemos metido en el agua, aunque esté haciendo frío.

— E. W.



TRIUNFE

SABIENDO IDIOMAS

Decídase adoptando el método más rápido, seguro y eficaz, que le permitirá capacitarse en pocos meses, aumentando los ingresos de sus negocios, empleo o profesión.

LINGUAPHONE

EL SISTEMA MAS MODERNO PARA APRENDER IDIOMAS

le ofrece las mayores ventajas y posibilidades, brindándole además el asesoramiento permanente y gratuito de su DEPARTAMENTO DE TUTORIA, que le guiará y orientará de acuerdo a sus conocimientos, hasta el dominio total y definitivo del nuevo idioma

INSTITUTO **LINGUAPHONE** DE LONDRES

SAN MARTIN 551 - Tel. 32-2184 - Bs. Aires

Envíe el cupón a esta dirección y recibirá folletos ilustrados

Nombre..... Edad.....

Domicilio..... Tel.....

IDIOMA.....

En cuanto tiempo necesita aprender el idioma?.....

Viñedos y Bodegas **ARIZU**



Más de un tercio
de la vida Argentina,
acompañando
al progreso y al
engrandecimiento del país

Fernandez • Balzo

S. A. VIÑEDOS Y BODEGAS ARIZU - WARRS 2280 - BUENOS AIRES - MENDOZA



Así es la vida

MIENTRAS tomaba café en una pequeña confitería, cercana a una escuela, se abrió la puerta e irrumpieron en el lugar unos diez o doce chiquillos. El tendero, colocándose los brazos en jarras, recorrió al grupo con la vista y luego, por encima del bullicio, gritó: "Bueno, bueno... Vamos a ver, ¿cuál de vosotros trae el centavo?" — A. M. C.

MI HIJO de 13 años se hallaba en cama, enfermo de bronquitis. Aunque en general iba mejorando, le había quedado una tos ronca que podía oírse por toda la casa. Me preocupaba, además, que estuviese faltando tanto a la escuela. Subí, pues, a su alcoba para ver cómo se sentía. Lo encontré sentado en la cama, con un par de auriculares a las orejas, escuchando la transmisión de un jue-

go de béisbol... mientras una grabadora magnetofónica que estaba a su lado, tosía y tosía.

A la mañana siguiente el chico estaba en la escuela. — J. S. W.

EL NÚMERO de mi teléfono es parecido al del cine de la vecindad y por eso con mucha frecuencia me llegan llamadas equivocadas. Cierta tarde una fatigada voz masculina preguntó:

—¿A qué hora es la última función?

—Perdone —repliqué—. Se ha equivocado de número.

—¿Cómo? ¿Empezó hace veinte minutos? —continuó la voz—. ¡Lástima! Muchas gracias.

Al oír colgar el auricular pude imaginarme a mi desconocido interlocutor dirigiendo a su esposa

unas breves palabras de consuelo, para luego acomodarse nuevamente, muy satisfecho, con su pipa y su periódico.

— A. K. Y.

LA CLASE de gimnasia en que está mi hija está compuesta de niñas de tres diferentes grados escolares, mas todas pasan ya de los once años. Después de los exámenes de aptitud física, mi hija, que tiene 12 años y es muy delgada, vino a casa extenuada. "Nos pusieron a ver quién lograba hacer más flexiones, ¡y no me parece justo!" explicó. "Las niñas de busto grande nos llevaban ventaja porque tenían menos distancia que recorrer para llegar al piso".

— A. L. K.

TRABAJO en una fábrica de artículos para papelerías. Una vez recibimos un pedido de tiras elásticas, "especialmente grandes y especialmente resistentes". El encargo procedía de una base del ejército norteamericano en Utah, y venía marcado: "Urgente... Importante... Para el programa de cohetes teledirigidos".

Al pasarme el pedido, me dijo el jefe muy serio: "Bueno, ahora ya sabes cómo disparan esos proyectiles".

— M. L.

ANTES de invitarme a cantar ante las ancianas de un asilo, la directora me había advertido que era difícil saber de antemano cómo sería recibida. Quedé, pues, muy compla-

cida cuando al final de cada número me aplaudieron con vehemencia. Pensé que el programa había sido todo un éxito, y también la directora se mostraba satisfecha.

—Estuvo magnífico —me dijo con entusiasmo—. Ojalá pudiera venir con más frecuencia. El ejercicio de aplaudir es excelente para las que sufren de artritis.

— M. H. K.

MI VECINA es telefonista en la sección de larga distancia. Hace poco comunicó a un señor que hacía una llamada desde un teléfono público y, al terminar, le tocó el timbre para decirle que debía cinco centavos más. El caballero, muy airado, se negó a pagar y, tras larga discusión, preguntó a la telefonista por qué se acaloraba por tan poca cosa.

—Son los mismos cinco centavos que está defendiendo usted, señor —le dijo la telefonista.

El caballero acabó por pagar.

— L. J. F.

CIERTO novel actor de cine estaba cenando con nosotros en un restaurante de la playa de Malibú, en California. La camarera lo miraba con mucha insistencia, y al fin le preguntó:

—Me parece conocerlo. Creo haberlo visto en alguna parte.

El actor sonrió modestamente y confesó:

—Tal vez me haya visto en el cine...

—Es muy posible —dijo ella, pensativa—: ¿A qué cine va usted?

— H. G.



AYUDO A GANAR LA GUERRA



La Segunda Guerra Mundial, exigió esfuerzos técnico-científicos dignos de tener en cuenta, siendo una de las mayores dificultades el adecuado mantenimiento de motores en tanques, aviones, camiones y vehículos menores, contra el desgaste y descompresión. Para evitar el desmontaje y rectificación de los mismos, los técnicos militares aplicaron un revolucionario principio: El remetalizado, por aporte de pequeñas partículas de metales antifricción a la cámara de combustión. Las bondades de este principio, técnica y exhaustivamente comprobadas y mejoradas por la DUP MOTOR, contribuyeron así a la victoria aliada.

Ajuste y protección de motores en funcionamiento durante 300.000 kms.

El sistema patentado DUP MOTOR, produjo una verdadera revolución en el mercado automotor. Un sencillo dispositivo fácilmente aplicable al conducto de combustible ofrece constante reposición de metales, índice original de compresión, descarbonización y verdadero ajuste del motor.



Ind. Arg.

AJUSTA SU MOTOR EN FUNCIONAMIENTO

**UNICO SISTEMA EN EL MUNDO CON
GARANTIA ESCRITA DE EFICIENCIA!**

Aplicable a cualquier marca o modelo de AUTOMOVIL, CAMION, TRACTOR, COSECHADORA, MOTO, etc. Motores fijos o móviles de 2 y 4 tiempos a nafta o diesel.



**SENCILLA
INSTALACION
CONSULTE A SU
MECANICO...**

**EL DIRA LA ULTIMA
PALABRA**

Hay zonas disponibles
para distribuidores
en interior



DUP MOTOR DE ARGENTINA
S.R.L.

SOLICITE INFORMACION ADICIONAL A: FLORIDA 365 - 1º PISO - T.E. 49-4086/7/8

¿Es usted hipocondriaco?

Un mal que se extiende rápidamente, por culpa, en parte, de la televisión.

POR J. D. RATCLIFF

Condensado de "Family Doctor"

Todos somos en cierto grado hipocondriacos. Nos inquietamos si el corazón muestra la más ligera arritmia; una torticolis nos alarma cuando sabemos que la poliomielitis ronda por las cercanías, y miramos la más leve de las fiebres con prevención. Afortunadamente para la mayoría de nosotros, tal preocupación es pasajera. No sucede así con los verdaderos hipocondriacos, quienes padecen de una obsesión morbosa respecto de las enfermedades.

"En los más recónditos entresijos de su cerebro", apuntaba la finada doctora Helen Flanders Dunbar, "se han hecho un cuadro sinóptico de la enfermedad que desean padecer. Seleccionan los síntomas de manera bastante parecida a la que emplean las personas normales para escoger sus prendas de vestir, cuyo

corte y estilo estudian cuidadosamente, así como el efecto que puedan causar en los demás".

La hipocondría es una de las enfermedades más complicadas y difíciles de tratar. Si bien es imposible reunir datos estadísticos sobre algo tan nebuloso, no pocos médicos creen que el mal ataca aproximadamente al diez por ciento de la población. Más todavía, todo indica que tal porcentaje tiende a aumentar.

Muchas personas atribuyen una gran parte de este recrudecimiento a la televisión, por la cual persuasivos propagandistas de toda clase de píldoras vociferan los nombres de enfermedades y dan a entender que el remedio para ellas podrá encontrarse en la botica más cercana. Se cuentan por millones las personas que en la televisión acompañan al

Dr. Kildare cuando visita a sus enfermos y que siguen al Dr. Ben Casey hasta la sala de operaciones. Dice el Dr. Richard Asher, médico inglés, en la revista *The New Scientist*: "Hoy la operación del estómago practicada ante nuestros ojos en la sala de nuestra propia casa, ha venido a remplazar la decapitación que tenía lugar en la plaza pública". Y añade: "La mente del público corre mucho mayor peligro que su estómago".

Por lo general, las enfermedades suelen presentarse según las estaciones: se agudizan en lo más crudo del invierno y ceden a mediados o fines del verano. La hipocondría, empero, tiene un ciclo diferente. Según cierto médico digno de crédito, con numerosa clientela rural, el mal "se generaliza en las estaciones propicias. Por el verano, época en que se celebran fiestas y matrimonios y se experimenta una euforia estival, el hipocondriaco se siente peor; hacia el invierno, sufre análoga depresión. Al acercarse la Navidad, los demás podrán sentirse inclinados a celebrarla, pero él no".

Los hipocondriacos se dividen en varias categorías generales. Los hay que se dedican a tomar píldoras y que las coleccionan como otras personas coleccionan monedas o sellos de correos. Mi padre era uno de éstos. En los estantes del cuarto de baño se alineaban innumerables frascos de píldoras de colores vivos, que desechaba periódicamente para remplazarlos por otros tantos.

Hasta cierto punto todos compar-

timos la creencia del hipocondriaco de que la nueva pildorita obrará milagros. Incontables estudios médicos demuestran que los placebos (que a menudo no son sino simples tabletas de leche azucarada, brillantemente coloreadas y sin virtud curativa alguna) son notablemente eficaces para hacer desaparecer los síntomas de cualquier enfermedad. Según cierto estudio, los placebos aliviaron a 120 pacientes de 199 que sufrían jaquecas. Según otro, aliviaron de fuertes dolores postoperatorios al 53 por ciento de los casos examinados, y del mareo, al 58 por ciento.

Otro tipo familiar de hipocondriaco es el evangelizador, el que continuamente está tratando de convencer a los demás de la realidad de su dolencia, así como de la bondad de su último tratamiento. Otro es el que va de consultorio en consultorio como quien va de compras. Éste es el que no tarda en convencerse de que el médico visto últimamente no le sirve de nada, y se va en busca de otro. ¡Cierta señora visitó a 12 médicos en 14 días!

Un cuarto grupo lo forman personas de edad. Como no tienen empleo que las mantenga ocupadas, una vez que se han retirado, y se percatan de que ya no pueden ganarse el interés de los jóvenes, dan en concentrar su atención en su propio organismo. "La vida al lado de un hipocondriaco resulta siempre difícil, pero con la vejez parece agudizarse el problema", observan

los doctores Ewald Busse y John Reckless en la *Revista de la Asociación Médica Norteamericana*. Es tristemente conocida de todos la relación de achaques que suelen oírse en cualquier reunión de ancianos.

Sea cualquiera el tipo a que los hipocondriacos pertenezcan, por lo general hacen de la vida un suplicio para sí mismos y para los demás. Su imaginación les hace ver señales de catástrofe en la menor contracción del cuerpo o el más insignificante asomo de dolor. El humorista y caricaturista Don Herold, que no niega ser él mismo hipocondriaco, es buen ejemplo de hasta dónde puede arrastrarnos la imaginación.

Herold pasó varias noches de insomnio por estarse escuchando en su interior un extraño golpeteo, y al fin corrió a buscar la ayuda de los médicos. Éstos se pasaron dos semanas haciéndole radiografías del tórax, tomándole electrocardiogramas y sometiéndole a otras pruebas. Al cabo descubrieron la causa del golpeteo: era el termostato de la manta eléctrica usada por Herold.

¿Cuál es el origen de la hipocondría? Quienes se han dedicado al estudio de esta afección opinan que tiene raíces síquicas. Una muy frecuente es el deseo de escapar de la realidad por medio de una dolencia imaginaria. El hombre que teme a un jefe imperioso y enérgico se refugia en la enfermedad; en su subconsciente se convence de que esto reducirá las exigencias de aquél.

Un caso de este tipo, tal vez el más famoso de la historia, es el de

la poetisa Isabel Barrett Browning, cuyo tiránico padre la hacía muy desdichada. Isabel había buscado la fuga en una ligera lesión de la columna vertebral, que sufrió en la niñez. Exagerando la gravedad de tal dolencia, se convirtió en una inválida que vivía continuamente acostada, y así permaneció hasta los 40 años, cuando el impetuoso Roberto Browning puso fin a tan triste situación. Antes de alzarla hasta las nubes, el poeta la hizo volver a la tierra. Isabel y Roberto se casaron, y aquella inválida pudo incluso practicar el alpinismo y dar a luz un hijo.

El deseo de inspirar compasión es causa frecuente de hipocondría. Un niño observa que sus padres, antes indiferentes, se vuelven solícitos y cariñosos cuando le ataca alguna enfermedad. Esta circunstancia queda inconscientemente almacenada en los oscuros repliegues de la mente y más tarde se echa mano de ella.

Una señora deduce que su marido, activo y emprendedor, la tiene abandonada por culpa de los negocios. Se finge enferma y acaba formulándose el cuadro clínico de su enfermedad. Naturalmente, espera que esto le sirva para reconquistar al marido. O bien puede una madre temer la soledad que le significaría el matrimonio de su única hija, con la consiguiente separación. Una enfermedad lo suficientemente grave podría frustrar la boda y retener a la hija en el hogar materno. Así pues, la madre enferma.

Techos de



LINEX 600
20 mm

Tabiques de



LINEX 600
20 mm

Cielorrasos de



LINEX 600
12 mm

Contrapisos de



LINEX 400
20 mm

Puertas de



LINEX 400
35 mm

Aislaciones de



LINEX 300
35 mm

**Material que se impone
en la construcción**

... como se impuso en
mueblería y en el montaje
de exposiciones

LINEX

Panel rígido de 1,22 x 2,44 m
imputrescible e inapollillable.



LINERA BONAERENSE S. A. - Jáuregui, F.C.N.D.F.S.

La primera fábrica argentina de paneles aglomerados, en producción desde 1958

distribuidores

A. Baltazar Rizzi, S.C.P.A., E. Unidos 2863 - 93-4946 • Albín, Giallorenzi & Cía. S.A.C.I., H. Yrigoyen 3202 - 97-1020/8/9 • Arboría S. R. L., El Salvador 5467 - 771-5808 - 771-3932 • Comat S. R. L., Corrientes 3853 - 86-2818/3333 • José Kahan, Salguero 759 - 86-4734 - 89-9741 • Jaime Liebling S. A. C. I. e Inmobiliaria, Rivadavia 717 - 8º piso - 33-9305/9490 - Depósito: Díaz Vélez 5224 - 89-9349 • Vicente Martini e Hijos S. A. Ind. & C., Humberto 1º 1402 - 26-5041 • Mundus Maderas S. A., San Blas 1739 - 59-1375 - 58-8498 • Rodolfo E. Ricart, Bolívar 218 - 33-1301 - 34-1935 • Román Sammartino, Pueyrredón 908 - 86-4842.

QUE OPINA UD. SOBRE LOS LENTES DE CONTACTO ?

Responde el óptico técnico Sr. **Angel R. Moreno** destacado especialista en lentes de contacto quien se encuentra al frente de uno de los laboratorios más acreditados de plaza.



P.: ¿Pueden usarse todo el día?

R.: Con los nuevos procesos de elaboración y las nuevas técnicas de adaptación pueden ser usados durante todo el período de actividad diaria sin inconvenientes.

P.: ¿Se ven los lentes de contacto?

R.: Una vez colocados sobre el ojo son absolutamente invisibles confundiendo con el iris aún para el ojo más observador.

P.: ¿Cómo se logra su adaptación?

R.: Sólo el médico oculista está capacitado para dictaminar sobre su uso, realizándose la adaptación, que se efectúa en unas 5 visitas, aproximadamente, en alguno de los buenos laboratorios que existen en nuestro medio.

Para mayor información envíe el cupón de consulta a

FOCUS V/L Emilio Mitre 51 - Bs. Aires

INSTITUTO VISION Ladislao Martínez 287
Martínez

Ruego envíen folletos a:

Nombre _____

Dirección _____

Localidad _____ Julio 63

Lentes de contacto **PUPILANT** producidos por
Plastic Contact Lens Argentina S. A. - Ayda.
Diagonal. Norte 720 - Bs. As.

Razón parecida es la que impulsa a quienes andan buscando que los operen, ya que sólo en los hospitales pueden ser objeto de la piedad y los cuidados que ansían. Cierta sonada encuesta puso al descubierto escandalosos datos: aproximadamente el 78 por ciento de los ovarios extirpados resultaron perfectamente normales; y el 30 por ciento de las operaciones del útero habían sido completamente innecesarias. La mayoría de estas intervenciones quirúrgicas se practican de buena fe. Los pacientes que desean operarse se vuelven asombrosamente hábiles en simular síntomas, y en no pocos casos llegan a engañar a los más capaces peritos en diagnóstico.

Objeto de uno de esos estudios lo fueron 250 enfermos que mostraban síntomas de gastroenteritis, pero ni un sólo indicio de mal orgánico alguno. A más de la mitad de esos enfermos se les practicó una operación, y aunque con ello los síntomas no desaparecieron, los pacientes consiguieron lo que buscaban: una confortable temporada en el hospital, los atentos cuidados de médicos y enfermeras y las visitas de amigos afectuosos. Amén, naturalmente, de un nuevo tema de conversación.

Acaso el aspecto más grave de la hipocondría sea que el médico, desorientado por las persistentes quejas del paciente acerca de síntomas imaginarios, llegue a pasar por alto alguna enfermedad real susceptible de ser curada.

Uno de los problemas más difíci-

les para un médico es el tratamiento de la hipocondría. Algunos atareados facultativos, impacientados por los hipocondriacos, practican una rápida rutina de exámenes y sondeos. Luego le dan al paciente una cordial palmadita en la espalda y le dicen que está más fuerte que un roble.

Éste suele ser el peor de los tratamientos. Dice la revista *Minnesota Medicine*: "A veces quizá lo más discreto fuese permitir que el paciente recurra a sus propios medios de salvar las apariencias". Es posible que tales pacientes necesiten realmente de sus imaginarias enfermedades, como excusa para diversos fracasos y deficiencias. Si se ven bruscamente rechazados por los médicos profesionales, con frecuencia van a caer en manos de charlatanes o curanderos que se muestran comprensivos. Por cierto que el hipocondriaco es el mejor amigo del charlatán. El sospechoso practicón conviene prontamente en que el caso es grave y en que el paciente tiene razón en preocuparse. Y luego da comienzo el largo y costoso tratamiento.

Por otra parte ya muchos médicos han venido reconociendo en la hipocondría una enfermedad seria que puede incapacitar a quien la padece, y están haciendo concienzudos esfuerzos para combatirla. El Dr. Hugh Matthews, escribiendo en *Postgraduate Medicine*, insiste en que las víctimas del mal deben ver a su médico *periódicamente* y en que deben ser escuchadas atenta-

**El Médico
recomienda
lo mejor...**



para los niños

Mejoral PARA NIÑOS

(Aspirina pura con sabor a vainilla)

Para el rápido y eficaz alivio de los niños, Mejoral creó Mejoral Para Niños, el calmante infantil original que los médicos recomiendan. Mejoral Para Niños alivia más rápido los dolorcitos, molestias de la dentición, resfríos y fiebre. Por su tamaño pequeño y rico sabor a vainilla ayuda a las madres a resolver todos estos problemas:

dividir  y manosear tabletas...

ruegos  y disgustos...

llantos  y caras feas...

Mejoral PARA NIÑOS

el calmante rosado y aromatizado

mente: entre visita y visita —añade— deberían sujetarse a un programa estricto de dieta y ejercicio que contribuya a mejorar su estado de ánimo.

Para aquellos pacientes que no consiguen aliviar su tensión nerviosa, el Dr. Matthews prescribe un baño caliente y dos aspirinas. Y si se le piden medicamentos, receta vitaminas.

Si la hipocondría representa un

complicado problema para la profesión médica, no lo es menos para los profanos. Un exceso de condescendencia para con las víctimas no sirve sino para aumentar en éstas la tendencia a la autocompasión. Por otra parte, no es prudente ni caritativa la rudeza para con alguien que pudiera estar verdaderamente enfermo. Recuérdese aquel antiguo epitafio: YA TE DECÍA YO QUE ESTABA ENFERMO.



Caricaturas

LA PRESIDENTA del club femenino, dirigiendo la palabra a las señoras: "Si no hacemos frente a nuestros deberes cívicos, esta sociedad carecerá por completo de sentido y nos encontraremos otra vez donde empezamos: es decir, cocinando para el marido". — Lichty

UN CHIQUILLO, a otro, a la puerta de la alcoba de la hermana de 15 años: "A eso lo llaman deberes escolares: esparcen algunos libros por el piso y se ponen a hablar de los muchachos". — G. C.

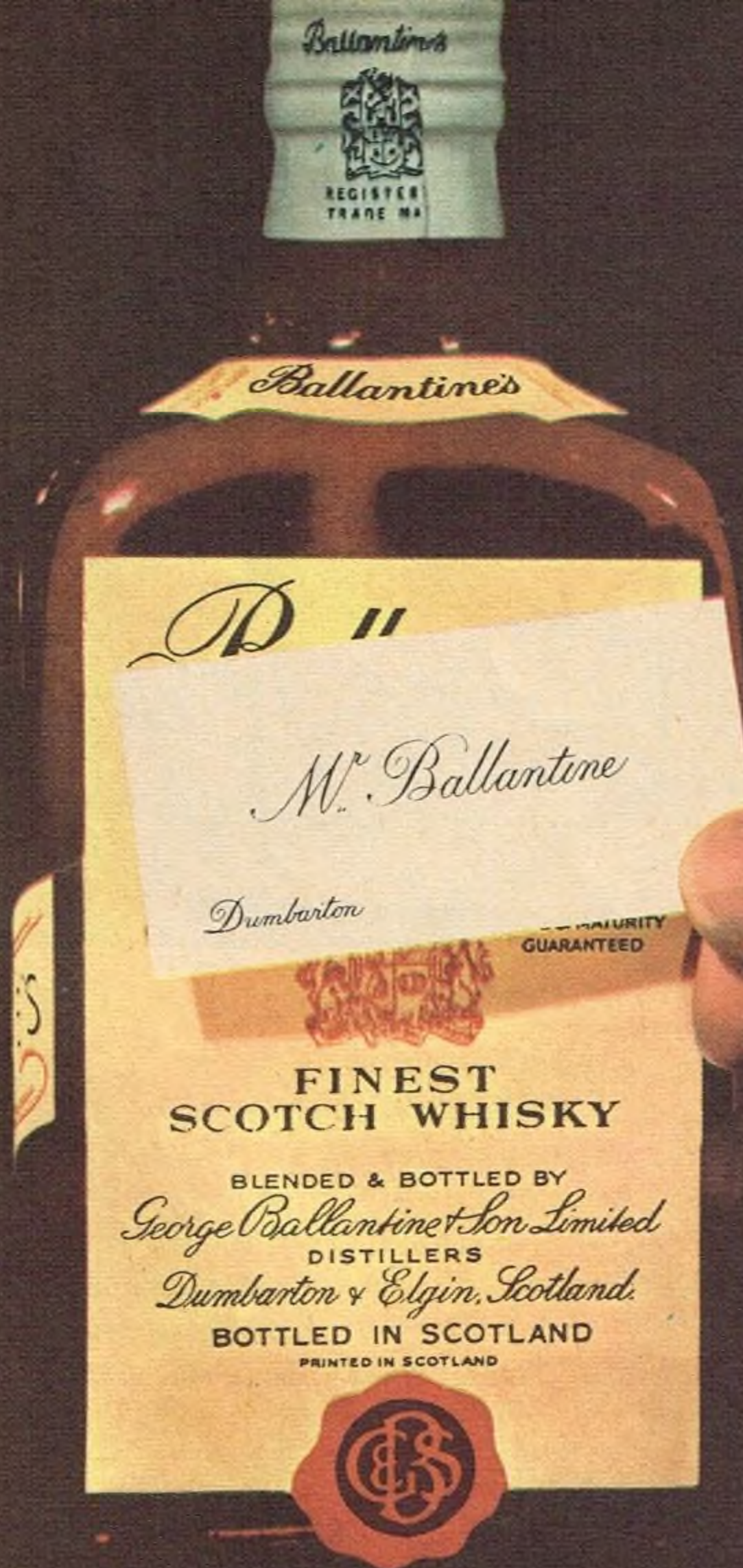
LA ESPOSA al marido, a la puerta del consejero en problemas conyugales: "Y no te olvides de contarle lo cargante que eres". — R. K.

EL ALGUACIL al bandido, en un programa de vaqueros de la televisión: "Tienes cuatro anuncios comerciales para salir del pueblo". — H. C.

UNO QUE llama por teléfono: "Operadora, comuníqueme, por favor, con el 313-372-7017, más o menos". — B. J.

EL MARIDO a la esposa, comentando sobre un desnudo en un museo: "Todo lo que he dicho es que esa mujer resultaría probablemente muy económica". — C. D.

ABRIENDO una carta, el marido comunica a su esposa: "Es una misiva de la compañía de préstamos *Amistad*, recordándonos que tienen estrecha alianza con la casa de cobranzas *Enemistad*". — B. B.



Mencione mi nombre... y tendrá la garantía de que, dondequiera que esté, le servirán el Scotch más excelente que existe. Cuanto más conoce uno el whisky escocés, tanto más le gusta el **Ballantine**.



CUENTO

La casa codiciada

POR HENRY SLESAR

*Condensación de un cuento
aparecido en la selección de
Alfred Hitchcock titulada "Clean Crimes and Neat Murders"**

EL ROJO convertible que se detuvo frente a la oficina de bienes raíces de Aarón Hacker tenía matrícula de Nueva York, y su dueño era sin duda forastero en la aldea de Ivy Corners. Se apeó del coche y se dirigió a la oficina. Hacía calor, y la transpiración empapaba el ligero traje del visitante. Era un

El precio que pedían por ella era exorbitante, pero el comprador sabía perfectamente lo que buscaba.

hombre obeso, de unos 50 años; en su rostro encendido, los ojos pequeños resaltaban, fríos y penetrantes. —¿El señor Hacker? —preguntó

el forastero saludando a Aarón.

Aarón sonrió.

—El mismo. ¿En qué puedo servirle, señor...?

—Waterbury —repuso el otro—. No dispongo de mucho tiempo. Preferiría tratar cuanto antes del asunto.

—De acuerdo, señor. ¿Está usted interesado en alguna propiedad determinada?

—Así es. He visto una casa en los alrededores del pueblo, frente a un edificio antiguo.

—¿Una casa con columnas?

—Esa es. Creo haber reparado en un cartel que decía: "Se vende".

Aarón soltó una risita seca, abrió una carpeta y tomó una hoja escrita a máquina.

—En efecto, aquí la tengo —dijo, y señaló una entrada en el papel.

"VIEJA CASA COLONIAL (160 años). Ocho habitaciones, dos baños. Calefacción automática a petróleo, extensas galerías, árboles. Vecina a tiendas y escuelas. Precio: 75.000 dólares".

—¿Le interesa aún?

—¿Por qué no? —preguntó el hombre con cierto embarazo—. ¿Tiene esa propiedad algún inconveniente?

—Bueno —repuso Aarón— le diré: si la conservo en mis libros es sólo en atención a la vieja Sadie Grimes, pero la casa esa no vale de ninguna manera lo que pide. No es una de esas viejas casonas, sólidas como una roca. En fin, que es *vieja* de veras y está que hierve de ter-

mitas; algunas de las vigas no tardarán en caerse. El sótano está inundado casi constantemente.

—Y entonces, ¿por qué su dueña pide tanto?

—Acaso sea por motivos sentimentales —repuso Aarón encogiéndose de hombros—. La casa ha pertenecido a su familia desde principios del siglo XIX.

El gordo tenía los ojos fijos en el piso. Luego los alzó para mirar a Aarón, y sonrió con aire corrido.

—¡Qué lástima! Me gustaba. No sé cómo explicarlo, pero me pareció... justamente el tipo de casa con que he soñado.

—Podría repararse, ciertamente, y por 10.000 dólares sería un buen negocio. ¡Pero 75.000! Verá usted, sin embargo —agregó riendo— creo conocer los motivos de Sadie. Esa anciana no tiene mucho dinero. Su hijo la mantenía, pues al parecer le iba bien en la ciudad. Cuando él murió, hace cinco años, sin duda Sadie se dio cuenta de que lo razonable sería vender la casona, pero no se decidía a desprenderse de ella. Así pues, le puso un precio tan alto que nadie pudiera pagarlo, con lo que tranquilizó su conciencia. ¡Qué rara es la gente! ¿Verdad? —concluyó, moviendo la cabeza con melancolía.

—Sí —comentó Waterbury, al parecer distraído, y se puso de pie—. ¿Sabe usted? Voy a visitar a esa señora y trataré de conseguir una rebaja.

Waterbury subió a su automóvil y atravesó lentamente las calles tran-

EL MOTÍN DEL CAINE *por Herman Wouk*



“El motín del Caine” es algo más que un simple relato de aventuras en alta mar, ya que los dramáticos resultados que trae consigo un motín, a bordo de un navío en tiempos de guerra, son esencialmente motivo de excitación y suspenso. El autor crea una trama, a la vez divertida y vigorosa, donde vibra la vida de Willie Keith, un joven alzado que se convierte en hombre de una sola pieza, en la dura escuela del destructor barreminas Caine. A través de las invasiones a Kwajalein y Saipan, entre el panorama salvaje de un tifón en el Pacífico, la pugna de los ánimos de aquellos hombres en desacuerdo va envolviendo al Caine en una atmósfera tensa y cuando estalla el poderoso clímax, que estremece el navío de popa a proa, Keith toma una trascendental decisión que ya no tiene paso atrás

**UNA NOVELA DE FUERTE IMPACTO DRAMÁTICO...
Y TRES LIBROS MÁS DE ÉXITO MUNDIAL
...¡POR SÓLO UNA FRACCIÓN DE SU VALOR!**



CANCIÓN DE NAVIDAD

por Charles Dickens

Espíritus socarrones... el avaro señor Scrooge... la desbordante alegría de los Cratchit... todo contribuye al encanto especial de esta novela que aprisiona, fielmente, el espíritu de la Navidad.



MI AMIGA MIJ, LA NUTRIA

por Gavin Maxwell

Todas las edades son encantadoras en Mij, la nutria: un compendio de traviesa actividad, buen humor, asombrosa inteligencia, misteriosa ingenuidad y extraordinaria ternura.



LA FLOR ESCONDIDA

por Pearl S. Buck

Frente a la historia amorosa de la apacible Josui Sakai, de Kyoto, Allen Kennedy, de la rígida aristocracia de Virginia, se abre un profundo dilema de insospechadas consecuencias.

**NO SE PIERDA ESTA OFERTA
EXTRAORDINARIA DE LA
BIBLIOTECA DE SELECCIONES,
¡UN VOLUMEN DE LUJO
A UN PRECIO INCREÍBLE!**



MANDE ¡HOY MISMO! LA TARJETA QUE ENCONTRARÁ EN ESTA MISMA REVISTA

quilas. Al llegar a su destino detuvo el coche junto a la destartada cerca de estacas, que se alzaba frente a la casa como una fila de desordenados centinelas. El jardín era un bosque de malezas.

La mujer que abrió la puerta era de baja estatura, tenía el cabello blanco y mostraba un rostro surcado de arrugas hasta el mentón pequeño y voluntarioso. No obstante el calor, vestía un grueso suéter de lana.

—Usted debe ser el señor Waterbury; Aarón Hacker me anunció su visita. Supongo que querrá usted entrar.

—Hace un calor terrible aquí fuera —dijo él, sonriendo.

—Bueno, pues, entre un momento. Puse un poco de limonada en la refrigeradora.

El interior estaba oscuro y fresco; las celosías se hallaban cerradas. La señora hizo pasar a su visitante a una sala cuadrada, decorada con pesados muebles barrocos, tomó asiento en una mecedora y cruzó las manos en severo ademán.

El gordo tosió para aclararse la garganta y dijo:

—Señora Grimes, acabo de tener una entrevista con su agente...

—¡Ya lo sé! —exclamó ella—. Aarón ha hecho una tontería en dejarlo venir hasta aquí en la creencia de que podría hacerme cambiar de opinión.

—Bueno, no creo que esa haya sido mi intención, señora. Pensé que podríamos... charlar un poco.

La anciana se echó hacia atrás

en la mecedora, que crujió.

—Charlar no cuesta nada. Hable cuanto quiera.

Waterbury se enjugó el rostro con el pañuelo.

—Permítame que me explique. Soy hombre de negocios, soltero. He trabajado mucho tiempo, y ganado algún dinero. Ahora he decidido retirarme y busco un lugar tranquilo. Me gusta Ivy Corners. Pasé por aquí hace algunos años yendo a... este... Albany, y pensé que me agradaría establecerme algún día en este lugar. Y hoy, al cruzar de nuevo el pueblo y descubrir su casa, me pareció que ésta era justamente la que más me convenía.

—A mí también me gusta. Por eso pido por ella un precio razonable.

Waterbury parpadeó.

—¿Razonable? Debe usted reconocer, señora, que en la actualidad una casa como ésta no vale más de...

—¡Basta! —gritó la anciana—. No quiero discutir con usted, señor Waterbury. Si no está dispuesto a pagar lo que pido, olvidemos el asunto.

—Pero, señora... Permítame...

—Adiós, señor Waterbury.

La anciana se puso de pie, esperando que él hiciera lo mismo. Pero Waterbury permaneció sentado.

—Un momento, señora Grimes. Ya sé que es un disparate, pero... Está bien, le pagaré lo que usted quiere.

La anciana lo miró en silencio durante largo rato.

—¿Está usted seguro, señor Waterbury?

—Estoy decidido. Tengo el dinero, y puesto que usted no quiere aceptar otras condiciones, me someto a ellas.

La anciana sonrió levemente:

—Esa limonada ya debe estar bastante fría. Le traeré un vaso, y luego le contaré acerca de esta casa.

Waterbury se enjugaba otra vez la frente cuando la anciana regresó con la bandeja. El visitante bebió con avidez el helado líquido.

—Esta casa —dijo ella, volviéndose a sentar en la mecedora— pertenece a mi familia desde 1802. Bien sé que no es la más sólida de Ivy Corners. Después del nacimiento de mi hijo Miguel, el sótano se inundó, y desde entonces nunca hemos conseguido secarlo. Aarón me dice que también hay termes, pero yo le tengo cariño a este viejo rincón. ¿Me comprende usted?

—Desde luego.

—Cuando Miguel tenía nueve años, su padre murió. Pasamos una época muy difícil. Miguel sintió la falta de su padre quizá más todavía que yo. Se convirtió en un muchacho . . . Bueno, indómito . . . Es la única palabra que se me ocurre.

Su interlocutor sonrió comprensivamente.

—Cuando salió de la escuela, se marchó a la ciudad. Tenía grandes aspiraciones, y no sé lo que hizo allí, pero debió tener éxito porque me mandaba dinero regularmente. No lo volví a ver por espacio de nueve años —agregó, y sus ojos se

nublaron—. Cuando al fin regresó a casa, era evidente que algo le atormentaba. Llegó a medianoche, demacrado y envejecido. No traía más equipaje que una pequeña maleta negra. Cuando traté de tomarla, casi me golpeó. ¡Levantarme la mano a mí, su madre!

“Al día siguiente me pidió que saliera de la casa por unas horas, sin explicarme qué pretendía hacer. Pero a mi regreso me di cuenta de que la maleta había desaparecido”.

El gordo abrió los ojos cuan grandes eran sobre el vaso de limonada.

—Esa noche un hombre vino a la casa. No sé cómo pudo entrar. Oí voces en el cuarto de Miguel y traté de escuchar a la puerta por averiguar en qué clase de lío andaba metido mi hijo. Pero sólo percibí gritos y amenazas y . . .

Hizo una pausa, y sus hombros se hundieron.

— . . . y un tiro. Cuando entré en la habitación vi que la ventana estaba abierta y que el forastero había desaparecido. Miguel yacía en el suelo . . . muerto.

“Esto ocurrió hace cinco años. Pasó un tiempo antes de que la policía me pusiera al corriente de lo ocurrido. Miguel y ese otro se habían enredado en un delito, en un crimen muy serio. Habían robado muchos, muchos miles de dólares, y Miguel había huído con el dinero. Lo escondió en algún sitio de esta casa; yo todavía no sé dónde. Entonces vino el otro en busca de Miguel para reclamar su parte. Al no hallar el dinero, mató a mi hijo”.

La anciana hizo una pausa y alzó los ojos.

—Fue entonces cuando decidí poner en venta la casa pidiendo por ella 75.000 dólares. Estaba segura de que el asesino de mi hijo volvería algún día. Algún día trataría de comprarla a cualquier precio. Todo lo que yo necesitaba hacer era esperar hasta que apareciera un hombre que estuviera dispuesto a pagar por

la casa de una pobre anciana una suma exorbitante.

Y la señora Grimes se mecía suavemente.

Waterbury dejó sobre la mesa el vaso vacío y se pasó la lengua por los labios. Tenía los ojos extraviados y la cabeza se le caía a uno y otro lado.

—¡Uf! ¡Qué limonada tan amarga! —murmuró.



Números equivocados

CIERTA pareja llamaba a un vecino para felicitarlo el día de su onomástico. Marcaron el número y en seguida cantaron *Cumpleaños feliz* por el teléfono. Mas al acabar su desafinado dueto se dieron cuenta de que habían marcado un número equivocado.

—No se preocupen —les dijo el desconocido—. Después de todo, un poquito de ensayo no les viene mal.

— D. K. G.

AL MARCAR cierto teléfono, una voz bondadosa me informó que me había equivocado de número.

—Siento mucho haberlo molestado —repuse.

—Un momento, por favor —contestó la voz rápidamente—. Está usted comunicando con un zapatero. Si tengo que dejar el trabajo y pasar a la trastienda para contestar el teléfono, y resulta que el número está equivocado, me parece que bien puedo esperar que sea tan amable que preste oído a un poco de propaganda. Aunque ya tengo 76 años de edad, aún me enorgullezco de la calidad de mi trabajo, y mis precios son más bajos que los de las zapaterías grandes.

Luego me dio cotizaciones y su dirección y concluyó diciendo:

—Espero que pasará por aquí un día de estos. Muchas gracias por haberme escuchado.

— I. H.

LE HABÍAN instalado a cierto señor un teléfono nuevo con el número que antes había correspondido a una tienda de víveres. Tras varios días de informar a muchos de los que llamaban en demanda de provisiones, que aquel número no era ya el del tendero, resolvió aceptar pedidos. Pero el remedio resultó peor: ¡empezó a recibir quejas por el mal servicio de entregas a domicilio!

— Newsweek

Ojo indiscreto de la televisión

Una mirada al jaranero mundo de Allen Funt

POR JOHN REDDY *Condensado de "Television Age"*



NO HACE mucho entró en cierta lavandería de Nueva York una mujer rechoncha con un gran bulto de ropa bajo el brazo. En el establecimiento no había persona alguna, pero de un altavoz próximo a la puerta salieron estas palabras: "Bienvenida a la lavandería Imperio. La saludamos por nuestro sistema electrónico de recibir encargos. Si tiene ropa para limpiar o lavar, haga el favor de seguir estas sencillas instrucciones".

Mientras la mujer, asombrada, miraba en su derredor, la voz continuó:

"Tome todo lo que sea para lavar en seco y póngalo en el saco azul que tiene delante".

La cliente, aunque desconcertada, hizo prontamente lo que se le decía. "Ponga las camisas para almidonar en el saco amarillo", prosiguió la voz electrónica. "Las camisas que no requieren almidón van en el saco gris, la ropa interior en el verde,

y las sábanas y fundas en el rojo".

La parroquiana corría confusamente de un lado a otro tratando de cumplir todas aquellas instrucciones.

"Para evitar posibles errores, voy a repetir", anunció el altavoz: "Las camisas para almidonar van en el saco *rojo*, las que no llevan almidón en el *verde*, la ropa interior en el *amarillo*, y las sábanas y fundas en el *gris*".

La mujer iba cambiando la ropa de un saco a otro, frenéticamente, en vano esfuerzo por cumplir cada una de las contradictorias instrucciones. Finalmente, persuadida de que llevaba las de perder, recogió iracunda sus desperdigadas prendas y se dirigió a la puerta.

En este momento salió corriendo de la trastienda un hombre robusto, de escaso cabello gris, que explicó a la señora: "Soy Allen Funt. La he sorprendido con la *Cámara Indiscreta*".

Esta clase de diabólica chanza

viene haciendo las delicias de millones de personas desde hace 15 años, primero en la radio y luego en la televisión. Tales bromas (y las diversas reacciones de sus víctimas) han hecho de la *Cámara Indiscreta* uno de los más populares programas de televisión. Éste ha adquirido carta de naturalización internacional. Ya el Canadá francés, Alemania Occidental, Inglaterra, Australia y el Japón presentan sus propias versiones de la *Cámara Indiscreta*. Además, Funt mismo anda por el mundo filmando episodios para la versión norteamericana: "sorprendiendo incautos", según dice Tomás O'Malley, uno de los colaboradores de Funt.

En una ocasión, Funt reprodujo en Moscú una de las bromas que mayor éxito han obtenido. Dejó en una acera a una bella muchacha con dos maletas, una vacía y la otra cargada con 100 kilos de hormigón. La chica esperaba hasta que pasaba algún hombre y, cogiendo la maleta vacía sin mayor esfuerzo, pedía al transeúnte que le hiciera el favor de llevarle la otra.

"Resultaba curioso observar lo diferente que la reacción rusa era de la de otra gente", comenta Funt. "En los Estados Unidos, por ejemplo, los hombres pugnaban por levantar la maleta con tenaz determinación. En Inglaterra se indignaban. En Francia se encogían de hombros. En Rusia era frecuente que pasaran de largo, sin hacer caso de la muchacha, pues allí es cosa corriente que las mujeres carguen ellas mis-

mas con sus bultos. Pero cuando un ruso cogía la maleta con los 100 kilos de hormigón, la levantaba con más facilidad que ninguno de los otros hombres a quienes sometimos a la prueba".

A Funt se le han enderezado toda clase de epítetos, desde el de "fisgón repugnante" hasta el de "uno de los más ingeniosos sociólogos norteamericanos". Por provocar situaciones propicias a sus fines, ha puesto el rótulo de CABALLEROS en la puerta del guardarropa de algún establecimiento público, ha dejado un millón de dólares en efectivo sobre el mostrador de una tienda, ha exigido a un policía que le pusiera una multa por estacionar su coche ilegalmente, y ha dictado a una taquígrafa pública una carta en que comunicaba que iba a suicidarse.

En cierta ocasión, en un café, Funt tomó asiento al lado de un individuo que estaba saboreando una taza de café. Funt pidió una rosquilla y, encarándose al desconocido, le preguntó: "Perdone, ¿le echó azúcar a su café?"

Cuando el hombre le contestó afirmativamente, Funt exclamó: "¡Magnífico!" y ni corto ni perezoso, mojó su rosquilla en el café de aquél.

—¿Por qué no pide usted su propio café? —le preguntó su vecino, sorprendido.

—El médico me ha prohibido tomar café; pero me encanta remojar.

Su interlocutor empujó su taza hacia Funt y pidió una segunda para sí. No bien la tuvo delante cuan-

**¿ QUE ESPERA
UD. DE
UN COCHE ?**



... DURABILIDAD ?



El PEUGEOT 403, cuyas líneas no pasan de moda, es el automóvil construido para durar más!

PEUGEOT
403

LA CALIDAD QUE NO SE DISCUTE

D.A.P.A.S.A.-PASEO COLON 1070 - T.E. 34-7560/7569 - 30-3807 - BS. AS.

92/1065



do Funt alargó el brazo y mojó en ella su rosquilla.

—¿Por qué no remoja usted en el café que le di? —protestó su vecino.

—Está frío —respondió Funt.

Luego, volviéndose hacia un colaborador suyo, que se había sentado al otro lado del ya exasperado desconocido, le preguntó:

—¿No ha probado usted esto? Es delicioso.

Y una vez más metió la rosquilla en la taza de su vecino. Entonces el compañero de Funt remojó también su propia rosquilla en la misma taza, y en seguida observó:

—Le falta azúcar.

El otro se encaró a Funt:

—¡Si vuelve a remojar, será la última vez que lo haga en su vida!

Según Funt, el secreto de que salga con bien de las trastadas que hace es que se reviste de autoridad. Cuando alguien objeta que Funt y sus ayudantes metan sus aparatos en algún sitio, él contesta lacónicamente: "Somos exterminadores de insectos". Y sigue sin detenerse. Funt opina también que la gente es esencialmente bonachona y tolera casi cualquier molestia por no crear dificultades.

Acaso tenga razón. Cierta día de lluvia Tomás O'Malley, llamado en la empresa de Funt "el provocador", esperó a la puerta de un hotel hasta que vio salir a una elegante damita provista de paraguas.

—¿Me permite que también yo me tape con su paraguas? —le preguntó O'Malley. Y, sin más ni más, asió el paraguas y se metió debajo

de él junto a la chica. Ésta le miró sobresaltada, pero sonrió luego bondadosamente mientras él echaba a andar a su lado.

A los pocos pasos, otro de los colaboradores de la *Cámara Indiscreta* se les acercó y dirigiéndose a O'Malley le preguntó:

—Perdone, señor, ¿puedo cobijarme bajo su paraguas?

—Desde luego —respondió O'Malley.

Los dos hombres, cogiendo el mango del paraguas, dejaron a la muchacha bajo la lluvia, aunque ella también seguía aferrada obstinadamente al paraguas. Al poco rato llegaron a una esquina.

—Yo voy hacia la izquierda —dijo la joven cortésmente.

—¡Caramba! Yo voy por la derecha —exclamó el "provocador".

—Yo también voy por la derecha —anunció su compañero—. Y somos mayoría.

Y, con esto, los dos hombres dieron la vuelta a la derecha, llevándose a remolque a la infortunada muchacha.

La carrera de Funt es resultado de una idea que se le ocurrió mientras estaba en el servicio militar durante la segunda guerra mundial. En cierta base se le asignó la tarea de ayudar a los soldados a grabar en discos mensajes para sus familias, y descubrió que los soldados resultaban más interesantes y expresivos cuando no sabían que se estaba grabando lo que decían. Cuando salió del ejército escondió micrófonos en sitios públicos con la esperanza de



LA MAS SEGURA GUIA...

para los hijos son sus propios padres.

Su educación merece siempre lo mejor.
Forme buenas costumbres, téngalos siempre ocupados.

El mundo de los niños

UNA OBRA DIDACTICA Y AMENA PARA LOS HIJOS...
... Y LOS PADRES

DEP. PUB. SALVAT



15 TOMOS



ES UNA EDICION **SALVAT**

Envíe este cupón y recibirá un espléndido folleto ilustrado.

EN COMODAS
MENSUALIDADES
usted puede ad-
quirir ésta o
cualquier otra
obra del sello
SALVAT en:

CORRIENTES 2777 - Tel. 89-4762
LAVALLE 371 - Tel. 31-9014

Librería FAUSTO - CORRIENTES 1311 - Tel. 40-1222

AGENTES EN TODA LA REPUBLICA

SALVAT EDITORES
ARGENTINA, S. A.

CORRIENTES 2777
BUENOS AIRES

Sirvanse remitirme, sin compromiso, folleto y
condiciones de adquisición de

El Mundo de los Niños 26

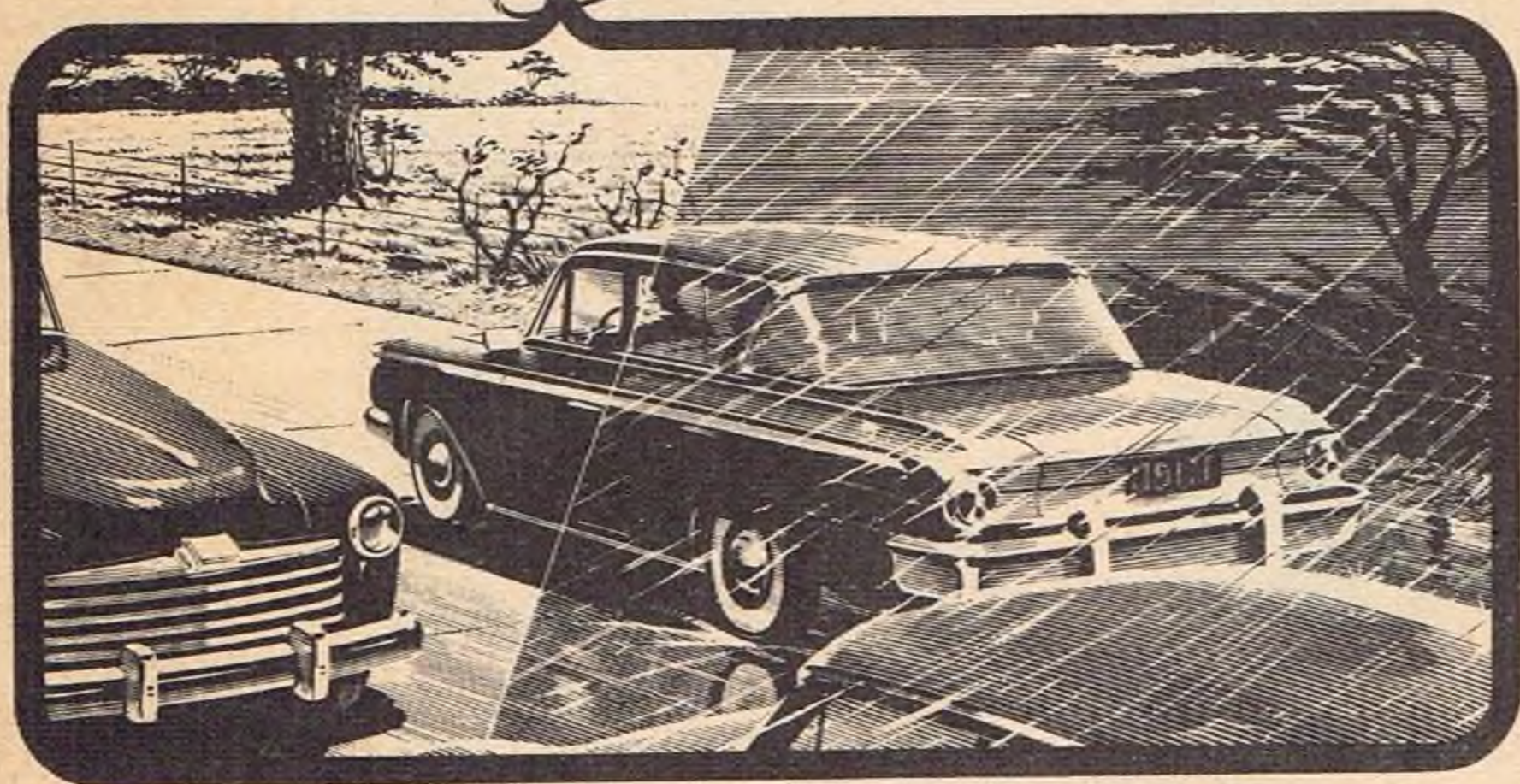
Nombre:
Profesión:
Domicilio:
Localidad:
Provincia: F. C.



¡SERVICIO EXTRA!

**¡EXTRA
PROTECCION**

*para todos los modelos
y bajo todo clima!*



ESSO EXTRA MOTOR OIL MULTIGRADO[®]

primer

Este lubricante extraprotege el motor contra el desgaste y los cambios de temperatura, porque mantiene siempre el grado de viscosidad adecuado... ¡y no necesita aditivos! Pídale en ESSO SERVICENTROS y AGENCIAS ESSO, donde le brindan **servicio extra** para que usted...

¡Viaje contento... viaje con Esso!

Esso



VFA "EL REPORTER ESSO" POR CANAL 11, TODOS LOS DIAS, A LAS 23 HS. (DOMINGOS, A LAS 22 HS.)

recoger por sorpresa conversaciones interesantes para un programa de radio. Lo único que sacó fueron charlas anodinas.

Un día estaba colocando un micrófono en el consultorio de un dentista cuando entró una paciente. Tomando a Funt por el dentista, la señora le dijo que le dolía la muela del juicio. Él decidió seguir la superchería hasta el final. Pidiéndole a la paciente que abriera la boca, le examinó minuciosamente la dentadura, y acabó por decir: "No encuentro su muela del juicio".

La mujer se marchó enfurecida, pero Funt había grabado su primera conversación divertida. Además había encontrado una fórmula efectista: la gente hace cosas graciosas cuando se encuentra en circunstancias absurdas o desacostumbradas.

Habiendo hablado con tantas personas en circunstancias grotescas, Funt se ha formado algunas opiniones sobre la naturaleza humana. "Cuando se trata de sus medios de vida", dice, "el promedio de la gente no se hace cargo de lo que haya de humorístico, falso o sospechoso en determinada situación". Aprovechando esta característica de la condición humana, pudo Funt encarar una silla eléctrica para su casa, matracas y trompetas silenciosas para una fiesta, y un banquete para unos gatos, sin que ninguna de las personas con quienes trataba expresara duda alguna, salvo por los problemas técnicos que tales encargos planteaban.

Otro descubrimiento de Funt es que, en términos generales, la gente es amable y complaciente. "Cuando queremos describir a un tacaño decimos que *no le da a uno ni la hora*", dice Funt. "Yo he detenido en la calle a centenares de personas para preguntarles la hora, y ni una sola ha dejado de decírmela. Después les pedí cambio, un cigarrillo y un fósforo, les pregunté por dónde se iba al Ayuntamiento, pidiéndoles al mismo tiempo pluma y papel para anotar sus indicaciones. En la mayoría de los casos, mientras las escribía, les cargué con un montón de paquetes que yo llevaba. Algunos incluso me permitieron apoyar el papel en su espalda para poder escribir".

Últimamente, Funt viene dando alarmantes señales de blandura. Está tratando de abandonar las chanzas burdas y aparatosas para dedicarse a cosas más sutiles. "Hemos progresado de las bromas pesadas a la nota semi-sociológica", comenta. "Actualmente hacemos más observaciones de cosas espontáneas". Recientemente ha hecho cosas tales como filmar la manera en que diferentes niños despachan un helado, o grabar los variados ritmos de las pisadas de la gente en el acto de subir y bajar escaleras. Pero la tratada gruesa constituye todavía la médula de la *Cámara Indiscreta*. "Nuestros episodios más memorables", confiesa Funt, "son aquellos en que hemos estado en un tris de recibir un puñetazo en las narices".





Charles Johnson

El esplendor de la Tierra

Un distinguido observador describe algunas de las deliciosas impresiones recogidas durante una existencia pasada entre las maravillas de la Naturaleza

POR DONALD CULROSS PEATTIE

CUANDO NIÑO pasé meses de feliz aislamiento, en compañía de mi madre, en una cabaña de troncos, una hospedería situada en la cumbre de uno de los montes Apalaches. Tenía yo la in-

fantil costumbre de trepar a un sitio de la arbolada cima para ver ponerse el sol entre el follaje otoñal del distante valle que se extendía allá abajo. Y mientras éste se hundía en una sombra purpúrea y los troncos

de los pinos que merodeaban aparecían todavía iluminados de rojo por la luz decreciente, sentía yo mi tremenda soledad. Sin embargo, aunque solo, no estaba desamparado, pues me sentía acompañado por la Naturaleza circundante, cuya presencia, más notoria que la compañía de cualquier ser humano, me abrazaba y envolvía.

Por primera vez comprendí entonces que el hombre es parte de esa Naturaleza. Sujeto a sus grandes leyes, partícipe de su santidad, nunca le faltará su compañía si sabe descubrir cuán fraternales pueden ser los árboles, y hasta dónde llega su comunidad con cuanto vuela, corre o se arrastra. Yo era a la sazón muy pequeño para percibir esta verdad, salvo como una emoción intensa y deliciosa.

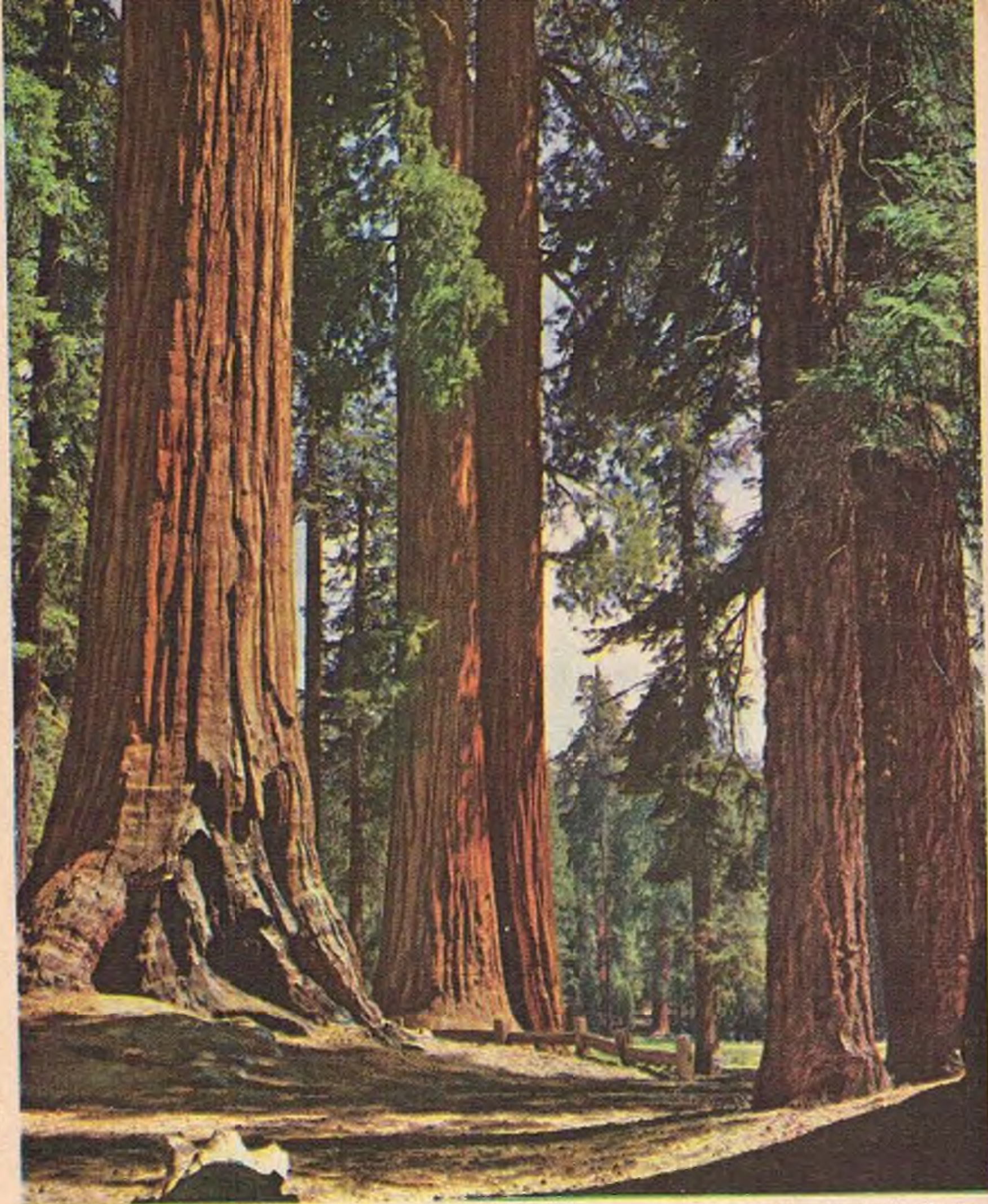
Poco después de aquella puesta de Sol, un amable anciano, al examinar conmigo algunas flores que habíamos recogido entre los dos, me explicó que las plantas, como los animales, también tienen sexo. De pronto, el reino vegetal y el animal se unieron en mi pensamiento para integrar un único y esplendoroso reino de la vida, y me sentí lleno de inefable gozo. Esta unidad de todas las cosas vivientes, hecha más arrebatadora todavía por su infinita variedad, constituyó para mí una nueva manera de amar la Naturaleza y de sacar fuerza de ella, y así lo entiendo hoy todavía.

Cuando empecé a identificar las plantas, la asombrosa variedad de cuanto vive comenzó a adquirir

sentido a mis ojos; pues al comprender el gran sistema de clasificación ideado por Linneo, el "padre de la botánica", vi que las danzarinas flores de los campos, los grandes ejércitos de árboles, los insectos zumbadores, las lagartijas tendidas al sol, los ligeros conejos; todos tenían un sitio señalado en el plan de la creación.

Por el estudio, pues, llegué a darme cuenta del glorioso orden que prevalece en la Naturaleza. Familias y especies ocupaban su puesto en un sistema que ni aun todas las revoluciones de la humanidad podrían alterar. Bajo aquel bravío y jubiloso crecimiento, el libre revolotear de alas y el espontáneo florecer, obraba ese orden inalterable con el cual yo podría siempre contar. Esto me infundió una confianza en la Naturaleza que ha ido creciendo a la par de mi capacidad para encontrar mi camino en este establecido, natural orden de cosas.

Mi filosofía se ha basado unas veces en el estudio y la experiencia ganada sobre el terreno; otras, en momentos que resaltan en mi memoria con la intensidad de otras tantas revelaciones. Ellos han contribuido a la formación de un naturalista que los recuerda con gratitud. Hoy sé que en la Naturaleza el crecimiento es cosa segura, y que está dirigido hacia arriba; que en el seno de la creación está la serenidad; que en la estación debida hasta el desierto florece, y que, para todos nosotros, la vida es un don que cumple reverenciar como divino.



Chuck Abbott/Rapho-Guillumette

Bajo las gigantescas sequoias de California nuestros pensamientos se calman y se tornan más firmes y profundos; pues los grandes troncos rugosos que se alzan para formar un dosel de verdor a tal elevación que apenas se ve, cuentan miles de años. Además, cuando se abate uno de estos árboles, del tocón o del tronco pueden crecer renuevos. Hay en esto cierta inmortalidad, un perpetuo crecimiento que desafía al tiempo destructor. Verdaderamente, en el grande y fecundo silencio del pinar palpa el hombre el tremendo poder del crecimiento, que es la mayor fuerza de la tierra. Y esto también ilumina al naturalista, y lo guía por senderos de paz.

Tuve una revelación un mes de abril, la primera vez que vi florecer el desierto. Había llegado a la granja la noche anterior, a hora avanzada y cuando ya todo estaba oscuro, y al salir a la puerta el día siguiente vi, a la brillante luz matinal, un verdadero mar en floración que avanzaba desde el horizonte hasta romper a mis pies. No todos los años florece así el desierto. Debe llover exactamente lo necesario, y en la época propicia. Entonces el Mojave, que apareciera pardo, adusto y agrietado como el rostro de una india vieja, se ilumina con esta radiante sonrisa. Es imposible dar un paso sin aplastar sus flores: delicadas gilijs azules, *layia platiglossa*, *timofilas*, *abronias*, *calochortus*. Esa primavera recogí y clasifiqué 75 especies nacidas de pronto en toda su hermosura, de un suelo que yo no había visto durante años sino como un yermo de larrea mejicana y cactus. Sin embargo, las semillas habían permanecido allí en la arena, a la espera de ser llamadas por la combinación precisa de lluvia y sol. Para todos los que gozamos de la escena, ésta fue una lección de esperanza.

Carlos Elmer





Bradley Smith/Rapho-Guillumette

En el inmenso abismo esculpido del Gran Cañón, que tiene una profundidad de más de un kilómetro y medio, una anchura de 6,5 a 29 kilómetros y el colorido de una puesta de Sol y guarda un silencio tan imponente que es como música jamás escuchada, se nos muestra sin velo alguno la obra del tiempo. Esta sima fue abierta por el río Colorado en el curso de más de un millón de años, y en sus capas rocosas puestas así al descubierto la ciencia puede leer una página de la historia de la vida.

En las vetas de múltiples colores que forman las paredes del cañón se han encontrado fósiles de insectos y reptiles primitivos y frondas de los helechos que antaño cubrieron la Tierra. En las capas superiores se hallaron fósiles de corales y dientes de tiburón, lo que prueba que el mar las había cubierto anteriormente. Y hoy crecen en la superficie y a la luz del sol fragantes selvas de pinos donde corretean las ardillas y vagan tímidamente los venados. Así, evolutivamente, se desarrolló la vida desde sus formas rudimentarias hasta la maravillosa y diversa plenitud actual. El Gran Cañón es un libro abierto donde se puede leer la excelsa historia de la evolución de la vida.

Un día el mar me habló de modo inolvidable. Habíamos viajado en automóvil durante algunas semanas por las llanuras de Wyoming, Montana y el este de Oregón; descendimos por la gran garganta arbolada del Columbia, y de pronto nos hallamos deslumbrados ante el Pacífico. Corrimos varios kilómetros al lado de sus atronadoras olas de melena blanca, hasta que detuve el vehículo para observar las "palmas marinas" que se debatían entre el oleaje. Éstas no son, desde luego, sino pequeñas algas de 30 a 60 centímetros de alto. Entre ola y ola se yerguen libremente, aspirando el aire y alzando su "follaje". Mas al instante el mar cae sobre ellas con toda su fuerza, y quedan sumergidas bajo la azotadora violencia del agua. La ola se retira, preparándose para otro ataque, y las palmas marinas vuelven a alzarse, erectas e impávidas. De nuevo el asalto, al que de nuevo sobreviven las algas. Este espectáculo me levantó el espíritu, al proclamar así que la vida, aun la de un alga marina, aparentemente tan endeble, es más fuerte que la violencia inanimada del océano poderoso.

Pero el ritmo del mar calma el pulso. Mide el correr del tiempo inmemorial; promete perpetuidad. Yo vivo ahora cerca del mar, sobre una costa más apacible que la rocosa de Oregón, y cuando me hace falta tranquilizarme, voy a pasear por esa costa para escuchar el rítmico tumbo de las largas olas serenas, que avanzan y se retiran, y vuelven a avanzar para susurrar: "¡Calma! ¡Calma! Hay tiempo de sobra; paz, la perennidad de lo bello. Y en la Naturaleza, la serenidad".

Cole Weston/Rapho-Guillumette



Citas citables

TAL VEZ nos preocupamos inútilmente de que la automatización nos quite el trabajo. Cada vez que se complica de veras el tránsito de vehículos, apagan el semáforo y llaman al agente de policía. — B. V.

Es UNA lástima que siendo pecaminoso tanto de lo que nos agrada hacer, el hecho de no hacer nada sea también censurable. — F. C.

DEL PERRO aprende el niño fidelidad, perseverancia y también a dar tres vueltas antes de acostarse.

— Robert Benchley, en *Chips Off the Old Benchley* (Editores: Harper & Row)

VALE MÁS al hombre un buen susto que un buen consejo. — E. W. H.

LA PRIMAVERA significa más para el hombre moderno que para nuestros antepasados. Nos trae el recordatorio, lleno de esperanza y periódicamente repetido, de que hay muchas cosas que ver más gratas que la televisión. — B. V.

EL INTERROGANTE primordial de la época es: ¿Podrá el hombre ganar en cinco horas al día tanto como la mujer gasta en ocho? — E. W.

MUCHA gente se complace tanto en descubrir el error ajeno como un tesoro enterrado. — F. O.

SOMOS personas ya maduras cuando el guardar un secreto nos causa mayor satisfacción que divulgarlo. — J. M. H.

UNA DE las más grandes virtudes de orar en silencio es que nos aísla del bullicio del mundo. — Dwight D. Eisenhower

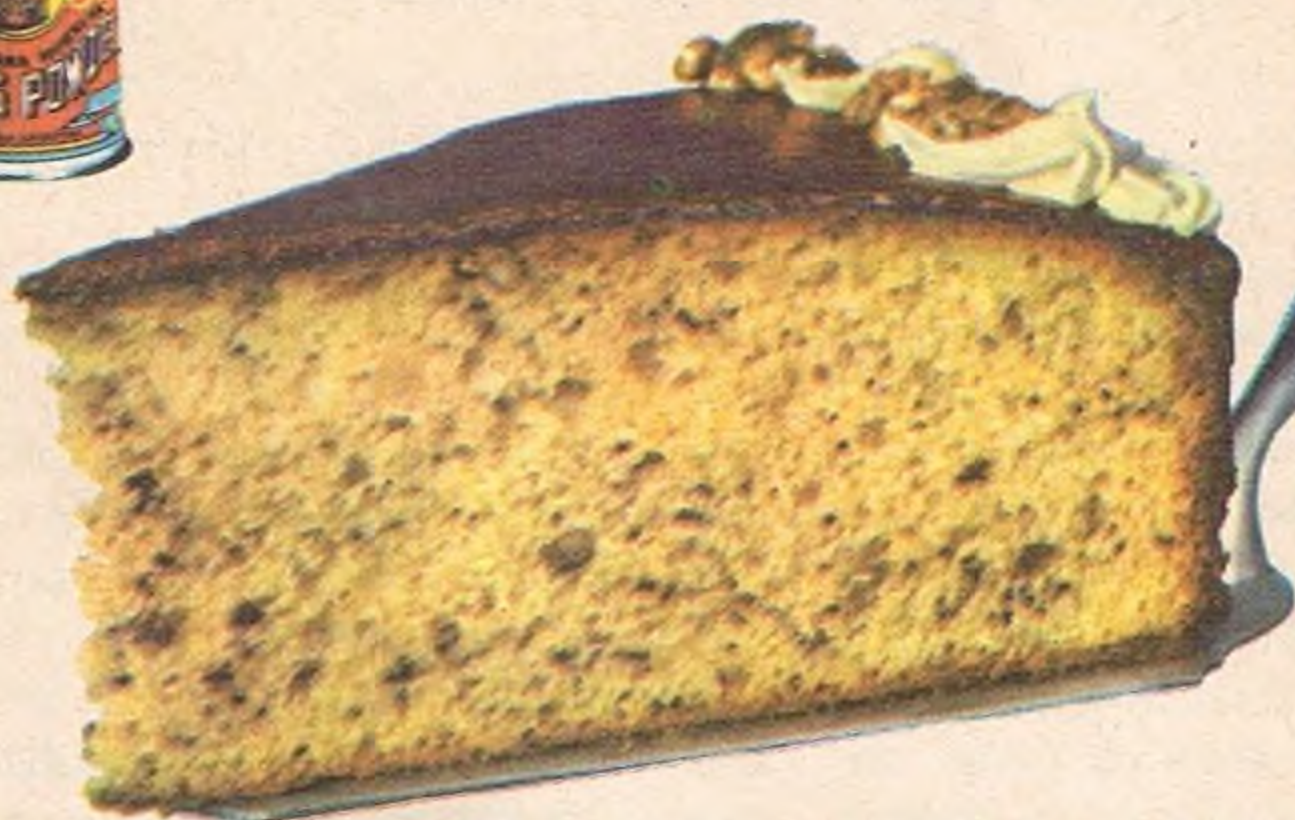
LOS HOMBRES que merecen monumentos no necesitan de ellos. — G. F.

SOLO HECHA POR USTED... ES

VERDADERA REPOSTERIA CASERA



Al mérito de su habilidad en elegir, medir y preparar los ingredientes, agregue la acción eficaz de Polvo para hornear Royal. Entonces si puede confiar en el éxito de su verdadera repostería casera!



TORTA DE NUEZ: Batir 100 grs. de manteca con 1 taza de azúcar (200 grs.) hasta que esté cremosa. Agregar 2 huevos, uno a uno, batiendo bien después de añadir cada huevo. Añadir $\frac{1}{2}$ cucharadita de esencia de vainilla. Tamizar juntos 2 tazas de harina (240 grs.) con 3 cucharaditas de Polvo Royal y $\frac{1}{4}$ de cucharadita de sal, y agregarlos a la primera preparación alternando con $\frac{2}{3}$ de taza de leche. Añadir $\frac{1}{2}$ taza de nueces picadas y enharinadas. Verter en un molde enmantecado y enharinado y cocinar en horno moderado durante 50 minutos. Una vez frío, cubrir con baño de chocolate.

Polvo para hornear
Royal
...nunca falla!

Se puede vivir sin laxantes

No obstante lo que se dice, el intestino es capaz de funcionar por sí mismo.

POR J. D. RATCLIFF

Condensado de "Today's Health", publicado por la Asociación Médica Norteamericana

LA PROPAGANDA comercial que se hace por la televisión y la radio nos aturde recomendándonos la "normalidad" intestinal, y nos quiere hacer creer que con los laxantes del mercado se puede adquirir salud, nuevo vigor y tersura de cutis. Los anuncios de periódicos y revistas se suman a esa campaña, culpable de que millones de personas se hayan habituado a tomar laxantes.

Es absurdo, y a veces peligroso, el consumo desordenado de laxantes, que entorpecen la absorción de los alimentos en el intestino delgado y la resorción, en el grueso, de elementos indispensables como son el sodio y el potasio. Los aceites minerales arrastran consigo las vitaminas solubles en medio aceitoso (por ejemplo, la A y la D) y las

eliminan del organismo; y todos los laxantes disminuyen la actividad de formación de vitaminas B en el intestino grueso.

El uso de laxantes puede encubrir la existencia de enfermedades cuyo síntoma es el estreñimiento, como ocurre con algunas infecciones intestinales, o la señal de alarma de oclusiones del intestino, úlceras e incluso cáncer. Además, la mayoría de los productos que se utilizan son muy irritantes. Si se toman por costumbre, sobreexcitan los músculos intestinales hasta el punto de agotarlos y dejarlos laxos, provocando en realidad el estreñimiento que pretenden combatir.

A principios de este siglo, cautivó al público la teoría de la "autointoxicación"; según ella, los residuos fecales que se quedan en el intesti-

no envenenan la sangre y producen dolores de cabeza, fatiga y otros trastornos. Los médicos más sensatos ya hicieron notar entonces que, si realmente hubiera envenenamiento crónico del organismo, no desaparecería con una deposición; el borracho, por ejemplo, no recupera instantáneamente sus cabales con sólo vomitar. Los tóxicos que hay efectivamente en el cuerpo se transforman en compuestos inocuos y se eliminan por acción del hígado y los riñones.

Pero todavía pesa mucho en la opinión pública la idea de que hay "tóxicos" en el intestino. Para millones de personas, el colon es un albañal que se debe desaguar con regularidad, y todas ellas, dicen los médicos, deberían saber que no hay una norma universal para regular esa función. No son pocos los que defecan una sola vez por semana.

Entender mejor lo que es el intestino puede ayudar mucho a desvanecer las falsas ideas que fomentan los fabricantes de laxantes. Aunque parezca que el intestino delgado, con sus seis o siete metros de largo, sólo sirve para embutir chorizos, es en realidad una admirable fábrica de productos químicos que descomponen los alimentos en sus componentes aprovechables. Con la ayuda de medio a un litro de bilis que vierte el hígado al día, más una cantidad igual de jugo pancreático, convierte el almidón en azúcares, asimilables ya, las proteínas en aminoácidos y las grasas en ácidos grasos. El proceso se ace-

lera por la acción de los cinco o diez litros de jugos que segregan diariamente los 20 millones de glándulas del intestino delgado. En la mucosa que lo tapiza por dentro hay también millones de vellosidades microscópicas que absorben las proteínas y los hidratos de carbono digeridos y los vierten en el torrente circulatorio, y las grasas en el sistema linfático.

Trascurren de tres a 15 horas para que pase al colon o intestino grueso (que mide entre uno y medio y dos metros de largo) una masa formada casi exclusivamente por mucosidad, células desprendidas de las paredes intestinales y residuos de alimentos no digeridos. En el colon se produce la resorción, que dura tres o cuatro horas, y a veces más. Así como el intestino delgado está en gran parte esterilizado, en el grueso abundan las bacterias, en su mayoría beneficiosas para el organismo, pues elaboran importantes vitaminas como la B, la K y tal vez otras.

La principal función del intestino grueso es absorber de nuevo el agua y las sales de la masa que llega del intestino delgado. Si no fuera por esa resorción, se rompería el equilibrio de líquidos y minerales, de importancia decisiva para el organismo. En efecto, la mayoría de los niños que mueren de diarrea perecen por deshidratación; los alimentos pasan tan rápidamente por el intestino grueso que no le da tiempo a éste de recuperar el agua. Cuando los laxantes hacen que vaya



yo
economizo
con
Supersmalt

...y ud?

enlozado



mejor
para cocinar...

más fácil
para limpiar!

ES UN PRODUCTO CON GARANTIA FERRUM

demasiado de prisa el contenido intestinal por el colon, se pierde el potasio, tan valioso para el cuerpo. Si la pérdida es leve, no se siente más que debilidad muscular. Si es intensa, pueden trastornarse los músculos respiratorios y el corazón.

Hay muchas causas que pueden alterar la cadena de actividades normales de la digestión, y entre ellas son de importancia primordial la excitación nerviosa y la ira. Los investigadores han podido observar sus efectos en personas que se sometieron voluntariamente a la prueba; mediante una sonda llamada sigmoidoscopio, que se introduce hasta el colon y permite ver directamente su interior, comprobaron que el color sonrosado normal de la membrana mucosa del intestino grueso se vuelve rojo vivo y se produce espasmo cuando el sometido al experimento sufre una preocupación o un acceso de cólera. Los espasmos retardan o detienen la actividad natural de los intestinos y, en consecuencia, el colon absorbe demasiado líquido de las heces que pasan a través de él. De ahí puede venir el estreñimiento.

Actualmente, los médicos creen que las preocupaciones son las principales causantes de este padecimiento. Más aún, consideran que el *preocuparse excesivamente por la evacuación* es quizá el problema fundamental de su etiología. Dice un especialista en enfermedades del aparato digestivo: "No es el colon lo que debe tratarse, sino el hombre que lo lleva dentro".

Caso típico es el de la persona inquieta porque no evacuó durante un día o dos, que toma un laxante y vacía todo el intestino. Pocos saben que posiblemente el tubo intestinal tardará tres días en volver a llenarse y en recuperar su funcionamiento normal. Al notar la falta de actividad durante ese lapso, el sujeto toma otro laxante, y así es como se empieza a adquirir el hábito de ingerir estos medicamentos.

Los laxantes y purgantes se dividen en tres grandes clases: los aceites minerales, que actúan como lubricantes; los purgantes salinos (sulfato de magnesio, citrato de magnesio, aguas minerales, etc.), que atraen al intestino agua de los tejidos, y los agentes irritantes (cáscara sagrada, sen, fenolftaleína, muy empleados en los específicos del mercado), que inflaman la pared intestinal y aumentan sus movimientos. Todos tienen, en mayor o menor proporción, esencialmente los mismos inconvenientes, y el usarlos por sistema amengua las funciones naturales.

Desde luego, hay casos en que deben recetarse los laxantes: si se quiere, por ejemplo, vaciar el intestino para hacer una radiografía o una intervención quirúrgica; a los enfermos internados en el hospital, si sus digestiones se han vuelto muy lentas por falta de ejercicio; a los ancianos cuyas vías digestivas estén en tan malas condiciones que no puedan funcionar normalmente.

Pero el abuso de estas sustancias adquiere proporciones alarmantes.

fiebre!....



Mejor
Mejora
Mejoral

Mejoral es el calmante de rápida disolución y acción inmediata

La rápida disolución de MEJORAL permite al poderoso calmante de su fórmula -el elemento acetilsalicílico- incorporarse con más facilidad a la corriente sanguínea.

Por eso MEJORAL corta tan rápido el dolor de cabeza, baja la fiebre, alivia resfríos y calma los dolores de muelas y musculares.

47 pruebas y controles de laboratorio aseguran la pureza, efectividad y rapidez de acción de Mejoral

MEJOR MEJORA
Mejoral

La Asociación de Consumidores de Inglaterra citaba no hace mucho una encuesta de la que resultó que el 25 por ciento de las madres interrogadas daban laxantes a sus hijos con regularidad, los necesitaran o no, porque querían evitarles el estreñimiento. Muchos adultos tienen esa misma creencia; suponen que deben "depurarse" a intervalos regulares. Desde luego, no "depuran" nada. Lo único que consiguen es perturbar las importantísimas funciones de la digestión.

¿Cómo se puede quebrantar el insidioso hábito de los laxantes?

Los médicos suelen aconsejar que se tome mucho líquido, tal vez seis vasos de agua al día, un régimen rico en frutas cocidas, hortalizas y verduras que dejan abundantes residuos; y evacuar tan pronto como se sientan ganas de hacerlo, pues esperar una y otra vez puede producir estreñimiento.

Son cada vez más los médicos que recomiendan como norma general dejar en paz al intestino, que es muy capaz de cuidarse solo. Si hay trastornos, se debe consultar al médico; él podrá recetarnos mejor que el vendedor de específicos.



Resuélvalos usted mismo

UN JOVEN neoyorquino, al comenzar su primer año universitario, llenó un formulario en que, entre otras cosas, manifestaba el deseo de compartir la habitación con un estudiante extranjero. Al llegar al plantel se enteró de que un cerebro electrónico había estudiado las diferentes tarjetas y se había hecho ya el reparto; a él le tocó otro estudiante neoyorquino que había hecho una solicitud idéntica a la suya.

— *Times*, de Nueva York

HACE POCO me encontré en un corredor con un compañero de trabajo que venía con cara de perplejidad. Al preguntarle qué le pasaba, me contó que acababa de llamar por teléfono a su casa. Había contestado su hijo. "¿Dónde está tu madre?" le preguntó. "En la calle, buscándome", fue la respuesta.

— C. R

UNA AMIGA mía estaba pegando sellos de correo en su álbum. Al llenar la primera página cerró el cuaderno, diciendo:

— Ya está. Tengo otro álbum lleno.

— ¿Lleno? —le pregunté—. Me pareció ver que ibas apenas por la primera página.

— Así es —me contestó—. Es que siempre comienzo por el fin. Así, cuando llego al principio he terminado en lugar de estar empezando.

— A. D. T.

Las máquinas se vuelven locas

"Errar es humano"... pero no es esa la conclusión a que ha de llegar el que lea este divertido catálogo de disparates electrónicos.

POR DAVID PURSGLOVE

Condensado de "Popular Mechanics"



SE VA a llevar una desilusión el que se imagine que en el mundo del mañana no se cometerán errores, puesto que será regido por el tranquilo clic-clac de un computador electrónico infalible. Los "cerebros" mecánicos que ya nos han tomado por su cuenta y riesgo desde el nacimiento hasta la muerte y nos han reducido a la condición de números lindamente archivados en obleas de memoria magnética, empiezan a mostrar síntomas de nerviosismo, capricho, borrachera, indecisión... y muchos han perdido el seso.

En el Instituto Técnico de Massachusetts y en el Instituto Neurológico Burden, en Inglaterra, existen varios autómatas mentalmente desequilibrados que de tiempo en tiempo se vuelven completamente locos. Fueron proyectados para que se ali-

mentaran del calor o de la luz, a fin de satisfacer las exigencias de pares térmicos y células fotoeléctricas, pero el exceso de luz y calor los emborracha y la escasez los desespera. Demuestran de una manera muy realista su decepción si encuentran obstruidas las rutas a la meta que buscan, o se entregan totalmente a la dolorosa angustia de la indecisión cuando las circunstancias les presentan dos caminos igualmente posibles.

Varios computadores han experimentado verdaderos colapsos nerviosos. Ejemplo clásico de ello fue el caso de la máquina que trabajó demasiado en una tarea imposible. Toda la noche cliqueó y claqueó locamente y ya al amanecer rechina-ba furiosa los dientes de sus engranajes sin encontrar solución. Por fin fundió válvulas y fusibles y cayó en estado de "shock". Había estado tra-



Nuevo impulso para más ventas!

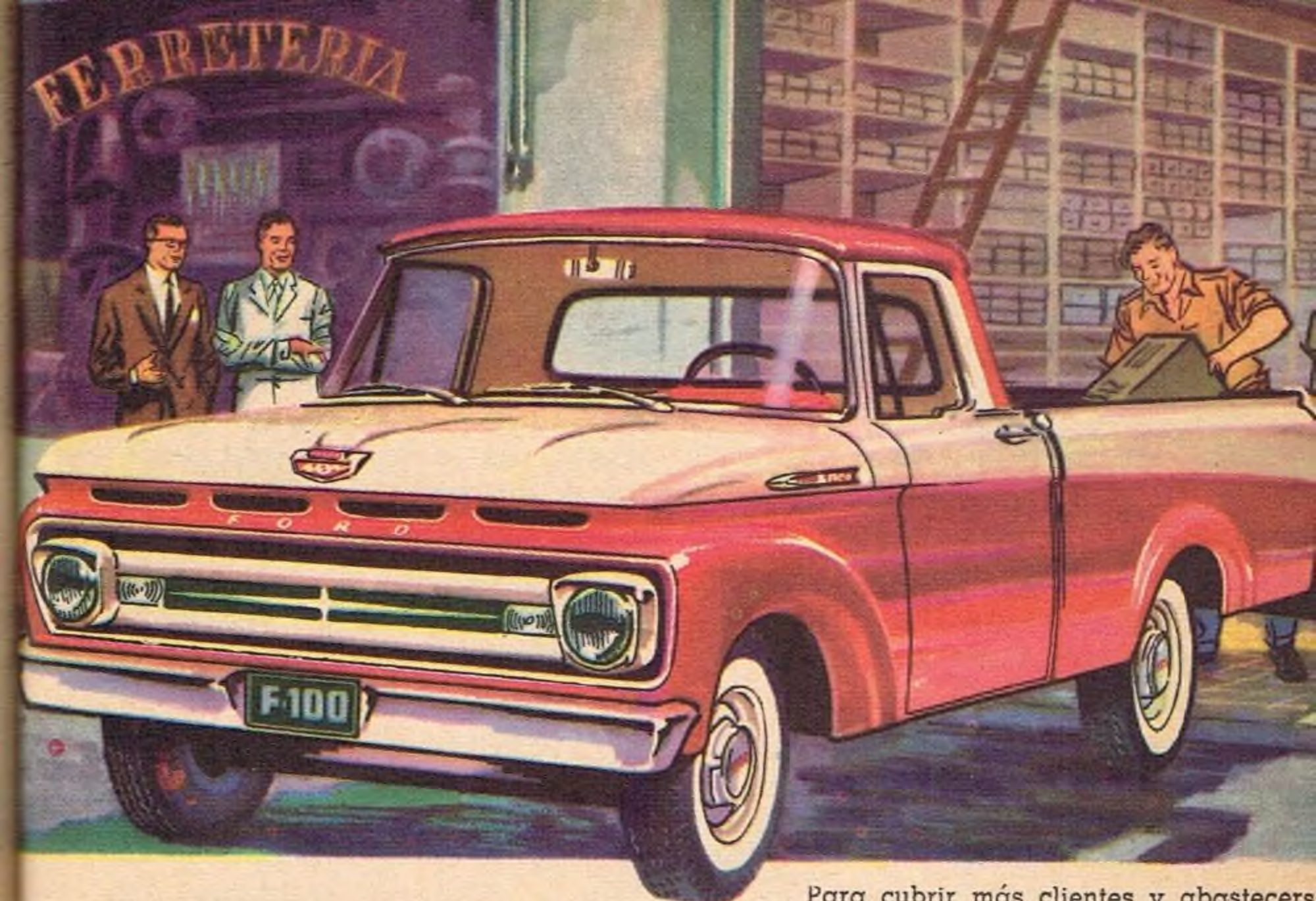
Con la pick-up Ford usted atiende a más clientes, se abastece más rápido y hace mejores ganancias! En su caja hay mayor capacidad y resistencia, y todo su chasis ofrece extraordinaria solidez. La cabina tiene confortable comodidad para más pasajeros. El manejo ha sido simplificado y su rendidor y económico motor Ford V-8 Carrera Corta, es grandioso en velocidad, fuerza y pique. Por el campo o la ciudad, en el trabajo y el paseo, usted puede sentirse seguro con la pick-up Ford!



Sus largueros especiales facilitan la rápida colocación de cualquier carrocería.

¡AHORA LAS VENTAJAS SON MAS!

La pick-up Ford le permite hacer mayor economía, porque reduce sin discusión los gastos de mantenimiento. También su nueva suspensión delantera —brinda marcha más suave y pareja— y consigue que las cubiertas delanteras duren muchísimo más tiempo!



Para cubrir más clientes y abastecerse mejor la pick-up Ford es grandioso

Pick-up **FORD**

¡Está en todo y hace de todo!

VEALA EN LA CONCESIONARIA FORD

La Concesionaria Ford de su zona, integra la red más experimentada del país. Allí encontrará Garantía, Servicio y Repuestos Ford legítimos.

...y un **FORD** es siempre más negocio!

tando de dividir por cero. ¡Qué ignorancia!

Hay máquinas que hasta se dejan llevar de la pasión de amor. William Dersch, de la IBM, fabricó un computador que tenía oídos y respondía con un bien modulado clic-clac cuando se le dictaban con voz clara diversos guarismos. Un día, empero, el aparato se enamoró de una cámara de cine porque alcanzó a oír que le estaban dando cuerda a pocos pasos de distancia, y se lanzó a una histérica rapsodia de cliqueti-clacs. Retornó a la normalidad, pero repetía la función en cuanto volvía a oír dar cuerda a la cámara.

Los firmes partidarios de un mundo dirigido por computadores electrónicos abrigan la convicción incommovible de que todos los errores de los autómatas los cometen, en realidad, los hombres ineptos. Y es verdad que a veces los operarios suministran a la máquina datos equivocados o le piden que ejecute erróneas tareas; pero las máquinas mismas tampoco son infalibles. Se puede esperar que un computador grande se equivoque más o menos una vez al mes. Los errores provienen de diversas causas, tales como fusibles gastados o fundidos, conexiones flojas, materias extrañas que caen dentro de la máquina, o recalentamiento. Y cuando un computador comete un disparate, los resultados parecen cosa de una comedia de Mack Sennett.

Cierto día del año pasado un computador que dirige la oficina de

provisiones del ejército norteamericano en Orleáns (Francia), se olvidó de la aritmética y restó cuando tenía que sumar. Los empleados del ejército, al ver el signo de "menos" que anunciaba una crítica escasez de ejes, transmisiones y diferenciales, inmediatamente hicieron un pedido de estas piezas por valor de 9.400.000 dólares. Ya se habían despachado más de dos millones de dólares del pedido cuando un curioso *ser humano*, de la Oficina General de Contabilidad, descubrió el error y encontró al culpable: una conexión eléctrica mal hecha.

Teóricamente, los errores de las máquinas se pueden evitar empleando dos autómatas en vez de uno solo, de modo que el segundo revise y compruebe el trabajo del primero. Maravillosa idea... pero no siempre da buen resultado.

El aludido ejército norteamericano había instalado esa combinación de autómata y autómata-comprobador con el fin de mantener un constante suministro de material a Europa. Un día un oficial pasó por la sala de computadores y pidió el envío de 300 gavetas metálicas para determinada unidad de su mando. El operario de la máquina, que era un hombre, entiéndase bien, se equivocó y en la tarjeta que entregó al computador perforó el número 30.000.

El autómata, naturalmente, puso en marcha sus bobinas de cinta y ordenó sin protestar 30.000 gavetas. La orden pasó al autómata-comprobador, que inmediatamente encen-

dió su luz roja: sabía que un pedido tan grande agotaría la existencia de ese tipo de gaveta que el ejército tenía en los Estados Unidos. Por consiguiente, preparó otra orden de pedido, dirigida a los oficiales encargados del ramo, para que compraran 30.000 gavetas con que reponer las existencias.

Si los militares tienen sus problemas de automatización, los civiles están rabiando y protestando. La oficina de Correos de Providencia (Estado de Rhode Island), que está casi totalmente mecanizada, se ha convertido en el hazmerreír del público. En la época de Navidad, por ejemplo, el Correo sencillamente se da por vencido, porque el autómata que pretende gobernar un mundo gobernado por máquinas no sabe distinguir entre un sello de correos y un sello de adorno de Navidad.

Los vecinos de Seattle (Estado de Washington) tienen una queja muy seria de un traicionero tabulador que funciona en la oficina de recaudación de impuestos del distrito de King. Este caprichoso aparato contó dos veces una tarjeta de subtotales del valor de la propiedad, y así indicó un avalúo catastral superior en 28 millones de dólares al avalúo real. Encantados con tanta riqueza, los burócratas del distrito se dedicaron a comprar todo lo que se había necesitado o deseado desde hacía tiempo. Alguien descubrió el error y entonces los planificadores, muy agitados, pidieron a todos los departamentos administrativos que propusieran medios de reducir otra

vez los gastos. El recaudador de impuestos recomendó: "No gasten los 150.000 dólares que se habían destinado para adquirir otro computador para esta oficina".

Por lo que hace a sus consecuencias legales, los errores de los autómatas han planteado serios problemas de jurisprudencia y los tribunales están llenos de casos por resolver. ¿Qué recurso tiene uno, por ejemplo, si el computador de su banco erróneamente se niega a pagar un cheque y lo devuelve con la anotación "fondos insuficientes"? ¿Y a qué indemnización tiene derecho un comerciante cuyo buen crédito ha sido perjudicado por un alambre eléctrico suelto?

Chester Wrobel, empleado de la compañía telefónica de Chicago, recibió una intimación de un juzgado, escrita por una máquina, para que se presentara a pagar una multa por haber estacionado su automóvil, placa número NA2488, durante más tiempo del debido en el aeropuerto de O'Hare. Se sorprendió mucho, puesto que nunca había dejado su coche en el aeropuerto, pero luego recordó que el número de su licencia era NA2489. Devolvió entonces la notificación, explicando que se trataba de un error, y se desatendió del asunto.

Pero la máquina le mandó otra orden para que compareciera ante el juez, por no haber hecho caso de la primera. Esta vez Wrobel llamó a su abogado y le dijo que iba a entablar demanda por falso arresto.

"No", le dijo el abogado. "Usted

tiene que presentarse ante el juez. No se puede demandar a una máquina".

A pesar de todo, siempre nos queda alguna esperanza a nosotros, anticuados mortales. Hace seis años un fabricante de motores marinos resolvió instalar una línea de montaje totalmente automatizada; pero por más que dispusieran los autómatas en una y otra forma, había

una tarea que se quedaba siempre sin hacer: no se retiraba la viruta metálica que salía de una máquina troqueladora.

Después de varias semanas de estudiar toda clase de autómatas y de consultar con otros fabricantes que habían tenido el mismo problema, el ingeniero jefe de la compañía recomendó esta solución: "Contraten un obrero con una carretilla".



A JUZGAR por los contundentes comentarios que suelen hacer algunos sobre los asuntos internacionales, cualquiera pensaría que el diario de la mañana no edita sino un solo ejemplar y que ellos lo tienen en su poder.

— *Changing Times*

El secreto del éxito

UNA EMPRESA que fabrica cajas de pinturas al óleo para los paisajistas aficionados acompaña cada estuche de las siguientes instrucciones: "Saque la paleta de la caja, ponga en aquélla algunas de las pinturas exprimiendo los tubitos correspondientes; luego moje el pincel en la pintura y embadurne el lienzo con ésta. Rembrandt, el Ticiano, y todos los grandes pintores usaron este método".

— *The Irish Digest*

EN CIERTA ocasión un alumno de la clase de literatura preguntó al magnate de la propaganda Bruce Barton cómo se inspiraba para escribir sus artículos periodísticos.

"Imagíneme usted tomando el desayuno cualquier mañana", le explicó Barton. "Estoy saboreando mi café cuando mi esposa, que se halla frente a mí, al otro lado de la mesa, acierta a bajar la vista al piso y comenta: *Bruce, ya es hora que compremos una alfombra nueva para el comedor. Ésta está ya muy gastada.* En ese preciso momento me asalta la inspiración de escribir otro artículo".

— A. D.

UN JOVEN actor decía a un colega ya bien establecido que desearía ser tan famoso como él: "Es muy fácil", dijo éste. "Lo único que necesitas es que te aplaudan al salir a escena, y que te aplaudan otra vez al hacer mutis".

— L. S.



Para
gente de
"clase"

OTARD-DUPUY

un coñac de "clase"



Coñac
OTARD-DUPUY



Coñac
OTARD-DUPUY
RESERVA SAN JUAN



Los modernos edificios dan un nuevo aspecto al viejo Londres

LONDRES

se va para arriba

POR GEORGE KENT Condensado de *"The Elizabethan"*, de Montreal (Canadá)

EN LONDRES la industria edificadora goza hoy de un auge que muy posiblemente va a ser el mayor de cuantos se han visto hasta ahora. La vieja ciudad crece y se expande en todas direcciones, principalmente hacia arriba... por primera vez en sus 2000 años de historia.

Mientras que antes de la guerra no se veía aquí nada que rebasara los 30 metros (es decir, de 10 a 12

Los nuevos rascacielos responden a las necesidades de la época, pero los londinenses no las tienen todas consigo.

pisos), salvo los campanarios de las iglesias y la cúpula de San Pablo, las nuevas construcciones triplican y cuadruplican esa altura. En menos de 10 años se han levantado 250 edificios altísimos, 40 de ellos de más

de 20 pisos y 11 de más de 30. La mayor parte de estos rascacielos se diferencian de los norteamericanos en que se alzan solitarios, aislados, como esbeltos dedos de acero y cristal.

Lo que se ve hoy es sólo el comienzo. A lo largo del Támesis, en el elegante barrio de Mayfair y en el distrito financiero siguen erigiéndose gigantes. Una elevada torre que se está levantando y será un centro de comunicaciones del Correo, llegará a los 190 metros. Arriba tendrá un restaurante giratorio, tan elevado sobre el nivel de la calle como los miradores de la mayoría de los rascacielos neoyorquinos, salvo los más altos. Ya está casi listo para ser ocupado el Hilton, de 30 pisos, el hotel más alto de Londres, distinción que no conservará mucho tiempo puesto que se está construyendo otro que lo aventajará en 18 pisos. Algunos de estos rascacielos son ciudades en sí mismos. En el enorme edificio de la Shell, que tiene un costo de 33 millones de libras esterlinas, hay una gran tienda, restaurantes, piscinas de natación, cancha para el juego de *squash* y salón de tiro al blanco. Hasta cuenta con ascensores especiales para subir los carritos del té a la hora en que toda Inglaterra suspende actividades para paladear su bebida favorita.

En los próximos diez años Londres invertirá miles de millones de libras (500 millones en sólo fondos oficiales del condado y muchísimos más de capital privado) que se convertirán en elevadas estructuras de

piedra, acero y vidrio. Este auge es consecuencia de la necesidad. En la guerra pasada Londres perdió 80.000 viviendas que fueron totalmente destruidas y 700.000 averiadas en mayor o menor grado. Por otra parte, la capital política, financiera y cultural de la Mancomunidad sigue atrayendo nuevas muchedumbres que llegan de todas las provincias y de todos los territorios de ultramar: estudiantes, refugiados, hombres de negocios extranjeros, y todos necesitan dónde vivir y dónde trabajar.

El gran Londres ocupa una superficie de 1950 kilómetros cuadrados aproximadamente, con una población de 8.171.902 habitantes, lo que le da el segundo lugar entre las ciudades más grandes del mundo (después de Tokio). El llamado "anillo interior", es decir, el condado de Londres, es un área de 303 kilómetros cuadrados en que viven 3.195.114 personas. Este es el Londres que sufrió más durante los bombardeos de la segunda guerra mundial, y es allí donde se concentra el actual auge de construcciones.

En un proyecto que acaba de iniciarse en el sector financiero, detrás de la catedral de San Pablo, habrá edificios tanto residenciales como de oficinas en torno a una vasta plaza central adornada con jardines. La construcción de casas de apartamentos en el centro comercial de Londres es cosa nueva y representa un esfuerzo por atraer nuevamente moradores y dar vida a un sector que de noche se halla desierto.

Desde 1941 las autoridades muni-

cipales empezaron a planear con imaginación progresista lo que debía ser el Londres de posguerra: una ciudad reconstruida, de viviendas modernas, escuelas y hospitales que gozaran de aire y luz, nuevas avenidas, parques y espacios abiertos. Existía una vieja teoría de que en Londres no se podían construir

Keystone Press Agency



El Vickers, de 30 pisos, sobre el Támesis

edificios altos porque el subsuelo es arcilloso; pero después de la segunda guerra mundial los ingenieros dieron el golpe de gracia a esta preocupación. Sostuvieron que valiéndose de nuevos métodos podían clavar pilotes hasta encontrar grava, lo que les permitiría erigir estructuras tan altas como las de Nueva York y aun más si fuera necesario. Con ello se abrió el camino para que Londres surgiera súbitamente como una ciudad de rascacielos. En gran parte esta nueva modalidad se debe a 25 caballeros que, paseando por la ciudad durante los bombardeos e

inmediatamente después de ellos, observaron las montañas de escombros y las casas tambaleantes de la era victoriana. Con certera visión escogieron los sitios mejores para construir y dieron unas pocas libras esterlinas como depósito o para comprar opciones. Ninguno de estos sujetos tenía mucho dinero. Lo tomaron prestado a los primos, o a las tías, o a los bancos. Ninguno sabía si al terminar la guerra existiría todavía Londres; pero corrieron el albur, y ganaron. Cuando se levantaron las restricciones a la edificación, en 1954, ya tenían planos listos y aprobados por las autoridades y contratistas comprometidos, de suerte que, entre nubes de polvo, pusieron inmediatamente manos a la obra.

Hoy todos esos 25 caballeros son multimillonarios. Han construido y vendido el 80 por ciento de los nuevos edificios comerciales, inclusive casi todos los rascacielos. Entre todos ellos la personalidad más notable es, indiscutiblemente, Jack Cotton, a quien se suele llamar el mayor empresario mundial en el ramo de propiedad raíz. El que le hubiera confiado 100 libras esterlinas para invertir después de la guerra, tendría hoy 150.000. Tiene propiedades y vende terrenos y edificios en 280 ciudades, algunas muy distantes en Sudáfrica, Kenia o las Antillas. Es también propietario de la mitad del Edificio Panamericano de Nueva York, de 59 pisos, el edificio comercial más grande del mundo.

A los 21 años de edad, Cotton recibió de su padre, comerciante de Birmingham, 50 libras esterlinas, que fueron la bellota de donde crecieron 100 rascacielos. Tomó en arrendamiento una estrecha y oscura oficinilla y se lanzó al negocio de bienes inmuebles. Tenía imaginación y una audacia colosal. Hoy, a los 60 años de edad, en una oficina llena de flores y cuyas paredes adornan cuadros valiosos, no bien ha terminado un negocio cuando ya está iniciando otro.

El que tenga debilidad sentimental por el viejo Londres de Oliver Twist, de Peter Pan o de Sherlock Holmes, que vaya a visitarlo *ahora*. Es cierto que siempre se conservarán los hermosos monumentos grises —la abadía de Westminster, el Parlamento, el palacio de Buckingham, la Torre, la catedral de San Pablo— y que mil rinconadas y parquecillos de nostálgica belleza esperarán siempre al turista; pero no podrán menos de parecer más pequeños, más perdidos y disminuidos por los altos edificios que surgen en torno.

Los amantes del viejo Londres no quieren el nuevo Londres vertical. Un grupo, el de los "anti-feos", pone letreros en los edificios que le disgustan. Otros expresan sus ideas a diario en cartas a los periódicos, de las cuales es típica una que publicó recientemente el *Guardian* y que en parte decía así: "El edificio de la Shell es un aborto. Las barriadas pobres se desatienden criminalmente, y rascacielos deslealmente

ubicados se asoman al inviolable recinto privado de la realeza". (Esto último es una alusión al hecho de que desde los pisos altos del Hilton se alcanza a ver abajo el palacio de Buckingham.)

Con todo, hay otro punto de vista, que es el de la mayoría de los londinenses, y lo expresa bien un co-

Tom Smith/Pix



Carretera "Elephant and Castle", en construcción

laborador del *Spectator*: "Me gustan las altas torres que se levantan sobre la vasta expansión de Londres. Sostener que lo viejo y lo nuevo no pueden coexistir confortablemente, es una tesis pesimista. Comprendo muy bien a aquellos visitantes extranjeros a quienes horroriza la transformación de la silueta londinense, pero no veo por qué nosotros tengamos que vivir en un museo, sólo por darles gusto".

Tal es el modo de pensar de la juventud que ve con entusiasmo el resurgimiento de Londres con sus altos edificios, y toda la ciudad se

está poniendo a tono con su actitud hacia la vida moderna. Por todas partes hay cafetines donde se sirve *espresso* y sitios donde los principales platos de la carta (que se sirven también en el mostrador) son "hamburguesas" y "hot-dogs" acompañados de bebidas gaseosas. No se trata sólo de la gente moza, sin embargo; también a las personas maduras les gusta el bullicio, no menos que las comodidades de la nueva era. Por ejemplo, en el East End, que era antes un barrio pobre y quedó arrasado totalmente por los bombardeos, los residentes ocupan ahora una dilatada extensión de viviendas modernas. Al principio añoraban sus viejas casuchas familiares,

pero rápidamente se van acostumbrando a las nuevas y les encantan.

En medio de tantos elogios como diatribas que se prodigan al nuevo Londres, merecen atención las palabras del norteamericano Lewis Mumford, autoridad en materia de urbanismo. Ha dicho que este auge es una "locura municipal" y ha acusado a Londres de estar cometiendo todos los errores que cometieron los Estados Unidos; pero termina con una nota de moderado optimismo: "Por fortuna la misma inmensidad de Londres le da cierta elasticidad para absorber sus errores. Puesto que sobrevivió a los bombardeos, quizá sobreviva también al auge de edificaciones".



Frases pintorescas

Tobogán. El empleado de un hotel para esquiadores, al cliente que se está inscribiendo: "Basta su nombre, su dirección y el número de su seguro de hospital". (Caricatura de B. Tobey, en *D.A.C. News*) . . . Los pantalones de esquiar, de telas elásticas, tan en boga entre el bello sexo, vienen en tres tamaños: pequeños, medianos, y ¡cuidado con agacharte! (Tony Randall, citado por Bennett Cerf) . . . El esquí es un deporte magnífico siempre que uno ¡¡se agache!! (A.S.G.)

Comentarios de actualidad. Al observar las modas actuales en vestidos de mujer, nos preguntamos hasta dónde van a llegar. (L.A., en *Look*) . . . Los quehaceres domésticos equivalen a ensartar cuentas sin hacer un nudo al extremo del hilo. (*Citizen-Journal*, de Arlington, Tejas)

Versos cojos. Respecto a mi sueldo yo he observado que nunca de tanto tan poco he gozado. (S.S., en *The Saturday Evening Post*)

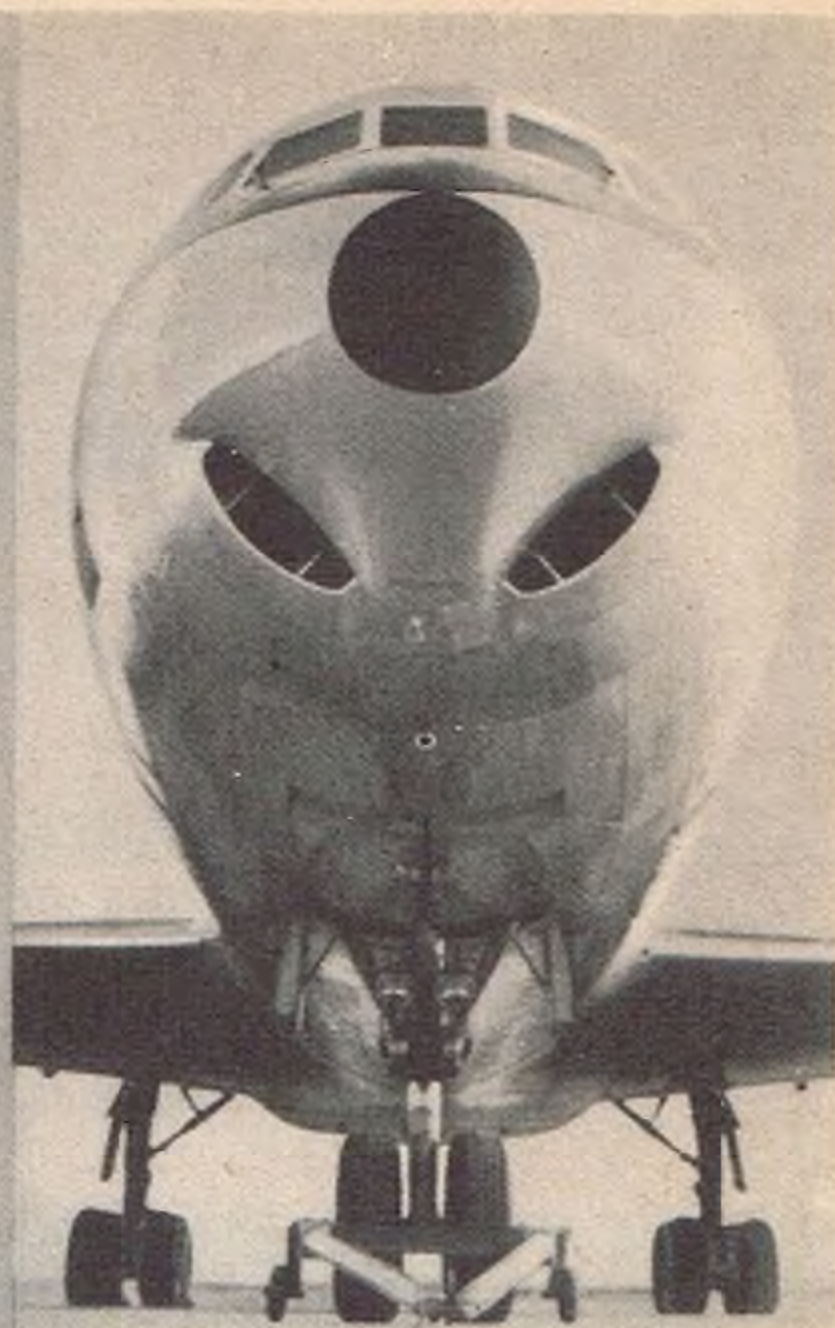
Oído por casualidad. Hacen muy buena pareja: él es hipocondriaco y ella, una verdadera píldora. (C.A., en el *Star*, Minneapolis)



¿Quién recibe una atención aún más cuidadosa y personal que el pasajero, en las Líneas Aéreas IBERIA?

Para una atención amable, pródiga, personal, vuele por IBERIA Líneas Aéreas de España. Unicamente el propio avión recibe un servicio aún más minucioso que Ud.

Nuevo: Unica salida a MADRID, dos veces por semana al anocheecer. En lujosos Jets DC-8, los Miércoles a las 19,10 y los Domingos a las 19,55. Esto permite un aprovechamiento



Yo!

total del día de salida.

Nuevo: A Europa con una sola etapa: RIO! El vuelo del Domingo, hace una sola etapa: Río. El del Miércoles hace escala también en Montevideo.

Ahora: Cómodos vuelos a Santiago de CHILE! Todos los Miércoles a las 12,30 y Domingos, a las 13,15.



IBERIA

LINEAS AEREAS DE ESPAÑA

Para informaciones y reservas, consulte a su Agente de Viajes I. A. T. A.
IBERIA Líneas Aéreas de España S. A. - Cangallo 545 - T.E. 46-5101 - 6919 - 6963 - Bs. As.

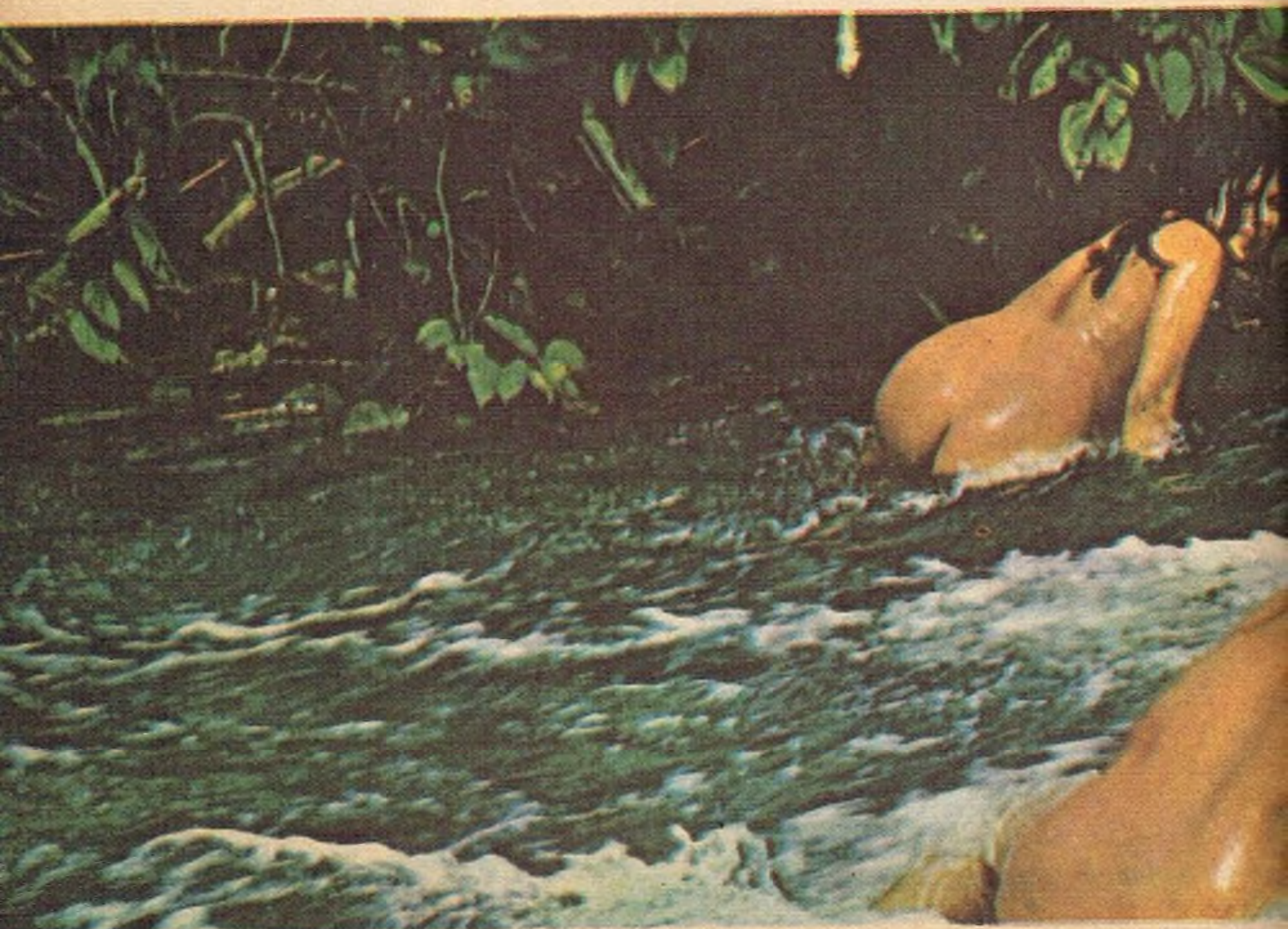
EN CORDOBA: Galería Ames, Buenos Aires 188

SECCIÓN DE LIBROS

MIS HERMANOS DEL AMAZONAS

La vida de una mujer blanca entre los indios aucas

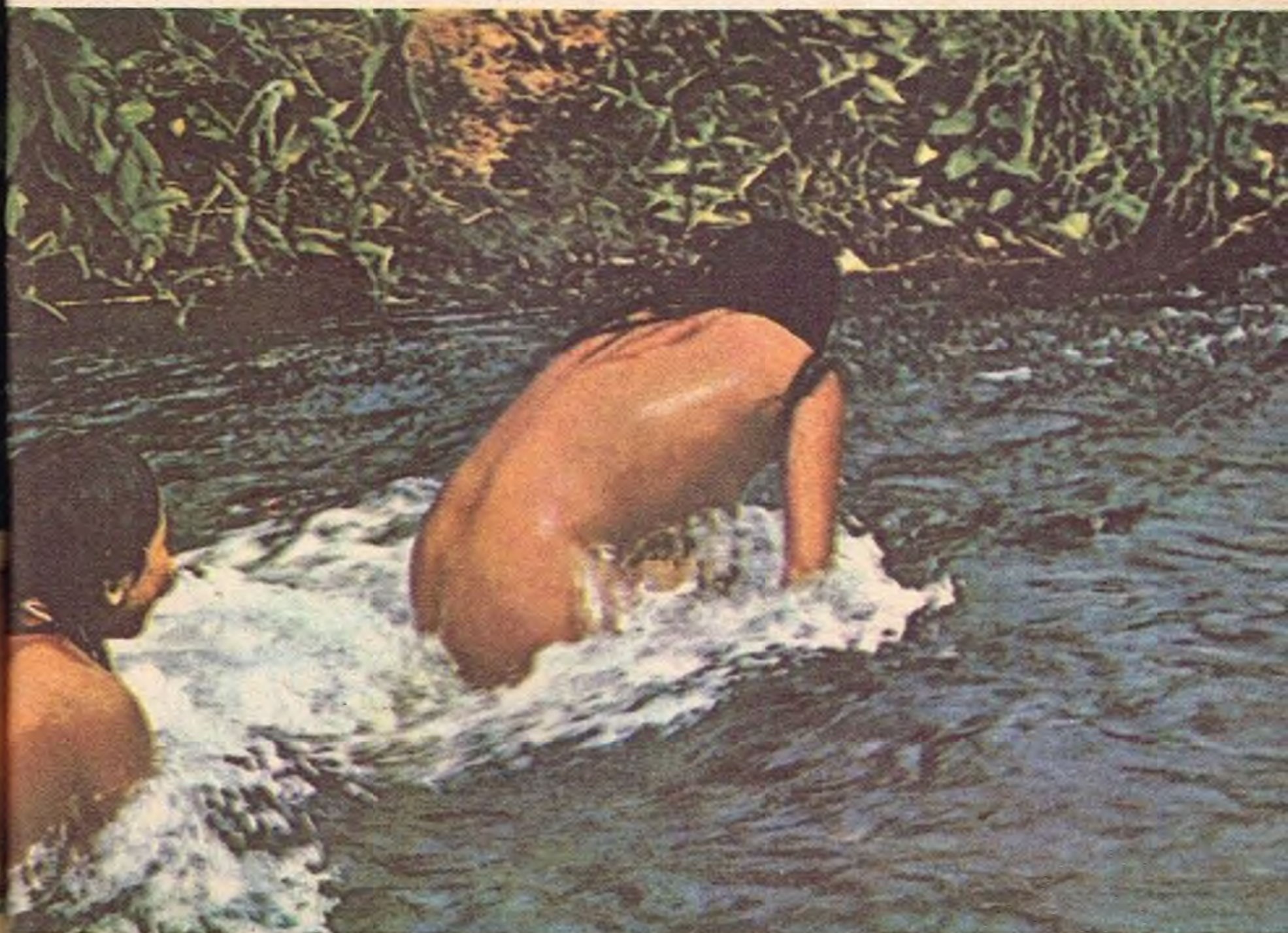
Condensado del libro* de ELISABETH ELLIOT



Con su hijita Valerie de cuatro años, Elisabeth Elliot pasó un año entero en las selvas del Amazonas viviendo entre los indios aucas, tribu misteriosa y temible. Y no le faltaba razón a Elisabeth para temerlos: los aucas ya habían matado a su esposo. Este libro, en el que cuenta su vida entre los indios, es extraordinario, no sólo por lo vívido del relato, sino por la gran compasión con que la autora contempla a los salvajes... Es un testimonio incomparable de fe en el hombre.

EN ENERO de 1956 mi esposo, Jim Elliot, emprendió un viaje aventurado y peligroso. En compañía de cuatro jóvenes misioneros trató de establecer contacto

con los indios aucas, tribu primitiva que habita en lo profundo de las selvas amazónicas cerca de la frontera oriental del Ecuador. Los cinco fueron sacrificados por los aucas.



Después del 16 de enero de 1956, cuando regresaron los que habían ido a buscarlos con la noticia de que Jim y sus compañeros habían muerto, no dejaba yo de atormentarme día y noche preguntándome "¿Por qué?" Comprendía que, para seguir viviendo, tendría que hallar sentido a la vida. Pero si la obediencia a la voluntad de Dios era razón suficiente para morir, también lo era para seguir viviendo. Esa era la única respuesta que podía darme.

Jim y yo habíamos trabajado antes entre los indios quichuas en un lugar llamado Shandia. Volví a aquel lugar sin tener idea de lo que me reservaba el porvenir; había entonces muchos trabajos que atender: la limpia de malezas para no dejar que la selva se tragara la faja del campo de aterrizaje ni las trochas y los claros que habíamos abierto; la siembra de plátanos y piñas; la terminación de la escuela que Jim había iniciado. Tenía además una hijita pequeña a quien cuidar, indios enfermos que curar, una escuelita de niñas, estaba traduciendo la sagrada escritura a la lengua quichua y enseñaba el catecismo en la escuela de varones.

Mientras en otras partes del mundo la gente oraba porque la luz del conocimiento de Dios llegase de alguna manera a los aucas, cosa que parecía muy difícil en las presentes circunstancias, nosotros confiábamos en que Él nos mostraría el camino para ir a llevársela.

Había distintas teorías acerca de cómo se debía hacer esto. Ciertas

personas pretendían saber cuáles habían sido los errores cometidos por los cinco misioneros, errores que les habían llevado a la muerte. Recibíamos cartas de sicólogos y antropólogos explicándonos las reglas que deberíamos seguir en un nuevo intento. Alguien me envió 60 dólares con el objeto de que comprase Biblias para los aucas. Una señora sugirió que se imprimieran los Diez Mandamientos en hojas de papel y se arrojaran sobre los salvajes desde un avión. Y así por el estilo, llovían los consejos bienintencionados.

Pero no era esa una cuestión de métodos. Algo podía salir mal en el mejor de los planes, o trastornarse los cálculos más prudentes. Aunque yo tenía un interés muy personal en el asunto, me limité a pedir a Dios que se hiciera su voluntad. Si Él quería que yo tuviese parte en la catequización de los aucas, la tomaría gustosa; pero mientras no recibiera la orden de marchar, seguiría cumpliendo con mi deber en el trabajo que se me había encomendado.

La Sociedad de Misioneros Aviaadores seguía arrojando regalos, como prueba de amistad, sobre las rancherías de los aucas, continuando los vuelos iniciados por Nate Saint, uno de los cinco que había muerto junto con mi esposo. Un día de mayo de 1957 el piloto misionero Johnny Keenan me invitó a acompañarlo en uno de esos vuelos. Al pasar sobre una agrupación de casuchas y parcelas plantadas de mandioca, dejamos caer un paquete

con un emparedado de carne picada cerca de un joven salvaje que gritaba y gesticulaba allá abajo. El indio inmediatamente comenzó a comer y agitaba la envoltura para que viéramos que había recibido el regalo. Corría de un lado a otro del claro tratando de acercársenos cada vez que pasábamos por él, alzando al cielo los brazos, gritando y sonriendo.

Tan ardiente era mi deseo de encontrarme con los aucas cara a cara, que abrigaba la esperanza de que tuviésemos que hacer un aterrizaje forzado en aquel valle. Entonces comprendí el anhelo de los cinco misioneros por llegar a ellos. Al propio tiempo me estremecía al pensar en el enigma y la barbarie que representaban, pues solamente un hecho se conocía con seguridad acerca de ellos: mataban a cualquier extraño que osara acercárseles.

"¡Vienen los aucas!"

SEIS MESES después, mientras visitaba a unos amigos en el poblacho quichua de Arajuno, supe que tres mujeres aucas habían llegado a un villorrio cercano. Comprendí que era mi deber salir a encontrarlas inmediatamente. Acomodé en una bolsita de malla india mis cuadernos de notas, el botiquín contra mordeduras de culebra, una muda de ropa, una manta liviana y tomé la trocha acompañada por dos guías quichuas.

El viaje duró cerca de seis horas. Al llegar a la aldea quichua del río Curaray, encontramos allí solamente

dos mujeres aucas; la tercera se había vuelto a su tribu. El cabello cortado en cerquillo sobre la frente les caía largo y lacio sobre la espalda. Estaban vestidas con ropas que les habían dado los quichuas: blusas sueltas y anacos lisos. Rodeadas por todo el pueblo se mostraban sosegadas y muy a gusto . . . hasta que me vieron a mí; entonces se aterrorizaron. Con persistentes insinuaciones conseguí aplacar un poco sus temores y pasé el resto del día con mi cuaderno de notas y un lápiz tratando de aprender algunas palabras de su lengua. "¿Qué es esto?" les preguntaba, echando mano de una de las pocas frases aucas que sabía, y en seguida apuntaba en el cuaderno lo que alcanzaba a entender de la respuesta que me daban.

Esa noche, una de ellas comenzó a cantar una monótona tonada de la tribu y persistió tanto en ella que los quichuas se pusieron nerviosos. "Canta para hacernos maleficio", decían, "después sus gentes vendrán a atacarnos". Los hombres durmieron con sus armas al brazo, y cada vez que ladraban los perros, saltaban dando la voz de alarma: "¡Aucas!" Muchos de ellos estaban convencidos de que las dos mujeres no eran más que señuelos, que habían venido como batidoras de una incursión general.

Mas no hubo tal ataque. Durante los días siguientes las mujeres aucas parecían muy contentas entre los quichuas; se hubiera creído que pensaban quedarse definitivamente, aunque la razón de ello era un mis-

En "esos" días...



¿por
qué
sufrir?

Lleve la vida de todos los días!

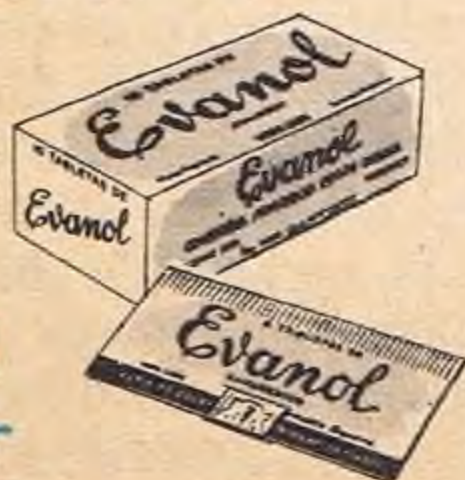


¿Por qué dejar que los dolores, temores y tensión nerviosa de "esos" días y de los días previos, le impidan lucir su sonrisa jovial y su buena disposición?

Al primer síntoma de malestar, EVANOL!

EVANOL fue especialmente creado para la mujer...

EVANOL le proporciona rápido y prolongado alivio, afloja la tensión nerviosa, y su efecto estimulante combate el decaimiento.



CALMANTE FEMENINO

Evanol

alivia el dolor suavemente

terio. Decidí establecerme allí para estudiar su lengua, y volví a Shandía a traer a Valerie, mi hijita de tres años.

Aunque había resuelto no exponer a Valerie a riesgos innecesarios, al día siguiente de haber llegado al poblado quichua nos tocó asistir a una escena sangrienta. Casi todos los hombres habían salido a cazar y las mujeres, incluso las aucas, mi niña y yo, estábamos bañándonos en el río, cuando de pronto se oyó en la otra orilla un grito: "¡Ahí vienen los aucas!" Hubo gran conmoción y alguien gritó: "¡Ya han matado a uno! ¡Han matado a Honorio!"

Darío, el único hombre que había quedado en el villorrio, pasó corriendo con la escopeta hacia el lugar donde se había cometido el crimen; pero no encontró aucas. Más tarde los cazadores, de regreso al poblado, trajeron el cadáver del hombre asesinado, acribillado por 18 lanzadas. Maruja, la mujer de Honorio, adolescente aún, que lo había acompañado río abajo, no se encontró por parte alguna; indudablemente se la habían llevado cautiva los matadores de su marido.

Fuimos a casa de Honorio donde su madre y su hermano lloraban y acariciaban el cuerpo exánime envuelto en una manta de algodón. Los gemidos y lamentos de las mujeres se hacían más intensos cada vez que entraba un nuevo doliente.

—Los aucas matan por matar —dijo uno—; eso los divierte.

—Y seguirán matando ahora que

han empezado —apuntó otro.

—Y se la llevarán a usted —me dijo Darío.

En ese momento sopló el viento e hizo volver las páginas de la Biblia que tenía abierta en mi regazo y mis ojos se fijaron en esta frase: *Yo sé que todo lo puedes, y que ningún propósito tuyo se puede frustrar.* Hallé la paz en el conocimiento de que estaba en las manos de Dios; no en el falso sentido de seguridad o de confianza en que no me matarían, sino en el de saber que Él tenía mi destino en sus manos y cualquier cosa que Él hiciera sería lo que me convenía.

Una invitación

AL DÍA siguiente los indios resolvieron abandonar el villorrio de Curaray. En el curso de una semana hice los preparativos para tomar un avión en Arajuno y convine con las indias aucas, Mankamu y Mintaka, que me acompañaran a Shandia. Las dos entraron en el avión recelosas y se cubrieron la cabeza con mantas cuando el motor comenzó a funcionar; pero pudo más la curiosidad que el miedo y pronto comenzaron a mirar por las ventanillas para admirar el panorama que se extendía a sus pies.

En Shandia comenzaron los estudios lingüísticos en serio. Aunque todavía dedicaba algún tiempo a la enfermería, la mayor parte de los meses que pasé allí no me aparté de Mankamu y Mintaka, tratando de conocer a fondo el vocabulario de los aucas.



Cornealent

El lente de contacto perfecto, porque es el resultado de 20 años de experiencia adquirida en Alemania, Inglaterra, EE. UU. y Argentina.

Ultima etapa de esta experiencia: el **HYFRAX SUPER 63**, torneado con los más nobles materiales. Miles de miopes, hipermetropes y astigmáticos los usan durante todo el día.

Consulte a su Médico Oculista y haga una prueba sin ningún compromiso, en nuestro Laboratorio, exclusivamente dedicado a la especialidad, desde 1943. Liberales planes de financiación.

re-
ro
publicidad

Laboratorio
Pförtner

Casa matriz: **JUNCAL 2345**

Agentes **CORNEALENT:**

LUXOR: Lavalle 678 - Capital

GALENO: Av. Maipú 2820 - Olivos

ROSARIO: Gral. Mitre 523 • **CORDOBA:**

9 de Julio 510 • **MAR DEL PLATA:** San Luis 1742

SANTA FE: Rivadavia 2763 • **BAHIA BLANCA:**

Mitre 68 • **MENDOZA:** Espejo 333

BELL VILLE: Córdoba 436

Rachel Saint, hermana del difunto aviador misionero Nate Saint, me enviaba desde los Estados Unidos datos que mucho me servían para el estudio de la gramática. Con ella vivía en los Estados Unidos una india auca llamada Dayuma, que había salido de la tribu años atrás. Esta Dayuma era sobrina de Mankamu y Mintaka. Rachel y yo hacíamos un intercambio de cintas magnetofónicas en las que grabábamos la voz de nuestras indiecitas y que, al ser tocadas en nuestros respectivos aparatos, eran una especie de cartas vivas cruzadas entre estas parientes.

Lenta y penosamente fui haciendo progresos en la lengua hasta llegar a entender un poco. Una mañana, al sentarme junto a Mankamu con el cuaderno de notas y el lápiz, la india comenzó a hablar de sus hijos. Ella les había prometido que regresaría para la cosecha del capok. La época se aproximaba ya y quería volver a verlos.

—Tú vendrás con nosotras, Gikari ("Pájaro carpintero", nombre inexplicable que me había dado Mintaka). Viviremos con mi marido. Él nos traerá pescado y carne del monte. Tendremos suficiente plátano y mandioca, pero si prefieres, el avión podrá llevarte y dejarte caer su comida. Nuestros hijos te querrán a ti y a tu hijita. Llevarás tu aguja (hipodérmica) para curar a los enfermos. Todos viviremos muy bien.

—Pero... ¿si nos alancean?

—Los que viven río abajo son los

que alancean. Éstos están muy lejos.

—Los de tu tribu mataron a lanzadas a mi esposo... de seguro que a mí también me matarían.

—Gikari: tu esposo era hombre. Tú eres mujer...

Aquello me pareció convincente, quizá por el gran empeño que tenía en que me convencieran, y pensé seriamente en aceptar la invitación.

Los pocos que tuvieron noticia de mi propósito inmediatamente me escribieron para disuadirme de semejante locura. No debía pasar por alto "los más elementales preceptos de la prudencia", me decían. Yo sabía que mi caso era indefendible, pero sabía también que el deber me llamaba.

Rachel Saint y Dayuma habían vuelto por entonces al Ecuador y

Elisabeth Elliot con una mujer auca



Vieja Lavanda



Fulton

La Loción Vieja Lavanda de Fulton subraya con su fragancia trascendente, el más fino estilo de vida.

LOCION - JABON - TALCO
TAZA JABON DE AFEITAR



FAIRHURST

tuvimos ocasión de pasar varias semanas juntas —Rachel y yo y las tres indias aucas— estudiando la lengua. Después las indias acordaron regresar a su tribu.

Mankamu me aconsejó que la esperara en Arajuno con Rachel y mi hija, mientras ellas iban al país de los aucas y hablaban con los suyos acerca de nosotras.

—Aguárdanos —me dijo al partir—. Un día de estos volveremos para llevarlas con nosotras.

Mas, cuando las tres mujeres se marcharon y las vi desaparecer entre la selva, pensé que quizá no las volvería a ver jamás.

Viaje al país de los aucas

AL CABO de un mes, el 25 de setiembre de 1958, Mintaka, Mankamu y Dayuma regresaron a Arajuno. Cuando Dayuma me relató la visita que hicieron a la tribu, grabé mis preguntas y sus respuestas en una cinta magnetofónica.

Pregunta. ¿Me dices que los aucas mataron a Jim y a sus compañeros porque Naenkiwi les dijo que los extranjeros iban a comérselos a ellos? (Naenkiwi fue uno de los primeros indios aucas que los misioneros encontraron al entrar en sus dominios.)

Respuesta. En parte se debió a eso. Él inventó esas cosas.

Pregunta. ¿Y cómo los mataron?

Respuesta. Los extranjeros estaban de pie en el río... y allí los alancearon. Eso fue todo lo que me contaron los hombres de mi tribu. Entonces yo les dije que los extran-

jeros eran buenos y ellos me respondieron: "Ahora sí entendemos. Ahora vemos que hicimos eso sin necesidad".

Pregunta. ¿Y Mankamu y Mintaka también le dijeron a los suyos que los extranjeros no comen gente?

Respuesta. Sí, ellas dijeron: "¿Cómo se les ocurre que los extranjeros van a comer carne humana! Ellos creen que ustedes son los antropófagos". Y los aucas dijeron: "Ahora les creemos. Ya no tenemos miedo".

Las tres mujeres convinieron en que Rachel Saint y yo las acompañáramos a su poblado. Valerie, naturalmente, iría también. La ocasión que había esperado durante tres años y para la cual había empleado un año estudiando la lengua, me llegaba al fin. No obstante, el paso que iba a dar me aterraba.

Salimos de Arajuno el 6 de octubre y al medio día llegamos al caserío quichua del río Curaray. Allí encontramos a Maruja, la mujer de Honorio, asesinado por los aucas. La indiecita había vivido un año cautiva y la acababan de soltar, gracias a la intervención de Mankamu.

—Para mí tengo —nos dijo Maruja— que no pasará mucho tiempo antes que todas ustedes hayan muerto y se las coman los buitres. Las mujeres son buenas, pero los hombres no. Son feroces.

Nos contó en seguida lo que le había sucedido a Robert Tremblay, un misionero canadiense que había entrado pocos meses antes en el te-

territorio de los aucas y que, según decían, se había suicidado.

—Los buitres devoraron su cadáver. Los aucas se reían y les dieron los dientes a sus chiquillos para que jugaran con ellos.

“Hoy vuelvo a dudar si haré bien en ir y llevar conmigo a Valerie”, escribí esa noche en mi diario. “Pero no era del caso echar pie atrás después de haber tomado una resolución de todo corazón delante de Dios”.

A la mañana siguiente reanudamos el viaje con seis guías quichuas y al cabo de dos días de navegar impelidos por pértiga por los ríos Curaray y Añangú, durmiendo por la noche bajo techos de palma, dejamos nuestras canoas y continuamos la marcha a pie. Como ya habíamos entrado en el territorio de los aucas, los quichuas llevaban las escopetas al brazo. Valerie dormía tranquilamente en una silla de madera que llevaba un indio carguero a la espalda. No tenía miedo; ella iba “a casa de Mintaka”.

A la vuelta de una curva de la trocha, Rachel y yo tuvimos un momento de gran emoción: alcanzamos a ver a tres aucas desnudos junto a un grupo de chozas.

“¿Es éste mi papá?”

DE PIE sobre un tronco de balso, gesticulando y declamando, estaba Kimu, hermano de Mankamu, indio sumamente fornido, como de unos 25 años. Todo su vestido era una cuerda que le ceñía la cadera; tenía los lóbulos de las orejas agu-

jereados y taponados con tarugos de madera. Dos lindas muchachas, también desnudas, nos sonreían recostadas junto a su choza de paja.

Desde el primer momento me causó grata impresión la dignidad y la sencillez de los aucas. Enfrentados a seis quichuas armados de escopetas, se quedaron mirándolos fijamente, sin miedo ni afectación.

Mankamu se acercó a Kimu y, tocándolo en el hombro, me dijo: —Éste es mi hermano.

El indio seguía declamando, y como yo no le entendía ni una palabra preferí tratar de hablar con las muchachas. A poco Kimu se sentó en el tronco sin dejar de hablar un momento.



Valerie se sentó también con los ojos fijos en él: era el primer hombre auca que veía. Aunque yo le había contado que su padre había muerto, no le había dicho de qué manera. No obstante, no sé por qué, ella relacionaba a los aucas con su padre. Yo observaba la manera como miraba al indio, hasta que al fin dijo:

—Se parece a mi papáito. ¿No es él mi papá?

Así que, los que para mí eran asesinos, para ella no eran más que seres humanos. Estaba lista a aceptar como padre al hombre que había ayudado a quitarle el suyo. Nada extraño veía ella en los aucas: eran sencillamente unos indios amigos.

Cuando pasó la emoción de la llegada, las mujeres se pusieron a preparar el pescado para la comida. Los quichuas fueron invitados a la merienda y todos se sentaron en cuclillas alrededor de la comida, Kimu entre ellos, como si nadie recordara que dos meses antes se hubieran matado los unos a los otros a primera vista.

Antes de amanecer el día siguiente, desperté al oír a Kimu que pasaba por mi cabaña.

—Me voy, Gikari, me voy —iba diciendo.

Salía a dar aviso de nuestra llegada a los otros aucas que vivían en regiones diferentes. Dayuma había escogido nuestro alojamiento, cerca del lugar en donde ella había pasado su niñez, y le había pedido a todo el vecindario que viniese a

vern timeros. Ya bien avanzada la tarde, y durante varios días, fueron llegando, ya por familias, ya por pares o en grupos de tres; eran 56 en total.

Las pocas mujeres solteras tenían bellas formas y los hombres eran todos musculosos y fuertes, algunos rechonchos, otros cenceños. El mayor era Gikita, esposo de Mankamu, hombre de unos 45 años. Había tenido suerte de llegar a esa "avanzada" edad en una tribu donde era cosa común y corriente matarse a lanzadas los unos a los otros. Cada varón tenía su familia respectiva y, naturalmente, había muchas viudas. El resto era gente menuda. La tribu no parecía lo bastante imponente para haber tenido en jaque a sus vecinos por varios siglos.

Había, no obstante, otras familias, "la gente del río abajo", que vivían como a 150 kilómetros de distancia y eran los enemigos más temidos de "nuestro" grupo. Serían unos 100 o 150.

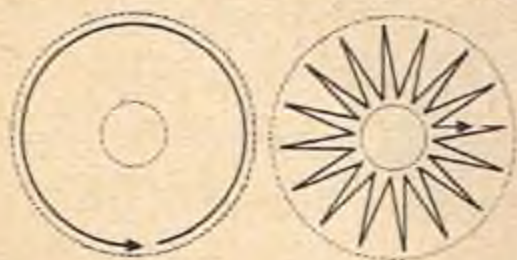
Cuando llegaron los aucas no hicieron demostración alguna de saludo, ni a sus amigos ni a nosotros. Tuve intenciones de avanzar a darles la bienvenida de algún modo mas, viendo que nadie lo hacía... pensé que mucho menos debía hacerlo yo, que entonces me sentí más extranjera que nunca.

Traté de imaginar lo que pensarían de encontrarnos allí, ya que muy pocos eran los que habían visto en su vida otras caras distintas de las familiares. Ahora se encontraban con gente completamente

EN EL
FORD Falcon
SE USAN
FILTROS
PUROLATOR



Luego de minuciosos ensayos, FORD MOTOR ARGENTINA S.A. optó por filtros PUROLATOR para el FALCON, tan eficientes y compactos como aquel noble "compacto". Destaquemos aquí dos calidades que la Ford juzgó de importancia: "eficientes" y "compactos".



Si comparamos dos filtros del mismo volumen y sabiendo que el rendimiento es en función directa del tamaño de la superficie filtrante (...pues más grande más tarde se tapa, verdad?) ha de preferirse el filtro PUROLATOR cuya superficie filtrante, doblada "en bandoneon", es

por lo menos 25 veces más grande que la de cualquier otro filtro del mismo volumen pero de simple conformación cilíndrica.

Esto significa que para el mismo motor bastaría un filtro PUROLATOR que es 25 veces más compacto que cualquier otro



...y en lo que a eficiencia se refiere, consideramos: 1º) que de las sustancias dañinas suspendidas, MAS del 70% son de tamaño inferior a 2 micrones; 2º) que un micrón es 300 veces más fino que un pelo humano; 3º) que los filtros PUROLATOR retienen impurezas tan minúsculas y con una eficacia sostenida del 99,98%, Norma SAE, cifra jamás documentada por filtros de otra marca!

Si todas estas cifras no le dicen nada, tal vez prefiera Ud. guiarse por ejemplos importantes, como ser: la Comisión Atómica de los EE.UU., los hombres de Cabo Cañaveral o de Ford? Entonces como ellos adoptará Ud. filtros PUROLATOR, cualquiera sea la marca de su coche, o si tiene un FALCON, insista simplemente en legítimos filtros PUROLATOR.



NO ARRIESGUE SU MOTOR - EXIJA FILTROS
PUROLATOR EN LAS REPOSICIONES

LOS LEGITIMOS FILTROS PUROLATOR PARA AIRE,
ACEITE O COMBUSTIBLE SON FABRICADOS EN LA
ARGENTINA POR PUROLATOR ARGENTINA S.A.I.C.

extraña; de otro color, de otro tamaño, de otra lengua . . . en realidad, gente que ellos tenían por caníbales; no obstante aceptaban nuestra presencia como cosa común y corriente. Nos recibían, no con los brazos abiertos, por cierto, pero tampoco de mala gana.

Entre salvajes

NUESTRA nueva morada era un claro abierto entre la selva, limitado al sur y al oeste por árboles gigantes y bordeado al norte y al este por un brazo del río Tiwaenu, que en tiempos normales medía de cuatro a seis metros de ancho. Allí había media docena de chozas y dos casuchas un poco más altas . . . meros techos de hojas sostenidos por seis estacas de palma. A Rachel la invitaron a compartir una de las "casas" con Mankamu y Gikita; la otra era para mí y para Valerie.

La total ausencia de paredes, a pesar de que las chozas estaban a muy corta distancia unas de otras, no parecía mortificar a nadie más que a Rachel y a mí. Me hubiera gustado, siquiera de vez en cuando, entrar en un cuarto y cerrar la puerta. Valerie no se dio cuenta de la falta de tabiques, pisos y muebles. Ella tenía su "cama" —un tendedero de tablillas de guada rajada sobre tres troncos— en la cual extendió la manta de sus muñecas y se sintió al punto como en su casa. (Más tarde decidí hacer algunas mejoras. Fue el día que encontré una culebra enroscada junto a su cabecita, mientras dormía.)

Colgamos nuestros enseres personales, metidos en talegos, canastos y morrales de malla, de la cumbre de la casa. Cuando llovía entraba el agua. Yo tenía un radioreceptor, dos cámaras fotográficas y un magnetófono, libros y papeles que era preciso conservar secos . . . y aquí fue cuando comencé a envidiar a los indios sinceramente.

Ellos no tenían nada que pudiera dañarse con el agua, a no ser la cerbatana, que guardaban siempre bajo la paja del techo; la funda de los dardos, una hamaca, algunas vasijas y cacharros de barro, una calabaza ahuecada para beber agua, la red de pescar y las lanzas de macana que también guardaban en el techo. En cuanto a sus personas, no les importaba humedecerse; sencillamente se sentaban junto al fuego, que nunca se apaga, hasta que dejaba de llover. A primera vista se pregunta uno si no sería posible que vivieran mejor, pero pronto me di cuenta de que vivían muy bien.

Aunque yo tenía necesidad de ropas y una manta y fuego para calentarme por la noche, advertí que el auca desnudo está muy a gusto mientras no se le enfríen los pies; junto a su hamaca arde constantemente el fogón y duerme con los pies entre el humo. Cuando se amortigua la lumbre, se despierta y la atiza juntando los tizones. Por la mañana, una de las mujeres alcanza el puchero, que se ha cocinado la noche anterior, lo pone un rato sobre las brazas . . . y ya está el desayuno, antes de levantarse



Algunos aucas eran amistosos

Todo el menaje de una casa, fuera del fogón, es la hamaca; es el mueble más útil y de más variados servicios. Tejida de fibra de palma, es muy liviana y portátil, no ocupa lugar en el suelo y es sumamente cómoda, tanto para dormir como para sentarse en ella. Yo me sentaba en la mía a cocinar, a estudiar el idioma o a comer. Me recostaba en ella por las tardes a leer a la luz de una vela y muchas veces la compartía con Valerie cuando le leía algún cuento.

En aquel sitio, cerca de las estribaciones de los Andes, no se siente el calor bochornoso de la selva. A no ser por las súbitas lluvias tropicales, el clima era ideal. Lo único realmente molesto eran los insectos.

En lo más recio de la estación de los mosquitos, los aucas parecían adquirir un movimiento rítmico de brazos para sacudirse la plaga; se daban palmadas en la espalda, se frotaban las piernas y se apoyaban primero en un pie y luego en el otro. En los días cálidos descendían sobre nosotros enjambres de diminutas abejas que se nos metían por las narices, la boca, los oídos y los ojos, pululaban sobre los alimentos y se posaban a veces por docenas sobre el bocado de comida mientras pasaba de la olla a la boca. Cuando yo protestaba de la plaga, los indios convenían en que realmente era un fastidio, pero ellos nunca se quejaban; los insectos forman parte de su vida.

Pronto me di cuenta de que los aucas son una tribu excepcionalmente robusta. No encontré enfermedades entre ellos, excepto uno o dos casos inciertos de paludismo y el catarro común. No había ninguna de las "dolencias infantiles" de la civilización: ni paperas, ni sarampión, ni varicela, ni tos ferina, ni escarlatina. Me tocó curar algunas heridas infectadas, aunque los indios tienen una increíble resistencia contra la infección y sanan rápidamente sin tratamiento alguno.

Algunos individuos del grupo que mostraban hondas cicatrices de heridas de venablos, me contaron cómo las habían recibido. (A una vieja le había entrado un dardo por el pecho y, atravesándole las costillas, le había salido por la espalda.) Se habían arrancado esos dardos,

unas veces rasgándose las carnes y otras dejando que los gusanos abrieran un orificio en los labios de la herida para poder extraerlos con más facilidad. Con todo, las cicatrices en ambos casos eran tan nítidas como las de una incisión quirúrgica.

Menú de la selva: mandioca y mico

AUNQUE la alimentación de los aucas no es muy variada, sí es abundante y nutritiva. Sus productos principales son la mandioca de raíces tuberosas, tan esencial para ellos como las patatas y el pan para nosotros, y el plátano. Casi todos los años despejan un nuevo pedazo de selva para sembrar estas plantas. Todo el cultivo se reduce a unas cuantas deshierbas y a los cinco meses ya viene la cosecha de la mandioca; el plátano fructifica al año. Para preparar el alimento las mujeres cuecen y desmenuzan la mandioca, luego mascan un poco y lo escupen en la masa para que se fermente. Se mezcla con agua, y al segundo día ya se puede beber ese líquido grumoso y filamentoso, que parece ser muy nutritivo.

Los hombres pasan la mayor parte del día cazando. En una comunidad en que el elemento masculino ha disminuido con las luchas a través de los años, los pocos que quedan tienen que esforzarse para mantener a sus mujeres, a sus hermanas y a las viudas que viven en el vecindario. Salen antes del amanecer diciendo lo que intentan cazar ese día: monos aulladores, ara-

guatos, macacos, tucanes, ardillas. Para esto van armados de arcos de chonta de dos o tres metros de largo con los que disparan dardos envenenados con jugos de plantas silvestres.

A veces, cuando los ríos corren claros, emprenden expediciones de pesca. Los hombres llevan consigo sus aguzados arpones y las mujeres sus redes barrederas bellamente tejidas con fibra de palma y ensartadas en un aro de bejuco. Cuando brilla en el agua un banco de peces, los siguen con gritos y risas. Una estocada... "*¡Barú!*" gritan. Salta el arpón fuera del agua, resbala el pez por el palo y describe un círculo de plata cuando lo arroja el pescador a la orilla donde lo recoge alguna de las mujeres. Inmediatamente lo asan en la lumbre o si no lo echan en una bolsa de hojas de palma para llevarlo a casa.

Valerie gozaba deslizándose por el fondo del riachuelo para atrapar con las manos los pececillos que huían azorados a esconderse bajo las piedras. Ésos los traía a casa ella misma en su morralito de hojas de palma que llevaba suspendido de la cabeza con una tira de corteza.

Los aucas han aprendido a aprovechar todo lo que es bueno y nutritivo en los alimentos. Los monos se chamuscan enteros y se cocinan sin quitarles el cuero; así no se desperdicia la capa de grasa que está entre la piel y la carne. La cola se pone al humo; de la cabeza se aprovechan los sesos, los ojos, las orejas... todo. Los huesos sólo se tiran

"Ese hombre tiene un no sé qué."



POR QUE ATRAE EL HOMBRE QUE USA PRODUCTOS ICE BLUE?

Por su evidente magnetismo... porque tiene confianza en sí mismo... personalidad. Es el hombre de detalle, que conoce y exige la calidad. Y por supuesto, él prefiere Espuma Instantánea Ice Blue, la nueva crema de afeitar en Aerosol, y Ice Blue Aqua Velva, loción para después de afeitarse; son dos finos productos que se complementan para brindar al hombre de hoy, un rostro perfectamente afeitado y compuesto a la altura de la época.

prefiera usted también los productos

ICE BLUE de williams



después de haberles extraído el tuétano. Los aucas gustan asimismo de las larvas de los escarabajos gigantes que se alimentan del corazón de la palma, y conocen los orificios que hacen en la madera para entrar a sus nidos. Cortan las palmas agujereadas, extraen las larvas y se las llevan a casa, todavía retorciéndose y serpeando entre una hoja de palma, para comerlas crudas o asadas entre el rescoldo.

Los alimentos se sacan con los dedos de los cacharros de barro donde se cuecen, se arrojan luego sobre una hoja de plátano extendida en el suelo y de allí los agarran las manos ávidas. Se oye un ruido de sorbos y chasquidos durante los pocos minutos que dura la comida,

Observando el avión del hombre blanco



pero nada más... Eso de conversar mientras se come es para ellos inaudito.

Recién entradas a la tribu, Rachel y yo esperábamos poder comprar nuestros alimentos a los indios, pero no habíamos contado con las dificultades que esto entrañaba, por la falta de medio circulante... los aucas no hubieran sabido qué hacer con nuestra moneda, ni con ninguna otra que les diéramos. Así que teníamos que esperar a que nos ofrecieran de comer (cosa que ocurría con frecuencia pero no con regularidad), o nos veíamos obligadas a pedirles la comida, lo que nos costaba mucho trabajo. Me di cuenta de que no tenía nada que ofrecerles y en consecuencia me comuniqué por radio con los aviadores misioneros para que nos dejaran caer todos los viernes, junto con el correo, carne y otras provisiones de boca, como leche en polvo, café instantáneo, azúcar, cereales y pan.

Hubo un gran entusiasmo el día en que el "escarabajo" (así llamaban los indios al avión) pasó zumbando sobre el claro de la selva. Todos corrían gritando: "¡Ibú, ibú!" Las mujeres advertían a los chiquillos que no fueran al lugar donde presumían que iban a caer los paquetes, mientras que los más tímidos salían de estampía a buscar refugio. Después los indios invadían nuestras casas para fisgonear el botín. Olían la leche, el queso y la mantequilla y los probaban a veces. La reacción era casi siempre de asco: "¡Eso huele a diablo! ¿Pre-

EL SECRETO DE LA ALBONDIGA



ALBONDIGAS CON TUCO

CAP



El secreto de las albóndigas de CAP está en su preparación, típicamente familiar. Hechas con carne vacuna, y un 25 por ciento de carne de cerdo, su elaboración incluye además cebolla picada salteada con pimentón, laurel, orégano, ajo y fécula de maíz.

Las albóndigas son envasadas luego con caldo de primera calidad y un delicioso tuco en base a aceite, cebolla, ajo, zanahorias, carne vacuna picada, tomates, orégano, laurel, perejil, pimentón, sal fina y una pizca de azúcar. Las albóndigas de CAP son un alimento de exquisito sabor, y de auténtica calidad familiar, destinado a colaborar con el ama de casa en la solución de sus problemas culinarios.



CUANDO UD. NECESITE
UN VINAGRE PURO, SANO,
FINISIMO, ADQUIERA
VINAGRE DE FRUTAS
CAP

Realza el sabor de sus comidas y no contiene sustancias tóxicas. Elaborado a base de frutas, en los establecimientos que CAP posee en San Rafael, Mendoza.

tenden ustedes comerse eso?"

Después que uno de los hombres cortaba en trozos la carne congelada —diciendo "esto quema"— le dábamos a cada familia un pedazo. Queríamos compartir con ellos cualquier cosa que les gustara ya que ellos habían partido su pan con nosotros. Los niños más pequeños esperaban con gusto los bombones, el azúcar o las naranjas, cuando las había, pero los mayores desdeñaban toda clase de dulces.

La provisión de leña era otro problema. Yo podía cortar los trozos bastante bien, pero para rajarlos se necesita muy buena puntería... y cada vez que lo intentaba resultaba para los indios una graciosa comedia. Casi siempre se ofrecían a ayudarme; pero, como la mujer auca debe procurarse por sí sola la leña que consume, yo no quería ser menos que ellas. Cuando terminaba la comida les proporcionábamos más ocasión de risas... ¡lavando los trastos! El ritual de jabón y esponja, cucharas, tazas, botellas de plástico para la leche de Valerie, todo eso les parecía absurdo. Tres veces al día tenía que llevar todos esos utensilios a la fangosa orilla del riachuelo, y cada vez que me veían bajar con ellos decían, sin dejar de reír: "Allá va otra vez a lavar los cacharros, y la ropa... y hasta la hija".

Me sentía como una extranjera incorregible.

Risas y crueldades

LOS AUCAS se divierten de muchas maneras. Como carecen de libros,

de espectáculos y de los entretenimientos propios de la civilización, lo más usual es la conversación. La más nimia ocurrencia en el claro les sirve de tema para animadas discusiones. Si se me vuelca la olla de la comida sobre los tizones del fogón, todo el pueblo se desternilla de risa y la noticia vuela de casa en casa.

—A la Gikari se le volcó la olla.

—¿Con toda la comida?

—¡Sí, con toda! ¡Ja, ja, ja!

Observan los pájaros que vuelan sobre el claro, como nosotros observamos los automóviles o los aviones, tratando de identificar su especie, como nosotros tratamos de identificar las marcas y modelos, y describen su vuelo con emocionados discursos parecidos al que recita un anunciador de acontecimientos deportivos.

"Allí vienen dos guacamayos. Hembra y macho. Ya llegan, ya llegan. Allá van, allá van. Derechos al capoquero... Se meten entre el follaje... No, le dan la vuelta. ¡Ah! Otra pareja. Ya vuelan todos juntos. ¿Dónde se posarán? ¡Los mataré a los cuatro con el arco... *watik, watik, watik, watik!*"

En la madrugada se tornan más comunicativos. El primero que despierta, entre las tres y las cinco y media de la mañana, atiza el fuego y comienza a conversar. Si nadie le responde despierta a otro para que lo escuche. A mí me interrumpieron el sueño mañanero repetidas veces con el único objeto de decirme que todavía no se había oculta-

do la Luna, que fulano de tal era un mentiroso, o simplemente que alguien había salido a orinar.

Los perros, animales para ellos desconocidos hasta que Dayuma trajo consigo tres cachorros, eran una nueva diversión. Les tiraban de la cola, los acariciaban y les daban de comer hasta reventar de gordos. A los monos también los alimentaban y los acariciaban. Tanto que, no era raro ver a un niño de pecho compartiendo la leche de su madre con un monito mimado.

El juego para los niños aucas consistía en la práctica del lanzamiento de venablos. Los mayores les enseñan a manejarlos, desde el diminuto del tamaño de una pajita de escoba, que sirve para empalar a las arañas, hasta la formidable lanza de macana de tres metros con que se matan jabalíes, anacondas, caimanes... y gente. Los chicos saben también el arte de ensartar un abejorro con una hebra de iraca y hacerlo volar (como nuestros niños hacen volar aviones de juguete, con su motorcito zumbador) en la punta de un bramante.

Además, allí está el río, fuente inagotable de diversión. Todos se bañan y juegan. Los niños —como los niños de cualquier parte— se zambullen, se echan agua con las manos, se sumergen unos a otros, dan falsos gritos de alarma (que a veces resultan verdad) como: “¡Ahí viene la anaconda!” “¡Cuidado con la anguila!”

No obstante, como dijo el Salmista: “Las partes oscuras de la Tierra

están llenas de las moradas de la crueldad”. Muchas veces vi poner en fila a los niños para golpearlos despiadadamente, o azotarlos con ramas de ortiga desde la cabeza hasta los pies, con el objeto de “hacerlos buenos cazadores y endurecerlos para el trabajo”. Tanto los niños como los adultos se hacían objeto de las risas y las burlas de los demás si llegaban a caerse o a herirse. Vi también a una madre a quien le pareció una gracia ver a su hijito cubierto de chispas cuando ella sopló el fogón. El chiquillo lloró de dolor y entonces su hermanito mayor volvió a soplar la lumbre para echarle más chispas encima, lo cual le pareció a la madre más gracioso aún.

Con gran animación se cuentan las historias de las muertes innumerables que han ocurrido en el lugar. El narrador recuerda con precisión quién mató a quién, por qué parte del cuerpo lo traspasó con la lanza. Si la muerte ha sido por vengar un agravio, el matador repite a su víctima los motivos que ha tenido con cada lanzada que le da: “Toma, ésta por esto y ésta por lo otro...”

Una vez pregunté a Ipa, la viuda de Naenkiwi, si aún amaba a su marido y se acordaba de él. (En auka se usa la misma palabra para ambos conceptos.) La india se echó a reír y me hizo la misma pregunta. ¿Me acordaba yo del mío? “Sí”, le dije, “muy a menudo”. Todos rieron al oír esto y me preguntaron cuál era la razón de acordarse de una persona que ya había muerto.

Los adultos se divertían engañando a los chicos para hacerlos llorar. Una vez que Kimu prendió una hoguera para quemar las malezas de un sembrado, le dijeron a uno de los niños: "Kimu te va a asar. Cómo nos vamos a reír viéndote arder". Valerie tampoco se libró de estas chanzas. Cierta día llegó temblando a contarme que le habían dicho que Dabu le iba a cortar la cabeza con una hacha. No obstante, el mismo que la había asustado así, le explicaba pacientemente en otra ocasión cómo se asan los plátanos verdes en el rescoldo.

Los chicos salían de noche a cazar sapos; los atravesaban con una púa sin matarlos y luego les ponían carbones encendidos sobre la espalda y gozaban viéndolos saltar como luciérnagas en la oscuridad. Derribaban pajarillos con sus cerbatanas y los desplumaban, todavía vivos, para asarlos en las brasas y comérselos. Pero si el pajarillo no quedaba malherido con el dardo, lo cuidaban tiernamente hasta curarlo y se pasaban horas enteras buscando grillos y otros insectos para alimentarlo, lo acunaban cariñosamente entre las manos o le hacían un nido de hojas para que se sintiera bien.

Aunque la crueldad no puede excusarse en ninguna forma, ¿es acaso la suya peor que la nuestra por ser diferente? Si el auca es indiferente al sufrimiento de los demás (y quizá no lo sea tanto como creemos) también es indiferente a su propio sufrimiento: es capaz de reír-

se cuando se hiere; no tiene compasión de sí mismo.

Hija de la selva

VALERIE vivía siempre tan ocupada con sus salvajes compañeritos de juegos y los goces de la selva, que rara vez tenía que pensar yo en divertirla. En realidad, hubiera querido hallar la manera de tenerla más tiempo en casa. Poquísimo tiempo y ningún trabajo le había costado aprender las frases necesarias para entenderse con los niños aucas, y en cuanto a esto era una gran ayuda para Rachel y para mí en nuestro estudio de la lengua.

Muchas veces me preguntó Valerie: "Mamá ¿por qué dices esto y esto así?" (y aquí imitaba el modo como yo pronunciaba la palabra indígena). "¿Cómo dicen los aucas?" le preguntaba yo. Entonces me daba ella la pronunciación correcta, o me remedaba en forma burlona, exactamente como lo habría hecho un auca, terminando la burla con una expresión que en esa lengua quiere decir: "¡Oigan lo que dice!" No era falta de respeto, no; era que, no solamente hablaba el auca, sino que pensaba también en ese idioma.

Valerie nos ayudaba también a entretener a nuestros amigos indígenas. Les prestaba sus lápices de colores, pues hasta los adultos gozaban coloreando láminas. Sus libros de estampas los fascinaban... especialmente aquellos que mostraban animales vestidos. Ya era cosa extraña para los aucas ver seres hu-

La selección
más completa
de rellenos,

en tabletas
de 50 grs. de
formato exclusivo



chocolates **NOEL** superfinos

Exquisitos rellenos, engarzados en el fino, suave y delicioso chocolate Superfino NOEL.
elaborado "al estilo europeo", mediante fórmulas y métodos especiales.

únicos con **6** SABORES



Seis deliciosos Licores

- 1 Sambayón al conac - 2 Whisky - 3 Nuez al Rhum
4 Apricot - 5 Curaçao - 6 Cherry

en una
sola
tableta



Seis gustos exquisitos

- 1 Nougat - 2 Trufa - 3 Praliné de Almendras
4 Maroc - 5 Fruta - 6 Dulce de Leche

únicos rellenos con **JALEA**



- Ananá
Cereza
Frambuesa
Naranja

"**COMPACTOS**"

- Avellanas
Almendras
Nuez
Pasas



PRUEBELOS, Y AHORA MAS QUE NUNCA, GUIESE POR LA ESTRELLA **NOEL**

manos con ropas, ¡qué decir de los conejos y las ardillas! . . . Miraban y remiraban y no se cansaban de admirar a una comadreja con pantalones que llevaba al hombro una escopeta. Los chicos pronto aprendieron que sólo se trataba de un "dibujo", pero trabajillo nos costó convencer a los mayores de que los animales de los extranjeros no tenían escopetas.

Valerie había traído consigo a la tribu un solo juguete: una muñeca que para los aucas era una maravilla; ellos le arrancaron los brazos, las piernas, la cabeza y con esto reían hasta reventar. Afortunadamente era de material plástico y se podía volver a armar fácilmente.

No obstante, los juguetes favori-

tos de Valerie hubieran horrorizado a sus abuelas: un cuchillo de monte y . . . el fuego. Le encantaba prender hogueras y había aprendido a hacerlo aun bajo la lluvia. Cuando jugaba a "la casita" con sus compañeros —juego enteramente nuevo para ellos— naturalmente había que hacer una hoguera para que todos se sentaran en cuclillas alrededor y su diversión se hacía interminable recogiendo chamizas o astillas de las que quedaban donde habían derribado un árbol. Luego tomaba un tizón encendido de alguno de los fogones de las casas, como lo hacían las mujeres aucas, y en un periquete prendía una buena lumbre.

Para quienes pudieran compade-

Valerie con dos amigos de la selva



cer "a la pobre niña blanca que no tenía juguetes ni compañeritos de su clase con quienes jugar", apunté en mi diario las actividades de Valerie en un día. Vamos a ver de qué manera empleaba el tiempo.

"Por la mañana V. se bañó, pescó, limpió malezas con su machete, cortó tallos de papaya para hacer arcos, cuidó los renacuajos que tenía en un tarro. Después del almuerzo fue con un compañerito de diez años a sacar batatas junto al río. Más tarde el mismo chico la llevó al platanar a cortar las flores que penden del extremo de los racimos para chupar el néctar que cada una de ellas guarda en su corola. Por la tarde remontó el río en la canoa con Kimu y estuvo viendo arponear peces a los muchachos".

Así por el estilo, se le iban deslizando los días y yo vivía satisfecha de que mi hijita tuviera oportunidad de descubrir ese venero de riquezas naturales que valen mucho más que una cama con sábanas limpias, una casa seca, zapatos, vestidos almidonados. Ella tenía allí el amor de Dios, el río que la arrullaba por las noches y el fulgor de las estrellas que veía parpadear desde su camita; el gozo de la niebla que se le-



Valerie en el "salón de peinados"

vanta de la selva al amanecer, el canto de los grillos y de los pájaros nocturnos, la amistad de los monos y de los chicos desnudos de piel bronceada, buenos y sencillos.

Cultura de la selva

UN DÍA, sentados a la orilla del Curaray, Dabú señaló al nordeste y nos dijo:

—Esa es la trocha de los que viven río abajo.

—¿Cuándo quieres que vayamos a visitarlos? —le pregunté.

...y con **LECHE DE
MAGNESIA
PHILLIPS?**



La legítima Leche de Magnesia Phillips, *tan suave como eficiente*, ayuda a normalizar el movimiento del delicado intestino infantil sin sobredosificarlo ni irritarlo. La Leche de Magnesia Phillips no forma hábito, porque no debilita el intestino y, por lo tanto, no obliga luego al uso de estímulos más y más fuertes, que acostumbran y perjudican al organismo.

tan suave como eficiente!

Leche de Magnesia Phillips neutraliza, además, el exceso de acidez, calma ardores y alivia la pesadez y agruras del estómago.

Buena para adultos

Cuando la necesite...
tómela con confianza!

Legítima

**LECHE DE
MAGNESIA
PHILLIPS**

laxante "familiar"

en todo el mundo



—¿Visitarlos? ¡Ésos matan gente... son asesinos!

—Y vosotros ¿no matáis gente también?

—¡Oh Gikari! Nosotros apenas los matamos. Ellos cuando matan les cortan las piernas. A ti también te cortarían las piernas si llegan a matarte. Te sacarían los ojos. Te harían picadillo. Son asesinos.

Ratifiqué mi creencia de que el salvaje no es insensible. Claramente, el auca tiene sus propias reglas de conducta. Es capaz de matar a su prójimo, pero no riñe con él. Puede que no participe en proyectos comunales, pero no vacila en compartir su carne de monito con la viuda de al lado. Ni da la bienvenida a un amigo ni se despide de él cuando se marcha, pero proporciona hospedaje gratuito a cualquier caminante que acierte a llegar a su casa, aunque sea un indio quichua a quien nunca ha visto en su vida. No usa vestido, pero observa un estricto código en cuanto al pudor y está libre de toda preocupación con el cuerpo humano y de las absurdas inhibiciones que con él se relacionan.

Siendo tan pocos en número, los aucas forman un grupo muy unido, pero no tienen autoridad central que los gobierne. Cada uno es su propio dueño. El único lazo social lo constituye la familia, a pesar de que entre ellos no parece existir la ceremonia del matrimonio. En una ocasión, mientras yo estaba allá, un joven llegó hasta el borde del claro y desde allí llamó a la doncella que

había escogido; ella lo siguió y ambos se internaron en la selva. Aunque éste no era el método "aceptado", tuvo buen éxito. La madrastra de la muchacha salió furiosa corriendo tras ellos, los alcanzó, y tomándolos del pelo les hizo dar un cabezazo al uno contra el otro, diciéndoles: "Así no se hacen las cosas". Pero de allí en adelante todos los tuvimos por marido y mujer.

La poligamia existe entre los aucas, pero el que la practica mantiene puntualmente a todas sus esposas. En todo el tiempo que estuve entre ellos, nunca observé el más ligero disgusto entre marido y mujer. Solamente muy raras veces llegué a oír un auca que hablara mal de otro en su ausencia. De vez en cuando oí criticar a Munga, un indio del "río abajo" que se había incorporado a su grupo en donde lo habían recibido con tolerancia pero sin cordialidad; mas eran cosas que también se las hubieran podido decir cara a cara. El chismorreo malicioso de nuestros pueblos civilizados no existe entre los salvajes.

En realidad, muchos de los pecados de nuestra civilización brillaban allí por su ausencia. Noté muy poca vanidad u orgullo, no había codicia ni avaricia, la embriaguez era desconocida. Los hombres no eran perezosos ni se mostraban egoístas con el botín de sus cacerías.

En resumidas cuentas, llegué a la conclusión de que, socialmente, nada tenía yo que ofrecerles; cualquier comparación entre ellos y yo, desde este punto de vista, resultaba



"BRILLO" SOLAR
para el automóvil y el hogar

PRODUCTOS
Grumete
LUSTRA: AUTOMOVILES,
HELADERAS, MUEBLES,
LAVARROPAS, ETC.



- B** LIQUIDO PARA ENCERAR CON SILICONES N° 13
Repele el agua, polvo y hollín.
- R** LUSTRE LIQUIDO N° 16
Limpia, lustra y encera en una sola operación.
- I** LIMPIAMANOS SIN AGUA
Limpia profunda y suavemente las manos manchadas de aceites, grasas, alquitrán, pinturas, tintas gráficas, etc.
- LL** PASTA PARA PULIR N° 14
Pule y limpia superficies pintadas a la piroxilina, lacas, esmaltes, etc.
- O** CERA PARA LUSTRAR N° 18
Abrillanta toda superficie pintada a la piroxilina, lacas, esmaltes, etc.

SOLICITELOS EN: ESTACIONES DE SERVICIO, GARAJES, BAZARES Y FERRETERIAS.

GOFFRE, CARBONE Y CIA. S.A.

VIAMONTE 1549 - BUENOS AIRES

ROSARIO - CORDOBA - TUCUMAN - B. BLANCA - MENDOZA - MAR DEL PLATA

penosa para mí. Naturalmente, como misioneros que éramos, había ido allá a llevarles un mensaje espiritual; pero la comunicación entre dos culturas tan distintas como las nuestras es muy difícil.

El auca no profesa religión alguna, que yo sepa. No sabe lo que es la oración, ni la idolatría, ni el sacrificio para aplacar a los espíritus malignos (aunque cree en su existencia). Dayuma, que había vivido varios años separada de la tribu y se había hecho cristiana, trataba de enseñar a los suyos lo que ella aprendiera. Se propuso hacer una "junta" los domingos por la mañana, pero antes hubo de explicarles lo que es ese ciclo de siete días que nosotros llamamos semana. De allí en adelante, todos los domingos al amanecer convocaba a los presuntos fieles con estas palabras: "Vengan todos, que voy a hablarles de Dios". Los indios que estaban por allí se prestaban, se sentaban dócilmente donde ella les decía que lo hicieran y escuchaban con relativa atención.

Dayuma escogía algunos de los pasajes de la Biblia que Rachel le había enseñado y lo relataba a sus oyentes con efectos sonoros, gestos y notas marginales de su cosecha. Puntualizaba de cuando en cuando su relato con admoniciones para imponer silencio: "¡Cállate tú!" pues, después de todo, el auca habla cuando tiene algo que decir y no está acostumbrado a recibir órdenes, ni a sentarse sin chistar media hora escuchando a otro. Cuando llegaba

la hora de la plegaria, todos cerraban los ojos siguiendo las instrucciones de Dayuma que les decía: "Ahora vamos a dormir, todo el mundo a dormir", y todos cerraban los ojos, obedientes —entreabriéndolos de vez en cuando para cerciorarse de que los demás también lo hacían— y escuchaban silenciosos la larguísima oración de Dayuma, en la cual mencionaba a todos sus amigos sin excluir a ninguno y hacía fervientes votos porque su pueblo pensara en Dios y aprendiera a amar a sus enemigos.

Pero ni en la misma oración es fácil sugerir la idea del ruego en la lengua de los aucas: las formas de sus verbos no lo permiten; con las mismas palabras se expresa una petición o una orden. Los aucas pueden dirigirse a Dios en esta forma: "Tú obra bien, y nosotros también obraremos bien", lo que quiere decir que nuestra actitud depende de la de Dios. Si así lo entendieran, tendrían al menos una base para la fe, pero uno nunca está seguro si en realidad rezan o echan bravatas.

¿Qué comunicación espiritual puede haber así? Todos los domingos Dayuma les cuenta lo que ella sabe. Ellos se sientan como de costumbre, completamente inocentes de toda idea de reverencia. Dawa se espulga las costillas, Mankamu le limpia con un palillo los dientes a su hijito, Uba le examina los pies al suyo y le enseña a una vecina las fungosidades que le han salido; Gikita y Kumi observan los pájaros y hacen comentarios sobre su vuelo.

Una fila de chiquillos, adornados con sus collares de cuentas dominigueros, ocupan la primera fila y se quedan boquiabiertos oyendo la historia de Jesucristo que aplaca el mar tormentoso, que les cuenta Dayuma. Las mujeres más viejas casi no prestan atención: ellas tienen sus propias historias . . . historias de su tribu, relativas a sus maridos, a sus padres . . . cómo los mataron, de qué modo vivían. ¿A qué escuchar la historia de un hombre que vivió hace tantísimo tiempo y en una tierra tan lejana? Era un extranjero. Si Dayuma les dice que Él dijo: "No debéis matar", eso es sencillamente porque los forasteros no acostumbran matar.

Por entonces ya sabía yo que el auca también cree que matar es un delito . . . excepto en determinadas circunstancias. Algunos de los que dieron muerte a los cinco misioneros, confiesan ahora que no hicieron bien en matarlos. Pero aquello fue una simple equivocación. Ellos trataban de preservar su libertad y sus costumbres y creyeron que los forasteros eran una amenaza contra esa libertad. En verdad habían hecho lo que en su concepto era lo justo: matarlos.

Mis hermanos, los aucas

A PESAR de que los folletos de viaje llaman a la selva amazónica el "Infierno Verde", para mí fue muchas veces el paraíso. Amaba los árboles gigantescos, los hongos delicados, el infinito despliegue de musgos, helechos y flores, los arroyos

cristalinos, los pájaros de brillante plumaje. No era muy cómodo vivir en una casa sin paredes, pero sí muy agradable el poco trabajo que había para arreglarla. Me hacía falta el estímulo de la conversación en mi propio idioma, pero me fascinaban los misterios de la nueva lengua. Aunque deseaba a veces ponerme un vestido bonito y tacones altos, me complacía la despreocupada holgura del anaco quichua, la blusa suela y los pies descalzos.

Ya se iba acercando la hora de nuestra partida de la tierra de los aucas y yo seguía observando ese pueblo que una vez llamé de salvajes . . . en cierto modo inmortales en su desnudez, hablando en voz baja, como es costumbre entre indios, riendo puerilmente de las cosas más nimias, interesados en los más pequeños incidentes, todo formaba un bello contraste con el esmerado vestir, las voces destempladas, los gracejos de doble sentido, las preocupaciones mundanas de nuestra civilización. Pero a veces su crudeza, sus limitadas aspiraciones, su inclemencia y su pobreza espiritual me deprimían enormemente.

Antes había trabajado entre indios que, conociendo a los blancos y sus costumbres, se habían doblegado ante ellos hasta cierto punto. El auca no: él no encuentra una razón suficiente que lo induzca a pensar que somos mejores; quizá las tenga, y muy válidas, para creernos inferiores; pero, aparentemente, nos considera como sus iguales. Esto, precisamente, era lo que yo creía

ser mi objetivo. Mas cierto día ocurrió algo que me demostró la falsedad de la idea que abrigaba.

Me hallaba sentada bajo mi techo de hojas de palma con una olla de barro a mi lado, cuando una de las dos indias viejas que ocupaban la choza vecina me dijo, con un susurro apresurado, que es el modo como gritan los aucas:

—Gikari, trae acá esa olla.

Aunque la olla era mía, yo se la llevé.

—Pero . . . la has traído vacía. Anda, llénala de agua.

Tuve que bajar hasta el río por un tronco bastante inclinado, llenar la olla (no tenía asas y pesaba mucho) y volver a subir con ella por el tronco resbaladizo. La india vieja la recibió sin decir palabra.

Reflexioné entonces sobre mis deseos de ser aceptada como "igual". En realidad, había pretendido con esto disfrutar de todos los beneficios de un miembro de la tribu sin asumir sus obligaciones, de todos los privilegios de ser extranjera sin el oprobio que esto significa. Finalmente pude comprender por qué me había mandado Dyiku a traer agua. Porque en la sociedad de los aucas los ancianos tienen el derecho de mandar a los jóvenes.

Esto me ayudó a entender un poquito mejor la posición del misionero. Si nos decimos seguidores de Jesucristo, sencillamente tenemos que andar por la senda que Él transitó. "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir". Nosotros habíamos llegado a esas

tierras, no como benefactores, sino como *servidores*.

Quedaba pendiente el mensaje que yo había tratado de comunicar. En cierto sentido, todo cuanto hicimos mientras vivimos entre los aucas no fue más que un intento de comunicarnos con ellos: comer de lo que comían, vivir bajo sus techos de palma, nadar y pescar con ellos en el río, enseñarles a inflar un globo de goma o a silbar con los dedos, aprender a tejer una hamaca como ellos lo hacían, a escuchar sus cuentos horas enteras tratando de apuntar todo cuanto decían . . . todo eso era comunicación, intento de entender, de cruzar tanto como fuera posible el abismo que nos separaba.

Muchas veces me pareció esto una ingenua esperanza; muchas veces desesperé de llegar a conocerlos o de penetrar el secreto de sus corazones. Entonces me di cuenta de que ni siquiera conocía mi propio corazón. En esto éramos iguales.

Los aucas son hombres; son seres humanos, hechos a la imagen y semejanza de Dios. Tenemos un origen común, comunes necesidades, un fin común. Como observa el poeta Carl Sandburg, "Somos iguales en todos los países y tribus al tratar de leer lo que nos dicen el cielo, la tierra y el mar . . . Iguales en la necesidad de amor, de alimento, de vestido, de trabajo, de conversación, de sueño, de diversión". El haber reconocido al auca como a mi prójimo fue también un reconocimiento de Jesucristo . . . y de la necesidad común que tenemos de Él.



Un hombre entre dos mundos



POR EL CONDE HENNECKE
VON BASSEWITZ

Redactor político de "Die Welt"

E IERTO DÍA, hace ya unos 15 años, después de haber aparejado una bicicleta con unas piezas viejas y ya cubiertas de orín, emprendí una excursión con dos condiscípulos míos. Partiendo de la pequeña población de Mecklenburgo (en la zona rusa de Alemania) en que residíamos, pudimos pasar a Berlín Occidental, tras de esquivar los puestos de vigilancia de los agentes de la "volks-polizei" (o policía popular). Dos motivos nos habían inducido a hacerlo: la tentación del peligro y el saber que en esa ciudad, aún no dividida por el muro actual, había muchas cosas atractivas que ver. En ir a teatros y atracarnos de helados se nos fue casi todo cuanto llevábamos en los bolsillos y, después de horas empleadas en ver los escaparates de las grandes tiendas, de las librerías y de los comercios de bicicletas, nos gastamos los últimos "groschen" en algunos recuerdos. Uno de mis amigos adquirió un ejemplar de *Das Beste Aus Reader's Digest*, edición en alemán de esta revista.

A pesar de la rigurosa inspección a que se nos sometió a nuestro regreso a la zona rusa, la revista pasó inadvertida. Ya de nuevo en mi ciudad, fue para mí una revelación ver todo lo que las "noticias" pueden significar para la gente. Aquel ejemplar de *Das Beste* que habíamos introducido clandestinamente fue leído y releído por todos nuestros compañeros de escuela, por sus padres y por los amigos de sus padres; en fin, por docenas de personas sedientas de información y deseosas de comprender y compartir las penas y las alegrías de sus semejantes del mundo entero.

En la actualidad, mi profesión es recoger noticias de todas partes para los lectores del periódico en que trabajo. En un diario, sin embargo, las noticias deben ser sucintas y ceñidas a los hechos y, por regla general, hay que dar más relieve a los sucesos que a sus protagonistas. Esto quizá contribuya a explicar por qué los redactores de noticias de los diarios suelen leer *Das Beste* para su propio solaz. En esta publicación nunca se pasa por alto el aspecto humano de los sucesos, pues el tema principal de sus artículos es el Hombre mismo.

Julio de 1963

Selecciones

del Reader's Digest

